PHAVY PRIETO



INFINITO

DOS CORAZONES. UN MISMO DESEO.

Rocaeditorial •

PHAVY PRIETO

INFINITO

Rocaeditorial

A quienes aprendieron a florecer en terrenos áridos,
la belleza está en no rendirse
cuando todo a tu alrededor parece estéril

Y cuando salgas de la tormenta,
no serás la misma persona que entró en ella.
De eso trata la tormenta.

HARUKI MURAKAMI

1

Existen ocho mil millones de personas en el mundo. Ocho. Mil. Millones. Y todavía hay quienes creen que van a encontrar el amor ideal que complementará su vida para siempre en la eternidad. ¿En serio?

Nunca he sido demasiado crítica, pero si hay algo que no soporto son todos esos cuentos ñoños y absurdos sobre el amor eterno. No es creíble. No es tangible. Y, desde luego, no es real. Hubo un instante en el que yo misma sospeché que era posible cuando conocí al *innombrable*, incluso pensé en la elocuencia del destino para hacer que dos personas se encontraran en un mismo lugar haciendo que un mecanismo imaginario encajase a la perfección.

«Un cuento de hadas insuperable».

Solo que no era ningún cuento idílico y estaba lejos de ser perfecto. Una falacia de principio a fin en la que jamás volvería a caer presa.

Levanté la vista para apreciar un cielo de maravilloso arrebol al atardecer, un regalo visual que nunca será exactamente igual a otro y que merece la pena detenerse a observar. Es ese fenómeno atmosférico cuya dispersión de luz hace que se pueda contemplar un abanico de colores que va desde el rojo escarlata al lavanda con un

sinfín de matices anaranjados y rojizos. Ahí, en esa inmensidad que se pierde hacia el horizonte, es donde me convenzo a mí misma de que cada paso y cada decisión y esfuerzo me han llevado a alcanzar todo lo que me he propuesto y que nada ni nadie podrá arrebatármelo.

Siempre he sido dueña de mis ideas sin importar si a los demás les agradan o no, tampoco me he molestado en ocultarlas, y, desde luego, no soy lo que se dice políticamente correcta. Tal vez esa sea la razón por la que mis amigos pueden contarse con los dedos de una mano y la que me ha llevado a ser una de las mejores en mi campo, un sector en el que triunfar siendo mujer es bastante complicado. Si algo había entendido en los últimos seis años es que la vida es demasiado corta para malgastarla complaciendo a los demás, sobre todo cuando cada amanecer es una oportunidad y nunca sabes si tendrás tiempo suficiente para vivir un día más. Al menos ese es el mensaje que dejó mi madre antes de marcharse por una grave enfermedad del corazón.

Accioné la palanca del intermitente a la derecha para tomar el desvío que se abría fuera de la autovía. Era la primera vez que viajaba por carreteras que bordean la costa mediterránea española. El paisaje se había vuelto más y más árido conforme los kilómetros se sumaban al contador, sobre todo si lo comparaba con Beaune, la ciudad francesa en que nací y me crie. Acepté aquel trabajo siendo muy consciente de lo que suponía regresar al lugar de mis antepasados que de algún modo me pertenecía, aunque jamás lo hubiera visitado. Mi madre me habló algunas veces, pero sin desvelar nunca el paradero exacto. Solo años después de su muerte descubrí que estaba ubicado en Requena, una localidad pequeña en el interior de Valencia.

La carretera de servicio continuaba paralela a la autopista que se

dirigía hacia el sur. Una alambrada la separaba de un terreno yermo; las altas temperaturas y sequías hacían que no existiera apenas flora salvaje. El navegador indicaba que un estrecho camino rural debía abrirse hacia la derecha a seiscientos metros, pero ante mis ojos se extendía una llanura de extensos campos de tierra sin cultivo. Conocía de antemano aquel clima continental que dejaba pocas precipitaciones a lo largo del año, pero me sorprendía la diferencia abismal con el lugar del que procedía. ¿Se suponía que allí existía aquello que buscaba? Lo dudaba teniendo en cuenta lo desértico que parecía todo a mi alrededor.

Aún quedaban unos veinticinco kilómetros entre caminos rurales para llegar a mi destino y había salido a las cinco de la mañana para embarcarme en aquel viaje de trece horas en coche. Después de cuatro paradas técnicas para comer y repostar, empezaba a ser más consciente que nunca del lugar al que me iba a enfrentar. Visualicé en el navegador que tenía que proseguir durante siete kilómetros por aquel camino que no tenía pérdida justo antes de que la pantalla se volviese negra para avisarme de una llamada entrante. Tardé menos de un segundo en apartar la mano del volante para deslizar el dedo.

—No. Todavía no he llegado, pesada —respondí sabiendo perfectamente quién había al otro lado de la línea.

—Soy la única persona a la que le has contado dónde vas, así que deja de llamarme pesada cuando tú misma me has dado esa responsabilidad.

El hecho de que no le hubiera revelado a mi padre hacia dónde me dirigía no me dejaba en buen lugar como hija, pero sabía que le habría provocado una preocupación insana. Decidí mentirle, le dije que mi destino estaba en un pueblo perdido del sur de Francia, lo suficientemente lejos de casa para no regresar en varios fines de

semana. Así aclaraba mis ausencias, pero implicaba que no lo supiera nadie de la familia, salvo Marion.

—Llamarlo responsabilidad conllevaría un compromiso y asumir unas consecuencias injustificadas —contesté. Comenzaba a vislumbrar en la lejanía un ligero verdor perteneciente a una arboleda—. Te recuerdo que el principal motivo por el que estoy aquí es el trabajo.

—Vic. Que soy tu prima y nos conocemos. Tenías seis ofertas muy tentadoras y mucho más cerca de casa que has rechazado. No estoy criticando que lo hicieras, probablemente en tu situación yo también tendría curiosidad por ese capítulo de tu vida inconcluso, pero no me vendas el cuento de que es trabajo cuando las dos sabemos que el único motivo que te lleva allí es averiguar lo que le pasó a tu madre —me sermoneó.

Era cierto. En otras circunstancias puede que hubiese valorado la propuesta, ya que el salario era superior al de las otras que había recibido en los últimos meses, pero sin duda habría podido conseguir unos buenos beneficios sin alejarme de Francia con un poco de estrategia. El día que recibí aquel correo electrónico pensé que sería otro más que sumar a la lista, pero dejé de respirar al descubrir el lugar en el que se ubicaba el viñedo.

Siempre fui consciente del país del que provenía mi madre, sus raíces, incluso del vínculo que me había llevado a amar lo que hacía, pero había lagunas que jamás quiso rellenar. No sabía dónde nació y se crio, por qué razón se marchó o por qué no guardaba relación con su familia.

Necesitaba las respuestas que compusieran el puzle de mi vida.

—Nunca me involucro de un modo sentimental, de ser así, no habría dejado con tanta facilidad Domaine Fleur de Vigne. —Me refería al viñedo en el que había pasado cuatro años y en el que me

había dejado la piel, pero habían sido los años más gratificantes después de ver cómo aquella pequeña hacienda vinícola había pasado del anonimato al éxito tras obtener el gran oro en el concurso mundial de Bruselas con un chenin blanc, una de las uvas más versátiles y complejas del mundo, pero cuyo sabor era excelente si se trabajaba bien.

Me licencié en Viticultura y Enología en la Universidad de Burdeos con solo veintiún años. Había estado toda mi vida entre vides y conocía en profundidad el terreno; tal vez por eso fuese una de las mejores alumnas de mi promoción. Era observadora y poseía un olfato bastante desarrollado para percibir los matices más imperceptibles. Sentía que mi lugar estaba entre los cultivos, sintiendo la tierra cálida bajo mis pies, palpando aquel conocimiento ancestral guardado durante generaciones y que albergaba secretos impenetrables. Poder sentir cómo la lluvia recorre cada línea de vides, humedece la madera y desprende el aroma a tierra mojada que llena las fosas nasales con matices a musgo y hojarasca. Es en esa plenitud cuando realmente logro conectar conmigo misma. Es una conexión extraña, un vínculo inquebrantable que me une a esas raíces como si también se adentraran en mi ser para formar parte de mi esencia.

Lo llevo en la sangre, será eso. Mi madre había pertenecido a una extensa familia de vinicultores, y, a pesar de no saber nada de ellos, el reclamo hacia el cultivo ancestral de la vid fluía por mis venas.

Solo una vez me habló de aquel sitio, lo llamó El Dorado. «Ese lugar cálido que se filtra por la piel y cuyo aroma jamás se olvida», dijo. Sus palabras penetraron hasta lo más profundo de mi interior, hasta el punto de sentir que era capaz de anhelar verlo con mis propios ojos. Nunca le confesé mi deseo de ir, yo sabía que ese lugar le había traído tanto felicidad como lágrimas.

Desconocía qué encontraría a mi llegada. Tampoco me había planteado qué deseaba encontrar. ¿Hallaría las respuestas para completar el vacío existencial que había heredado de mi madre? Quizá fuera esa la razón por la que había aceptado ese trabajo que aún me unía a ella.

No quería mostrar debilidad, sino mantenerme fría, profesional. Cuestionar mi arraigo a aquel lugar suponía enfrentarme a unos sentimientos para los que no sabía si estaba preparada.

—Vic, esto no será nada fácil. Ni siquiera para ti —me recriminó Marion. Ella me conocía lo suficientemente bien como para saber que mis palabras solo eran un escudo protector.

Puede que yo no fuera una de esas personas transparentes sin complejidad alguna que se complace en rellenar los silencios con todo tipo de detalles sacados fuera de contexto. Yo podía adorar el silencio, aunque fuera incómodo, o más bien me alejaba de las conversaciones superficiales y apreciaba el valor de un debate profundo. La gente se pasa la vida huyendo de la soledad y se conforma con la mediocridad ante el miedo de sentir que está solo sin saber que, cuando aprendes a amarla, la incomodidad desaparece y descubres que no te complace la compañía, sino la placidez que la otra persona te aporta.

Por más que intentara ocultar mis sentimientos al respecto, estaba claro que para Marion, la persona más extrovertida y carismática que conocía, no pasaban desapercibidos.

—Mi vínculo con ese lugar solo es a través de mi madre, no tienes nada de lo que preocuparte. Además, me venía bien poner un poco de distancia durante un tiempo.

—¿Lo dices por la repentina aparición de quien ya sabemos después de convertirte en una de las viticultoras más afamadas? No sé cómo se le ha ocurrido pensar que podrías darle una segunda

oportunidad a semejante espécimen peludo. ¡Qué caradura! —Marion sabía muy bien la repulsa que me provocaba la simple mención de su nombre, así que agradecí que no lo hiciera.

Se me escapó una carcajada, aunque Marion tenía razón. ¿Qué se le había pasado por la cabeza para creer que estaría esperándolo con los brazos abiertos tras todas las mentiras que me había tragado durante nuestro noviazgo? Ni siquiera me quedé a escucharlo cuando comenzó su verborrea con la intención de volver a engatusarme.

Ya no era esa ingenua universitaria que ansiaba comerse el mundo y demasiado novata en las cuestiones del amor para volver a creer en mariposas revoloteando en el estómago. Debo reconocer que volver a verlo abrió esa herida de culpa que aún no había sanado y que seguía doliendo. Me había dejado arrastrar por su influencia, había confiado en su destreza para envolver cada actuación y había deseado creerlo a pesar de las dudas. Sí. Puede que el innombrable fuese un cretino, pero yo había decidido someterme a su cretinismo, y eso no lo podía perdonar aunque fuese un capítulo cerrado en mi vida.

—El hecho de que lo intente ya dice mucho de sí mismo —afirmé, tratando de que mi voz sonara lo más serena posible. No es que aún albergara algún resquicio de sentimiento hacia él, eso lo tenía más que olvidado, enterrado y aniquilado, sino que su mero recuerdo estallaba en esa parte de mí misma que odiaba por haber sucumbido a su encanto dejándome dominar y anteponiéndolo a mis principios —. Pero sí, conociendo su persistencia, sé que no lo va a dejar estar. Así que me resultará más fácil que busque una nueva víctima si no me encuentra.

—¡Oh, vamos! Puede que a la Victoria de hace diez años la manipulase con frases románticas y cursis, pero temería estar en su

pellejo si se acercase a ti de nuevo. Bueno, no solo él, cualquier hombre que lo intentase, ya puestos… —Su voz iba perdiendo la entonación conforme hablaba—. Sé que me has dicho mil veces que lo tienes superado, pero el hecho de que no le hayas dado una oportunidad a ni un solo hombre desde entonces no juega muy a tu favor, Vic. En algún momento te tendrás que abrir a alguien, y no me refiero solo al sexo.

Hice una mueca, y agradecí que Marion no me pudiera ver porque discrepaba mucho de su opinión. Para mí los hombres solo servían para una única cosa: placer.

El resto… era discutible.

—Mi único interés en este momento es la proyección de mi carrera, ahora que he conseguido hacerme un nombre. Lo demás carece de importancia.

Quizá estaba echando balones fuera solo para no admitir que sí sentía rechazo ante la idea de abrirme a alguien. No estaba dispuesta a confiar de nuevo en otra persona. Si algo debía agradecerle al innombrable era que me hubiera abierto los ojos en cuanto al interés emocional que tiene la mayoría de la gente.

Percibí cómo mi prima Marion refunfuñaba en voz baja. Eso significaba que daba la batalla por perdida, al menos hasta la próxima llamada.

—Sé retirarme cuando la causa está perdida, pero al menos prométeme que me llamarás cada día. No sabes qué ocurrió para que tu madre decidiera no regresar jamás, así que, si soy la única que sabe realmente dónde estás, al menos no me des motivos para que me dé un infarto antes de los treinta y tres.

Sonreí mientras me mordía el labio. Marion y yo nos llevábamos apenas unos meses, pero ella siempre se había sentido como la hermana mayor que no tuve y, por tanto, responsable de todas las

malas decisiones que habíamos tomado juntas. Éramos hijas de vendimiadores, y desde muy pequeñas correteábamos descalzas entre los viñedos durante la vendimia y por la noche nos escapábamos a los campos para observar las estrellas y fingir que algún día aquello sería nuestro. En nuestra inocencia infantil creíamos que aquello era posible, pero con el tiempo comprendimos que la única aspiración a la que podíamos aferrarnos era a hacernos un hueco en aquel mundo hostil y a la vez magnífico.

—Si de ese modo consigo que cambies de tema, lo haré —zanjé al ver que el panorama cambiaba a mi alrededor. A ambos lados del camino comenzaban a visualizarse campos de vides cuyos primeros brotes podían apenas apreciarse. Aquella era una fase clave del ciclo de crecimiento de la planta, por eso no era simple casualidad que llegase justo en ese momento—. Te dejo, creo que estoy a punto de llegar.

—¡Vic! ¡Espera! —exclamó mi prima justo antes de que colgara—. Ten cuidado, por favor…, sigo pensando que es demasiado extraño que recibieras esa oferta de empleo de forma casual —susurró casi sin aliento.

Una parte de mí también lo pensaba. ¿Qué probabilidad existía de que entre todas las personas cualificadas y experimentadas en mi sector me llamaran precisamente a mí? Es cierto que, tras ganar el renombrado premio, mi nombre había aparecido en la lista de los mejores enólogos a tener en cuenta. Desde entonces no había dejado de recibir ofertas, pero… ¿Podría ser solo fruto de la casualidad y el destino, o habría una intención oculta bajo aquel contrato laboral? Necesitaba respuestas y, sobre todo, necesitaba saber lo que ocurrió para que mi madre tuviera que huir y esconderse en Francia por el resto de su vida.

—Lo tendré, no te preocupes.

Colgué rápido porque no podía apartar la vista de aquellos campos. Quizá esperaba que unos recuerdos que no me pertenecían entrasen por arte de magia en mi mente y se acoplasen a los huecos de mi pasado.

Existían muchas preguntas sin respuesta. Lagunas en esa historia que me llevaba hasta mis raíces y que mi madre nunca quiso llenar. ¿A qué tenía miedo? ¿Por qué se sentía triste? ¿Por qué se marchó sin desear volver ni una sola vez? Lo único que sabía es que, fuera lo que fuese lo que allí sucedió, ella sentía que este sitio ya no formaba parte de su vida.

Puede que quisiera alejarme de Beaune un tiempo y poner distancia, aunque podría haber elegido otras opciones menos drásticas, pero algo dentro de mí sentía que debía estar allí. Parecía como si un fino hilo apenas perceptible tirase de mí hasta aquellas tierras.

Conducía por inercia, ya que todos y cada uno de mis sentidos aguardaban con expectación lo que se suponía que vería en unos minutos o tal vez segundos. Había encontrado una caja de fotos antiguas escondida en el fondo de un cajón entre las pertenencias de mi madre pocos meses después de que muriera. Había muchas fotos de mi niñez, algunos retratos, y entre todos esos recuerdos una foto antigua lo suficientemente gastada como para llamar la atención. Era más pequeña, y el roce y las dobleces habían hecho que la imagen perdiera calidad, pero estaba claro que debía de ser importante para ella si aún la conservaba. Cuando la giré vi escrito a lápiz de su puño y letra: «El Dorado».

Se suponía que la casona de piedra antigua y ventanales con marcos de color azul se erguiría en el centro de aquellos campos de vides, fortificada por altas encinas que atraían a ardillas durante el otoño. Era como si mi corazón se hubiera detenido ante la

expectación de hacer realidad aquella vieja fotografía.

La luz del atardecer se había confabulado como si fuera consciente del esplendor al que debía asistir y los rayos de sol tiñeron el paisaje de una gama cromática dorada que alcanzaba hasta la última hoja y el color de la piedra reflejó un matiz dorado brillante. Sentí que mis pulsaciones se detenían al comprender por qué aquel lugar debía llamarse así: El Dorado. Jamás había visto algo similar. Conforme avanzaba, la imponente arboleda dejaba hueco hacia el camino que se abría más adelante a la izquierda para llegar a la casa. Fui consciente de pronto del significado que tenía para mí ese lugar: allí nacía mi pasión por el cultivo de la vid.

Detuve el coche y me bajé para apreciar desde aquella distancia el panorama. Generaciones anteriores de mi familia materna habrían sembrado aquella arboleda, habrían construido piedra a piedra la enorme casa. Cada semilla se había enraizado en la tierra hasta convertirse en lo que se desplegaba ante mis ojos. Era extraño imaginarse lo diferente que habría sido mi vida o la de mi madre de haber proseguido ese legado. ¿Tal vez su enfermedad no se hubiera agravado de ese modo? ¿Quizá hubiera conseguido vivir más años si la melancolía no la hubiese consumido? Siempre había tenido preguntas sin respuesta, creí que podría conformarme cuando mi padre me dijo que el pasado debía quedarse en el olvido, pero una parte de mí, insistente e inconformista, no era capaz de hacerlo.

Tal vez no lograse averiguar lo que sucedió o descubriera secretos demasiado dolorosos y turbios que era mejor no desenterrar, pero, fuera lo que fuese, sí sabía que no completar el relato de mi madre no era una opción.

Ya no.

Tenía que saber por qué aquel lugar me hacía sentir de ese modo, por qué mi madre había llorado en silencio durante incontables

ocasiones sin llegar a revelar nada. ¿Tendría familia? ¿Habrían tratado de buscarla?

Saqué el teléfono e hice una captura que envíe de inmediato a Marion. Ni siquiera en aquella foto se podía reflejar la belleza del sitio por todos aquellos destellos dorados. Había un aura extraña en el ambiente, incluso para mí, que me consideraba pragmática. No acertaba a afirmar si era un efecto de lo que estaba por acontecer o de la necesidad por vincularme a esa tierra para recomponer los vacíos en mi historia.

Volví a entrar en el coche y cerré la puerta. Respiré profundamente. Desconocía a quién pertenecían las bodegas porque estaban asociadas a una sociedad privada con muchas más propiedades. Eso envolvía aquel asunto en algo mucho más misterioso, pero, sin duda, el mejor sitio para hallar respuestas lo tenía frente a mí.

Pisé el acelerador. Comencé a dejar un rastro de polvo conforme avanzaba por el camino que conducía hacia la hacienda. No pude evitar notar que mi interior refulgía, como si percibiera ese sentimiento que solo te embarga cuando vuelves a un lugar llamado hogar.

Todo esto era extraño, pero teniendo en cuenta el modo en que mi madre decidió silenciar su pasado y el modo en que yo había regresado a su lugar de origen, tal vez no pudiera ser de otra manera.

2

No había movimiento de personal por el exterior de la casona; nadie aguardaba mi llegada. Acordé un horario flexible cuando cerrase los asuntos pendientes de mi anterior trabajo.

No me asustaban los nuevos comienzos, tampoco temía el desconocimiento, al contrario, saber más, conocer más, investigar más era lo que siempre me había movido y había hecho que Domaine Fleur de Vigne produjera un vino de excelencia.

Me bajé del vehículo tras dejarlo aparcado frente a la casa y no me molesté en sacar las maletas. No tenía muy claro cuándo regresaría a Beaune, así que había traído bastante equipaje conmigo. Mi experiencia me llevaba a pensar que existían dos razones por las que habrían decidido contratar a una extranjera como nueva enóloga; la primera y más obvia, deseaban mejorar su calidad para competir en el mercado. La segunda y menos evidente, pero también comprensible, algo había salido mal en la producción y preferían desconfiar de los viticultores de la zona para no arriesgarse a que sucediera lo mismo.

La casa tenía el portón abierto, y me surgió la duda de saber si allí vivirían los dueños actuales o si solo la utilizaría el personal. Me sorprendió el ambiente cuidado que encontré nada más entrar y

tuve claro que la habían remodelado en los últimos años. El mosaico del suelo parecía original, pero todo el mobiliario era moderno, salvo por algunos muebles que saltaba a la vista que habían sido restaurados.

Accedí a un enorme salón y me percaté del majestuoso piano de cola que estaba situado en medio de la sala, que cobraba todo el protagonismo entre dos ambientes muy diferentes, uno para relajarse y otro para celebrar una cena con numerosos comensales. Me fijé en la chimenea de piedra que había cerca de varios sillones, y al instante la imagen de mi madre apoyada en la repisa años atrás vino a mi mente. La calidez de la estancia me atrapó. Es cierto que no sabía a qué atenerme, pero, teniendo en cuenta que los viñedos pertenecían a un consorcio, el ambiente acogedor de la casa me sorprendió.

—Disculpe, ¿está buscando a alguien? —Una voz me sobresaltó. Me giré abruptamente para encontrarme con una señora que debía de rondar los sesenta años. Se frotaba las manos en un paño como si estuviera limpiándose los restos de algo.

—¡Sí! Al capataz Rodríguez. —Y me crucé de brazos sin moverme.

—¿Y usted es…? —quiso saber la mujer alzando una ceja mientras recorría mi cuerpo desde la punta de los zapatos hasta el último pelo de la cabeza.

—La nueva enóloga —repuse con énfasis.

Percibí la sorpresa en su rostro. Estaba claro que se había creado una idea muy diferente de lo que estaba viendo.

—¿Habla nuestro idioma? —dijo tras varios segundos de conmoción—. Mencionó que era francesa y supuse que no lo hablaría. —Se colgó el paño en el delantal.

—Sí, lo hablo perfectamente —zanjé sin dar más explicación.

—Eso facilitará las cosas. Por cierto, mi nombre es Roberta. —Hizo

un gesto para que la siguiera—. Venga, venga, le indicaré dónde están las bodegas y después regresará aquí para instalarse en su dormitorio.

—¿Me alojaré en esta casa? —pregunté sorprendida.

Me resultó extraño que utilizaran la casa para los empleados, lo más lógico es que se conservara para los propietarios o, en todo caso, para invitados.

—Por supuesto. La casa es bastante grande y fue restaurada hace diez años, así que se encontrará cómoda en la habitación que le he asignado. Mi marido y yo nos alojamos también aquí —hablaba mientras salíamos de la vivienda—, me encargo de las comidas y la limpieza, mi marido es el guarda de la finca, lo conocerá más tarde en la cena. Nosotros somos los únicos que residimos en la casa, el resto de los empleados viven en el pueblo con sus familias.

Asentí con la cabeza. El contrato establecía que residiera en el viñedo, y la idea de vivir en la casa donde había crecido mi madre me maravillaba. Sentí que una parte de mí conectaría con ella en su ausencia y crearía unos recuerdos que jamás reveló. Tal vez ahora me permitirían comprender por qué esos años de su vida eran un misterio. De modo que no cuestionaría la decisión de alojarme en la casa. Estaría también cerca del viñedo, cuya gestión debía vigilar. Deduje que habían tenido problemas serios en la cosecha anterior y de ahí la urgencia en comenzar cuanto antes.

Roberta me llevó hasta el camino de entrada y apuntó con el dedo hacia el oeste.

—¿Ve la construcción roja y blanca al otro lado del camino por donde ha venido? Son las bodegas, allí está Rodríguez.

Saqué las llaves del coche del bolsillo trasero de mi pantalón y le di las gracias a Roberta con la intención de verla más tarde.

El trayecto era apenas dos minutos en coche, pero me permitió

apreciar, antes de hacerse noche cerrada, que aquellos viñedos eran mucho más grandes de lo que imaginé en un principio. ¿Habrían sido tan extensos cuando mi madre vivía aquí? ¿Habrían ampliado terrenos desde que El Dorado cayó en otras manos? Una vez más, no tenía las respuestas. Llevaba más de diez horas conduciendo, pero no había planeado la estrategia para enfocar la situación y lograr información sobre el pasado de mi madre. No tenía ni la menor idea de dónde comenzar, de si mi presencia allí era fruto de una mera casualidad o si alguien deseaba que conociera mis raíces.

Aparqué el coche junto a otros cinco vehículos. Los portones de madera del pintoresco edificio estaban abiertos de par en par, y dejaban adivinar un interior parcialmente iluminado al fondo. No vi a nadie, así que entré con paso decidido. El olor característico a madera de roble de las barricas que se mezclaba con el aire fresco y terroso lleno de humedad me llenó al instante. Había notas claras de fermentación que se mezclaban con la fragancia sutil de especias, que sin duda provenía de las barricas que llevaban más tiempo selladas. Se veía movimiento a pesar de ser bastante tarde, los trabajadores deberían haber terminado sus turnos al menos dos horas atrás. Me dejé guiar por el sonido de la maquinaria y voces que daban órdenes precisas. Conforme avanzaba, el frescor me erizó la piel. Estaba acostumbrada, pero la diferencia de temperatura entre el exterior y el interior de aquella enorme edificación me sorprendió.

Junto a unos grandes fudres con capacidad para dos mil litros varios hombres trasegaban vino desde uno de los tanques a otro de cemento para clarificarlo y estabilizarlo.

Escuché cómo alguien dio un silbido y de pronto doce pares de ojos estaban observándome sin apartar la vista. Recorrían cada palmo de mi cuerpo, a pesar de que solo llevase unos simples

vaqueros y un jersey fino bastante holgado, lo suficientemente neutro para no suponer ningún objeto de atracción.

—¿Te puedo ayudar en algo, preciosa? —exclamó uno de los trabajadores más jóvenes, por su apariencia podía deducir que no debía de pasar de los veinte años.

—Estoy buscando al capataz Rodríguez —respondí resuelta mientras me cruzaba de brazos, aunque eso hiciera que se marcaran con más ahínco las formas de mis pechos. Su mirada se dirigió justo a ese punto.

Instinto carnal. Un deseo natural que activa el cuerpo de forma primaria como impulso para reproducirse, así que me importaba muy poco que me mirase de aquel modo.

—Vaya, Rodri…, qué callado te lo tenías —soltó el joven al tiempo que otro hombre se aclaraba la garganta y bajaba la escalera con cierto escepticismo.

Era joven, no podía calcularle la edad, pero rondaría los cuarenta años.

—Soy la persona que buscas —dijo el que parecía ser el encargado y quien se suponía que supervisaba todo lo que allí se hacía—. ¿En qué puedo servirte?

Lo cierto es que me había hecho a la idea de que el capataz sería un hombre que rozase la sesentena, aunque lo mismo podrían pensar de mí, ya puestos.

—Mi nombre es Victoria Monfort, la nueva enóloga —arremetí sin rodeos evitando mirar al resto de los empleados, pero usando un tono lo bastante alto para que me escucharan.

Al igual que me había pasado con Roberta, su expresión fue de incredulidad, como si no concibiera el hecho de que la persona que estuvieran esperando fuese yo.

—¡No me jodas! —Oí que dijo uno de los muchachos, pero no

aparté los ojos del capataz, que mantenía una expresión de contrariedad.

Noté cómo se apresuró en restregarse las manos en la camisa para después ofrecerme la otra como sello de presentación, le correspondí de inmediato.

—Francisco Rodríguez a su servicio, aunque todos me llaman Rodri. Lamento no haberla reconocido, lo cierto es que… —Su voz se calló como si no supiera qué decir.

—¿No esperaban que hablase su idioma? —increpé siendo consciente de que los verdaderos motivos serían otros muy distintos.

Lo más habitual era contratar a alguien experimentado, con la suficiente destreza que le habían otorgado los años para tener un conocimiento más que curtido en el dominio de la vid, el terreno y la vitrificación del vino. Otro motivo más que me llevaba a pensar si de verdad estaría allí por mérito propio o por algo relacionado con mi linaje. Si era objetiva, tal vez la experiencia no fuera un requisito para trabajar en aquel viñedo, a tenor de que el propio encargado era bastante joven.

—Pues sí —afirmó sin entusiasmo—. Disculpe a los chicos, no estamos acostumbrados a ver muchas mujeres jóvenes por aquí, salvo en la época de vendimia.

—Estoy acostumbrada. No supone ningún problema. —Me encaminé hacia la escalera—. Si no le importa, me quedaré a ver lo que están haciendo y mañana a primera hora me pondrá al día. Le pasaré una lista de todos los puntos que quiero supervisar minuciosamente.

Me agarré a la barra de seguridad de acero de la escalera elevadora que llegaba hasta la altura superior del tanque. Quería evaluar cómo habían colocado la bomba de trasvase.

—¿Quién ha evaluado el tanque para autorizar el trasiego? —

pregunté sin apartar la vista del capataz Rodríguez, que se aseguraba de sellar la válvula.

—La orden viene de arriba —dijo sin mirarme, pero notaba por sus movimientos que era muy consciente de mi presencia mientras lo observaba.

Supuse que, a pesar de que la orden viniese de sus superiores, alguien lo había revisado, pero me resultaba imposible permanecer de brazos cruzados.

—Ya que estoy aquí, ¿le importaría que vea una muestra antes de que hagan el trasvase?

Su cara de cansancio daba a entender que sí, que le importaba bastante, y lo más seguro es que todos los que estaban allí deseaban terminar cuanto antes para marcharse, pero yo debía confirmar que hacían aquel trabajo de la forma adecuada.

—Señorita…

—Victoria —le interrumpí.

—Victoria. Lo evalué yo mismo esta mañana y es el momento idóneo para realizar el primer trasiego —puntualizó apretando con fuerza la válvula y después se volvió hacia los dos hombres que supervisaban en el tanque principal las mangueras ajustadas—. ¡Listo! ¡Activad la bomba! —Se giró sobre sus talones y se dirigió hacia mí—. La jornada comienza a las siete y media, aunque si lo desea podemos empezar un poco más tarde, pero dudo que nos dé tiempo a ver toda la finca.

Estaba claro que no pensaba dejarme evaluar el tanque, pese a haberlo sugerido con diplomacia, y que prefería cambiar de tema. Cerré los ojos para concentrarme en el sonido del vino cayendo en el tanque vacío al que estaba siendo traspasado y los abrí seis segundos exactos después. Rodríguez me observaba con detenimiento y comprobé que se inquietó cuando respondí a la

intensidad de su mirada.

—La altura del vertido no es adecuada, creará una agitación excesiva y provocará una reducción. Detenga ahora mismo el vertido y asegúrese de que la manguera llega hasta el fondo del tanque —dije comenzando a bajar la escalera—. ¡Tú! —le dije a un hombre que estaba al lado del tanque—, saca una muestra ahora mismo.

El hombre pareció confuso ante mi orden y miró de inmediato al capataz, que emitió un gruñido de exasperación, pero que le indicó que me obedeciera mientras subía de nuevo las escaleras.

Solo me hizo falta sentir el olor mientras el líquido ámbar caía en el recipiente de cristal para darme cuenta de que se trataba de un albariño, una uva blanca propia de Galicia, pero que al parecer también cultivaban en El Dorado.

Cogí el recipiente de cristal y lo alcé para que los focos atravesaran el contenido y poder apreciar claramente el interior. Después me lo acerqué para aspirar el aroma y ser consciente del estado de la uva. Aspiré una segunda vez para comprobar la vinificación y una tercera para concentrarme en las notas.

—No está listo —dije colocando el recipiente en la mesa improvisada donde tenían las herramientas para ajustar las válvulas.

Todos los presentes me miraron escépticos.

—Tal vez no esté familiarizada con esta tipología de cepa, señorita Monfort. Sigo órdenes de arriba, que especifican que se realice el trasiego, así que…

—No entraré en detalles para demostrar si estoy o no cualificada. Le digo que detenga ahora mismo el trasvase porque de lo contrario le quitará cuerpo y notas al vino, y le aseguro que pienso responsabilizarle por completo de ello.

—Joder con la francesa… —Escuché en voz baja antes de que alguien le diera un codazo a quien había emitido el comentario.

No me molesté en averiguar quién había sido, lo cierto es que no me importaba en absoluto, siempre y cuando se ejecutaran mis órdenes.

El ambiente estaba cargado, era evidente que nadie deseaba pronunciarse. El capataz se llevó una mano a la frente con evidente cansancio.

—Está bien —decretó—. Mañana llamaré a primera hora para comunicar que la nueva enóloga no ha aprobado el trasiego del albariño, así que desde ahora será su responsabilidad.

—Es una idea excelente. Y ahora si me disculpan voy a instalarme en mi nueva residencia, que tengan una feliz noche.

No esperé a que nadie respondiera, a pesar de que los doce pares de ojos continuaban sobre mí. Salí de allí sin echar la vista atrás y sin importarme los comentarios que pudieran verter sobre mi actuación. No me había granjeado el prestigio que se me concedía con tan solo treinta y dos años por recular cada vez que alguien había tratado de hacerme ceder, como tampoco había logrado premios de renombre conformándome con las opiniones de los dinosaurios del sector. Si quería que se aceptaran mis decisiones siendo mujer en un entorno plagado de hombres, debía actuar con determinación y ni un solo atisbo de incertidumbre, o acabaría siendo el títere de aquellos a quienes les gusta hacer creer que tienen el control, cuando la realidad es que solo lo requieren para sentirse seguros de sí mismos.

Saqué el teléfono y escribí un mensaje rápido a mi padre. Había evitado responder a sus llamadas para que no creyese que usaba la excusa de que iba conduciendo para no atenderle. Le dije que estaba cansada tras un día duro poniéndome al día y que debía levantarme temprano. Por suerte, mi padre no era un hombre de largas conversaciones, quizá fue lo que impulsó a mi madre a

casarse con él. Para él jamás fue un impedimento que ella no tuviera un pasado o una familia, simplemente lo aceptó de buen grado y respetó durante todos los años que estuvieron juntos ese secreto que ella atesoraba. Tal vez lo hiciera porque era el hombre con el corazón más generoso que había conocido, o porque era consciente del dolor que suponía abrir esa herida. Arranqué el motor y metí marcha atrás cuando vi en la pantalla que mi prima llamaba de nuevo, así que descolgué con rapidez.

—Tu padre me ha llamado para preguntarme si sabía algo de ti. Si valoras en algo tu vida, mantenle informado, aunque solo sea para que no sospeche que ocurre algo —dijo Marion antes de que yo pudiera articular palabra.

—Le acabo de enviar un mensaje —dije regresando por el camino de tierra hasta el que se convertiría mi hogar en los próximos meses.

—Dime, ¿es como esperabas? ¿Te ha hecho sentir algo?

—Es un simple viñedo, Marion —dije sin admitir que había algo en ese lugar que me hacía sentir una especie de conexión extraña. Puede que mi subconsciente necesitara que existiera ese tipo de unión con el sitio del que provenía y al que probablemente le debía la devoción que sentía por mi trabajo—, aunque la bodega me ha sorprendido con creces por su tamaño, imagino que mañana descubriré la amplitud total de la finca.

—Esa es la versión de Victoire, ahora quiero saber cuál es la de Vic —soltó como si hubiera dos personalidades dentro de mí. Victoire, la chica francesa distante a la que todos llamaban en francés porque eran incapaces de pronunciar mi nombre en lengua castellana, y Vic, mi verdadero yo, esa que en muy raras ocasiones dejaba ver a los demás y a la que Marion había puesto el apodo, porque la conocía lo suficiente para saber que existía.

Suspiré.

—Es… extraño. —Era lo único que pensaba admitir.

—¿En qué sentido?

Ya veía las luces de la casa residencial encendidas y el portón de entrada abierto. ¿Tan seguros estaban de que nadie entraría a robar? Tenía la sensación de que esa puerta siempre permanecía abierta, pero deseché la idea para responder a mi curiosa y cotilla prima.

—De algún modo percibo una especie de conexión con este lugar, pero quizá solo es una necesidad de sentirlo, como si estar aquí pudiera de algún modo devolverme una parte de su ausencia. Aunque es evidente que todo ha debido cambiar desde que ella se marchó, ya que la casa la han restaurado no hace tanto.

Aparqué frente a la casona y apagué el motor. Me quedé sentada unos segundos. Estaba cansada, habían sido infinitas horas de coche y mi espalda comenzaba a resentirse. Necesitaba un descanso.

—Quieras o no, ese lugar va a remover un pasado que no te pertenece, pero que siempre ha condicionado tu vida. ¿Has conocido ya a los dueños? ¿Alguien te ha dicho algo que te haga sospechar de que tu empleo no es mera casualidad? —insistió Marion.

Es cierto, ese pasado no me pertenecía a mí, sino a mi madre, pero sentía que una parte de mi identidad estaba perdida sin saber quién era en realidad.

—Lo cierto es que las únicas personas que he conocido parecían bastante sorprendidas por mi edad y por el hecho de que hablase español, así que es evidente que desconocen mi relación con este lugar, lo que me hace pensar que todo esto es fruto de una mera casualidad, aunque…

—¿Qué? —exclamó apresurada.

—Esta finca es enorme, demasiado grande para que la gestione una sola persona, y más aún siendo extranjera. Además, uno de los

requisitos es que me aloje en la casa donde creció mi madre.

—¡Joder! ¡Esto me está dando muy mal rollo! Si tu madre nunca habló de ese sitio o de su familia, tendría buenos motivos para hacerlo, y lo sabes, o no le habrías ocultado a tu padre que ibas a ir a España.

Tenía razón. Lo que pasó aquí hace casi cuarenta años tuvo que ser lo bastante turbio como para que mi madre cerrase ese capítulo de su vida a cal y canto. Y yo me había propuesto averiguarlo.

—Conoces a mi padre. No será hablador, pero sí protector, y sé que no me habría dejado venir sola. Y, por otro lado, es imposible que pudieran relacionarme, el apellido de mi madre ni siquiera consta en mis documentos, no está reflejado en ninguna parte.

—Pero tienes sospechas…

—La posibilidad de que esté aquí por azar del destino es tan ínfima como el hecho de que me toque la lotería, pero… hay gente a la que le toca, ¿no? Así que sí, una parte racional de mí me lleva a creer que no puede ser simple casualidad y la otra que tal vez todo esto haya sucedido para que por fin descubra la verdad. No me importa si los astros se han alineado o si existe algún plan oculto tras ese contrato. Pienso averiguarlo.

—Prométeme que, si la cosa pinta mal, saldrás por patas.

Me eché a reír, sobre todo por el tono de congoja con el que habló. No me había embarcado en aquella aventura con miedo, si bien he de admitir que, si descubría lo que le ocurrió a mi madre, no sabía cómo me afectaría ahora que ella ya no estaba. No podría confrontarla para que me diera su versión de los hechos, o simplemente comprenderla por haber actuado de ese modo. Pero allí estaba, y no podía dejarlo pasar.

—Te lo prometo.

Es probable que esa fuera la única promesa que Marion me

arrancara, porque no sabía lo que ese sitio me tenía preparado ni hasta qué límite sería capaz de llegar en busca de la verdad.

3

Me desperté entre almohadones y con un olor a lirios que llenaba toda la habitación. Me habían asignado una estancia espaciosa, con baño propio, grande y con un tocador, y un armario de madera maciza. Tenía las dos maletas abiertas y medio deshechas; apunté mentalmente terminar aquella tarea antes de que finalizase el día. Durante la cena Luis, el marido de Roberta, no había dejado de hablar de todo lo que había que hacer para mejorar la hacienda. Mis bostezos se fueron haciendo tan frecuentes que la propia ama de llaves me condujo hasta la habitación e hizo que su marido llevase las maletas.

Alcé la vista ante los primeros rayos de sol que bañaban el paisaje. Mi habitación estaba orientada hacia la parte delantera de la casa porque, según Roberta, era más fresca, y precisamente había dejado abierta la contraventana para no perderme aquel maravilloso espectáculo visual. El conjunto naranja chillón destacaba entre el resto de las prendas en color neutro, así que salté de la cama, lo cogí y me dirigí al baño para cambiarme con una sonrisa en la cara.

El pantalón corto de tejido elástico y el top que cubría el pecho eran prendas demasiado livianas para el frescor de la mañana, pero para cuando llegase al final del camino mi cuerpo habría entrado en

calor. Rebusqué en mi bolso el frasco de pastillas que siempre llevaba conmigo y volqué sobre la mano la dosis diaria. Me había acostumbrado tanto a esa rutina que ni siquiera necesitaba beber agua. Bajé las escaleras despacio, tratando de que la goma de mis zapatillas nuevas no crease ese sonido chirriante en el suelo. No parecía que hubiese alguien despierto, así que descorrí los resbalones del cerrojo antiguo de la puerta y salí al exterior. Sentí la humedad de la mañana que los rayos de sol aún no calentaban. Mis zapatillas apenas se hundían en la gravilla que bordeaba la casa y en cuanto llegué al camino de tierra activé el reloj digital y comencé a trotar. Pensaba hacer una tirada ligera, apenas cinco kilómetros a un ritmo bajo para conocer el entorno y tener una apreciación general de aquel lugar. Conocía el camino por el que había llegado, así que decidí girar hacia la izquierda en cuanto volví al carril principal que conducía hacia las bodegas.

Los brotes bañados por el rocío despuntaban en las vides. Tuve la tentación de acercarme para apreciarlos de cerca, pero a simple vista ya había visto algunas segregaciones que me daban a entender la clasificación de distintas cepas. ¿Cuántas clases de vinos producirían en la hacienda? En cuestión de minutos tendría bastantes respuestas a mis preguntas, así que activé la música y la canción «Gasoline» de Halsey perpetró mis oídos, subí el volumen para no pensar en otra cosa. Era el único momento del día en que me permitía desconectar por completo de mi mente, hacer algo por mí y solo para mí, disfrutar sin importar lo que viniera luego, sin preocupaciones ni dudas, sin objetivos que alcanzar, sin saber si existe un mañana o qué ocurrió ayer.

«Solo silencio interior».

Corría cada mañana al amanecer desde hacía siete años. Me había inculcado aquella disciplina que era compatible con mi trabajo. De

ese modo empezaba el día con una sensación de calma y plenitud reconfortante. Puede sonar escéptico, pero aquella desconexión total hacía que mi mente fuese capaz de afrontar todas las situaciones y variables posibles que pudiesen venir después sin ahogarme en la ansiedad.

Los campos de vides se extendían a ambos lados del camino hasta perderse en el horizonte. La finca era mucho mayor de lo que imaginaba, me pregunté cuántos de esos terrenos pertenecerían a la hacienda original. Me quedó más que claro en ese instante que el poder adquisitivo del consorcio al que ahora pertenecía El Dorado era mucho más elevado de lo que estaba acostumbrada.

¿Era esa una razón más para pensar que mi presencia allí no era casual? Estaba claro que podían permitirse opciones mucho más elevadas que una enóloga hasta hace poco desconocida. Puede que los premios me hubieran dado visibilidad, pero, por lo que mi vista alcanzaba a ver, era obvio que se había invertido mucho capital y que el mantenimiento suponía grandes cifras. ¿De verdad iban a dejar todo eso en mis manos sin tener yo el respaldo de una larga trayectoria que les diera confianza?

Me volví en el momento en que el reloj marcó que me acercaba a los tres kilómetros. No tenía tiempo de continuar si deseaba comenzar la jornada a las siete y media como había mencionado Rodríguez. Aún debía darme una ducha, vestirme y tomar un café bien cargado para la larga jornada que me aguardaba. El primer día siempre es el más duro y difícil de afrontar, porque sabes que vas a ser constantemente juzgada.

Justo cuando atravesé la reja de la entrada, que permanecía abierta, el llamativo color rojo de un descapotable brillante y sin una sola mota de polvo llamó mi atención.

¿Qué hacía ese coche allí? O, más bien, ¿de quién era ese

vehículo? Entré en la casa y me quedé unos segundos en silencio, pero solo podía apreciar el sonido que provenía de la cocina. Un olor a café, pan recién horneado y bollería me dio la bienvenida. Mi estómago reaccionó a los aromas, pero, antes de dejarme arrastrar por el hambre, me obligué a darme una ducha o me enfriaría. Unos vaqueros clásicos, unas botas de montaña y una camisa ancha con un chaleco ajustado en el pecho eran mi uniforme. Cogí el sombrero, me metí el teléfono en la parte trasera del pantalón, justo después de desearle un buen día a mi padre en un escueto mensaje, y bajé de nuevo las escaleras siguiendo el rastro de olor a café. Esta vez no provenía de la cocina, sino del salón, donde había una mesa dispuesta con numerosas viandas y un surtido considerable de opciones.

—Buenos días, Victoria —sonrió Roberta. Traía otra bandeja con lo que parecía ser zumo de naranja recién exprimido y una salsera con un contenido rojo que, deduje, sería tomate triturado—. No sabía muy bien si le apetecería un desayuno mediterráneo, continental o francés, que según tengo entendido es cruasanes con mermelada y café.

—Puedo adaptarme a lo que sea más sencillo —dije teniendo presente que estaba habituada a las costumbres de ambos países—. Aunque me gustaría incluir fruta y yogur, si es posible.

—¡Por supuesto! —exclamó antes de dejar el contenido de la bandeja y marcharse—. ¡Ah! Rodríguez la espera en las bodegas cuando esté lista.

Miré el reloj, eran las siete y cuarto. ¿Había llegado antes?

—Gracias, Roberta —contesté inclinándome para coger una de las copas y verter parte del zumo de naranja.

Eran las siete y treinta y dos minutos cuando salí de la casa familiar hacia mi coche. El descapotable rojo había desaparecido.

«Esto empieza a ser más interesante», pensé, y me dirigí hacia las bodegas.

El ruido de las cintas de envasado amortiguaba el resto de los quehaceres en la enorme nave. De nuevo la diferencia de temperatura era notoria. Conforme avanzaba tratando de encontrar al capataz, veía miradas nuevas que no estaban la tarde anterior y que, lógicamente, se sorprendieron al verme caminar con decisión.

Vislumbré una silueta masculina de espaldas a mí con lo que parecía un traje impecable. Cerca de ese hombre estaba mi objetivo, haciendo aspavientos y hablando bien alto para que se le escuchara, pese al ruido.

—¿Y se puede saber dónde está el inepto que ha contradicho una orden clara? —exclamó el tipo del traje con la suficiente autoridad para que su voz se alzara por encima del motor de las máquinas sin esfuerzo.

Percibí de inmediato que se trataba de un hombre de negocios, acostumbrado a dar órdenes y con la certeza de que nadie sería capaz de oponerse.

«Este debe de ser el jefecillo que han enviado los de arriba para controlar y que no tiene ni idea de cómo funciona el cotarro, típico de los consorcios».

La mirada de Rodríguez tropezó con la mía, y el gesto se le demudó. Su reacción fue tan obvia que deduje que debían de estar hablando de mí, más aún cuando me fijé en que se hallaban en el mismo tanque del que pensaban hacer el trasvase.

—Quizá quiera decir inepta si se está refiriendo a mí —respondí de espaldas al tipo. Era más alto que yo, lo suficiente como para sentirme amilanada por aquellos hombros anchos, pero el hecho de que hubiera juzgado mis decisiones sin requerir una explicación me

daba a entender que de inteligencia andaba escaso—. Si quiere culpar a alguien por no realizar el trasvase, soy la única responsable.

En el instante en que el hombre del traje se giró, con lentitud y sin arrepentimiento alguno por haberme insultado, unos ojos grises impactaron sobre los míos y algo en el centro de equilibrio de mi cuerpo se desestabilizó por completo. No supe muy bien lo que fue, tampoco me detuve a pensarlo durante los segundos en los que él me observó con tanta intensidad que, de no ser por las recias botas que calzaba, me habría caído de bruces. El suelo temblaba bajo mis pies.

«¿Qué demonios me ocurría?».

Tenía un rostro esculpido de facciones perfectas, como si un cincel en manos de un artista brillante lo hubiera labrado a conciencia para que cada sombra fuese exacta. Nariz recta, ojos rasgados y profundos de un color gris perla penetrante, mandíbula fuerte y bien delineada, sin ser angulosa o perder suavidad, con unos pómulos altos que enmarcaban la estructura de un rostro en perfecta armonía. Su piel con un ligero bronceado sin imperfecciones, completamente lisa. Aquellos labios bien definidos, de un grosor medio que no eran ni finos ni gruesos, definitivamente suponían un auténtico pecado para la más perversa de las tentaciones. La combinación de aquella mezcla, entre rasgos suaves y marcados en perfecta sincronía, le otorgaba una belleza irresistible.

«Joder con el jefecillo, es el tío más guapo que he visto en mi puñetera vida».

—¿Una mujer? —exclamó sorprendido y después hizo una mueca en lo que parecía una ligera sonrisa.

¿Así que era uno de esos machitos misóginos que se creen superiores solo por el hecho de ser hombres?

«Te has equivocado conmigo, chato».

—¿Tiene algún problema con mi género? ¿Tal vez cree que por ser una mujer no soy capaz de pensar o actuar? —solté y me crucé de brazos, y, como esperaba, sus ojos fueron directos a la altura del escote que dejaba la camisa, más pronunciado por la presión del chaleco abrochado—. Tal vez si su puesto lo ocupara una mujer, entendería los motivos por los que me negué a que se realizara el trasvase en lugar de permitir que una cosecha saliera con una calidad mediocre.

El tipo parecía contrariado. Sus ojos volaron de nuevo hacia los míos, aunque se detuvieron un instante en mis labios, como si tuviera que evaluar claramente cada palabra que había mencionado.

—¿Por qué no lo discutimos durante el almuerzo? Le aseguro que la escucharé con suma atención —exclamó usando un tono de al menos dos registros más suaves—. Así podría disculparme por mi impertinencia.

«Estará muy bueno y es tremendamente guapo, pero desde luego que es un idiota redomado».

—Ni en sus mejores sueños —contesté alzando el mentón—. Y ahora, si solo va a hacernos perder el tiempo, le agradecería que se marche, aquí hay mucho trabajo y gente que necesita cumplir con sus tareas para que las cuentas de la empresa engorden.

Aparté la vista de él y me dirigí hacia Rodríguez, que había permanecido atento a la conversación entre el pijo de oficina y yo.

—¿Me está echando? —inquirió el tipo a mi espalda. Por su tono de voz deduje que ni siquiera parecía enfadado, sino que más bien le divertía aquella situación.

No quería girarme para ver de nuevo aquel rostro inmaculado y de facciones perfectas que conseguía hacer flaquear mi propio juicio, así que fingí que pasear la vista por todo cuanto había a mi alrededor era más interesante que ese hombre engreído y soberbio.

—En absoluto —respondí con suavidad—. Le invito a que se suba a su flamante deportivo rojo, decida darse una ducha para quitarse el olor a humo, alcohol y perfume de mujer impregnado en su traje y duerma tras lo que es evidente que ha sido una noche de juerga a juzgar por las ojeras y su aliento a bourbon.

Sin más me giré sobre mis talones para encararlo porque, aunque me resistía, quería ver cómo reaccionaba a mi discurso. Me decepcionó que no estuviera enfadado, sino que más bien dejaba entrever una mezcla entre fascinación, diversión y placer.

¿No le había molestado mi comentario? Habría esperado un enfrentamiento arduo para dejarle muy clara mi posición respecto a los tipos como él, pero aquel hombre no parecía inmutarse por haber soltado frente a todos que era un vividor irresponsable con ánimo de niño mimado y que con toda seguridad no merecía su puesto de trabajo.

«Fijo que este tiene algún tipo de relación estrecha con el consorcio y le han colocado ahí para justificar que su vida es útil. ¡Qué desperdicio! Probablemente no sepa ni distinguir un pinot noir de un cabernet sauvignon».

—¿Sabe que podría hacer que la despidan? —clamó con sorna, pero aquello más bien parecía un reto, quizá porque deseaba jugar y ver hasta dónde llegaban mis límites o hasta qué punto podría excederme en mi posición, que obviamente él consideraba inferior.

—¿Y cree que eso puede amilanarme? Si quisiera que me despidieran, se habría marchado, en cambio está aquí, molestando —insistí—. No me han solicitado venir desde Francia para que me marche en menos de veinticuatro horas y soy consciente de que dada la extensión de la finca no he debido de ser su primera opción. Puede intentar que me echen, pero le auguro una cosecha peor que la anterior si lo hace. No logrará que ningún vinicultor con

experiencia o reputación logre venir a estas alturas, de lo contrario, yo no estaría aquí. ¿Y ahora va a seguir con su cháchara improductiva o dejará de tocar las narices y llevará de vuelta su culo a la oficina?

Fueran cuales fueran los motivos por los que estaba allí, estaba claro que no me iban a echar el primer día. Me habían hecho venir desde Francia por algo y dudaba que un jefecillo como él pudiera cambiarlo. Además, en estos momentos no podía permitirme distracciones, pero el pijo del traje me miraba con tanta intensidad que me hacía dudar hasta de mi propia existencia.

«Cuanto más lejos esté, mejor para mí».

—¿Sabe por qué está aquí? —Su semblante adoptó un gesto más serio y su pregunta no estaba dirigida hacia mí, sino hacia Rodríguez.

Eso me inquietó. ¿Él sabía por qué estaba allí? ¿Y Rodríguez también? Eso significaba que si mi presencia tuviera algo que ver con mi madre no se habrían sorprendido al verme.

—No, señor. —Oí que respondía el capataz a mi espalda.

Entonces el tipo trajeado me miró con una curiosidad aún mayor.

—Interesante… —soltó sin que supiera exactamente las razones y curvó sus labios hacia una sonrisa que no lograba comprender—. Quiero ser informado de todas las decisiones que la señorita… —Parecía querer que le dijera mi nombre y yo me crucé de brazos en silencio no dispuesta a decírselo bajo ningún concepto.

Otra razón más para suponer que mi presencia en la hacienda era mera casualidad del destino.

—Monfort, señor —volvió a decir Rodríguez.

—Que la señorita Monfort tome —insistió—. Sin excepción alguna y por mínima que sea me informarás de todo.

Su decisión no me sorprendía en absoluto, de algún modo

necesitaba demostrar que estaba por encima de mi cargo, aunque en realidad no tuviera poder alguno.

—Sí, señor —asintió el capataz.

—Verá, señorita Monfort —dijo dando un paso para acercarse, pero sin utilizar un tono de represalia o enfado. ¿A qué estaba jugando ese tipo? Me desconcertaba ese tonito entre burlón y divertido que usaba como si le diera absolutamente igual que le hubiera reprendido delante de todo el mundo—. Soy la única persona autorizada para revelarle cuál es el auténtico motivo por el que está aquí y lo que se pretende de usted.

Tuve que reconocer que aquellas palabras incitaron un nerviosismo extraño que me recorrió todo el cuerpo. No sabía si era el hecho de que tuvieran algo que ver con mis antepasados o si solo era la mera cercanía de su presencia, que obnubilaba cualquier juicio. Eso me llevaba al siguiente punto. ¿Quién demonios era ese tío? ¿Cómo que él era la única persona autorizada? ¿Qué cargo tenía en la empresa? ¿Habrían dejado la finca en manos de un pelele sin cerebro?

Instintivamente alcé una ceja, por una parte incrédula y por la otra expectante para ver que tenía que decirme aquel tipo y de ese modo alardear de su superioridad.

«Este es el típico niño de papá que jamás ha tenido que esforzarse por nada en la vida».

Suelo evaluar a las personas por su lenguaje corporal. Se aprende mucho más de lo que no se dice con la simple observación, y aquel porte erguido, su impecable corte de pelo, su estilo y el modo de mirarme fijamente demostraban a todas luces que era un hombre muy seguro de sí mismo al que nadie le llevaba la contraria. Es más, casi parecía suponerle un reto el hecho de que no estuviera suspirando y mirándolo con ojos de absoluta admiración.

«Aunque, por su apariencia física, no es de extrañar que pudiera tener ese concepto de sí mismo hacia cualquier mujer».

—Ilústreme entonces —advertí con calma como si su presencia me aburriera—. De ese modo pondremos fin a nuestra cortísima relación laboral.

«Cuanto antes se pire, mejor. Finiquitemos la tentación que ese cuerpo pueda suponer para la parte irracional de mi ser».

Para mi sorpresa, soltó una carcajada que no me esperaba. ¿Le parecía cómica la situación? Estaba acostumbrada a debatir, a criticar y contrarrestar opiniones, a imponer mis pensamientos, pero no a… esto. ¿Qué es lo que le parecía tan gracioso?

—Tengo una reunión dentro de una hora, así que tendrá que esperar, señorita. —Su tono de voz era sensual, atrayente, hasta el punto de resonar como una melodía suave en mis tímpanos—. Rodríguez, muéstrale la finca. —A pesar de que sus palabras no iban dirigidas hacia mí, aquel tipo cuyo nombre desconocía no apartaba su mirada de la mía, generándome la sensación de que trataba de leer mis pensamientos y envolverme en su magnetismo—. Esta tarde le mostraré yo mismo las bodegas.

«Es evidente que ahora piensa irse a dormir la mona después de estar toda la noche de juerga y lo de la reunión es una excusa barata».

—Por supuesto, señor Arteaga.

¿Arteaga? ¿De qué me sonaba a mí ese apellido? Tampoco es que me importara, pero tenía la sensación de que lo había leído en alguna parte. ¿Dónde? No es que estuviera muy acostumbrada a ver apellidos españoles.

—Espero que disfrute de la visita, señorita Monfort.

Vi un amago de espera por su parte, pero no lo suficiente para que me diera tiempo a despedirme. Estaba demasiado absorta

intentando averiguar dónde había leído ese apellido y si eso tenía algo que ver con el puesto que ese tío ocupaba en la empresa para que fuera él quien debiese informarme y enseñarme las bodegas. ¿Sería el representante? Eso tenía sentido, quizá había visto su nombre en algún certamen.

«Aunque es evidente que a él no lo he visto antes, un tipo como ese es imposible que se te vaya de la mente».

—¡Miguel! ¡Mide la temperatura de todas las barricas del bobal! —bramó Rodríguez a un chico que se giró en cuanto pronunció la orden y que levantó la mano para hacerle entender que le había escuchado mientras se dirigía hacia uno de los departamentos laterales donde parecían estar los laboratorios.

El bobal era la variedad de uva tinta originaria de la zona, un vino que jamás había probado y que supuse que habría sido plantado por mis antepasados.

—¿A qué temperatura mantienen las barricas del bobal? —Seguí al capataz, que me hizo una señal para que lo acompañara hacia el exterior de la bodega.

—Intentamos mantener una temperatura constante de dieciocho grados centígrados, a partir de esta fecha las temperaturas se alzan bastante, imagino que, si conoce el territorio, lo sabrá.

Tenía la sensación de que era un tipo cercano, pero seguro que trataba de mantener las distancias después de nuestro primer encuentro y mi decisión de contradecirle al darle una orden que podría ponerlo en un aprieto.

«No estás aquí para hacer amigos, sino para demostrar que eres buena en lo que haces», me dije a mí misma conforme avanzábamos bordeando la nave hasta una puerta lateral considerablemente grande.

—Es la primera vez que estoy en España, aunque me he

informado de la oscilación de temperaturas que afecta a esta zona en concreto.

Me sorprendió que no nos dirigiéramos al coche, pero no dije nada al creer que necesitaría coger algunos utensilios.

—¿Es la primera vez que visita España? Su acento y forma de hablar son similares a los de esta zona —comentó con cierta sorpresa.

Si Rodríguez sabía los motivos por los que estaba aquí, debería saber por qué mi acento era igual que el de la zona.

—Soy francesa, pero mi madre era española. —Opté por no mencionar que años atrás aquello fue de mi familia.

Si existía una posibilidad de que él supiera algo, la deseché por completo cuando no se inmutó por la mención de mi madre, sino que su expresión siguió igual de neutra e impasible. ¿De verdad podía ser mera casualidad todo aquello? Tendría que esperar a que el idiota de turno me lo dijera más tarde.

—Eso explica que lo hable con fluidez —contestó abriendo las puertas—. La finca es muy extensa, así que resulta más fácil moverse por ella con estos —dijo señalando seis quads completamente equipados y preparados para ser utilizados.

Las cuatro ruedas de aquellas motos tenían un grosor suficiente para moverse con facilidad por los campos y entre las viñas y, desde luego, podría llegar bastante más rápido que en coche.

—¿Están disponibles para todos los empleados? —pregunté mientras observaba cómo se dirigía hacia uno de ellos. Cogió un casco que colgaba del manillar y me lo entregó.

—No exactamente. Los supervisores, capataces y vinicultores acceden a estos vehículos salvo algunas excepciones. Como es lógico, tendrá acceso.

Asentí sin mencionar que en mi vida había conducido uno de esos

chismes. Tampoco podía ser tan difícil, ¿no?

—¿Debo seguirle o iremos en el mismo? —pregunté antes de revelar que debería enseñarme el funcionamiento.

Si íbamos juntos podría ver cómo lo conducía para hacerme una idea antes de tener que ponerme al volante yo misma.

—Como prefiera, aunque iremos más rápido si vamos en el mismo. Si está de acuerdo, claro. —Sus manos se alzaban dándome a entender que era uno de esos hombres que no quería ni deseaba meterse en problemas ajenos.

—Será lo más fácil hasta que me haga una idea del terreno.

Cogió otro de los cascos para ponérselo y se subió al quad. Un segundo después vi que giraba el manillar en lo que supuse que sería el freno y después posicionaba la llave del contacto para arrancar el motor.

Me coloqué el casco y me subí detrás del capataz. Me aferré con las manos a la barra trasera, pero no pude evitar que las piernas y la pelvis apreciasen el calor de su cuerpo. Cuando atravesábamos la verja principal, vi el flamante deportivo rojo y a su dueño al teléfono en lo que parecía una conversación agitada al juzgar por su semblante y el modo que tenía de moverse en pequeños círculos. El ruido del motor del quad le hizo girarse hacia nosotros. Me observó con detenimiento, dejando su conversación al teléfono pausada durante aquellos segundos. Me bajé la visera del casco para que aquellos ojos grises no pudieran penetrarme de ese modo y aparté mi vista de él conforme Rodríguez se adentraba en campo abierto.

¿Quién leches era ese tío y por qué lograba causarme esa sensación de intranquilidad? Aceptaba que fuese guapo, aunque más que guapo podría considerarse una figura griega pulcramente cincelada hasta que la perfección de su aspecto rozase lo divino. «¿Qué carajos estoy diciendo? ¿Desde cuándo me importa a mí la

belleza externa? Ya aprendí la lección con el innombrable para no volver a guiarme por las apariencias».

Rodríguez me llevó durante cuatro horas por las secciones en las que tenían divididas las cepas: shiraz, chardonnay, albariño, bobal, sauvignon blanc y pinot noir. Una autóctona y el resto importadas. ¿Cómo habían conseguido que se adaptaran bien a una zona tan seca? Aquel lugar suponía un reto a nivel laboral y no pude dejar de apreciar que era una oportunidad profesional única.

—¿Por qué arriesgarse por el pinot noir como principal apuesta si la cepa autóctona es la bobal? —pregunté cuando el capataz me señaló hasta dónde llegaban los límites de esa cepa, que era con diferencia la de mayor proporción.

—Este terreno le confiere un sabor diferente y se ha convertido en uno de nuestros vinos más demandados, así que en los últimos quince años se ha incrementado considerablemente el número de hectáreas del pinot para dar cobertura a la demanda.

A pesar de mis muchas preguntas respecto al funcionamiento, el riego, la disposición o las plantas por hectárea, me di cuenta enseguida de que Rodríguez era lo suficiente cauto y discreto como para no revelar más información de la cuenta. Ni siquiera mencionó al tipo del traje que me explicaría la verdadera razón por la que me habían llamado para prevenirme de algún modo, como tampoco hizo hincapié en las razones que el antiguo enólogo había tenido para marcharse.

«¿Se iría? ¿Le despidieron a propósito? ¿Ocurrió algo?».

—Me sorprende que solo haya un enólogo para toda la finca —dije cuando mencionó que debíamos regresar o Roberta le echaría un rapapolvos por llevarme tarde a la hora de la comida.

—Siempre ha dado problemas tener más de uno y, además, no cuestiono las decisiones que vienen desde arriba —contestó

volviendo a no querer entrometerse en asuntos que no le correspondían.

Sonreí para mis adentros porque los tipos como Rodríguez no solían frecuentar el ambiente en el que me movía. Me fijé en la calidez de su rostro, no era endiabladamente guapo como el pijo del traje, pero tenía un matiz atractivo que resultaba reconfortante. Se subió de nuevo al quad y me puse el casco para montar tras él. Coloqué las manos sobre sus hombros y percibí la tensión en su cuerpo, como si el mero hecho de aquel roce le perturbara. Las aparté de inmediato en cuanto conseguí estabilidad y las llevé atrás para sujetarme.

Lo último que necesitaba en ese lugar era algún tipo de *affaire* que terminase estrepitosamente mal, sobre todo si tenía en cuenta que rehuía de cualquier relación con los hombres que no fuera solo de índole sexual.

4

A diferencia de la cena, en la que solo estábamos Roberta, Luis y yo, la comida se realizaba en el porche trasero cubierto por unas vides ahora deshojadas. La gran mesa robusta de madera tenía capacidad para al menos veinte personas, aunque allí solo hubiera una decena. Sentí que cada una de ellas tenía un puesto asignado. Roberta, su marido y un par de chicos jóvenes traían las viandas desde la cocina.

Un arroz caldoso con un delicioso olor a marisco y varios platos con hojaldre, tortilla trufada, berenjenas rellenas y verdura asada se distribuían a lo largo de la mesa.

—¡Victoria! ¡Siéntate aquí! —dispuso Roberta, dándome a entender que quien llevaba las riendas de la casa y disponía sobre todos era ella.

Puede que dada su edad y experiencia, fuese como una matriarca para todos. Me pregunté si ella llevaría los años suficientes en aquella casa para saber lo que ocurrió con mi madre. Debía de tener la misma edad que ella o unos pocos años más cuando se marchó. ¿Viviría en la zona? ¿La conocería?

Vi cómo Rodríguez se apartaba para dejarme espacio en el banco. Todos se movieron hacia la derecha para que ocupara un hueco entre él y Roberta.

—He hecho una de mis mejores recetas en honor a ti. —Sonrió la buena mujer e hice un gesto de agradecimiento por la amabilidad que mostraba.

—El arroz caldoso de Roberta es famoso en toda la comarca —dijo Rodríguez sirviéndome una copa de vino directamente desde el decantador.

—En ese caso estoy de suerte. —Sonreí en referencia a Roberta y cogí la copa que tenía frente a mí con el líquido púrpura.

Por el color y aroma que me llegaba, podría haber afirmado que se trataba de ese pinot que elaboraban en mayor proporción. Inspiré tres veces para apreciar las notas. Incluso con el trajín entre los comensales, que se pasaban platos y hacían comentarios livianos, era capaz de concentrarme. Percibí el olor a fruta negra, un matiz de fondo a tierra mojada, la sutileza de especias como la pimienta negra y un matiz dulce. ¿Vainilla quizá?, ¿o más bien caramelo? Me llevé la copa a los labios convencida de que podría responder a la complejidad de esa fusión de notas saboreando el vino.

—No está mal —dije sorprendida tras abrir los ojos. La textura era suave y ligera, con una densidad moderada que indicaba la presencia baja de taninos y una acidez equilibrada que resaltaba las notas frutales que ya se percibían en el aroma y que ahora podía catalogar como ciruelas; el matiz dulce era sin duda vainilla, pero bastante más potenciado de lo que cabría esperar—. ¿Cuánto tiempo ha estado en crianza? —pregunté a Rodríguez.

—Trece en total —dijo este sin mirarme.

Un pinot noir podía envejecerse entre seis y dieciocho meses en barricas de roble. Estaba claro que el tiempo que permanecía en las barricas marcaba la calidad que se quisiera obtener del vino. Y algo me decía que este vino había sido cambiado de barrica para adquirir ese matiz dulce.

—¿En barricas de roble francés? —pregunté mientras Roberta me quitaba el plato para servirme una generosa ración del arroz caldoso.

—Estás muy delgada, así que debes comer, o este sol hará que te desmayes al tercer día. —Roberta dejó el plato a rebosar frente a mí.

—Principalmente sí —contestó Rodríguez, y eso me hizo corroborar lo que pensaba.

En ese momento se escuchó el motor de un coche, a lo que nadie hizo mucho caso. Rodríguez se levantó. Apenas un par de minutos después, volvió empujando una silla de ruedas sobre la grava y sentí la mirada de aquel desconocido que iba sentado sobre ella. Me invadió una sensación extraña, incómoda al percibir que no dejaba de escrutarme. Supuse que solo era curiosidad por saber qué hacía yo en aquella casa y me relajé.

—¡Elías! ¿Tu olfato es tan agudo que has olido mi arroz caldoso? —exclamó Roberta apartando uno de los bancos para dejar espacio a la silla de ruedas.

—Ese manjar puede olerse a kilómetros. ¿Puedo preguntar a quién le debemos el honor de que te hayas dignado a hacerlo? La última vez tuvimos que esperar la visita de unos comerciales para deleitarnos.

—Señorita Monfort, este es mi hermano Elías. Viene a menudo por la hacienda, es como uno más de nosotros. —Rodríguez acercó la silla al punto que me permitió estrechar la mano.

—Encantado de conocerla, señorita Monfort, su llegada no ha pasado desapercibida.

Rodríguez le reprendió su comentario a la par que a algunos de los chicos se les escapó una carcajada.

—Me alegro —afirmé—. Esa era la intención.

Pronto me quedó claro que todos parecían formar una pequeña

familia. Contaban viejas anécdotas, mencionaban a familiares o amigos que conocían. Me llamó la atención que Rodríguez, a pesar de ser el capataz, era el más callado, solo hablaba cuando las preguntas iban dirigidas a él, y la mayoría de las ocasiones era su hermano el que hablaba por él. Parecía querer ser protagonista.

¿Tal vez ostentaba ese puesto por su discreción? ¿O realmente era un gran conocedor del terreno? Supuse que esa pregunta la respondería con el paso de los días. Cuando estaba acabando el postre, un delicioso flan casero, escuché los neumáticos sobre la gravilla que había en la entrada principal de lo que parecía ser un vehículo de alta cilindrada.

Nadie se movió de su sitio y continuaron a lo suyo. Un par de minutos más tarde, el pijo del traje, que ahora vestía algo menos formal pero igual de elegante, se interpuso en nuestra vista.

—Señor Arteaga, ¿le sirvo un café? —exclamó Roberta.

—Tal vez luego, ahora tengo una cita con la señorita Monfort y me gustaría comenzar cuanto antes.

Escuchar mi apellido saliendo de sus labios y en aquella tonalidad suave, grave, cuyo matiz para arrastrar cada vocal y consonante lo hacía aún más expectante, me provocó una vibración entre las piernas. No había duda del impacto brutal que la presencia de ese tipo ejercía sobre mí.

Me bebí el café de un sorbo y me levanté alzando la rodilla para salvar la banca. Di tres pasos en dirección al tal Arteaga, ya que desconocía su nombre, o puede que prefiriera que lo llamasen por su apellido. De pronto fui consciente de que había dejado el coche en las bodegas. Me detuve en seco y me volví hacia Rodríguez, que, para mi sorpresa, tenía los ojos clavados en mí e incluso sentí cómo se ruborizaba al haber sido descubierto.

—Mi coche está en las bodegas. —Lo miré fijamente, ya que era él

quien me había traído con el quad.

—Lo sé y por eso la llevaré yo mismo. —Se adelantó a decir el pijo en cuanto Rodríguez hizo un amago de levantarse de la mesa. ¿Ir en su deportivo? No. Definitivamente no. Y no porque no quisiera vivir la experiencia de sentarme en un coche de alta cilindrada, sino porque no quería estar cerca de ese tío. Punto. Había algo en él que me desestabilizaba, incluso ahora, cuando le tenía a dos metros de distancia, sentía cómo mi cuerpo temblaba hasta el punto de dudar de si el suelo se movía—. Lo dijo usted misma esta mañana, ¿recuerda? Cuanto antes comencemos, antes terminaremos.

Me entraron ganas de decirle que iría corriendo antes que satisfacerle. ¿Cuánto podría tardar? ¿Cinco minutos, siete como máximo? Lo habría hecho con gusto si no fuera porque todos parecían estar observando mi conflicto interno.

—Si eso significa perderle de vista cuanto antes, vamos —refunfuñé mientras pasaba por su lado sin mirarlo. Escuché su risa detrás de mí.

El flamante deportivo rojo ahora era uno blanco aún más espectacular. «¿Es que tiene una colección de coches? ¿Quién es este tío?».

—¿Impresionada? —Sacó la llave de su bolsillo y se dirigió hacia la puerta del conductor.

—Preferiría un todoterreno, supongo que no se puede pedir todo en esta vida —solté mientras trataba de abrir aquella maldita puerta que no tenía un cierre convencional.

«Este tío debe de estar acostumbrado a alardear de su fortuna para que las mujeres caigan sobre él. ¿Acaso trata de impresionarme? Se va a caer de culo si eso es lo que espera».

No respondió, tan solo me abrió la puerta desde dentro. Me senté y noté el asiento especialmente bajo, pero enseguida me dejé

envolver por la calidez de la piel que lo recubría. Nunca había estado en un coche que fuera tan cómodo, pero teniendo en cuenta la millonada que debería costar, sería un chiste que encima te dolieran los huesos del trasero al montarte.

Me coloqué el cinturón por inercia y quizá por tener algo que hacer en la breve distancia que había entre la casa y las bodegas.

—¿Se encuentra cómoda en la habitación que le han asignado? —preguntó de repente.

—Sí. Es perfecta —dije sin mirarlo. No quería apartar mi vista de la ventanilla a mi derecha, tratando de bajar el ritmo de mi respiración porque su perfume amaderado con un toque a vainilla e incienso penetraba por cada uno de mis sentidos.

«¡Joder, qué bien huele!».

Tenía la sensación de que iba más despacio de como conduciría de forma habitual, o puede que fuera la necesidad de poner distancia con aquel espécimen irresistible. Su cercanía me afectaba, me atraía con una intensidad a la que no estaba acostumbrada.

¿Desde cuándo perdía yo el control sobre mí misma de ese modo? Las palpitaciones, el temblor, la inherente atracción y aquel perfume cuya profundidad me descubría notas prohibidas, me llevaban a pensamientos que hacía tiempo tenía olvidados.

No. Este tío tenía que pirarse y no regresar mientras yo estuviera allí.

Afortunadamente para mí, no habló más hasta que dejó su coche aparcado junto al mío. De nuevo, no fui capaz de abrir la puerta. Pensé que saldría, daría la vuelta al vehículo y me abriría, pero, en lugar de eso, noté cómo su rostro pasaba muy próximo al mío para inclinarse sobre mí; estaba tan cerca que podía percibir su aliento. Ya no quedaba rastro de alcohol, sino un perfume mentolado y fresco que invitaba a pecados más oscuros.

Él era fuego. Ardor. Seducción. Excitación y descontrol. Lo llevaba escrito en esa mirada grisácea, en esos ojos que destellaban una prometedora noche de pasión desmedida.

Peligroso. Demasiado peligroso.

—Hay que empujar con suavidad hacia arriba —dijo aún con su cuerpo casi encima del mío. Después se tomó su tiempo para apartarse poco a poco con una evidente cara de satisfacción que, intuía, se debía a mi propia turbación.

«¿Soy yo o está tratando de provocarme?».

Si hubiera sido mi último día de trabajo y pensara pirarme, aceptaría con gusto la opción de tirármelo y desaparecer importándome muy poco que fuera un niño mimado de papá, pero, como no sabía cuánto tiempo iba a estar allí o cuántas veces tendría que lidiar con el pijo, era mejor mantener las distancias.

Decidí desterrar todas las sensaciones que el señor Arteaga me provocaba y colocarme la máscara de frialdad que me caracterizaba cuando me concentraba en el trabajo.

—¿Va a decirme por qué razón estoy aquí? —pregunté de camino a la entrada de la bodega.

Tiró del portón y este cedió ante su fuerza. Todo el interior estaba iluminado, simplemente habían cerrado para mantener el frescor dentro de la nave.

—¿Tanta prisa tiene por saberlo? Todo a su debido tiempo, señorita Monfort —increpó con su habitual tono de diversión.

«¿Este tío se toma algo en serio?».

—Podría saber entonces qué cargo tiene dentro de la bodega, más que nada para saber a quién debo nombrar cuando tenga alguna queja.

—¿Es su primer día y ya tiene quejas sobre mí? —exclamó colocándose las manos en la espalda y abrazando con una de ellas el

antebrazo de la otra en una clara señal de comodidad y autoridad, como quien sabe que ejerce el control de la situación.

«Mierda. Mierda. Mierda, mierda y mierda. ¿Puede este tío formar parte del consorcio que tiene en propiedad la hacienda? Pero teniendo en cuenta los dos coches de lujo que le he visto en un mismo día, sería una estupidez por mi parte creer que solo era un pelele puesto a dedo sin más».

—Me llamó inepta, ¿recuerda? —dije solo para no admitir mi metedura de pata.

No es que me importase quién fuera realmente, pero si él tenía respuestas a lo que ocurrió aquí hace cuarenta años, no me convenía tener una relación desastrosa con ese tío por mucho que me pesara.

—Inepto para ser exactos. Desconocía que el nuevo enólogo fuera una mujer, pero no fui yo quien hizo la selección y la contrató, solo aprobé una lista de cualidades que debían cumplir los candidatos y el personal de la empresa se encargó de hacer las propuestas.

—¿Quiere decir que no fui su primera elección? —pregunté conforme avanzábamos por la bodega y yo le seguía el paso.

—No. Le aseguro que, si su nombre hubiera estado en los primeros puestos de esa lista, la recordaría. —Se detuvo de golpe, lo que me obligó a hacer lo mismo—. Soy Egan Arteaga, director general del grupo Nexum al que pertenecen las bodegas El Dorado.

«Genial, estupendísimo de la muerte…, no solo le he dicho que se pire de aquí al dueño del viñedo, sino que además acabo de descubrir que este tío no sabe nada de mi interés por este lugar. No sé qué es peor, si el hecho de que pueda echarme cuando le dé la real la gana o que no pueda darme respuestas a lo que sucedió».

—Mejor no pregunto cuánta gente rechazó la oferta hasta que me lo ofrecieron a mí —dije sin disculparme. Después de todo, él

tampoco había ofrecido una disculpa real.

—Las cualidades para el puesto eran muy específicas, comenzando por alguien que no fuese del país —contestó alargando el brazo para que continuáramos caminando hacia el final de la bodega, desde donde, supuse, comenzaría mi visita guiada.

—¿No es eso contraproducente? —exclamé pensando que alguien de la zona conocería mejor el terreno para actuar en consecuencia.

¿Qué motivos podría tener para requerir a alguien de fuera?

—Hasta cierto punto lo es, estoy de acuerdo —continuó volviendo a colocar las manos en la espalda—, pero no he tenido más remedio que tomar medidas drásticas dado los últimos acontecimientos.

Comenzamos a subir por unas escaleras que daban a unas oficinas. Yo le seguía por inercia y también por curiosidad por saber lo que estaba ocurriendo allí.

—¿Le gusta jugar al misterio o me va a decir de una vez lo que ocurre? —solté, ya que no soportaba más aquella demora.

—¿Siempre dice lo que piensa sin medir las consecuencias?

—Si cree que voy a cortarme porque es el dueño de todo esto —hice énfasis en señalar a ambos lados de la nave—, siento decepcionarle, pero no soy alguien fácilmente impresionable.

—Eso me ha quedado claro, pero no responde a mi pregunta. ¿Siempre dice lo que piensa sin medir las consecuencias? —insistió, mirándome fijamente con aquellos ojos grises que ahora brillaban como un destello plateado.

—Si —admití cruzándome de brazos—. Debe ser un defecto de nacimiento.

—Me gustan los defectos —afirmó con lo que podía atestiguar que era toda una declaración de intenciones.

¿Estaba tratando de coquetear conmigo o eran imaginaciones mías? No. No lo eran, lo que me llevaba a pensar que estaba tan

acostumbrado a hacerlo que ni siquiera se molestaba en disimular.

—Debe de ser un hombre muy ocupado si tiene un imperio, no me gustaría hacerle perder el tiempo, así que vaya al grano. ¿Por qué me han hecho venir desde Francia y por qué solo usted puede revelarme la razón de que esté aquí?

Vi cómo cambiaba rápidamente de semblante y adquiría un matiz serio, como si le hubiera dado motivos para abandonar esa aura de diversión y coquetería para centrarse en los negocios.

¿De verdad sería un pelele como imaginaba o sabría a ciencia cierta cómo funcionaba aquello? Aún tenía serias dudas de que pudiera distinguir sus propios vinos con solo olerlos. Era a todas luces un niño mimado y un juerguista innato, solo hacía falta ver ese gesto pícaro en su rostro para intuirlo a la legua.

—Producimos siete variedades de vino —comenzó a decir en un tono muy diferente al que había utilizado hasta ahora. Intuí que era el que empleaba cuando quería que se le tomara en serio—. Adagio, allegro, glissando, staccato, tremolo, coda y fugato.

—¿Tienen términos musicales? —exclamé alzando una ceja.

—El vino debe ser como una orquesta, donde cada elemento se complementa y armoniza creando una sinfonía única para el paladar. Ningún componente debe sobresalir demasiado, pero todos a su vez contribuyen a una experiencia completa y equilibrada que acapara todos los sentidos de quien la disfruta. ¿Responde eso a su pregunta?

«Admito que como vendedor debe de ganar una fortuna si va con ese discursito».

—Original —admití sin confirmarlo.

—Como habrá comprobado, el pinot noir es nuestra principal apuesta —continuó sin llevarse el mérito de los nombres clásicos de los vinos, tal vez no hubiera sido una idea propia—. Nuestra última

producción de pinot no ha alcanzado la calidad adecuada, para ser exactos ni siquiera ha alcanzado una calidad aceptable.

Eso me sorprendió. ¿Qué habría ocurrido?

—¿Demasiada presencia de taninos? ¿Algún problema con las barricas?

—No lo sabemos —confesó, lo que provocó un mayor interés por mi parte en el asunto—. En los informes, el fruto tenía la calidad adecuada, las barricas permanecían en buen estado y todo se hizo según estrictas indicaciones. Así que no hay una explicación lógica para que haya ocurrido esto.

Que no conocieran la causa era aún más inaudito.

—¿Se ha echado a perder toda la producción del pinot?, ¿absolutamente toda? —pregunté atenta a su perfil, que miraba hacia la parte inferior de la bodega donde todas las barricas lucían bien alineadas.

—Sin excepción —afirmó cruzándose de brazos en una clara señal de reflexión.

Que una bodega perdiera toda la cosecha del año de su producto estrella traía gravísimas repercusiones económicas. Imaginaba que un consorcio tan grande podía asumir esas pérdidas, pero ahora entendía el porqué de su presencia allí.

—¿Solo ha sido el pinot? —insistí para tener más detalles.

—Sí —confirmó.

Esto lo hacía aún más intrigante, porque si las condiciones climáticas habían interferido de algún modo en el sabor de la uva, esto podría verse repercutido en la elaboración, pero también habría afectado, aunque fuera en menor grado, al resto de las variantes, expuestas a las mismas adversidades. Y luego estaba el hecho de que supuestamente todo era correcto…

—Tienen sospechas de un boicot por parte de la competencia. De

ahí que uno de los requisitos para este puesto fuera no ser del territorio.

—*Voilà*, mademoiselle Monfort —corroboró él con una sutil sonrisa.

«No me puedo creer que el destino se ría en mi cara y haya terminado aquí precisamente yo, y fijo que después de que no sé cuántos rechazaran la oferta. ¿Qué probabilidades existen de que eso ocurra? Está claro que si el azar existe, quiere que descubra lo que ha pasado aquí, el motivo por el que mi madre se marchó de repente y las razones para que alguien desee que las bodegas El Dorado quiebren».

—¿Tienen sospechas del antiguo enólogo? —pregunté justo antes de que las voces de los trabajadores se escucharan por la nave indicando que regresaban a su turno de trabajo.

—Fue despedido porque era el máximo responsable de la elaboración, pero si he de ser sincero, sospecho de todos los que están aquí, menos de usted —indicó mostrándome sus dientes en una débil sonrisa—. Y después del numerito que montó negándose a realizar el trasvase, va a tener que demostrarme que es apta para realizar sus funciones.

—El vino no estaba listo aún, le faltaban como mínimo tres días —afirmé tajante.

—Ilústreme. —Se giró para darle la espalda a la nave y colocarse frente a mí, brindándome toda su atención.

Tenía la sensación de que sería como hablarle a una pared, pero, bueno, él lo había pedido.

—El albariño es un vino fresco, aromático y vibrante, de un color amarillo pálido con reflejos verdes o dorados dependiendo de su edad o del proceso de vinificación. Tiene un cuerpo de ligero a medio, gran estructura y un claro equilibrio entre acidez y frutal. El

final debe ser refrescante, con toques almendrados o sensación mineral, y su vinificación se realiza en crianza sobre lías o fermentación en barrica, aunque esta última es menos común —aclaré siendo consciente de que su mirada persistente no dejaba de avivar ese crepitar que percibía en el estómago, así que llevé la vista al frente para no sentir aquel nerviosismo—. A pesar de que la fermentación en barrica puede aportarle mayor estructura y notas ligeramente dulces o especiadas, la crianza por lías le aporta mayor complejidad y textura cremosa y deja unas notas suaves a mantequilla y almendra.

—Sé de sobra cómo se elabora el albariño —intervino para darme a entender que tanta explicación no era necesaria.

—Entonces sabrá que la clarificación y el olor indican perfectamente su estado. Su albariño aún tenía trazos de lías muy sutiles y por su aroma todavía le faltaba un poco más para llegar a su punto adecuado de trasvase.

—¿Por su aroma? —parecía sorprendido—. ¿No lo probó?

—No fue necesario. Tengo un olfato muy desarrollado.

Por un instante percibí una intriga y curiosidad diferentes a las de la mañana, cuando solo le preocupaba mi apariencia física. Alzó una ceja y continuó de brazos cruzados. Después se giró para mirar hacia un punto de la nave en silencio hasta que al final volvió a dirigirse a mí.

—¿Es ese olfato lo que ha hecho que ganase el gran oro en el concurso mundial de Bruselas? —preguntó sin rodeos.

—Para no recordar mi nombre en esa lista, parece saber bastante sobre mí —respondí haciendo hincapié en su propio argumento.

—He tenido tiempo de solventar ese problema. —Sonrió de nuevo divertido.

—Así que en lugar de dormir la mona, se ha leído mi currículum y

googleado mi nombre. —Empleé el mismo tono que él y me coloqué en la misma posición, como si aquello se estuviera convirtiendo en un reto—. ¿Ha encontrado algo turbio?

Le vi agrandar la sonrisa.

—¿Debería?

Casi sentí que se inclinaba sobre mí y fui muy consciente de cómo disfrutaba de aquella especie de batalla dialéctica.

—¿No cree que si respondo afirmativamente me despedirá? —agregué inclinándome hacia él y empleando un tono mucho más irónico de lo habitual.

—Lo podemos discutir mientras cenamos esta noche —soltó de la nada, y eso casi me hizo reír.

La tentación era real, plausible y… ¡Dios bendito! Ese aroma varonil y esos músculos que se marcaban bajo la camisa eran señales claras de que una noche con él suponía un absoluto deleite.

Pero ni de coña iba a liarme con mi jefe por mucho que fuera una reencarnación de un dios que acabara de caerse del Olimpo e hiciera que todo mi cuerpo temblara sin siquiera tocarme.

—Dejemos clara una cosa, señor Arteaga…

—Egan —cortó.

—Señor Arteaga —insistí negándome a llamarle por su nombre—. Soy la nueva enóloga de las bodegas El Dorado, más allá de lo que concierne a una relación estrictamente profesional con usted, interactuar con su persona queda por completo fuera de mi interés.

Me miró con mayor intensidad, como si en lugar de aceptar mi desinterés o sentirse enfadado por mi negativa, más bien le sorprendiera.

—¿Y si cenar conmigo fuera trabajo? —preguntó insistente.

—En ese caso tendrá que pagarme horas extras y no será fuera de esta hacienda —solté apartando su mirada y preguntándome a mí

misma por qué demonios le seguía el jueguecito en lugar de cortar por lo sano y ser una borde como solía hacer con todos los tipos que se volvían obstinados.

«¿Es porque está tremendamente bueno y remueve algo en mi interior o por el hecho de ser mi jefe?».

Tenía la sensación de que la primera vencía por mucho a la segunda.

Y no me gustaba nada. Nada en absoluto.

Para ser un hombre de negocios supuestamente ocupado, el señor Arteaga se tomó toda la tarde libre para enseñarme las bodegas.

Allegro pertenecía a la producción del sauvignon blanc. Glissando era la cepa autóctona de la zona, el bobal. Staccato correspondía al albariño. Tremolo era una mezcla de chardonnay y pinot noir que tampoco saldría en producción este año. Fugaz era cien por cien la variante shiraz. Coda lo componía un porcentaje diferente de bobal, cabernet, merlot y shiraz. Y adagio era su apuesta más arriesgada con el pinot noir.

—¿Por qué tener variantes que solo se utilizan para mezclar? —inquirí al darme cuenta de que el merlot, el cabernet y el chardonnay no tenían su producción propia de vino, sino que se cultivaban solo para ser mezclados después de la crianza.

—Estrategia de venta —aclaró de inmediato—. Buscamos atraer a una audiencia más amplia que se ajusta a un mercado donde el cliente exige un vino menos complejo o abrumador, y prefiere uno de matices suaves y agradables, eso lo conseguimos con el coda y tremolo, nuestros únicos vinos con distintos porcentajes de mezcla.

—Y, aun así, apuestan por el pinot noir cuando todo el mundo sabe que se adapta mejor a climas fríos, y este lugar es similar al infierno —dije sin ser consciente de la sinceridad de mis palabras.

No es que tratase de desprestigiar la labor de las bodegas, pero me parecía cuanto menos curioso que su principal apuesta fuera tan arriesgada.

—Hemos logrado el equilibrio perfecto de la cepa y su máximo potencial para que se adapte al clima y reciba un sabor diferente al resto de los pinot noir en el mundo.

—He probado el pinot noir hace un rato y no está nada mal, pero tampoco es excelente —afirmé sin admitir que tenía razón en cuanto a la particularidad del sabor, pero había probado caldos mejores a lo largo de mi vida.

Se detuvo con un gesto de seriedad hasta ahora inapreciable en su rostro y me miró de un modo extraño.

—Cualquiera diría que no valora como es debido la oportunidad que le ofrece este trabajo —dijo pensativo.

Fruncí el ceño.

—Acepté venir, eso significa que la tengo muy presente, pero si quiere halagos por mi parte, no los va a recibir. Soy una persona muy exigente.

—¿Ahora me va a decir que exige la perfección en todo lo que hace? —inquirió con los ojos fijos en mí.

—La perfección es una utopía, señor Arteaga. Nadie es perfecto, ni usted ni yo ni ningún ser que habita sobre este planeta.

«Aunque bien podría decirse que su apariencia roza con creces la perfección, pero eso es algo que jamás va a escuchar de mis labios».

—¿Ni siquiera un vino? —preguntó con un tono que incitaba al deseo prohibido.

—No. —Aparté la mirada—. Un vino puede tener una excelente calidad, alzarse con matices únicos y poseer carácter o complejidad propios, pero aun así nunca será perfecto, siempre podrá mejorar.

—Voy a vigilar muy de cerca sus pasos, señorita Arteaga. —Se metió las manos en los bolsillos, erguido y con expresión neutra para permitirme apreciar en su lenguaje corporal una clara posición de dominancia—. Así que tendrá que demostrarme que es válida para sus funciones y que ese gran oro lo ha ganado por méritos propios.

Normalmente la intimidación no funcionaba conmigo, pero aquel modo de mirarme, su cercanía y ese constante perfume perforando mi sentido del olfato hasta conectarse con el sentido del gusto y saber, de antemano, que el sabor de su piel iba a ser un frenesí que exaltaría cada poro de mi cuerpo me desarmaban hasta hacerme vulnerable.

—¿Y cree estar capacitado para valorar mis cualidades?

—¿Qué le hace pensar que no sé cómo funciona mi propia bodega?

—El hecho de que ordenase el trasvase del albariño antes de tiempo es un buen comienzo, ni dudar y comprobar por sí mismo el estado para determinar si era o no correcto. Por no hablar de que esta gente no parece tener mucha confianza en usted, lo cual se traduce en que apenas visita la hacienda y, por tanto, dudo especialmente de que tenga una gran cercanía con la producción.

Observé que se le agrandaban los ojos. Pareció que iba a responder, pero calló de repente. Me miró de soslayo y esbozó una ligera sonrisa.

—Esta hacienda no es la única propiedad que dirijo. —Se estaba excusando y él mismo lo sabía.

—Se nota. —Me crucé de brazos—. O no tendría toda una producción de pinot noir que no sirve ni para hacer goulash.

Vale, igual me estaba pasando, pero no pensaba dejar que este tío me afectase más de lo que su propia presencia ejercía sin necesidad de rozarme un solo cabello.

—¿Goulash?

—Un plato típico húngaro a base de…

—¡Sé lo que es! —bramó ahora contrariado.

«¿Se ha cabreado porque le he dicho que su producción de pinot no sirve ni como vino agrio?».

—Mi familia tiene esta propiedad desde hace cuarenta años, así que conozco a la perfección cada detalle del proceso de elaboración.

«¿Cuarenta años? Es prácticamente el tiempo que hace que mi madre se fue de aquí. Si no habían cambiado de dueños desde entonces, su familia sabría lo que ocurrió con los anteriores. ¿Lo sabría también él? ¿Se lo habrían contado?».

—Así que la respuesta es sí, estoy más que capacitado para valorar sus cualidades, y ahora, señorita Monfort, más le vale hacer uso de ellas, porque le voy a exigir todo su potencial y me convertiré en su sombra si hace falta.

«¿Qué? ¡No! ¡Joder! ¡Por qué no me habré quedado con la boca cerrada! Al final voy a tener que darle la razón a Marion y guardarme las opiniones que no me pidan».

5

—Vamos, Marion —supliqué mientras iba de un lado a otro de la habitación. A través de la ventana ya era noche cerrada—. Coge el teléfono.

Después de mi visita a las bodegas con el señor Arteaga, este había recibido una llamada y dejó que fuera Rodríguez quien terminara de enseñarme el funcionamiento de las máquinas que envasaban el vino y el posterior almacenaje.

Tenía que admitir que haberle sacado de sus casillas no fue una buena estrategia para alejarlo, aunque había conseguido que dejase a un lado ese doble juego de coqueteo que seguramente empleara con todas las féminas que entraban en su radio de alcance.

Su presencia me aceleraba las pulsaciones, y eso era algo que no me podía permitir.

—¿Sí? —Su voz sonaba apresurada y noté su respiración agitada, como si acabara de subir cinco pisos y casi no tuviera aliento.

—¡Aleluya! ¡Te he llamado seis veces! —le recriminé en francés.

No es que Marion supiera hablar español, pero me tranquilizaba hablar en otro idioma por si a alguien le daba por escuchar al otro lado de la puerta.

—Estaba… ocupada. —El tono que imprimió a sus palabras solo

podía significar que estaba teniendo sexo.

—¿Fabrizio? —Me refería a ese portento italiano que había llegado a la empresa de Marion hacía unas semanas y del que ella no paraba de hablar.

—Puede ser —admitió en voz baja—. Y ahora dime. ¿Ha pasado algo?

—¿Tú crees que te llamo seis veces seguidas por amor al arte? ¡Claro que ha pasado algo! —exclamé apartando mentalmente la idea de que mientras yo no dejaba de moverme entre aquellas cuatro paredes, Marion estaba teniendo orgasmos de placer.

¡Maldita sea! Eso me hacía recordar al dios viviente, lo que me desesperaba aún más.

—¿Has descubierto por qué huyó tu madre? ¿Estás en peligro? —comenzó a preguntar mientras el tono de preocupación incrementaba—. Porque si es así cojo el primer avión a Valencia y…

—No. Nada de eso —la corté en seco—. De hecho, he descubierto que nadie de aquí sabe quién soy realmente y los motivos que me han traído hasta este lugar no tienen nada que ver con el pasado de mi madre.

—¿Me estás diciendo que todo ha sido mera casualidad? —exclamó Marion como si no fuera posible.

Ciertamente no me quedaba más remedio que aceptar que el destino o el azar habían querido traerme hasta allí.

—Sí, esta tarde me ha quedado claro que solo estoy aquí por trabajo. Tienen sospechas de que han tratado de sabotear la producción de uno de sus vinos. Se ha perdido toda la cosecha —expliqué a pesar de que quizá fuera información que todavía mantenían en estricto secreto, pero no podrían hacerlo por demasiado tiempo cuando se comprobara que el vino no tenía salida al mercado.

—¿Y estás así por la decepción de saber que no ha sido tu vínculo lo que ha hecho que te contactaran? —inquirió confusa.

—No. Estoy así por Egan Arteaga —solté a sabiendas de que a mi prima ese nombre no le decía nada—. El maldito dueño de este lugar.

Siguió un silencio prolongado al otro lado de la línea y luego escuché sonidos de Marion moviéndose.

—Estás acostumbrada a trabajar con carcamales dignos de clavar en una estaca y dejar que se pudran al sol, dudo que este sea peor. —Obviamente se había creado una imagen bastante inadecuada de la situación—. Dios bendito… —Suspiró segundos después, y supe que acababa de googlear su nombre en el ordenador—. No puede existir un hombre así de carne y hueso. —Volví a escuchar que susurraba como si no fuera consciente de sus propios pensamientos —. ¿Por casualidad ese tal Egan tiene un hermano? —preguntó cuando la imagen de Arteaga dejó de freírle el cerebro.

—Ni lo sé ni me interesa, pero es un niño rico de papá fiestero y caprichoso —dije sin añadir que estaba tan bueno que te hacía perder la razón, a fin de cuentas era algo que la propia Marion acababa de ver en la pantalla.

—¿Y qué más te da como sea? Tú haz tu trabajo y trata de averiguar lo que ocurrió con tu madre, no creo que él te suponga un problema para eso.

—Vale. Admito que es posible que lo haya sacado un poquito de sus casillas diciéndole que no sabe jota con pelota de su propia bodega —confesé y escuché cómo resoplaba—. Y ahora será como una mosca cojonera.

—Ya quisiera yo que las moscas tuvieran el aspecto de ese buenorro —susurró Marion.

—¡Marion! ¡Te estoy diciendo que es un pelmazo! —grité.

—Bueno, hija…, un buen polvo sí que tiene. ¿O me lo vas a negar? Igual te puedes llevar de allí una buena alegría.

—No sé para qué te cuento nada…

Indignada me volví hacia la ventana, y en ese momento unos faros se acercaban a la hacienda.

¿Quién podía venir a estas horas? Cogí el reloj digital que estaba cargándose sobre la mesita de noche y comprobé que eran casi las once y media. Apagué la luz y me quedé observando a través de las cortinas. Los faros aún encendidos me confirmaron que se trataba de un Range Rover de color oscuro.

—¿Porque has metido la pata y ahora quieres que yo te diga que no es culpa tuya? Ya te he dicho cientos de veces que, en determinadas ocasiones, preservar para ti tu propio juicio es más un bien que un mal —reprochó como lo hubiera hecho mi propia madre —. Ahora apechuga.

Los faros se apagaron y alguien bajó del coche. Estaba oscuro, pero pude apreciar que se trataba de un hombre alto. Sacó un bulto del maletero, cerró de un portazo y se dirigió hacia la puerta de entrada a la casa.

Según Roberta, solo ella y su marido se alojaban allí, además de yo misma, lógicamente, mientras estuviera trabajando en la hacienda. ¿Quién podía ser ese misterioso hombre?

—No le dije nada que no fuera una verdad como un templo — susurré.

Me acerqué a la puerta y la abrí sigilosamente para ver si podía escuchar algo.

Me llegaron unas voces muy de fondo, así que me acerqué por el pasillo hasta asomarme a la barandilla que daba hacia el hueco de las escaleras. Era la voz de Luis, el marido de Roberta. Hablaba con el hombre misterioso. Después escuché que alguien comenzaba a

subir a la planta de arriba.

—Mierda —me lamenté, con Marion aún al teléfono y caminando de puntillas para que no pudieran descubrirme.

—¿Qué parte de ten cuidado no entendiste? —inquirió Marion.

—No es lo que crees.

Dejé entornada la puerta hasta ver la inconfundible silueta llegar al descansillo y darle al interruptor de la luz. La figura de Egan Arteaga, vestido con un pantalón deportivo y una camiseta ajustada, perforó cada uno de mis músculos con tanta presión que pude notar cómo mi corazón se paralizaba.

—Joder…, joder…, joder…, que está aquí —comencé a jadear.

«¿Qué hace aquí? Porque es evidente que ha venido a pasar la noche. ¡Y hasta trae un macuto consigo! ¡Maldita sea!».

—¿Que está ahí quién? ¿El buenorro de tu jefe?

—Shhh —siseé—. ¡No lo llames así!

—¿Prefieres bombón con patas?, ¿dios candente?, ¿cachas de acero?, ¿operación polvazo?, ¿cuerpazo de infarto?

Unos golpes en la puerta me hicieron desconectar de la perorata de Marion y me percaté de que debía de estar al otro lado.

—Te llamo en dos minutos.

—Si te lo tiras, serás mi ídola.

—¡Calla! ¡No pienso tirármelo! —bramé y en ese mismo instante me llevé una mano a la boca esperando que no me hubiera escuchado, aunque ¿qué probabilidad había de que supiera francés?

Corté la llamada y adopté una cara neutra que no relatase ni una pizca de sorpresa por su repentina aparición. Abrí al mismo tiempo que le di al interruptor de la luz, y mi expresión de neutralidad se fue al carajo cuando lo vi apoyado en el marco de la puerta, demasiado cerca para conservar la calma.

—Su nuevo teléfono —dijo ofreciéndome una caja—. Tiene doble

tarjeta por si desea utilizar un solo terminal, es decisión suya, pero lo mantendrá siempre encendido y disponible. No me gusta tener que llamar dos veces.

Arqueé una ceja y mi vista pasó de la caja hacia aquellos ojos grises que destellaban. No aprecié la expresión de burla en su rostro ni ese desdén de coquetería que le había conocido desde el primer momento. ¿Tanto le había molestado que le dijera que no conocía su propia bodega? Cogí la caja con escepticismo. Él pareció erguirse con la intención de marcharse.

—Gracias —dije sin añadir nada más. Ni siquiera pregunté cómo sabía en qué habitación me alojaba.

—La veré mañana a las siete y media en punto —dijo agachándose para recoger la bolsa—. Así que no se retrase como esta mañana —añadió dándose media vuelta.

Me quedé inmóvil viendo cómo abría la puerta que tenía frente a mi cuarto hasta que se perdió tras ella.

«Que no cunda el pánico, es un niño mimado y fiestero que dirige un consorcio millonario. No durará más de un día. Seguro que es una rabieta por haberle recalcado que las bodegas son su responsabilidad. Solo quiere incordiarme y dejarme claro que estoy a sus órdenes».

El teléfono volvió a sonar. Era Marion, cerré la puerta mientras descolgaba.

—¿Sabías que tu mosca cojonera tiene hoteles, discotecas y casinos? ¡Está forrado! ¿Que digo forrado? ¡Literalmente nada en billetes! —gritó mi prima, de modo que decidí meterme en el baño no fuera que mi nuevo vecino tuviera un oído ultrasónico y encima entendiera mi idioma natal.

No me sorprendía que fuera millonario teniendo en cuenta que le había visto tres coches de alta gama en menos de veinticuatro

horas.

—Lástima que no se pueda comprar un cerebro —refunfuñé cerrando la puerta y mirándome al espejo.

Llevaba el pelo trenzado hacia atrás y vestía una camiseta ancha que hacía la función de camisón de dormir. Que me hubiera visto con aquella pinta informal hacía que una sensación extraña ahondara en mi estómago.

—¿Tan imbécil es? —preguntó ahora Marion prestándome atención.

—Intentó coquetear conmigo desde el primer momento, dando por sentado que iba a seguirle el rollo como probablemente esté acostumbrado. Incluso se mostró como un pavo real cuando apareció con un coche que debe de costar una fortuna, como si fuese a prestarle más atención por su dinero. Está claro que no se toma nada en serio, así que no me sorprende que las cosas aquí vayan como van. En el momento en que se lo recalqué y mostré mi desinterés hacia él, se cabreó. No es mi problema que sea un pijo rico al que le importa más la diversión que las innumerables bocas que este lugar alimenta. Si es un irresponsable, no es mi problema, que se lo haga mirar. Además, dice mucho de él que se haya limitado a despedir a todo el personal que según su criterio es responsable sin cuestionarse qué ha podido pasar ni indagar en el asunto.

—Pues gracias a ese irresponsable tienes la oportunidad de estar allí y averiguar lo que le pasó a tu madre. De todos modos y aunque sea un pijo imbécil, sigue teniendo un polvazo de la…

—No me pienso acostar con él. Punto.

—Uy, uy…, nunca te has negado al sexo esporádico y está claro que este tío solo busca eso de ti. ¿Hay algo que no me estás contando, primita? —El tono sugerente de Marion era del tipo «no te

voy a dejar en paz hasta que me lo cuentes». Y ella era una experta en sonsacarte hasta lo inimaginable.

Suspiré.

—Admito, y esto solo lo diré una única vez, que no he visto a un hombre más guapo en mi vida —hablé casi en un susurro y escuché que Marion emitía un sonido agudo de euforia—, pero precisamente porque es un engreído muy seguro de sí mismo no pienso darle la satisfacción de creer que es el centro del universo y yo un simple planeta más que gira a su alrededor.

No pensaba afirmar en voz alta que en otras circunstancias no habría tenido ningún reparo en irme con él a algún hotel sin siquiera aprenderme su nombre, pero era el dueño de este lugar, ¡e incluso su familia podía tener algo que ver o saber lo que aquí sucedió!

—Bueno, quizá un planeta no, pero la luna… —comenzó Marion—. A mí no me importaría tenerlo durante las noches. —Se rio y la reprendí—. Vale. Ya paro, pero al menos dime si hace justicia a las fotos que estoy viendo, porque, si es así y a ti no te interesa, ya estoy planificando dónde pasaré mis próximas vacaciones.

—Ni tú ni yo vamos a meternos en la cama de ese…, ese… —Ni siquiera sabía cómo definirlo.

—¿Bombón relleno?

—Más bien diría pavo insuflado de ego.

Empezaba a estar cansada de hablar de él con Marion, ya llevábamos un buen rato. Prefería ignorarlo y también obviar el hecho de que le tuviera a tan solo unos cuantos metros de mi propia cama.

¡Por Dios! ¡Ni siquiera me había percatado de lo que significaba que su puerta estuviese a dos pasos literales de la mía! «¿Estas habitaciones tienen cerrojo?». Me dirigí hacia la entrada y comprobé que bajo la manivela había un sobresaliente de forma ovalada, lo

giré y sentí el clac que confirmaba que la llave estaba echada.

—Apenas has tratado unas horas con él, Vic. Puede que tengas razón y sea un pijo mimado de papá, pero sigue siendo tu jefe y, cuando descubra de lo que eres capaz, seguro que volverá a su hábitat natural y dejará de ser tu mosca cojonera. Y no descartaría tan fácilmente lo de meterte en su cama…, al menos te llevarías un bonito recuerdo de ese lugar.

—¡Ah! ¡Eres imposible! —bramé lo suficiente alto para saber que Arteaga me habría escuchado con total seguridad—. Te dejo, que el pijo me ha dejado muy claro que no piensa tolerar la impuntualidad ni un microsegundo, y ya sabes que no puedo saltarme la hora de running.

—Está bien, prometo no volver a mencionar el tema si te pones así. Ya me ha quedado claro que el tipo está vetado, aunque sigo diciendo que podrías desmelenarte un poco por una vez y no autoimponerte tantas medidas cautelares en cuanto a tíos se refiere.

—Nunca mezclo el trabajo con el placer, las dos sabemos que eso siempre acaba complicándolo todo —afirmé admitiendo en parte que la idea de acostarme con el pijo forrado que tenía por vecino era más que tentadora, pero muy consciente de que debía poner freno a esa tentación.

Coloqué el teléfono en la base de cargar y me quedé sumida en la oscuridad de la habitación completamente alerta al mínimo ruido. La tensión era palpable, casi tanto como la incomodidad de saber que ese hombre estaba demasiado cerca. Había evitado contarle a mi prima lo que había sentido en su presencia, esa sensación de ahogo febril, espasmos y temblor bajo mis pies haciendo que todo se moviera a mi alrededor como si su simple presencia fuera un tornado.

Deseché enseguida que aquello tuviera algo que ver con él, sino

más bien con las emociones que me despertaba la hacienda. La realidad era que cuando acepté la propuesta fue la primera vez que sentí una emoción vibrante y auténtica, como si algo dentro de mí se hubiera estado preparando para este momento que me acercaría a mi madre.

¿Tal vez me estaba volviendo paranoica? Cerré los ojos con fuerza abrazándome al silencio y cuando volví a abrirlos me di cuenta de que el sol despuntaba en la oscuridad y la alarma del teléfono no dejaba de sonar.

No recordaba haber dormido sin ningún desvelo en años. Quizá era porque mi cuerpo aún se sentía cansado.

Eran las seis en punto, así que salté de la cama y me enfundé en otro conjunto de pantalón corto y sujetador deportivo casi igual de llamativo que el del día anterior, solo que este era de un rosa flúor aún más atrevido y el pantalón más ancho pero más corto. Ni me miré al espejo cuando decidí salir con la trenza algo desecha tras dormir y solo un poco de agua fresca en la cara para tratar de despejarme del todo.

Al igual que el día anterior, la puerta estaba cerrada, así que la abrí con cuidado y salí al frescor que me ofrecía la mañana. Hice un recorrido similar tras activar el cronómetro del reloj digital. Llegué un poco más lejos en el camino y divisé una zona alta enrejada que custodiaba un olivo que parecía arrojar sombra a unas vides. Aquello me llamó la atención más aún porque era infrecuente. ¿Por qué parecían protegidos? Estaba demasiado lejos para apreciarlo con detenimiento, así que hice amago de acercarme, pero, en cuanto puse un pie en el terreno fuera del camino, el reloj me avisó de que tenía que regresar o llegaría tarde.

Era lo suficientemente temprano para no cruzarme con ningún vehículo o trabajador de la hacienda, así que, al llegar al solar que

rodeaba la casa, me extrañó que la verja estuviese abierta y que tanto Luis como Roberta ya hubiesen comenzado su jornada.

—Sí, es extraño. —La oí desde el salón principal—. Ayer pensé que solo habría sido un descuido, pero dos días seguidos me lleva a pensar que no puede ser una coincidencia.

—Buenos días —dije asomándome al salón ante el olor atrayente de café recién hecho y fruta fresca, pero la sensación de que todo temblaba a mi alrededor me hizo ser muy consciente de que Roberta no estaba hablando con su marido, sino con el dueño y señor del lugar.

No sé por qué razón había creído que mi impoluto jefe dormiría plácidamente hasta cinco minutos antes de nuestro encuentro laboral, así que tuve que morderme el labio para no emitir un gemido de sorpresa al ver que ocupaba la cabecera de la mesa con un iPad en la mano y el café en la otra.

—¡Victoria! —exclamó con alegría Roberta.

La reacción de la mujer me hizo confirmar que le gustaba mi presencia. La idea de que era la única mujer en toda la hacienda cobraba fuerza, pero tampoco me paré a analizar por qué motivo me trataba de aquel modo tan peculiar como si se sintiera en cierta medida responsable de mi bienestar.

«Quizá es de esas pocas personas que aman de verdad su trabajo».

—Creo que se acaba de resolver el misterio de la puerta abierta —dijo Arteaga paseando su vista por cada centímetro de mis piernas hasta que clavó los ojos en los míos—. Tiene exactamente veintidós minutos, señorita Monfort.

—Estaré lista en diez —dije con una sonrisa forzada.

Subí las escaleras de tres en tres con la intención de darme una ducha, fría si era necesario, y estar de regreso en ese salón antes de

que el pijo terminara su café.

Ni me molesté en abrocharme los primeros botones de la camisa fina de lino cuyo escote pronunciado dejaba entrever el sujetador de encaje negro. Las cadenas doradas balanceaban por mi piel en la apertura hacia el pecho y provocaban un leve tintineo con cada paso. Comprobé que Arteaga no alzó la vista mientras me dirigía a la mesa y sin tomar asiento me serví el zumo recién exprimido y algunas frutas recién lavadas en uno de los platos vacíos.

Aquella sensación de inquietud bajo mis pies mermaba conforme me acostumbraba a su presencia y por mucho que la noche anterior hubiera querido creer que solo eran los nervios de estar en ese lugar, lo cierto es que ¿a quién quería engañar? El único responsable de esa turbación extraña era él.

—¿Tiene la costumbre de salir a correr cada mañana? —preguntó aún con los ojos fijos en su iPad.

No sé qué narices estaría viendo o leyendo, pero parecía bastante abstraído con ello.

—Sí.

Me metí una fresa en la boca. La mezcla perfecta entre dulce y ácido deleitó mis papilas gustativas con una sensación de absoluto frescor. Tenía el punto justo de jugosidad y un equilibrio entre suavidad e intensidad del sabor como a mí me gustaba. Eso sí, competía con el olor que había percibido desde el momento en que llegué a la mesa: el perfume amaderado y especiado que llevaba el pijo.

«¿No se podrá poner uno de esos cítricos horripilantes que me repelan?».

El principal problema de tener un olfato excesivamente desarrollado es que percibía cualquier perfume con mayor intensidad y lo que este lograba transmitir lo convertía en una experiencia

descomunal.

El perfume que utilizaba Arteaga, en conjunto con la acidez de su cuerpo, lo convertía en una fragancia que simbolizaba ardor, pasión, frenesí, exuberancia, masculinidad, poder, firmeza y esa arrogancia que estaba claro que poseía. En definitiva, su olor eran puras feromonas para mis sentidos más impúdicos.

Arteaga no pareció querer continuar con aquella conversación. Arrastró la butaca por el suelo para incorporarse. Di un sorbo largo para acabar mi café y pinché todas las frutas que me quedaban en el plato en el mismo tenedor antes de metérmelas a la fuerza en la boca. Si esperaba que me dijese que llegaba un minuto tarde al comienzo de la jornada, no iba a darle el gusto.

Masticando aún le seguí hasta la salida. Observé cómo Roberta se asomaba desde la cocina secándose las manos en el delantal.

—Guárdame el resto de la fruta para el almuerzo —dije saliendo por la puerta y me maldije mentalmente por no coger las llaves de mi coche.

—Voy un momento a por las llaves de mi…

—No tiene tiempo. ¡Suba! —exclamó Arteaga mientras caminaba hacia el Range Rover azul oscuro y recién lavado que estaba aparcado junto al mío. No pude evitar fijarme en cómo aquellos vaqueros se adaptaban de manera perfecta a su trasero.

«¡Ay que joderse, que encima de guapo está como un señor queso!».

Aparté de inmediato los ojos y pensamientos de aquella imagen y decidí implorar a la racionalidad. Solo era un tipo cualquiera, arrogante, rico, presuntuoso, creído o no. Lo único que iba a considerar es que era mi jefe y tal vez la persona que podría dar respuestas a mis preguntas.

Me subí a su coche con esa idea en la mente y el olor a cuero

nuevo me perforó el sentido olfativo. Así que admiré con deleite el interior del vehículo.

—¿Te satisface? —Lo miré extrañada porque de pronto me tuteaba, pero también porque parecía que pensara que podría leerme la mente.

—¿Qué? —exclamé confundida por primera vez en mi vida.

—El coche. Ayer dijiste que preferías un todoterreno.

«¿Se ha comprado un coche solo por lo que dije? No…, imposible».

—Desde luego se adapta más a las condiciones del terreno —afirmé colocándome el cinturón de seguridad—. ¿También dispone de un concesionario? —pregunté sin evitar observar su perfil mientras alzaba la vista hacia el camino.

Lo notaba molesto. Distante y con un aura muy diferente a esa expresión de burla que había mantenido el día anterior. ¿Aún estaría enfadado por lo que le dije?

—No. Entre mis empresas no figura un concesionario —dijo sin especificar cuáles eran sus empresas, aunque podía hacerme una idea gracias a Marion.

—Ayer mencionó que su familia tenía esta hacienda desde hace cuarenta años. ¿Siempre ha sido así de extensa? —pregunté sin querer darle demasiada importancia a lo que aquella información me supondría.

Su vista continuaba fija en el camino y en apenas un minuto llegaríamos a las bodegas. Tenía la intención de pasar un par de horas en los laboratorios repasando los últimos análisis antes de salir a campo.

—No. La extensión de la hacienda original es la variante de bobal que rodea la casa, se han ido añadiendo terrenos a lo largo de los años, el último lo incorporé hace ocho años para ampliar la

extensión del pinot.

Lo había supuesto, pero ahora podía corroborarlo.

—Imagino que es lo que suele pasar con los pequeños viñedos, que acaban siendo absorbidos por grandes consorcios cuando no pueden afrontar los gastos ante la competencia.

La tradición de los viñedos pasaba de generación en generación en el seno de una misma familia. La cultura ancestral hacía que los hijos tomaran el lugar que sus predecesores habían tenido para mantener el nombre, el sabor y la calidad con el mismo sello de identidad, pero las pequeñas haciendas no podían permitirse grandes números ni afrontar las pérdidas de una mala cosecha debido a factores climáticos o sin precedentes, como era el caso que me había traído hasta allí. Situaciones de ese tipo, cuando la desgracia de unos suponía la oportunidad para otros, me hacían pensar si los motivos que llevaron a la familia de mi madre a deshacerse de los viñedos fueron solo económicos.

Pasé toda mi niñez y adolescencia viviendo con estrecheces. Mis padres trabajaban como vinateros durante la temporada de recogida, y el resto del año mi madre limpiaba casas, hasta que su salud empeoró, y mi padre se empleaba en las bodegas como ayudante cuando el trabajo aumentaba. Siempre tuve claro que decidieron no tener más hijos para no incrementar los gastos y, de no ser por la bolsa de estudios, probablemente ni habría tenido la oportunidad de hacer una carrera. Así que fuera lo que fuese lo que sucedió, sabía que mi madre no vio ni un solo céntimo de la venta de esta hacienda.

Entramos en las bodegas y Arteaga aparcó el vehículo bajo la estructura que arrojaba sombra y en la que solo había un par de coches más. Quizá Rodríguez y algún otro empleado ya hubieran iniciado la jornada, a pesar de que eran las siete y media en punto.

—Hay que saber cuándo detenerse y afrontar que hiciste todo lo posible antes de que las deudas se acumulen hasta el punto de perderlo todo —decretó apagando el motor y lo hizo en un tono de seriedad que no supe interpretar si se refería a lo que allí sucedió o solo era una justificación para el hecho de que su familia hubiera comprado la propiedad.

—¿Es eso lo que ocurrió? —exclamé, incapaz de acallar mis pensamientos.

Podría acudir al registro y pedir una nota simple de la propiedad para saber si la compra del terreno se hizo al estar embargada, pero tendría que dar mis datos y esa información estaría al alcance de cualquiera. No tenía interés en levantar ningún tipo de sospecha.

—Lo desconozco —afirmó de pronto y bajó del vehículo dejándome con una sensación confusa. Sin saber claramente el porqué de aquella reacción.

¿Para qué mencionar aquello? Sus palabras solo indicaban que el anterior propietario estaba en la ruina y que ellos les habían hecho un favor. ¿Tal vez es lo que él quería pensar de la situación? ¿Ni siquiera se había molestado en averiguar por qué decidió venderles la propiedad? Imaginaba que a alguien como él lo único que le interesaba era mantener su alto nivel de vida y permitirse todos esos coches de lujo que costaban una verdadera fortuna.

—Clara señal de lo poco que le importa este lugar —solté en voz baja mientras salía del coche, quizá porque era incapaz de controlar mi lengua o porque me fastidiaba muchísimo no hallar respuestas.

Vi cómo detenía su paso cuando alcé la vista y se giró hacia mí. ¿Era posible que me hubiera escuchado? No. Ni siquiera con un oído excesivamente agudo podría haberlo hecho.

—No sé si encuentro tu lengua afilada refrescante o enervante, en cualquier caso te diré que si este lugar no me importase puedes

tener claro dos cosas. Ni tú ni yo estaríamos aquí —dijo acercándose lo suficiente a mí y con una mirada tan penetrante que sentí cómo mis pies se anclaban al suelo con firmeza sin poder mover un solo músculo.

¿Como era posible que hubiera escuchado aquel leve murmullo? ¿Es que tenía una capacidad auditiva superior a la media? En cuanto sentí cómo su mirada se quedaba clavada en mi escote, me recompuse de aquel hechizo de magnetismo que él provocaba cada vez que me miraba.

—Ayer me dijo que sus vinos tienen nombres referidos a la música porque cada elemento debe estar en perfecta sincronía con el resto y así, en su conjunto, se forma una melodía precisa como en una orquesta, ¿no? —Parecí confundirlo, como si por un momento se hubiera olvidado de que estuviéramos teniendo una especie de discusión o, más bien, un enfrentamiento de opiniones.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó irguiéndose de repente en una clara posición de dominación.

—A que el origen de este lugar forma una parte clara de su identidad. Es como intentar construir una casa sin unos cimientos resistentes. Tarde o temprano se caerá, y puede tratar de reconstruirla y decorarla todas las veces que desee, pero volverá a caerse hasta que no solucione lo que hay debajo. Así que puede comprar todos los terrenos que quiera, ampliar cada una de las variantes de uva y producir una ingente cantidad de botellas que cubran su ansiada demanda para mantener su estilo de vida, pero seguirá siendo un vino más, anónimo, anodino y del montón. Sin carácter. Sin identidad. Sin anteponerse a los demás con sello propio.

Abrió ligeramente los labios para decir algo y después se movió como si estuviera inquieto o molesto. Solía generar ese tipo de

sensación en la gente cuando prefería ser franca y directa en lugar de políticamente correcta. Si lo fuera, no estaría allí, y me importaba muy poco que ese tipo me colocara en su punto de mira, de hecho, me haría un favor si lo hiciera porque sería motivo más que suficiente para que se alejara de mí.

—¡Señor Arteaga! —La voz de Rodríguez nos sorprendió a ambos, que volvimos la vista hacia él. Acababa de salir de la nave y se dirigía hacia nosotros—. Pensé que no lo vería hasta dentro de algunas semanas… —prosiguió extrañado de verlo allí dos días seguidos.

—He decidido instalarme en la hacienda unos días, hasta que compruebe por mí mismo que la señorita Monfort se adapta y está cualificada para sus funciones —dijo sin importarle que yo pudiera escucharlo.

«¿Unos días? ¿Es que no pensaba pirarse hoy mismo? Lo de mosca cojonera no iba a ser una coña… ¡Menudo martirio!».

—Por supuesto. Quiero decir… —Sonaba ahora algo confuso—. No quiero decir que no estés cualificada, Victoria —añadió mirándome a mí con un claro rubor en el rostro y lo bastante nervioso como para hacerme sonreír—, solo que entiendo que el señor Arteaga…

—No te preocupes, acabo de llegar, así que es normal que el señor Arteaga tenga dudas en dejar la bodega a mi mando. —Me crucé de brazos y miré de soslayo al dueño y señor del lugar—. Me gustaría comenzar por analizar con detalle los últimos parámetros y análisis que realizó el enólogo anterior. Imagino que encontraré todo en su despacho, ¿no?

Hasta ahora no me habían enseñado o asignado un despacho propio, aunque en mi último lugar de trabajo básicamente hacía vida en el pequeño laboratorio, si no estaba pululando entre las barricas o en campo abierto.

—Puede ser, aunque todos los archivos de muestras se guardan en el almacén. Te acompañaría, pero tengo que supervisar la alambrada oeste, uno de los chicos me ha avisado de que ha visto dos postes caídos.

—No te preocupes, Rodríguez, Victoria estará conmigo toda la mañana.

Alcé la vista a ese dios viviente cuando pronunció por primera vez mi nombre y sentí que mi corazón palpitaba con más fuerza. Era una sensación extraña, hacía demasiado tiempo que no percibía algo similar.

«Para ser exacta, desde la última vez que había decidido confiar en un hombre antes de que me engañara cruelmente».

6

No era la primera vez que trabajaba bajo supervisión, al comienzo suele ser casi una imposición para aprender el funcionamiento de la hacienda y los métodos de trabajo, hacerse con las prácticas, costumbres y tradiciones del lugar, pero jamás en toda mi vida me había sentido tan incómoda como en aquel habitáculo pequeño que conformaba el almacén.

Había archivos acumulados de los últimos cuarenta años y nadie se había molestado en ordenarlos para que fuera fácil examinarlos. Encontrar los análisis del suelo de los últimos cinco años para ver los cambios que se podían haber producido y el estado actual iba a llevarme más tiempo del que tenía previsto. A pesar de que aquel cúmulo de documentos fuera un desastre, no me quejé, porque escuchar a Arteaga refunfuñar en voz baja y maldecir en varias ocasiones fue motivo suficiente para interpretar que ni él mismo conocía el estado real de aquel almacén.

Solo habíamos vuelto a intercambiar algunos monosílabos y un par de frases. Lo agradecí, ya que todo él en su esencia era una completa distracción, y ese perfume suyo…, una tentación para mis sentidos que ni siquiera el olor de la bodega conseguía interferir para camuflarlo.

—Este es de hace cinco años —dije al encontrar un documento entre varios papeles del mismo periodo sobre análisis del vino producido, otros de las uvas, las hojas y el agua—. La salinidad es lo suficiente elevada para tener controles específicos de agua y suelo cada seis meses o máximo un año. ¿Puede ser que estén todos digitalizados y por eso no están aquí? —pregunté al tiempo que me fijé en unas cajas que parecían ser de años anteriores.

—Hay órdenes precisas para hacer un control de suelo después de cada cosecha y otro trimestral de agua. Si no están aquí, debe de haber quedado un registro en los ordenadores del laboratorio.

Dos horas después habíamos dado con todos los registros realizados en esos cinco últimos años y comprobado, como me temía, que habían sido análisis insuficientes debido a la alta salinidad del terreno y el agua. La impresora no dejaba de sacar los documentos que Arteaga había enviado para poder comprobar los datos con detenimiento y compararlos de un año a otro.

—¿Estos informes llegaban a alguna parte? ¿Alguien más los había visto con anterioridad? —exclamé ante unos datos que resultaban alarmantes y que, según la fecha, eran de tan solo tres años atrás.

—Si hubiera sabido que las vides estaban en riesgo de sufrir estrés hídrico, ese tipo no habría durado tres años más a cargo de la hacienda —afirmó tras ver lo mismo que estaba viendo yo.

No había más registros desde entonces. Al menos no del suelo, aunque sí se habían realizado sobre el agua, las uvas y el vino producido.

—El análisis foliar y de la uva tinta del pinot justo antes de la cosecha tiene parámetros aceptables —dije buscando el del año anterior—. Incluso mejores que los años precedentes. ¿Puede haber sido falseado? —me aventuré, sintiendo que aquello era bastante extraño, salvo que el terreno hubiera mejorado considerablemente

esos valores en los tres años que habían discurrido.

Y más aún cuando tenían toda una cosecha perdida.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo. Deja todo y ven conmigo. —Salió abruptamente del laboratorio sin detenerse a mirar para ver si le seguía.

Dejé el documento sobre la mesa mientras la impresora imprimía análisis de los últimos cinco años y salí tras él. Arteaga caminaba rápido, me era imposible seguirle el paso sin correr. El tipo era alto, rozaba el metro noventa, y con las botas casi planas que me había puesto ni siquiera le llegaba al hombro. Su musculatura y esos hombros anchos indicaban que hacía algún deporte, pero no me lo imaginaba machacándose en el gimnasio; por alguna razón, toda actividad que no fuera divertida y placentera se alejaba de la visión que tenía de él.

Supe hacia dónde nos dirigíamos en cuanto giró en la esquina de la nave, justo donde estaban los quads. Cogió las llaves, con paso firme se colocó el casco, subió de un brinco y arrancó el motor. Me detuve sin saber muy bien qué decir o qué hacer hasta que me lanzó otro casco, que casi se me cae de las manos.

—Sube —dijo avanzando despacio hacia la puerta donde yo me había quedado plantada—. Iremos más rápido si conduzco yo —añadió ante mi impasividad.

No entendía las prisas. Ni sus formas. Ni por qué había desaparecido esa jovialidad del día anterior y ahora no era capaz de esbozar ni una sonrisa. Bueno, yo había fomentado aquello, pero tenía la sensación de que, más que estar cabreado conmigo, lo estaba con la situación, de lo contrario me habría enviado derechita al lugar del que había venido.

No tenía otra alternativa, así que me coloqué el casco y, tal como hice el día anterior, me agarré a la barra de atrás para sostenerme,

solo que el acelerón hizo que me pegase por completo al cuerpo de Arteaga, hasta el punto de sentir cada músculo de su espalda en el pecho. Una energía extraña me traspasaba la ropa y penetraba por cada poro de la piel para extenderse por todo el cuerpo. Ni siquiera existía una definición exacta para describir cómo me hacía ser consciente de cada fibra, músculo y nervio recorriendo mi cuerpo para extenderse. ¿Qué demonios era eso? Un calor lacerante se instaló en mi bajo vientre, pero, lejos de ser incómodo, resultaba demasiado placentero, y automáticamente mi cerebro trató de desecharlo al ser consciente de que era peligroso.

«Muy peligroso para ser exactos».

Traté varias veces de recolocarme para mantener la distancia, pero la impulsividad en el modo de conducir de aquel hombre distaba mucho de la prudencia, así que tuve que ceder y dejar que mi cuerpo se adhiriese al suyo sin vergüenza. El calor me abrasaba y llamaba a mi instinto más carnal, que tenía enjaulado para controlarlo. Le observé para ver si le molestaba tener mi cuerpo completamente pegado al suyo, pero no modificó un ápice su posición. O bien estaba acostumbrado a tener a una mujer pegada a él, o bien estaba centrado en aquello que teníamos entre manos y no reparaba en el calor evidente entre nuestros cuerpos.

«¿Le embargará la misma sensación que percibo yo?».

La pregunta se quedó en el aire y luego se mezcló con esa clase de pensamientos que se meten en un cajón bajo llave para olvidarlos o desterrarlos de por vida. Se detuvo bruscamente, y casi con la misma rapidez con la que montó en el quad se deslizó pasando una pierna por encima.

El frescor repentino que sentí en el pecho me hizo ser consciente de la distancia, de donde estábamos y de aquella figura imponente que se agachaba para tocar con los dedos el tronco de las cepas que

teníamos más cercanas. Mientras me bajaba con más lentitud del vehículo sin dejar de observarlo, comprobé cómo cogía un puñado de tierra y se lo llevaba a la nariz para olerla, después pasó la mano por las hojas que aún no habían adquirido su tamaño final.

—Están flácidas, como me imaginaba, y el suelo se muestra más duro de lo habitual. ¿Cómo demonios no se ha dado cuenta Rodríguez de esto? —exclamó raspando con la bota el suelo para ver el punto de compactación.

—Esta zona es árida, con pocas precipitaciones, quizá es habitual que el terreno esté así, por lo que a la gente que trabaja aquí no le extrañaría.

—Sé de sobra cómo son las precipitaciones y temperaturas en esta zona, por eso mantenemos un riego constante —dijo sin mirarme, sino que comenzó a caminar para inspeccionar las hojas de las otras plantas, que bajo mi punto de vista presentaban el mismo aspecto de flacidez.

—Cogeré unas cuantas hojas de diferentes cepas para observar el cierre de estomas —dije en voz alta a su espalda, ya que él se había alejado a más de diez metros de distancia.

—¡Lo están! —bramó sorprendiéndome de nuevo que me hubiera escuchado desde tan lejos. «¿Qué clase de oído ultrasónico tiene este tío?»—. Aunque, si quieres cerciorarte, hazlo —añadió mientras comenzaba a caminar hacia mí.

—La hoja no tiene color amarillento para presentar clorosis ni marchitez…

—Todavía, pero es más pequeña de lo habitual en este periodo y su temperatura es superior a lo que debería a estas horas de la mañana —apostilló al rebasarme—. Hay que cambiar el estrato superior del suelo de inmediato, antes de que se dé por perdida la cosecha de este año también.

—¿No se debería hacer un análisis de suelo, foliar y agua antes de tomar una decisión tan drástica? —pregunté girándome hacia él, que se dirigía de nuevo al quad.

Puede que sí hubiera que cambiar la capa superior del suelo, a fin de cuentas estaba demasiado duro y por las grietas no podía negar que no fuera la opción correcta, pero también era cierto que ese clima no era el mismo de Francia o incluso del norte de España; aquellas plantas se habían acostumbrado a tener sol casi todo el año y a unas temperaturas prohibitivas. Aun así, a pesar de que no fuesen las mejores condiciones para su crecimiento, habían logrado adaptarse y sobrevivir. Por eso debía evaluar primero el estado de la planta antes de tomar una decisión radical que afectaría de un modo permanente.

—Para eso está aquí, señorita Monfort —dijo cogiendo el casco que había dejado sobre el manillar—. Y cuando lo haga llegará a la misma conclusión que yo, solo que no habré perdido dos semanas, que será el tiempo que tarde en tener esos datos.

Volvía a ser señorita Monfort y no Victoria. En parte lo agradecía, porque escuchar mi nombre en aquel tono de voz ronco y masculino me hacía temblar hasta rincones de mi cuerpo desconocidos.

—¿Es consciente del coste de cambiar el estrato del suelo en una parcela como esta? —pregunté con ironía al tío que tenía una colección de coches que costaban una fortuna.

—Supongo que es una suerte que sea mi propio jefe —afirmó con lo que parecía una mueca de sonrisa antes de colocarse finalmente el casco—. Enviaré a uno de los trabajadores con el maletín de laboratorio para que tome las muestras, tengo que hacer varias gestiones y llamadas. Avíseme cuando haya terminado.

Ni siquiera esperó a que respondiese, sino que encendió el motor del quad, que rugió antes de acelerar. Salió disparado salpicando

tierra hacia todas partes, incluida yo.

—¡Será cretino! —exclamé cuando sentí el impacto de los granos finos en la cara, el pelo, los ojos y hasta se me metieron por el escote—. Sí. Anda. Mejor piérdete de vista un rato… —susurré mientras escuchaba el ruido del motor alejarse.

Me quedé completamente sola en un punto de la hacienda en el que ni siquiera podía ver las bodegas o la casa en la que me alojaba. Eran las once de la mañana y el sol ya picaba, y fui consciente en ese momento de que no tenía ni una mísera botella de agua y con las prisas había olvidado mi sombrero en el despacho.

Ya podía ir aprendiendo a conducir un bicho de esos con rapidez, porque odiaba la dependencia absoluta a la que me veía sometida en aquellos momentos, tirada en medio de la nada y donde Jesucristo perdió la alpargata.

Saqué el teléfono nuevo del bolsillo para comprobar que tenía cobertura.

«Me ha dicho que le llame, ¿y cómo demonios quiere que le llame si no tengo su número? ¿Me ha visto cara de vidente o telépata?».

Apenas diez minutos después escuché el rugido de un motor y vi otro quad acercándose. Hasta que no estuvo lo suficiente cerca no pude apreciar que se trataba de uno de los chicos más jóvenes que trabajaban en las bodegas. A diferencia de Rodríguez o Arteaga, no se había puesto casco, así que en cuanto apagó el motor esbozó una sonrisa a la vez que me saludaba. Desató las correas del maletín que llevaba en las barras metálicas de atrás, junto a mi sombrero aplastado.

—El señor Arteaga me ha dicho que lo necesitaría. —Habló mientras intentaba, sin lograrlo, que mi sombrero recuperara su forma original—. Nadie ha revisado el maletín desde que se marchó Moncho, pero supongo que encontrará todo lo que necesita dentro.

—¿Moncho? —Escuchaba ese nombre por primera vez en mi vida.

—El antiguo enólogo —aclaró el joven—. ¿Necesita algo más? Arteaga no ha sido muy claro en sus indicaciones cuando dijo que le trajera esto.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al chaval, ya que nadie me había presentado oficialmente de uno en uno a todos los trabajadores.

Les había visto a la hora del almuerzo haciendo bromas, entre ellos parecía haber excesiva confianza, pero a Rodríguez no se le había ocurrido presentármelos y Roberta quizá habría presupuesto que ya lo habían hecho.

—Jaime —dijo con una clara sonrisa de quien está viendo algo que le gusta.

Supe desde el primer momento que pisé la bodega de su evidente atracción hacia mi cuerpo, pero la obvié. Era lo que hacía con todos los hombres que mostraban las mismas intenciones cuando no era recíproco o estaban en el mismo ámbito laboral. Evitaba cualquier relación, aunque fuese estrictamente placentera, porque podía convertirse en un problema.

Mis únicas relaciones con el sexo opuesto se reducían a placer ocasional y jamás repetía dos veces con el mismo tío, así que por mucho que pudieran tentarme ese chaval, la timidez de Rodríguez o el propio Arteaga, al que mi cuerpo reaccionaba con inmediatez, ninguno de ellos iba a conocer por mi parte ese tipo de placer.

—¿Puedes venir dentro de una hora? Creo que me habrá bastado para recabar todo el muestreo que necesito —dije forzando una sonrisa porque el sol me daba de lleno en la cara y me era imposible verlo bien.

—Claro. En una hora estaré aquí.

Se subió de nuevo a la moto y tardó lo suficiente en arrancar el motor para saber que estaba observando mis piernas mientras

caminaba de espaldas a él con el maletín en la mano.

«Hombres…, a veces me parece impensable que hayamos evolucionado, porque su comportamiento sigue siendo de primates».

Abrí el maletín y descubrí que todo estaba hecho un desastre, como si quien hubiera colocado allí los frascos para las muestras y todos los utensilios lo hubiera hecho sin ningún miramiento. Eso, o la caja se había movido más que una maleta en la cinta de un viaje intercontinental.

Recogí hojas de varias plantas a diferente distancia en perpendicular y longitudinal, al igual que otras de suelo desde diversos puntos. Las gotas de sudor me resbalaban por el escote en el momento que hinqué las rodillas en el suelo a unos doscientos metros de la linde y excavé con cuidado una de las cepas para fotografiar e inspeccionar las raíces. Decidí llevarme también una muestra, así como de salvia de la planta.

Aún era demasiado pronto para que el fruto hubiera brotado, por lo que tendría que esperar un par de meses para analizarlo.

Alcé la vista. Todo era desértico a mi alrededor. Salvo por el leve verdor que arrojaban los primeros brotes de las hojas, el panorama era similar al de un país árido y yermo. Continuaba sorprendiéndome que allí pudieran fortalecerse las cepas y quizá no era sorprendente el estado que presentaban, aunque todo me hacía pensar que tal vez la pérdida de la cosecha no fuera un boicot de la competencia, sino una clara ineptitud por parte de la gente que había trabajado en la hacienda.

Aunque eso no explicaba que el resto de las producciones sí estuviesen en condiciones aceptables.

Desde luego, era innegable que Arteaga no había movido el culo para preocuparse por lo que allí estaba sucediendo, estaría demasiado ocupado en saltar de cama en cama.

«Y con esa cara… no es de extrañar que mujeres no le falten a ese».

«Como si a mí me importara».

Escuché un sonido proveniente de mi nuevo teléfono y descubrí que era un mensaje de mi prima Marion. Aún no me había acostumbrado y no sabía dónde quitarle el sonido. Habituada a utilizar siempre la marca de la manzanita mordida, pasar a lo convencional iba a costarme un poco.

Abrí el chat que tenía con ella y descubrí que en su labor de investigación había encontrado una foto de Arteaga vestido de dios griego. ¿Dónde diantres se había metido para encontrar esa foto? Salía al lado de dos hombres, uno con una máscara que le tapaba el rostro y el otro rubio que parecía no querer mirar a la cámara. El mensaje decía: «Si todos los hombres en ese país son así, hago las maletas y me mudo mañana».

—Joder con los amigos del pijo… —jadeé sintiendo aún más calor y no precisamente por el solazo que me daba de lleno a esas horas.

Arteaga era un espécimen varonil de nota superior, pero es que los dos que le acompañaban no se quedaban atrás. Aunque no pudiera verle el rostro al de los ojos azules, no hacía falta ser un genio para intuir que debía de ser igual de guapo que mi jefe y el rubio que miraba hacia otro lado.

«¿Qué le han dado de comer a esos tres para tener esos abdominales?», pensé al fijarme ahora en sus disfraces y ver que a través de ellos se apreciaban unos músculos bien definidos.

Pulsé el botón para llamar a Marion desde la propia aplicación. Si estaba en línea para mandarme aquello, significaba que no estaría demasiado ocupada a esas horas.

—Uy…, tú llamándome en horas de trabajo. ¿Las hormonas del buenorro de tu jefe ya te han alterado? —ironizó y supe que se

atrevía a ser aún más descarada porque ella era mi único medio de contacto para contarle lo que allí pasaba, así que enviarla a la mierda no era una opción.

—Parecen haberte afectado más a ti, y eso que solo lo has visto en fotos —contesté al tiempo que colocaba de forma ordenada las muestras en el maletín.

—¿Y te sorprende? Yo me pido a uno de sus amigos, me da igual el que sea, no voy a poner quejas —soltó y casi tuve que reprimir mis ganas de reír.

—¿Y el italiano? —exclamé al recordar que justo la noche anterior se había acostado con él.

—¿Qué italiano? Yo me mudo a España. Toros. Olé. Viva la paella —dijo en un forzado castellano que tenía tanto acento francés que apenas era entendible.

Fue imposible evitar la carcajada, pero ¿de qué me extrañaba? Marion había sido siempre así, solo que ahora parecía haberse soltado del todo la melena.

—¿No te interesa mi jefe? —pregunté apretando los labios para evitar de nuevo la risa.

—Ese te lo dejo a ti, para que te des un buen homenaje de despedida.

Negué con la cabeza, aunque no pude evitar imaginarme tenerlo en mi cama una única vez.

Lo descarté de inmediato.

—Hablemos de cosas serias, Arteaga no me interesa en ese sentido, aunque reconozco que no es tan negado como imaginaba.

—El sexo es una cosa seria, otra cosa es que no lo quieras admitir porque eres una aburrida. ¿Y por qué me llamas a estas horas? ¿Tan urgente es?

Por algún motivo di un giro de trescientos sesenta grados con la

vista para asegurarme de que no había nadie a mi alrededor, aunque no había escuchado el estridente motor de uno de los quad acercarse.

—Hoy he descubierto que la mosca cojonera tiene un oído ultrasónico, que lo oye todo, así que estoy segura de que es capaz de escuchar conversaciones ajenas desde la habitación de enfrente.

—¿Encima de que está buenorro tiene poderes? Mira…, como no te lo tires dejo de hablarte. Ese tío debe de foll…

—¡Marion! —la corté porque sabía que venía otra burrada.

—Vale. Paro, pero solo por el momento. Si tanto te preocupa que pueda escucharte, para algo existen los mensajes de texto.

—Ya, pero estoy usando uno de sus teléfonos y tampoco me fío de que no controle mis mensajes.

—Soy yo o te has vuelto paranoica con ese tío —exclamó sin ese atisbo de preocupación que tenía el día que llegué—. Dijiste que estabas allí por casualidad, que no tenía que ver con el pasado de tu madre, dudo mucho que se ponga a investigarte a menos que le des motivos.

Puede que tuviera razón, pero prefería ser precavida en todos los sentidos. Absolutamente todos, eso implicaba su atracción física, y esa cosa rara que sentía cuando él estaba cerca. Tampoco deseaba que descubriera mi relación con El Dorado.

—Aquí han pasado cosas raras —afirmé cerrando el maletín—. Ayer me confirmó que toda la cosecha de una de sus variantes está perdida y, por lo que me dejó caer, sus sospechas apuntan a la competencia, pero no tiene pruebas. Quizá porque la investigación está en curso o porque realmente no ha encontrado indicios.

—¿Tan jodida es la competencia en esa parte? Me cuesta creer que sea aún peor que aquí…

—Es que con lo que he visto hoy, ya no estoy tan segura de que

se trate de retirar del mercado su vino más demandado… —Mientras hablaba, aquellos pensamientos iban cobrando forma—. Hay algunos indicios para creer que han saboteado los resultados de análisis de los últimos años. No puedo confirmarlo hasta que no vea los datos, pero es ilógico hacer algo así, sobre todo porque sería muy fácil señalar al responsable de esta situación, que se enfrentaría a unas consecuencias bastante graves. Así que no entra en mi lógica que el antiguo enólogo al que acabo de sustituir se expusiera de ese modo, pero está claro que, de ser cierto, la intención no era solo evitar que los vinos llegasen al cliente final, sino devaluar la hacienda.

—¡Hostia! —bramó Marion—. Si es algún ardid de la competencia, eso es jugar muy sucio…, aunque si joden las plantas, evitarán que las cosechas siguientes lleguen al mercado.

—Si fuera una hacienda local, pequeña y sin recursos, podría pensar sin duda alguna que se trataría de la competencia, pero esta gente está forrada, Marion. Ni siquiera tengo los resultados de los análisis y el pijo ese ya ha decidido que cambiará todo el sustrato del terreno a pesar de lo que eso implica en costes.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, incluso me aparté el teléfono para comprobar si tenía o no batería. Lo había puesto a cargar, pero era la primera vez que lo usaba y no sabía cuánto tiempo duraría, más aún con ese calor infernal. Escuché a lo lejos el sonido del motor de un quad y supuse que era Jaime, que vendría a recogerme.

—Voy a tener que dejarte, vienen a recogerme.

—¿Crees que la situación tiene mala pinta? —preguntó antes de que colgara.

—No sé si lograremos salvar la cosecha de este año, aún es pronto para decirlo, todo dependerá del estado real de las vides —contesté pensando que se refería a las pérdidas.

—No me refiero a la cosecha, sino a los motivos por los que la situación está así. Si no se trata de un sabotaje, sino de algo más…, debe de haber una razón detrás.

Quizá todo se resumía en que el hombre que ocupaba mi puesto con anterioridad fuera un incompetente total y que Arteaga hubiera abandonado a su suerte este lugar importándole muy poco lo que aquí sucediera. Pero después de verle en acción aquella mañana, ese hombre semidiós terrenal de facciones impolutas no era tan imbécil como creía. Entendía de vinos. Tenía conocimientos del terreno. Y, de hecho, eran muy superiores a lo que había imaginado en un principio, cuando le había considerado un completo inepto.

—No voy a negar que me genera curiosidad, pero no es mi competencia buscar culpables, aunque ellos hayan sido los que me han traído hasta aquí. Me ocuparé de hacer mi trabajo y averiguar lo que sucedió en este lugar hace cuarenta años, después regresaré a casa y continuaré con mi vida.

Una parte de mí estaba ligada a ese lugar, a la sangre de mis antepasados, a los recuerdos dolorosos de mi madre. Una foto y mil preguntas sin respuestas me habían traído hasta allí, aunque sabía que, en cuanto las respondiese, nada me ataría a aquel paisaje y solo formaría parte de un viejo recuerdo.

Al menos eso era lo que deseaba fervientemente pensar para no enamorarme de esta tierra.

7

No encontré a Arteaga cuando regresé a la bodega, desde luego no parecía estar por allí, aunque su coche seguía aparcado en el mismo sitio. Dejé todas las muestras en el laboratorio, incluso varias de agua que había recogido por el camino, y comencé a desempolvar el medidor de pH, el espectrofotómetro, el conductímetro, el ionómetro y el cromatógrafo de gases. Era la primera vez que disponía de uno, de hecho, en los viñedos más pequeños solía trabajar con un kit básico y si quería estudios más exhaustivos los debía enviar a laboratorio, pero en El Dorado contaban con máquinas precisas a las que empezaba a creer que no les habían sacado ningún partido.

—Esto es más raro con cada hora que pasa —dije en voz alta cuando abrí uno de los armarios y descubrí más aparatos aún en sus cajas, entre ellos un espectómetro de masas para analizar la composición de sustancias, poco habitual en laboratorios como aquel, ya que se usa en unos mucho más avanzados. Sin embargo, allí estaba, clara señal de que el anterior vinicultor no sabía utilizarlo.

Oí pasos cerca de la puerta mientras comenzaba a sacar las cajas para buscarles un espacio. Aquello era como un parque de atracciones para mí, con todos aquellos chismes que me arrojarían datos sin tener que esperar una infinidad a los resultados como de

costumbre.

—Fui muy específico en decir que me llamaras cuando acabases.

Escuché su voz antes de verlo, pero es que me era imposible, ya que cargaba con varias cámaras, una termográfica y una hiperespectral para detectar enfermedades o estrés hídrico y que estaban escondidas al fondo del armario.

«Otros aparatos que, según parece, tampoco han sido utilizados a pesar del estado del terreno».

—Todavía no sé llamar por telepatía, pero estaré encantada de aprender. —Dejé las cámaras con cuidado sobre la mesa, ya que eran altamente sensibles.

—¿Eso ha sido sarcasmo o un intento de broma? —exclamó con una clara confusión—. ¿Estás haciendo un inventario para ver si falta algo?

Necesitaba una ducha con urgencia, aunque no me iba a servir de mucho teniendo en cuenta que me pasaría toda la tarde organizando aquel laboratorio y poniendo en marcha casi todas las máquinas que allí había, así que me importó muy poco el aspecto que pudiera tener en esos momentos o con el sudor, tras estar a pleno sol, se me habría pegado la camiseta a la piel.

Hasta obvié que Arteaga no desviara su mirada de la parte de mi escote donde se veía una proporción mayor de mi sujetador de encaje.

—En primer lugar, no tengo tu número —dije cogiendo aire y sacudiéndome las manos llenas de polvo—. Y en segundo, estoy evaluando con qué dispositivos cuento y qué muestras necesitaré enviar a un laboratorio externo porque no se pueden analizar aquí.

—Yo en persona me ocupé de equipar este sitio con lo mejor para no depender de laboratorios externos, si hay algo que esté obsoleto o no funcione, bastará con que lo menciones —dijo acercándose

lentamente hasta mi posición—. No me gusta perder el tiempo, ni retrasar decisiones, creo que lo has podido comprobar hoy—. Se inclinó hacia mí cuando llegó a tan solo un palmo de distancia y sentí como cada músculo de mi cuerpo cedía, se rendía. Apartó la mirada, que me hipnotizaba, y me fijé en que tenía mi teléfono en las manos, el que me había dado hacía pocas horas—. Mi teléfono está registrado como primer contacto, incluso está asociado al número de marcación rápida. La próxima vez busca una excusa más ingeniosa.

¿En mi agenda? En mi vida me había sentido más estúpida por no mirar siquiera mis contactos o pensar en la idea de que hubiera registrado con antelación su número.

«Encima va a creer que soy una palurda que no sabe ni cómo funciona un teléfono. Lo que me lleva a pensar que ha estado trasteando ese móvil antes de dármelo y a saber si me ha instalado algún tipo de aplicación de rastreo con la que puede leer mis mensajes».

—Es la hora de comer, así que deja lo que estés haciendo —agregó sacándome de mis pensamientos conspiranoicos por mucho que Marion me llamase exagerada.

Su actitud tirante tan diferente al día anterior me hacía creer que aún seguía molesto por descubrir el estado de las plantaciones u ofendido por todo lo que le había dicho sin cortarme un pelo. Eso hizo que me preguntara si el verdadero Arteaga era el tipo informal de hacía menos de veinticuatro horas que utilizaba cada oportunidad para coquetear sin tomarse en serio la situación, o más bien era el hombre que tenía ahora mismo delante, sin un atisbo de sonrisa, mirada profunda y que únicamente pensaba en trabajo.

¿Existían dos polos opuestos de la misma persona o me estaba poniendo a prueba el día anterior? Para ser sincera, en esos

momentos prefería la segunda versión y mantenerlo alejado, porque aquel olor era una completa tentación.

Mi estómago empezó a rugir en cuanto el olor a pollo asado, verduras y especias me llegó desde la entrada a la casa. Las mismas personas del día anterior se hallaban sentadas en las mismas posiciones, a excepción de un hueco entre Roberta y Rodríguez y que presupuse que era donde debía colocarme yo.

Percibí la incomodidad cuando el propio Arteaga traspasó la puerta que daba al porche trasero, como si nadie supiera exactamente qué hacer. Eso me dejó claro que su presencia en las bodegas solía ser infrecuente, y lo más seguro es que hasta pasara semanas o meses sin aparecer por allí. ¿Y le sorprendía que una de sus cosechas hubiera ido mal? Saltaba a la vista que incluso los trabajadores no tenían plena confianza en el dueño de la hacienda, ni siquiera existía un vínculo estrecho para que él pudiera fiarse de su propio personal.

—Puede sentarse aquí, señor Arteaga —dijo Roberta ofreciendo su sitio en la cabecera de la mesa.

Por un momento pensé que él lo rechazaría, que se sentaría al final de la mesa donde aún quedaba espacio para más comensales, pero, acostumbrado a las comodidades y a que los demás le sirvieran, como yo imaginaba, aceptó.

«Evidentemente este tío desconoce las reglas básicas de la educación».

Flanqueada por Arteaga y Rodríguez percibí cómo, en lugar de la distensión del día anterior, el silencio y una sensación de incomodidad se adueñaron del ambiente. ¿Quizá alguien temía decir algo que no fuera del agrado del dueño y señor de los viñedos?

Rodríguez me sirvió vino en la copa y por el aroma que emanaba al decantarlo supe de inmediato que no se trataba de un pinot noir

ni de ningún otro vino al que estaba acostumbrada. Me lo llevé enseguida a la nariz para olfatearlo con mayor precisión, curiosa por averiguar de qué variedad era.

Frambuesa. Arándano. Un trasfondo a… ¿violetas? Sí, eran violetas. Clavo, canela y un toque fuerte a madera de cedro. En cuanto me lo llevé a los labios el sabor fue refrescante.

—Es un vino joven —advertí en cuanto percibí la falta de cuerpo y complejidad.

—Es de la última cosecha, recién sacado de la barrica —confirmó Rodríguez—. No encontrarás un bobal como este en ningún otro viñedo de la zona.

Aquello me sorprendió. No es que estuviera familiarizada con esa variedad, ya que era autóctona de la zona, pero, si adquiría esas características en apenas seis meses, estaba segura de que podría llegar a ser un vino con un alto potencial. Dejándolo macerar sería un buen bobal de crianza.

—Tendría que probar los otros para corroborarlo, pero reconozco que siendo un vino joven tiene un sabor con mucho potencial. —Volví a dar otro sorbo y lo dejé unos segundos más en la boca para percibir los matices antes de tragarlo.

—Estas cepas —intervino Luis, el marido de Roberta— son las más antiguas de toda la comarca y sus raíces tan profundas han sobrevivido a sequías desfavorables, tienen alma de superviviente, y eso se refleja en el vino.

«Alma de superviviente». Por alguna razón eso hizo que recordase el rostro de mi madre. ¿Se habría marchado lejos para sobrevivir, a pesar de que nunca debió de olvidar su pasado?

—¿Se sabe quién las plantó? —Volví a dar otro sorbo mientras los platos comenzaron a pasar por la mesa de un comensal a otro.

Nadie parecía querer responder a mi pregunta, pero desconocía si

era por la presencia de Arteaga o porque realmente no lo sabían.

—El Dorado perteneció a la misma familia durante generaciones, hasta que la vendieron —contestó Rodríguez en voz baja, como si no quisiera que su declaración molestara.

«A la misma familia durante generaciones…, mi familia».

De pronto caí en que Rodríguez acababa de decir que la finca fue vendida. Ni embargada, subastada, requisada o confiscada por deudas. La habían vendido a los Arteaga. Recordé las palabras exactas que había mencionado esa misma mañana.

«Hay que saber cuándo detenerse y afrontar que hiciste todo lo posible antes de que las deudas se acumulen hasta el punto de perderlo todo».

Eso fue lo que dijo, y según él, desconocía lo que allí había acontecido. ¿Habría mentido? ¿Sabría lo que ocurrió, pero le avergonzaba haberse aprovechado de la debilidad de otras personas?

«Hasta el punto de perderlo todo».

¿Y si la venta de la finca fue un acto de desesperación? Y los Arteaga habrían sabido aprovecharlo muy bien dadas las circunstancias y la ampliación de la bodega. Tampoco podía culparlos; después de todo, si no hubiesen sido ellos, habrían sido otros en su defecto, o demasiado tarde para poder salvarla.

No supe qué decir para que no pareciera sospechoso. A tenor del silencio que reinaba, como si la atmósfera estuviera cargada de tensión, algo me decía que ninguno de los presentes se atrevería a decir nada estando Arteaga delante.

—Supongo que le debemos dar las gracias a esa familia por la calidad de este vino —dije en un tono alegre como si pretendiera calmar el ambiente.

Evalué los rostros de los presentes, y salvo Roberta y Luis, la

mayoría no habría nacido o eran demasiado pequeños para recordar lo que allí pasó. Desde luego, era imposible que hubiesen conocido a los antiguos propietarios de la finca.

—En efecto —respondió Luis—, aunque el mérito de que podamos seguir disfrutándolo es únicamente del señor Arteaga.

El aludido, sentado a mi izquierda, correspondió con un leve gesto al tiempo que se llevaba la copa de vino a los labios y lo degustaba. Su pierna rozó la mía y percibí un escalofrío que se iniciaba en la nuca y descendía por la espalda de forma lenta y suave. La sensación, lejos de ser desagradable, fue cálida, confortable e invitaba a desear que se repitiera hasta expandirse.

No sabía si el dueño y señor del lugar callaba porque se sentía incómodo entre sus empleados o por el estado de las cepas del pinot que habíamos descubierto esa misma mañana y del que aún desconocíamos los motivos. En cualquier caso, se percibía que no estaba a gusto y que, en cuanto lo considerara oportuno, se marcharía sin mirar atrás.

«Muy probablemente es lo que lleva haciendo años, y de ahí el enfado por que ahora las cosas no estén como él imaginaba».

Supe que era inútil indagar sobre el origen de mi madre estando Arteaga presente, me había quedado clara la cohibición de los demás, pero al menos sabía a quién debía dirigirme en primer lugar. Ahora solo tenía que planear una estrategia para sonsacarles esa información sin levantar sospechas.

La conversación viró hacia una festividad que llegaría en pocas semanas y que tenía una tradición antigua, la Noche de los Mayos. Mientras el resto hablaba, Rodríguez me explicó que era una fiesta donde la gente cantaba y se hacían ofrendas florales por todo el pueblo mientras se servían viandas y se regalaba vino para celebrar que acababa el invierno y llegaba la primavera. Duraba hasta bien

entrada la noche y caía siempre el 30 de abril, aprovechando además que al día siguiente era una jornada festiva.

—Te va a encantar —me dijo Roberta mientras le instaba a Rodríguez que me sirviera más carne y guarnición argumentando que apenas había desayunado por la mañana—. Es una anticipación de la fiesta de la vendimia, justo después de la cosecha, y todos los jóvenes que trabajan o estudian fuera regresan al pueblo para las fiestas.

Volví a sentir el roce de la pierna de Arteaga con la mía a pesar de que me había girado por completo hacia Rodríguez para evitar, precisamente, que pudiera tocarme. En esta ocasión esa sensación febril llegó con mayor ahínco y en un esfuerzo vano por sofocarla no dejaba de beber aquel vino.

—Puedes venir con nosotros —dijo Jaime haciendo que su tono de voz sobresaliese por encima del resto, y percibí la insinuación en aquellas palabras.

—Estaremos todos, la bodega siempre cede cada año unas cuantas cajas de sus vinos para repartir entre la gente del pueblo —constató Rodríguez y miré hacia Arteaga.

¿Asistiría también él? Teniendo en cuenta que había llegado de empalmada la noche anterior, no me sorprendía que no se perdiera una fiesta, aunque con sus pintas imaginaba que estaba acostumbrado a otro tipo de ambientes.

—Me encantan las fiestas tradicionales —afirmé volviendo a coger la copa, que vacié por tercera vez.

Aquel vino era demasiado fresco y suave, y su ligereza hacía que la facilidad de ingerirlo fuese mayor, pero era el contacto con Arteaga, su cercanía, ese olor que, junto con el vino, me envolvía en una nube perpetua, lo que escapaba a mi control. ¿Era deseo? ¿Saciar mi apetito sexual? Todo aquello despertaba sentidos y

emociones que mantenía bajo capas de autocontrol. Era consciente de que mi piel vibraba con su cercanía y estimulaba cada célula de mi cuerpo.

Aproveché que Roberta se levantó para traer el postre y así interponer distancia entre mi jefe y yo alejándome de ellos. A pesar de estar a la misma distancia de Rodríguez en la mesa, incluso más cerca de este porque evitaba el contacto con Arteaga, no me hacía sentir del mismo modo. ¿Por qué?

«Es esa maldita cara de ángel», pensé mientras el agradable frescor del interior de la casa mitigaba parcialmente aquel fuego incandescente que había despertado en la parte baja de mi estómago.

Me dirigí al fregadero para dejar algunos platos y beber agua fresca. Durante la reforma habían conservado una decoración antigua pero a la vez moderna en aquella cocina, con un toque rústico de madera, azulejos con diseños pintados de flores azules y amarillas que, deduje, serían típicos del lugar.

—Aquí deberás tener cuidado con este sol, ya no estás en Francia y es muy fácil tener una insolación. —Oí a Roberta conforme se alejaba—. Tu piel está enrojecida, esta noche te daré un remedio casero que les daba a mis niñas cuando eran pequeñas.

—¿Cuántos años hace que sirves en esta casa? —le pregunté sin mirarla.

—Nos mudamos aquí cuando la reformó el joven Arteaga, hará unos doce años, pero mi Luis ya trabajaba aquí desde antes de que nacieran nuestras hijas. —Empecé a escuchar golpecitos en la encimera y vi que estaba sacando cuencos de barro y los dejaba con cuidado sobre una bandeja—. Ahora están casadas y tienen su vida en Valencia, pero vienen con frecuencia a visitarnos.

—¿Cuántas hijas tienes? —pregunté por darle conversación.

No me apetecía en absoluto volver y sentarme en el mismo lugar, demasiado cerca de Arteaga.

—Tres. —Señaló el frigorífico al cerrarlo donde había una foto de tres mujeres con varios niños de diferentes edades en los brazos—. Gloria es la mayor, tiene tres niños. María es la mediana y ha tenido solo uno. Carmen es la más pequeña y tiene dos.

—Imagino que las echas de menos. —Me sequé las manos con uno de los trapos que había esparcidos por la cocina y me acerqué para apreciar mejor la foto.

Se parecían bastante entre ellas y supuse que hasta la más pequeña debía de ser unos años mayor que yo.

—Una madre siempre quiere estar cerca de sus hijos —dijo sonriente—, pero los educamos para que extiendan sus alas y echen a volar lejos del nido. A fin de cuentas yo me vine a vivir aquí cuando me casé con Luis y tuve que alejarme de mi familia. —Aprecié un leve deje de melancolía, imaginaba que Roberta era una mujer de costumbres familiares, sin embargo había dejado a su familia atrás y ahora la suya propia tampoco estaba tan cerca como le gustaría.

—Pensé que eras de aquí como todos. —Me sorprendió que no fuera originaria de la zona.

—No. Ni mi Luis ni yo nacimos en esta tierra. Somos de Murcia, pero él encontró trabajo con el antiguo señor Arteaga en esta finca y pocos años después nos casamos para poder estar juntos, así que me mudé al pueblo y tuve enseguida a Gloria.

Alcé una ceja extrañada y me esforcé por no parecer demasiado sorprendida.

—Al mencionar durante la comida al anterior propietario de la finca, pensé que lo conocía todo de este sitio —dije sin darle demasiada importancia.

—Llevamos mucho aquí, así que hemos escuchado muchas historias. Es una historia demasiado triste… —Suspiró, y noté que todos mis sentidos se ponían alerta para lo que estaba a punto de decir.

En ese momento se oyeron pasos acercándose y maldije a quienquiera que fuese por irrumpir justo en ese momento.

La sombra tomó forma y me giré para ver a Rodríguez.

—Tenemos que retomar el turno en diez minutos. ¿Os echo una mano con el postre?

Aunque yo solo quería gritarle a Rodríguez que se fuera por donde había llegado para que Roberta me contase de qué trataba esa historia demasiado triste que, estaba segura, hacía referencia a mi madre, intenté mostrar un rostro de neutralidad que esperaba pasara desapercibido. Con todo, en cuanto volví a sentarme a la mesa, y conforme Roberta repartía aquel postre de olor dulzón a canela, no pude evitar que fluyeran todo tipo de pensamientos.

¿Triste podía ser que desterrasen a una hija? ¿Quizá hubo alguna tragedia? ¿Alguien murió? Nada tenía sentido. Nada me cuadraba con la escasa información que me había revelado mi madre.

—Es arroz con leche, un postre típico de aquí. —Oí a mi izquierda a la par que su pierna rozaba la mía y sus dedos tocaban ligeramente la mano con la que yo removía el contenido sin ser consciente de lo que hacía.

Su voz me había rescatado de mi propia inconsciencia para devolverme a la realidad de aquella mesa.

—¿Qué? —Fue lo único que conseguí decir cuando mis ojos se quedaron hipnotizados ante los suyos y el modo en que me miraba aquel hombre.

Ese fuego interior que había sentido durante toda la comida ahora era abrasador. Me quemaba, ardía, y por alguna razón no me

importaba convertirme en cenizas.

Hizo un gesto arrugando la frente y su semblante pareció menos serio.

—¿Te encuentras bien? —exclamó ahora con verdadera preocupación y me tocó la frente antes de que pudiera responder.

—Sí, sí —acerté a decir mientras trataba de controlar aquella atracción irresistible, como si él estuviera hecho de hierro y yo fuese un débil imán incapaz de resistir el magnetismo con el que tiraba de mí—. Estaba pensando en el origen del vino, me gustaría saber más sobre él y su complejidad, ya que es la primera vez que conozco esta variante, quisiera estudiarla para comprender sus matices.

Arteaga parecía intentar leerme la mente, no podría afirmar si creía o no en lo que decía porque su semblante indicaba que tenía serias dudas. ¿Habría averiguado ya algo de mí? Estaba claro que había visto mi perfil, pero era imposible que me relacionase con El Dorado.

—Céntrate en todo lo referente al pinot noir y, cuando resolvamos ese asunto, podrás dedicarle tiempo al glissando.

8

El hecho de que Arteaga hubiera decidido bautizar el vino producido por las cepas de bobal autóctonas con el término glissando no podía ser simple casualidad. Había buscado la definición exacta en internet, y eso solo había incrementado mis sospechas.

«Deslizamiento continuo y suave entre dos notas sin interrupciones. El glissando conecta las notas de forma fluida, como si se estuviera resbalando de una a otra, de ese modo puede crear un sonido más expresivo o dramático».

Eran las únicas cepas de la hacienda original y habían pasado a otro dueño, como ese deslizamiento de notas sin interrupción. ¿Casualidad? Evidentemente no. Era un fiel reflejo de que se buscaba una continuidad, pero que se apreciara dicho cambio.

Había ido con mi propio coche a las bodegas esa tarde, por lo que no había vuelto a ver a Arteaga desde que me dijera, o más bien ordenara, que dedicara toda mi atención al estado en el que se hallaban las cepas del pinot noir. Su lógica era entendible: si no actuábamos a tiempo, se perdería una segunda cosecha y la hacienda comenzaría a no ser rentable. Puede que el resto de las variantes no se hubieran visto afectadas, poco probable a tenor del estado de los terrenos, a menos que esas cepas en concreto fuesen

las más sensibles.

Casi era última hora de la tarde. No había ventanas en el laboratorio, pero la pared que lo separaba del resto de la bodega tenía grandes ventanales que permitían entrar la luz de los focos. Desde allí se podían ver algunos lucernarios que daban al exterior, y el inconfundible cielo anaranjado evidenciaba que faltaba poco para el anochecer.

Recibí un mensaje de mi padre. Me advertía que había llegado una carta para una revisión médica a mi nombre en ocho semanas. También me preguntó qué tal estaba llevando la adaptación en el nuevo trabajo. Mi padre nunca ha sido uno de esos hombres que entra en detalles de las cosas, así que imaginaba que su modo de preguntarme si estaba bien era saber qué tal me iba en el trabajo.

Tenía el teléfono en la mano mientras le estaba respondiendo cuando el inconfundible perfume de Arteaga, cuya intensidad había mermado dejando los matices de las notas de fondo, me hizo alzar la vista de la pantalla para descubrirlo en el marco de la puerta. Me guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón y anoté mentalmente la fecha de la cita médica para sacar los vuelos. Respondería al mensaje de mi padre en cuanto pudiera.

—Tendré los resultados del análisis de agua, el terreno y las cepas en una semana para saber el estado real en el que se encuentran —dije antes de que él abriera los labios.

Dio un par de pasos y después cerró la puerta con tranquilidad. No sabía cuáles serían sus razones, ya que al estar toda la división acristalada, cualquiera que pasara cerca podría vernos, pero intuí que deseaba hablar sobre algo de lo que no quería que nadie más fuese partícipe.

—Mañana vendrá una cuadrilla nueva para comenzar a remover el terreno —dijo dejándose caer en una mesa auxiliar y cruzándose de

brazos.

—¿Quiere que lo supervise? —exclamé sin moverme del lugar.

Tenía la sensación de que había algo que lo inquietaba. El hecho de que desde que había entrado evitaba mirarme y concentraba su atención en el ruido que emitían las máquinas así me lo confirmaba.

—Rodríguez está al tanto, pero quiero que elabores un informe de los avances y de cualquier detalle que llame tu atención. Necesito que seas muy precisa. —Sus ojos se posaron en los míos y sentí de nuevo ese hormigueo de calor que me recorría las entrañas.

Pero aparté de la mente el deseo que se abría paso por mi cuerpo.

—Sin problema —dije, y callé lo que en realidad creía que él pensaba. A fin de cuentas, aquello era mi trabajo, si no se fiaba de su personal de confianza, sus motivos tendría.

Dio unos pasos hacía mí y dejó un vial de cristal con un líquido oscuro sobre la mesa, apenas a un palmo de distancia de donde me encontraba.

—Es una muestra de la cosecha del pinot. Analiza el contenido y envíame por e-mail un informe con los resultados y tus conclusiones —dijo dando un paso atrás, pero manteniéndose a una corta distancia.

—Me dijo que sospechaba de una manipulación en el proceso de vinificación, ¿ahora tiene dudas? —Cogí el vial y sentí el frescor del cristal en la mano.

—Creo que hay más que una simple manipulación, pero no voy a tomar decisiones o interponer demandas sin pruebas —afirmó con bastante solemnidad.

—Imagino que se refiere al antiguo vinicultor —dije cruzándome de brazos.

—No lo tengo tan claro. —Volvió la vista hacia la pared acristalada, como si quisiera asegurarse de algo—. Sería fácil echarle toda la

culpa teniendo en cuenta el estado en el que se encuentran las cepas, pero los análisis previos a la cosecha indicaban unos valores aceptables.

Hice una mueca porque yo misma había mencionado la posibilidad de que se hubieran manipulado.

—Reconozco que falsificar esos datos no cambiaría la situación, el resultado sería el mismo que conocemos. ¿Qué es lo que no me está contando?

—Puede que ese tipo fuera inepto, pero no lo suficiente para no tener dudas. Hizo modificaciones para reducir la salinidad del terreno y envió a un laboratorio externo muestras para analizar el fruto de todas las cepas antes de la cosecha.

Aquella información me sorprendió. Miré el vial que tenía entre las manos.

—Los resultados eran óptimos. —Ahora entendía el porqué de cerrar aquella puerta para que nadie pudiera escucharnos.

—Aún mejores que los que vimos esta mañana y que se habían realizado en este laboratorio —afirmó con un semblante taciturno.

—¿Es eso posible? —exclamé ante la incoherencia de la lógica que eso tenía.

—Solo hay dos opciones —dijo dando un paso hacia mí—. O los métodos del antiguo enólogo para solucionar la salinidad funcionaron justo para la recolección de la cosecha, algo que no explica el resultado de la producción ni el estado actual del terreno, o…

—¿O? —exclamé intrigada.

—Hay alguien que intenta destruir o devaluar la hacienda.

Alcé una ceja mientras me fijaba en aquellos ojos grises que ahora se veían varias tonalidades más oscuras debido a la luz amarillenta de los focos.

—Ayer me dijo que tenía sospechas de todas las personas que trabajaban aquí, imagino que eso no ha cambiado.

—De todas no —inquirió cruzándose de brazos—. Eres la única libre de sospecha, señorita Monfort.

Puede que estuviera libre de sospecha si era cierto que existía algún tipo de complot detrás de aquello, pero no estaba libre de secretos que hicieran referencia a ese lugar.

—El contrato no decía nada sobre ejercer de investigadora privada para descubrir un complot de sabotaje. —Aparté la mirada, aquella cercanía no era buena para mis sentidos.

Sentí que se alejaba y cuando volví a alzar la vista tenía una ligera sonrisa en los labios.

—Y por alguna razón no te desagrada.

—Me gustan los retos. —Callé que el motivo principal de mi presencia allí nada tenía que ver con los viñedos—. Y no me rindo fácilmente hasta obtener lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —En esta ocasión su sonrisa era más evidente y supe que volvía a coquetear como había hecho el día anterior.

—Desde luego no es usted —dije cruzándome de brazos y él soltó una carcajada como si aquella respuesta le complaciera.

—A mí también me complacen los retos, Victoria.

Mi nombre en sus labios provocaba una incitación al placer tan descarada que noté cómo mi ropa interior se humedecía al mismo tiempo que mis pulsaciones se aceleraban.

Sabía perfectamente a qué se refería con aquello, era un juego para él, uno demasiado divertido y excitante para dejarlo pasar, solo que no me conocía ni sabía hasta dónde era capaz de llegar.

—Espero que esté acostumbrado a la derrota entonces.

—¿Estás diciéndome que eres inaccesible? —preguntó

sorprendido.

—No —negué con rotundidad—. Solo para usted.

Ni siquiera sabía por qué había entrado en su juego, uno que parecía divertirle mucho más de lo que había supuesto y que me había llevado a hablar precipitadamente.

La confusión en su rostro me complació. Desde luego no parecía ser alguien acostumbrado al rechazo y menos aún de un modo tan abierto y directo como acababa de escuchar. Puede que la atracción fuera mutua, pero no tenía intención de relacionarme con él en ningún sentido, sobre todo en lo que concernía *al físico*.

Dio unos pasos cortos en mi dirección. Apreté el vial en un intento de conservar una apariencia sosegada. Reconocer que su presencia me inquietaba, que su cercanía hacía vibrar mi piel y que su roce encendía un fuego abrasador no entraba en mis propósitos, menos aún iba a permitir que él se diera cuenta de aquella indiferencia fingida.

Se colocó cerca, lo suficiente para inspeccionar mi rostro y percibir su aliento. Grosella negra. Desconocía por qué desprendía ese aroma, pero me envolvió en un dulzor en el que comencé a sentir que mis pies no tocaban el suelo y flotaba.

—En ese caso, me prepararé para perder —jadeó cerca de mis labios—, salvo que yo nunca pierdo.

Por un instante creí que iba a besarme, pero retrocedió para darme la espalda y mi mirada se fue a aquellos hombros anchos y la curva que propiciaban hacia la cintura.

Le había tocado mientras viajábamos esa misma mañana en quad y cada parte de mi anatomía era muy consciente de la musculatura que se escondía bajo aquella camisa.

—Esta hacienda lleva cuarenta años en mi familia —dijo con un matiz diferente en su tono de voz—. Prácticamente desde que nací,

y por esa razón mi padre la puso a mi nombre. —Acababa de revelarme su edad sin que se lo pidiera—. Ni una sola vez ha sufrido una mala cosecha. Es más, desde que El Dorado está en mis manos la producción ha mejorado y aumentado. Me hice cargo de este lugar con doce años. He implementado técnicas avanzadas, he hecho modificaciones y he llevado la bodega hacia un sello propio que fuera garantía de calidad —continuó como si tratara de convencerse a sí mismo con aquel discurso—. Conozco hasta el más mínimo detalle de este sitio y sé a la perfección cómo es el proceso de elaboración y la calidad de mis vinos.

Me quedé en silencio. Le había escuchado con atención, y era consciente de que quizá, *solo quizá*, no era tan inútil en cuanto a su conocimiento sobre la producción de vinos.

—Y sin embargo este año no tendrá el pinot noir en producción, tampoco el…, ¿cómo lo llamó?, ¿trémolo? —Me refería a la mezcla de chardonnay y pinot noir—. Puede excusarse en que es un sabotaje por parte de la competencia o una mala administración por parte de las personas que dejó al cargo, pero, a fin de cuentas, es el máximo responsable, las pérdidas las asumirá usted y, por tanto, es el único que ha perdido en este proceso. Diría que no siempre gana sus batallas, señor Arteaga. —Le reté alzando el mentón y sintiendo que el cristal del vial se había calentado tanto en mis manos que me giré para llevarlo al lugar donde se almacenaban las muestras para analizar.

—El territorio no se conquista con un primer asalto, hace falta estrategia, paciencia y determinación para estudiar al adversario y salir vencedor. Te aseguro, señorita Monfort, que cuando todo esto acabe, no tendrás la misma opinión. —Parecía muy seguro de sí mismo, pero, teniendo en cuenta su poder adquisitivo, estaba claro que una simple cosecha no iba a suponerle grandes pérdidas.

¿Estaría refiriéndose a mí misma? Su convencimiento ante la idea de que no tenía posibilidad para resistirme a su encanto hacía que me regodease ante mi clara determinación. Puede que me hubiera equivocado al juzgarle en cuanto a su conocimiento de aquel lugar, pero desde luego no había errado en mi conclusión al pensar que solo era un niño mimado acostumbrado a tener todo cuanto deseaba.

«Puede que hasta me divierta y todo…».

—Estaré en primera fila viendo cómo caen sus tropas —dije mientras cerraba la puerta del pequeño frigorífico de almacenaje, justo antes de escuchar su risa, pero cuando me giré para encararle, vi su silueta perderse tras el marco de la puerta sin despedirse.

Me quedé observando conforme el motor de las bombas de trasvase llenaba todo el habitáculo y vi a algunos trabajadores ir y venir por los pasillos entre tanques. ¿Había sido aquella la conversación más surrealista que había tenido con un tío? Ni siquiera entendía cómo había llegado a ese punto cuando se suponía que nuestra relación era jefe-empleada y que únicamente deberíamos habernos ceñido a hablar sobre lo que allí estaba ocurriendo.

Me asomé para ver cómo Rodríguez colocaba la bomba de los tanques y procedían al trasvase del albariño que yo misma había prohibido la tarde que llegué. Vi que el propio Arteaga daba su conformidad y parecía supervisar el proceso ajeno a que le estuviera observando a aquella distancia. Nadie me había preguntado si consideraba que era idóneo hacer el trasvase, aunque lo cierto es que mis cálculos indicaban que apenas le faltaban dos o tres días para alcanzar el punto óptimo. Imaginé que Arteaga lo consideró oportuno, por lo que entré de nuevo en el laboratorio y me aseguré de conservar en refrigeración las muestras en las que había estado trabajando y comprobé las máquinas que se quedarían encendidas

toda la noche. Miré la muestra del pinot noir que me había traído Arteaga.

«Adagio», pensé mientras desenroscaba el tapón simplemente para olerla.

No me hacía falta buscarlo en el navegador para saber que aludía a la velocidad más lenta que puede tener una pieza musical. Como si hiciera referencia al hecho de que aquel vino se elaboraba con cariño, paciencia, hasta conseguir su máximo potencial. ¿Por eso le habría bautizado con ese nombre? No me había parecido un vino excepcional cuando lo probé el día anterior, es más, creía que podrían explotarse mucho mejor sus matices para que adquiriese más cuerpo y elegancia.

El olor ácido me hizo pensar automáticamente en una fermentación acética propia de los vinos picados, cuando la acidez se eleva hasta el punto de sentir la irritación en el olfato. No me hacía falta probarlo para saber que su sabor era agudo, desequilibrado y nada placentero, pero aun así cogí una probeta nueva de cristal bastante más pequeña y vertí un contenido mínimo. No tenía aspecto turbio ni presencia de bacterias o fermentación a simple vista. Tampoco sentía el moho, ni ese típico trasfondo de cartón mojado que deja el vino cuando se echa a perder. Estaba a punto de llevármelo a los labios cuando mi teléfono vibró emitiendo un sonido particular. Dejé las muestras sobre la mesa antes de sacar el móvil del bolsillo trasero y vi el nombre de mi jefe en la pantalla. Era un mensaje. Ni e-mail. Ni wasap. Ni ningún tipo de aplicación instantánea que funcionase con internet. Un mensaje directamente a mi número de teléfono procedente de Egan Arteaga.

«Has mencionado que querías estar en primera fila, así que deja lo que estés haciendo y ven a los tanques de albariño ahora mismo».

¿Qué demonios había pasado? En cuanto salí del laboratorio fui consciente del silencio. Las bombas no parecían estar funcionando y las voces por encima del ruido de motores habían desaparecido.

Todo el mundo callaba, cabizbajo, era como si hubiera sucedido una tragedia, pero nadie reaccionaba. Vi a Rodríguez con la cara descompuesta cruzado de brazos. Jaime parecía nervioso y el resto de los trabajadores permanecían en silencio, como si esperasen a recibir órdenes.

—Sube a la escalera y asómate al tanque —dijo sin mirarme.

No entendía. ¿Es que había un cadáver allí dentro?

Según subía los peldaños de la escalera mecánica me di cuenta del silencio atronador. Percibía que la atención de todos los presentes estaba puesta únicamente en mí y cada vez comprendía menos a qué se debía aquello. En cuanto llegué al último peldaño lo comprendí, ni siquiera hizo falta que me asomara al tanque.

—Cloro —dije antes de sentir que el olor se volvía aún más intenso y fuerte.

—Está en todas las barricas a las que se debía hacer el trasvase del albariño —dijo Arteaga haciendo consciente a todos los presentes de lo que eso significaba.

Quienquiera que hubiese echado a perder el pinot continuaba en la hacienda y, al parecer, no tenía intención alguna de parar.

9

Me había dado una ducha antes de cenar y me puse una de las camisetas holgadas que utilizaba como pijama y uno de los pantalones cortos que solía usar para correr. Seguía sin quitarme de la cabeza la idea de que el cloro ya estuviera en los tanques antes de que me negase al trasvase apenas dos días atrás. En realidad, dos tanques se habían echado ya a perder, puesto que Arteaga no se había percatado de que algo iba mal hasta que colocaron la bomba en el tercero.

No vi el Range Rover en el aparcamiento de entrada, lo que significaba que seguía en la bodega. Cuando entré al salón, donde la mesa ya estaba puesta, descubrí que Roberta no dejaba de entrar y salir de la casa, a pesar de que ya se había hecho noche cerrada.

Desconocía cuánto tiempo tardarían en terminar de limpiar los tanques. Me marché en cuanto saqué algunas muestras del contenido y tomado varias fotografías para documentar los daños, pero Arteaga, Luis, Rodríguez y otros tantos se habían quedado allí para agilizar la limpieza de las barricas, de lo contrario la cosecha se echaría a perder si no se realizaba el trasvase.

—¿No puede haberse tratado de un error al limpiar las barricas? No son las típicas de roble, tal vez haya sido una confusión —

preguntó Roberta en cuanto entré en su ángulo de visión.

—Creo que es pronto para hacer especulaciones, pero me parecería mucha casualidad que después de echarse a perder toda la cosecha del pinot noir también lo hiciese la del albariño. Lo más lógico es que se trate de una acción deliberada, habrá que ver si las evidencias son suficientes para corroborarlo.

Sería complicado, ya que no había cámaras de seguridad que apuntaran directamente a esas barricas, sino que estaban distribuidas por las entradas y salidas de la nave y las zonas de almacenaje del vino.

Escuché cómo Roberta parecía decir algo en voz baja y se llevaba la mano a la boca.

—Conozco a estas personas desde hace muchos años, no puedo concebir la idea de que estuvieran detrás de algo así, sabemos lo que El Dorado significa para el pueblo y la cantidad de trabajo que genera. ¡Esto es inaudito! —Su voz pareció romperse como si de verdad le doliera lo que estaba pasando.

Si yo misma me hallaba aturdida con la situación y apenas llevaba dos días allí, comprendía que ella estuviera sin palabras después de pasar más de media vida en ese lugar. Seguro que consideraba la hacienda su hogar, donde habían crecido sus hijas y donde atesoraba muchos sus recuerdos.

Pensé en mi madre. ¿Guardaría ella también recuerdos felices de aquel lugar? Probablemente no, de lo contrario me habría hablado de El Dorado en vez de ocultarlo.

—Imagino que debes de conocer a todos muy bien, incluido el señor Arteaga —dije pensando en lo que él me había mencionado esa tarde.

—Desde luego —aprovechó para sentarse a la mesa—, se hizo cargo de la hacienda siendo muy joven. Su padre siempre le ha

consentido por ser hijo único, así que le cedió las tierras y, para sorpresa de todos, convirtió El Dorado en la hacienda más grande de la comarca, aunque con los años pareció cansarse, o quizá priorizó otros negocios que tiene la familia. Comenzó a venir cada vez menos y delegó en capataces y vinicultores todo el trabajo. Hacía varios años que no pasaba una noche aquí.

Aquello tenía sentido, desde ser hijo único y consentido hasta el hecho de que se hubiera cansado y hubiera mirado hacia otro lado todos esos años. Imaginé que para alguien como Arteaga, acostumbrado a tenerlo todo, el único aliciente que lograba motivarlo era retarse a sí mismo para obtener aquello que quería. ¿No lo había evidenciado esa tarde al recalcar que él no perdía una batalla? Es posible que se tomara la gravedad de aquel asunto como un reto hasta descubrir quién estaba detrás. Del mismo modo que suponía un juego satisfactorio el hecho de que cayera rendida ante el hechizo de su rostro angelical.

Alcé la vista y me fijé en una foto pequeña que no había visto. Estaba parcialmente escondida tras un reloj con péndulo y me levanté para verla mejor.

Era la misma foto que encontré entre los recuerdos de mi madre, pero aquella parecía ampliada y tenía un pequeño marco con cristal para conservarla.

—¿Es la hacienda original? —pregunté, a pesar de que intuía la respuesta.

—Sí, antes de que el señorito Arteaga la reformara. —La voz de Roberta parecía lejana, sin duda continuaba dándole vueltas a lo sucedido. Hasta que su marido no se lo confirmara, seguiría impaciente y con ese movimiento en la pierna que la hacía levantarse y asomarse a la entrada para atisbar posibles luces en el camino.

Puede que no fuera el momento más propicio para preguntar, pero su inquietud y nerviosismo camuflarían mi interés, así que dejé el marco en su sitio y me giré hacia ella.

—Hoy me dijo que la historia de este lugar era triste, eso me ha generado curiosidad por saber más de este sitio —comenté. Cogí uno de los vasos y me serví agua.

Roberta me miró y después volvió la vista hacia la entrada. Ningún ruido de motor. Ningún sonido de ruedas sobre la grava. Ningunas luces o voces a la vista. Estaba claro que acabarían tarde y que Arteaga no iba a dejar que nadie se fuera a casa hasta estar conforme. Aún no comprendía por qué me había dado órdenes explícitas de irme a la casa. ¿Quizá me quería en las bodegas a primera hora de la mañana para analizar las muestras?

—Hay veces que no comprendemos el destino que el señor guarda para nosotros. —Aquella afirmación me hizo afinar el oído a pesar de fingir que la historia no me interesaba tanto—. La última generación de los Almansa que vivió en esta casa tenía tres hijos. El mayor y futuro heredero de la finca era un muchacho trabajador, honrado e inteligente. La hija mediana era una mozuela muy guapa, se sabía que haría un buen matrimonio con algún muchacho pudiente. Y luego estaba el hermano menor, que nació con algún tipo de enfermedad extraña. Dicen que fueron a muchos médicos, incluso viajaron al extranjero, pero el pequeño murió a los ocho años y la señora de la casa cayó en una depresión profunda de la que jamás se recuperó. La pobre mujer acabó enfermando y murió.

Se hizo un silencio y yo procesé aquella información mientras me servía parte de la comida. Sabía que no probaría bocado, ya notaba que se me cerraba y contraía el estómago al conocer la historia de mi familia. Ese chico debía ser mi tío, y esa mujer, mi abuela.

—No mentías con lo de ser una historia triste —dije ante su

silencio y me dejé caer en la silla.

—¡Ay! No quería entristecerte, será mejor que deje de hablar…, cada vez que recuerdo esa historia siento un pesar en el pecho y no puedo evitar pensar que he tenido demasiada suerte en la vida criando a tres hijas sanas.

—No te preocupes, sigue. Al menos nos distraerá de lo que está ocurriendo en la bodega. Si no tienes inconveniente, claro. —Esta vez me serví vino, necesitaba algo más fuerte para digerir aquel relato.

Roberta suspiró. En ese momento, para nuestra sorpresa, vimos los focos y oímos el sonido de un coche entrando en el aparcamiento. Saltó de la silla y se dirigió hacia la entrada.

¡Qué mala suerte! Era la segunda vez que estaba a punto de descubrir la verdad que me había llevado hasta allí y el universo se aliaba en mi contra.

Me quedé pensando si la muerte de mi tío y mi abuela habrían afectado a mi madre, pero no podía ser un condicionante para motivarla a marcharse de este lugar y, menos aún, para correr un velo sobre todo aquello. Tenía que haber más, algo aún peor que lo que acababa de contarme. Llámalo intuición o justificación a todos esos años de silencio, pero intuía que Roberta había dejado la peor parte para el final. Mis pulsaciones, de por sí aceleradas, aumentaron el ritmo todavía más.

El rostro ensombrecido y cansado de Luis hizo que volviera a ser consciente de la realidad que estaban viviendo en la hacienda, de modo que aparté a un lado mi propio drama familiar.

—El señor Arteaga me ha pedido que te informe de que mañana vendrá un abogado especialista para encargarse de todo el asunto legal. Quiere que seas tú quien le informe y le acompañe —dijo empleando un tono cordial—. Imagino que lo normal en estos casos

es emprender acciones legales, la verdad es que es la primera vez que pasa algo así, no doy crédito.

Acababan de constatar la intención de provocar daño, así que se debía proceder a interponer una demanda, abrir una investigación para esclarecer lo sucedido y encontrar a los responsables.

—Por supuesto. ¿Cómo están las cosas por la bodega? —pregunté para saciar en parte la curiosidad de Roberta.

—Los muchachos han respondido como se esperaba y han dicho que estarán toda la noche si hace falta para no perder lo que queda del albariño. El señor Arteaga ha hecho dos grupos y ha enviado uno a casa para que descanse y regrese a las cuatro de la mañana, yo me he venido cuando se han marchado. Rodríguez se ha ofrecido voluntario para que sus compañeros descansen unas horas y puedan hacerles el relevo estando más frescos.

—¿Y Arteaga va a quedarse allí? —exclamé sorprendida.

—Eso parece.

Se me hacía extraño imaginarme al pijo mimado hincando el codo para limpiar las barricas. Cuando me marché de las bodegas continuaba dando órdenes e iba de un lado para otro.

Me levanté de la silla ante la mirada de Roberta y cogí un par de piezas de fruta. No tenía hambre, pero debía meter algún alimento en el cuerpo. Me despedí de ellos y me dispuse a subir la escalera que llevaba a las habitaciones.

Siempre había girado a la izquierda cuando llegaba al último peldaño, obviando las puertas que quedaban hacia la derecha. Por alguna razón, cuando le di al interruptor y se iluminó todo el pasillo, miré hacia la derecha. Consciente de las voces susurrantes que provenían del salón, me dejé llevar por la curiosidad.

Llegué hasta el final del pasillo, donde una ventana daba al lateral derecho del viñedo. Se veían gran parte de los árboles frondosos y el

camino por el que se llegaba a la hacienda. Empecé a contar las puertas, y me di cuenta de que la que estaba más cerca de la ventana era de un tamaño mucho menor. Daba la sensación, además, de que había sido restaurada.

Coloqué la mano en el pomo de metal dorado y la abrí. En lugar de una estancia, apareció ante mí una escalera empinada, antigua, con los muros enfoscados en arenisca parcialmente desprendidos y en los que se podía apreciar la piedra. Mi corazón se aceleró sin aparente motivo, más allá del hecho de que aquel espacio era original de la casa y conducía hacia alguna parte que desconocía. Busqué a tientas algún tipo de interruptor, en vano, así que me remangué la camiseta para colocar las dos piezas de fruta en la cinturilla del pantalón y activé la linterna del móvil para ver hacia dónde llevaban esas escaleras.

La curva hacia donde se dirigían los escalones no me dejaba ver el final, y antes de pensar lo que estaba haciendo, mis pies comenzaron a subir los empinados peldaños. La huella de madera crujía por mi peso. Olía a la humedad que se concentra en un espacio cerrado, pero también a tierra, moho y madera descomponiéndose.

Mientras ascendía tenía una especie de corazonada extraña, como si aquella escalera me condujera a la verdad, a esa que ansiaba encontrar, y que al mismo tiempo me generaba pavor. Una cosa era escuchar un relato en tercera persona como narraba Roberta, que podía creer o no, pero con pruebas tangibles ya no tendría opción de apartarlo de mi vida.

Cuando rebasé el último peldaño volví a alzar el teléfono. El haz de luz iluminó una puerta antigua de madera, incluso podía sentir el frescor de traspasarla. Se me erizó la piel. Me quedé paralizada, por un momento mis pies parecían pesar toneladas y era incapaz de

avanzar. Nada podría cambiar el pasado, y tenía la certeza de que ese pasado me perseguiría mientras viviera. Necesitaba las respuestas, pero no poder modificarlo me martirizaría de por vida.

Has venido hasta aquí para esto, ahora no te vas a acobardar como una niña asustada», me dije, a pesar de que al otro lado de esa puerta solo encontrara una habitación vacía.

¿Para qué iban a conservar algo del pasado de ese lugar? No habría motivos, lo sabía y aun así la esperanza continuaba viva.

La puerta tenía un cerrojo de hierro negro, estaba oxidado, lo suficiente para que tuviera que emplear bastante fuerza para deslizarlo, y en el momento en que salió de la madera, empujé, pero no cedió. ¿Tal vez se había encajado e hinchado por la humedad? Probé varias veces, incluso me dejé caer con todo el peso, hasta que me fijé en el minúsculo orificio que correspondía a una llave antigua escondido en el metal del cerrojo.

Di un golpe mientras maldecía para mis adentros. Justo en ese momento mi teléfono comenzó a sonar. El eco retumbó en el hueco de la escalera. Supuse que sería Marion, básicamente lo di por hecho, pero palidecí cuando miré la pantalla. Era Arteaga quien me llamaba.

«¡No me jodas que tiene cámaras por la casa o algo así!».

Bajé corriendo las escaleras sin molestarme en volver a pasar el cerrojo. Deslicé el dedo por el teléfono cuando regresé al pasillo.

Había ruido, el suficiente para saber que seguía en la bodega. Cerré la puerta que daba a la escalera con suavidad preguntándome qué demonios había allí para que estuviera bajo llave. ¿Algo de valor? No tenía sentido, allí solo vivían Luis y Roberta. Fuera lo que fuese lo que se guardaba tras esa puerta, debía de tener un significado.

—¿Sí? —exclamé al ver que no hablaba.

—Ven. Ahora.

10

Tenían las puertas de la bodega completamente abiertas y el ruido de agua, mangueras y raspado llegaba hasta el aparcamiento. No me había molestado en cambiarme, aunque sí me calcé las botas por seguridad. Conforme caminaba, trataba de distinguir a Arteaga entre los pocos trabajadores que se habían quedado en el primer turno. No esperaba encontrarlo en plena faena, de hecho, se había quitado la camisa y estaba desnudo de cintura para arriba.

«¡Dios bendito! ¿Es que este hombre no tiene ningún defecto?».

Me quedé embelesada. No fui consciente de que lo estaba hasta que, como si hubiera detectado mi presencia, alzó la vista para verme.

Pude notar cómo su mirada recorría mis piernas desnudas y supuse que se estaría preguntando si llevaba algo debajo. Me crucé de brazos, como si así tapara parte de mi anatomía.

—¿Hay más barricas afectadas? —Pensé que ese sería el motivo de que me ordenara ir de ese modo tan brusco.

—No. —Y no añadió nada más.

Su silencio me exasperaba, sobre todo porque no podía evitar desviar la mirada hacia esos pectorales bien marcados y trabajados, que, a pesar de intuirse bajo la ropa, había llegado a creer que eran

de silicona y no de arduo trabajo en un gimnasio. Ahora veía que era puro músculo y fibra. No tenía tatuajes, ninguna marca o cicatriz, ni siquiera rastro de vello alguno por el torso.

—¿Me has llamado para que compruebe que pasas más tiempo en el gimnasio que en esta bodega o hay algo interesante que deba saber? —espeté en parte molesta conmigo misma por sentirme irremediablemente atraída.

Me pareció ver que esbozaba una mueca como si contuviera una sonrisa. Mi comentario no le había molestado en absoluto. ¿Tal vez era un cumplido para él que hiciera referencia a sus músculos?

—Ven conmigo. ¡Rodríguez, encárgate tú!

Caminaba unos metros por detrás de él. Al andar, sus escápulas se marcaban con cada movimiento. Y yo no podía evitar sentir una atracción por ese hombre que crecía a cada paso, como el rugir de un volcán que está a punto de estallar.

—¿Hay algún motivo por el que nos estemos alejando tanto? —exclamé al cabo de unos minutos. Cada vez había menos luz, y eso me inquietaba.

Arteaga se giró bruscamente, y yo me estampé de bruces contra su pecho y muslo izquierdo. Sentí de inmediato cómo me rodeaba la cintura, pero más bien parecía tratar de evitar que perdiera el equilibrio y cayera porque no lo hacía con una firmeza severa.

—¿Acaso teme que pueda seducirla, señorita Monfort? —inquirió en ese tono burlón tan típico de él.

—Lo único que temo, señor Arteaga —dije, y me aparté rápido de él antes de que aquel fuego me nublara el juicio—, es que mi bota de suela firme acabe en su entrepierna si intenta tocarme —añadí sin mirarlo, y oí su risa como si le hiciera gracia.

«Yo cada vez entiendo menos a este tío. ¿Es que le gusta que una mujer no se sienta atraída por él?».

—¿Por qué tengo la sensación de que tus labios dicen una cosa y tu cuerpo otra? —Fijó la mirada en mis labios.

—Porque es un niño mimado que dispone de todo lo que desea y que no tiene claras sus prioridades. Salta a la vista —afirmé encogiéndome de hombros, y él subió la mirada desde mis labios a los ojos.

—Tengo muy claras mis prioridades, pero soy un hombre demasiado ambicioso. —Sonrió antes de alejarse para continuar andando.

Me quedé con la sensación de que las certezas que tenía sobre él no eran tan acertadas, o al menos no todas.

Se detuvo en unas barricas de roble de grandes dimensiones con una T grabada al lado del grifo de metal que habían incrustado para la cata. Cogió un vaso de cristal y dejó que el líquido de color oro pálido se vertiera en él.

—Te he hecho venir porque tu vino predilecto es el chardonnay —dijo tendiéndome el vaso y me quedé mirando la mano con la que me lo ofrecía para después mirarle a él bastante confusa.

—¿Y cómo se supone que sabe que mi vino favorito es el chardonnay? —No lo había mencionado en ninguna conversación.

Muy pocas personas sabían de mi predilección por ese vino, que yo misma atribuía a que fue el primer caldo que había probado en mi vida.

—Para ser alguien que presume de tener un olfato muy desarrollado no deberías cuestionarte el cómo, sino el porqué. Las notas que desprende el aroma de tu piel concuerdan con las de este vino. Melocotón, cítricos, manzana verde, vainilla, almendra y… —hizo una inspiración— azahar.

Ahora sí que no tenía argumentos para responder a eso.

«¿Qué demonios? ¿Ha sabido cuál es mi vino favorito solo por mi

olor? ¡No me jodas! ¡Lleva todo este tiempo ocultándome que él también tiene un olfato desarrollado? Eso sin contar que es capaz de oír hasta el zumbido de un mosquito a tres metros. ¿De dónde ha salido este tío? ¿Es un superhumano o qué?».

—¿Eres capaz de saber qué vino le gusta a una persona solo con olerla? —pregunté, ahora sí, impresionada.

—Es más fácil de lo que crees, ahora pruébalo —contestó restándole importancia.

Me llevé el vaso a los labios y lo degusté un par de veces. Era un chardonnay aceptable, modesto, pero le faltaba mucho para tener presencia, cuerpo, esa elegancia que lo hace distinguirse entre el resto.

—No le daría ni un seis. Quizá dejándolo en crianza unos meses más se podría conseguir algo decente, pero no dejará de ser un vino modesto.

—Eso es lo que ya sé. Ahora dime lo que no sé. —Se cruzó de brazos y se apoyó en la barrica.

—¿A qué se refiere? —No tenía ni idea de adónde quería llegar.

—A lo que harías tú si estuvieras en mi lugar con todos los recursos posibles para convertir este vino mediocre en algo bastante decente.

Parecía tan convencido de ello que hasta pensé que el vino ya se me había subido a la cabeza teniendo en cuenta que no había probado bocado en la cena.

—No existe la magia por muchos recursos económicos que tenga. Un vino es paciencia, delicadeza y…

—Dime en qué tipo de barrica crees que se potenciaría su sabor para diferenciarse del resto.

¿Estaba pensando en cambiarlo de barrica? Bueno…, tendría cierto sentido, pero para el chardonnay no había demasiadas opciones.

—Quizá una barrica de roble francés de alta tostadura pudiera conferirle más sabor y cuerpo, pero en pocos meses no creo que la diferencia fuese tan perceptible.

—Olvídate del roble —insistió, y dejé el vaso en el mismo lugar en el que él lo había cogido.

—Nadie ha usado otra madera que no sea roble para la crianza del chardonnay —dije como si pensara que me estaba tomando el pelo o aquello solo fuese un juego divertido para él—. ¿Esto es algún tipo de prueba para evaluar mis conocimientos o algo así?

—¿Qué me dirías del cerezo? ¿Qué crees que podría pasar?

«Se le ha ido la cabeza —pensé—. Se ha vuelto majareta, quizá sea la falta de sueño o que le ha sobrepasado lo que está ocurriendo en la bodega para tener ideas surrealistas».

—¿Y cómo voy a saberlo? Nadie ha usado cerezo para la crianza de ningún vino. Al menos que yo tenga constancia.

—No estés tan segura. —Me cogió impulsivamente del antebrazo, muy cerca de la muñeca. Sus dedos se clavaron con firmeza en aquella parte de piel fina y sensible.

No sabía si debía replicar o no, pero mientras mis pies avanzaban a grandes zancadas para poder seguirle el ritmo, vi que bordeábamos las cintas de envasado que ahora permanecían apagadas y se dirigió hacia un lateral donde había una puerta pequeña de madera que parecía antigua.

La abrió con determinación, y el olor a rancio, humedad, madera vieja y lo que me pareció un olor dulzón mezclado con floral impactó en todos mis sentidos. Una pequeña bombilla colgada de un fino cable iluminaba un espacio bastante grande repleto de barricas pequeñas.

—Estaban aquí cuando mi padre adquirió el viñedo y ni siquiera sé por qué las he dejado en el mismo lugar todos estos años. Tal vez

por curiosidad o por si algún día tenía la oportunidad de ver qué se podía sacar de ellas.

—¿Estaban aquí originariamente? —exclamé sorprendida ante la idea de que mis antepasados hubieran adquirido o fabricado esas barricas de cerezo. ¿Con qué fin? ¿Las habían usado para la crianza del vino autóctono de la zona? Todo aquello no dejaba de ser un misterio en el que cada vez había más preguntas y menos respuestas.

—Sí, y se usaron, aunque no tengo ni idea de cuáles fueron los resultados.

Me quedé atónita, tanto que tardé unos segundos en reparar en que aún no me había soltado la mano.

—Ya lo tenía decidido cuando me ha llamado —solté sin apartar el brazo. Sentí cómo él me acariciaba con el pulgar de forma suave la muñeca.

—Es bastante probable —afirmó y aparté la mano sin brusquedad.

—Esto puede salir muy bien o muy mal. —Me giré hacia él.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Empezaba a pensar que la fluctuación del riesgo y caminar por una cuerda floja en la que el destino y la suerte formaban una ruleta rusa donde no tenías certeza de qué casilla iba a tocar eran los alicientes que motivaban a Arteaga. ¿Y acaso no cuadraba con el perfil de alguien que lo tiene todo y por eso arriesga? Y, por lo que parecía, sus jugadas solían salirle demasiado bien, a tenor de la seguridad en sí mismo de la que hacía gala y el repertorio de coches de alta gama que había visto.

¿Qué versión de Arteaga sería la real? ¿El pijo engreído del primer día? ¿La persona taciturna y seria que me mostró después? ¿O ese que acababa de compartir conmigo una idea disparatada pero que quizá fuera brillante?

Aquella pregunta se quedó en mi subconsciente. Al regresar a la casa, ni me pregunté por la llave que abriría la puerta del desván cuando volví a cruzar el pasillo. Caí bajo el influjo del sueño, y, por primera vez en ocho años, el interés y curiosidad que me generaba un hombre, más allá de la atracción física, acapararon mis pensamientos.

11

Arteaga había pasado toda la noche en la bodega. Cuando salí a correr y vi el Range Rover oscuro aparcado en el mismo lugar que el día de antes me pregunté si otra de las cualidades de ese hombre era que aguantaba sin dormir excesivas horas. Alguien acostumbrado al mundo de la noche podría tenerlo fácil, pero parecía que tampoco tenía problema en madrugar. ¿Tal vez era de esas personas que solo necesitaban un par de horas de sueño reparador para volver a estar a pleno rendimiento? Aquella mañana apenas corrí nueve kilómetros, no quería llegar tarde, y menos aún cuando el abogado podría presentarse en cualquier momento dada la gravedad de las circunstancias.

Roberta, a pesar de saludar con cordialidad, se mostraba más callada y agitada de lo normal porque no dejaba de ir y venir. Pronto me di cuenta de que Luis cargaba cestas en el coche llenas de viandas para llevarlas a la bodega. Cuando estaba a punto de salir para ayudarle, vi un coche que se acercaba.

El abogado especialista de Arteaga era un hombre de mediana edad, apenas sobrepasaba mi altura y algo entrado en carnes. Enseguida reparé en que era un tipo metódico que estudiaba todo a conciencia. Lo anotaba todo en una especie de libreta, pero no

apuntaba exactamente lo que le decían, sino que hacía unos garabatos que no sé si más tarde él era capaz de relacionar. Su imagen era impoluta, así que deduje que debía de ser muy bueno en lo que hacía. Ni siquiera quiso hablar con mi jefe, le bastó la información que le expuse mientras recorríamos la bodega para decretar que las pruebas eran más que suficientes para interponer una demanda. Se revisarían cámaras, se seguirían las pistas de los análisis, se analizarían los perfiles de todos los trabajadores en el periodo en el que se habían cometido los delitos y, si fuera necesario, se realizaría una inspección en profundidad.

Cuando el abogado se marchó, Arteaga se había ido con la nueva cuadrilla que comenzaría los trabajos del terreno. Ni siquiera se molestó en cruzar una palabra con la persona que se suponía que iba a emprender acciones legales en su nombre. ¿Confiaba plenamente en mí para manejar la situación a pesar de no conocerme apenas? No pensé mucho en ello porque Rodríguez me informó de que habían sacado algunas barricas de cerezo al exterior para que pudiera inspeccionarlas.

Pasé toda la mañana saliendo y entrando de las bodegas hasta el punto de no darme cuenta de que había llegado la hora del almuerzo. Habían terminado el trasvase del albariño justo antes, así que la cuadrilla que había venido en el segundo turno se marchó a casa. Solo estábamos Roberta y yo, no había rastro alguno de Arteaga, pero su todoterreno seguía aparcado en el mismo lugar del día anterior, por lo que no se había marchado de la hacienda.

¿Cuántas horas llevaba sin dormir? ¿Y sin comer? Vale que no era asunto mío, pero empezaba a tomar conciencia de que un cuerpo humano no era capaz de resistir tanto.

Después de almorzar regresé a las bodegas. Era extraño aquel silencio; el único ruido era el crujido intermitente de la madera.

Trabajé en el laboratorio y, a la caída de la tarde, empecé a pensar que era raro que Arteaga no me hubiera preguntado qué tal había ido con el abogado o por el estado de esas barricas de cerezo.

Dejé la puerta abierta para escuchar si venía alguien y estar preparada, aunque cuando vi una sombra acercándose sin poder determinar quién o qué era, proferí un grito.

—Diría que, dadas las circunstancias, no deberías permanecer aquí sola, y menos a estas horas —dijo aquella voz tan masculina saliendo entre las sombras.

Tenía unas líneas violáceas bajo los ojos más marcadas que el primer día, pero su aspecto no desvelaba que llevaba más de treinta y seis horas sin dormir.

—Creo que precisamente estar aquí en estas circunstancias ahuyentaría a la persona que está detrás de todo esto —afirmé, y al verle percibí un sosiego que no entraba en mis parámetros de aceptabilidad—. He analizado la muestra que me diste del pinot noir, es imposible determinar si la uva llegó en buen estado, pero sí es muy probable que usaran el mismo método que pensaban utilizar con el albariño.

—Me estás dando más razones para que no debas estar sola en la bodega, hasta que comprenda cuál es el origen de esto, no correré ningún riesgo.

—Es curioso que anoche dijera que le gustaba correr riesgos. —Alcé una ceja y no pude evitar hacer una mueca burlona.

Se acercó. Ahora que lo contemplaba a una distancia menor, su mirada sí que reflejaba cansancio. No tenía la misma expresividad jovial y llena de energía que se me había quedado grabada a fuego en la retina.

—¿Estás pidiéndome que me exceda? —preguntó en un evidente tono de burla, y supuse que lo hacía porque sabía cuál sería mi

respuesta.

—Solo le he recordado lo que dijo, pero ya que estamos, recalco que soy una mujer adulta y sé cuidarme muy bien sola.

Hizo un movimiento de cuello y después lo giró a ambos lados como si necesitara descargar esa zona.

—Estás en mi propiedad, bajo mi supervisión y trabajas para mí. Por tanto, te guste o no eres mi responsabilidad y por ende vas a acatar mis órdenes. —Su seriedad indicaba que aquello no era una posibilidad que se pudiera debatir.

Le observé durante unos segundos. La mueca de burla había desaparecido y el rostro de rasgos perfectos, sin apenas las líneas de expresión perceptibles, me confirmó que estaba dejando clara su posición de autoridad.

—Señor Arteaga, podríamos discutir largo y tendido sobre lo de «acatar mis órdenes», pero nos voy a ahorrar un tiempo suficientemente valioso para los dos y que preferiría no malgastar con su persona. Esta es su propiedad, de eso no hay duda por el estado en el que está. Y desde luego trabajo para usted, si quiere que esté bajo su supervisión o no, es cosa suya, pero ni soy su responsabilidad, ni voy a acatar sus órdenes a menos que yo considere que es necesario para el bienestar del viñedo y su producción. Mi ética y moral están por encima del ego de cualquier hombre y de eso creo que precisamente anda sobrado.

—Dime una cosa, ¿hablas así a todos tus superiores o solo actúas de este modo conmigo? —Su entrecejo se arrugó más de lo normal y eso hizo que concentrara la mirada en ese punto.

—Trato a todo el mundo por igual. Así que no se sienta alguien especial. Si hasta ahora nadie le ha dejado las cosas claras, lamento ser yo quien le diga que solo lo han salvado su posición y fortuna, así que bienvenido al mundo real, donde todos tenemos los mismos

privilegios.

Puede que me arrepintiera de aquello toda la vida, ya que él tenía el poder para despedirme de inmediato y yo necesitaba aún descubrir el pasado que ocultaba aquel lugar, pero mi lengua parecía obrar por su cuenta. En el fondo lo que me apremiaba a soltar aquella verborrea era que, por mucho que me asentara en bases reales, solo buscaba una finalidad: alejarle.

—¿Eres consciente de que puedo echarte en este mismo instante? —clamó con una pasividad absoluta y falta de entusiasmo en su voz.

—¿Y proclamarse perdedor? —exclamé—. Déjeme dudarlo —agregué, y le di la espalda para empezar a recoger la mesa.

Puede que estuviera jugando con una carta demasiado baja a pesar de mis grandes posibilidades, pero siempre estaba la incertidumbre de no saber qué era lo que él escondía tras las suyas.

—Quizá esté más que dispuesto. —Oí a mi espalda, y el calor que su cuerpo desprendía comenzó a llenarme. Sentía en la nuca la exhalación de su respiración, algo agitada. En mi campo de visión aparecieron sus manos a ambos lados de mi cuerpo, como si me hubiera encarcelado entre sus brazos y no tuviera otra salida más que pegarme a su fisonomía, con lo que aquello implicaba—. Aunque los dos sabemos que no quieres marcharte de aquí.

Escuchar su voz a tan corta distancia me provocó un temblor que me atravesó las piernas. Hube de aferrarme a la mesa del laboratorio para mantener una posición erguida que me permitiera no entrar en contacto con su piel. Tal era el efecto que me producía su cercanía, que no dejaba de preguntarme porque precisamente él.

No respondí, esperando a reunir la entereza suficiente para que mi tono de voz no me delatara. Sí, quería quedarme, pero desde luego no era por los motivos que él suponía, ni tampoco por la seguridad y el convencimiento con los que asumía que él no me resultaba

indiferente, cosa que, muy a mi pesar, era cierta. Sentí entonces su respiración más cerca del cuello, y antes de poder pronunciar palabra alguna, noté su nariz por la curva de mi hombro dirigiéndose hacia el punto en el que la clavícula se une al omoplato.

Dejé de respirar, muy al contrario de lo que parecía hacer él, mientras surcaba un rastro, como si siguiera un camino que le llevaba directo al hueco detrás de mi oreja, muy cerca de la mandíbula. Justo ahí, le escuché respirar profundamente para después sentir su lengua, y todo mi cuerpo estalló en un frenesí como jamás había conocido.

El temblor fue tan real que hasta me dejé caer sobre su pecho. El olor a tierra mezclado con notas ácidas y aquel rastro de grosella negra que aún quedaba en su ropa lo envolvían en una combinación única que me aceleraba las feromonas. Sucumbí de lleno a la provocación de sus labios en mi piel. Ni siquiera me estaba tocando con las manos. No había puesto ni un dedo sobre mi cuerpo, solo eran su lengua, sus labios y el roce de su nariz los que viajaban con precisión como si supieran sin un atisbo de duda hacia dónde ir.

El crepitar de aquel anhelo de necesidad se volvía más fuerte y penetrante, escapaba por completo a mi control, a todo cuanto había sentido y conocido hasta ese instante. Era una atracción magnética, una fuerza arrolladora, sentía que me adhería a él de una manera inconsciente, como si mi cuerpo ya no dominara mis deseos. No podía evitarlo, tampoco apartarme, y lo peor es que ahora tampoco sabía si quería hacerlo.

El mundo se distorsionaba cuando mi cuerpo entraba en contacto con el suyo. Cuando mi piel rozaba la suya, un ardor recorría cada fibra de mi interior. Era un imán a su merced que disipaba una realidad que creía tener muy presente y que me hacía sentir que estaba atrapada en aquel campo de magnetismo invisible donde sus

redes intentaban darme caza.

Sus labios bajaron lentamente hasta el inicio de mi cuello y sentí cómo aspiraba una porción de mi piel. Gemí, tal eran el apetito, ansia y anhelo por descubrir qué placeres podían proporcionar aquellos labios en otros puntos de mi cuerpo.

—¡Victoria!

Oí mi nombre en la lejanía, pero tan claro que fue capaz de sacarme de aquella parálisis que sufría mi cuerpo.

Fui consciente de mi enajenación mental, así que me aparté de él con firmeza hacia la izquierda, fuera de su alcance, y alcé la vista. Se escuchaban pasos acercándose, acompañados de ruidos metálicos que no sabía definir. Aquello no parecía importarle, sino que mostró una sonrisa presuntuosa de plena satisfacción.

—Diría, señorita Monfort, que tengo esta batalla ganada si tenemos en cuenta que esos gemidos han sido una prueba clara de tu fingida indiferencia.

¡Aquel maldito arrogante acababa de comprobar que no era inmune a sus encantos!

Sentí dolor cuando me clavé las uñas en las manos. Le había dejado ganar aquel pulso y, con las mismas, me acerqué como si fuera a besarle, pero subí con fuerza la rodilla para que impactara en su entrepierna. Desde luego no se esperaba aquel movimiento por mi parte, y maldijo al tiempo que se apoyaba sobre la mesa buscando un punto de apoyo.

—¡Victoria! ¡Te he llamado varias veces! ¿No me has oído? —exclamó Luis al verme. Llevaba un manojo de llaves lo suficientemente grande para que el eco del tintineo resonara por la gran nave. Su mirada pasó de mí al cuerpo de Arteaga, inclinado sobre la mesa y con los ojos aún cerrados por el dolor.

—Lo siento, estaba distraída. —Cogí mi teléfono que estaba sobre

la mesa y las llaves del coche mientras fingía que no había sucedido nada—. No te preocupes por el señor Arteaga, se encuentra bien. Solo está descubriendo cómo es el mundo sin tener privilegios y sin hacer caso a las advertencias. Nos vemos a la hora de la cena.

En cuanto metí la llave en el contacto y giré para encender el motor, inspiré hondo. Marqué el teléfono de Marion, a esas horas ya debería de estar en casa.

—Que hayas sobrevivido al tercer día ya es una buena señal. ¿Más novedades en el caso del boicot de la hacienda? —exclamó animada y supuse que debía de estar preparando la cena por el ruido que se oía de fondo.

—Puede que no llegue al quinto día. Es probable que me toque hacer las maletas esta misma noche —solté dando marcha atrás y recorriendo el breve camino entre la bodega y la casa.

—¿Qué ha pasado? —Sonaba preocupada.

—Le he dado un rodillazo en la entrepierna a mi jefe.

«Dicho así suena fatal, ahora que lo pienso, pero… le había advertido de lo que ocurriría si me tocaba, ¿no?».

¡Joder! ¡Ni siquiera me había parado a pensar bien en las consecuencias de mis actos! Simplemente me había podido aquella cara de satisfacción como si supiera que ya tenía todo el territorio ganado. No. Ni hablar. Puede que mi cuerpo sí sucumbiera a la tentación, pero no lo haría mi racionalidad.

—¿Que has hecho qué?

¿Podría decir que había sido en defensa propia? ¿Que me estaba acosando? ¿Que solo había tratado de ponerlo en su lugar por aprovecharse? A quien quiero engañar, yo misma le había permitido hacerlo cuando al sentir su roce me había dejado caer sobre él y hasta había terminado gimiendo al sentir su lengua sobre mi piel.

«Y ni siquiera sé a qué saben sus labios. ¡Joder! Si ha logrado que me sienta así con un simple roce, ¿qué es capaz de hacer ese tío con el resto de su cuerpo?».

No pensaba descubrirlo. Ni hablar. Antes me piraría de allí.

—No me hagas repetirlo. Además, él se lo ha buscado…, le dije ayer que lo haría si se atrevía a tocarme y hasta he sido considerada, le advertí que le clavaría la bota de suela ancha.

—Así que te ha tocado —insistió Marion—. Y si no fuera porque te conozco demasiado bien, te ha gustado tanto que le has propinado un rodillazo para que no vuelva a intentarlo. ¡Tú estás fatal, Vic!

No quería sentirme culpable. Puede que me hubiera gustado, sí, pero no le había invitado a acercarse.

—Si hubieras visto su cara de satisfacción y te hubiera dicho lo que me dijo a mí, habrías actuado del mismo modo que yo, te lo aseguro —me defendí.

Marion emitió un gruñido y después maldijo, pensé que era por lo que le acababa de decir, pero al parecer también era la culpable de que se le estuviera quemando la cena.

—Mira, Vic —dijo transcurridos unos segundos—. Yo sé que ese cretino con el que estuviste en la universidad te hizo daño y provocó que desconfiaras de todos los hombres sobre la faz de la tierra, y puede que el Arteaga este se mereciera ese rodillazo, pero el hecho de que desconfíes de todos los hombres por igual y ni siquiera te permitas conocer a uno solo de verdad, está consiguiendo que no seas capaz de disfrutar de lo que pueden ofrecerte. Si te ha gustado, si lo estabas disfrutando, ¿por qué te castigas prohibiéndote gozar de ese placer?

En el momento en que Marion lanzó aquella pregunta apagué el motor, ya había llegado a la casona. Me quedé callada, ni yo misma conocía la respuesta. ¿Era un castigo? ¿Un modo de mantener mi

integridad y mis sentimientos a buen recaudo? No había vuelto a darle una oportunidad a ningún hombre después del innombrable, y, quisiera o no darle la razón a mi prima, era cierto que colocaba a todos en el mismo parapeto del que, una vez que dejaban de serme útiles, podría lanzarlos al vacío sin camino de regreso.

Pero Arteaga no se parecía en nada a todos esos. Comenzando porque todo en él me hacía estar en completa tensión, siguiendo por la innegable atracción y terminando por la forma en la que lograba sentirme con su simple cercanía.

«Porque me prometí que no volvería a perder el control con un hombre nunca más».

Quizá no era capaz de pronunciarlo en voz alta, pero era más que consciente de que Arteaga había sido el primero que lo había conseguido sin siquiera esforzarse.

12

Hacía más de una semana desde que le había propinado aquel rodillazo a Arteaga y las buenas noticias eran que aún continuaba trabajando en El Dorado, que era exactamente el mismo tiempo que llevaba sin ver aquellos ojos grises paseándose por las bodegas. Aquella noche decidí cenar en mi habitación y a la mañana siguiente el Range Rover había desaparecido.

Nadie comentó su ausencia, tampoco hicieron mención alguna al motivo que lo habría obligado a irse, aunque después de que el marido de Roberta le viera dolorido en el laboratorio, no hacía falta ser un genio para sacar sus propias conclusiones sobre lo que podría haber pasado allí dentro.

No había recibido ninguna carta de despido. Tampoco una demanda por daños o lesiones, y ya puestos, ni siquiera indicaciones sobre cómo hacer el trabajo. Rodríguez era quien me informaba directamente de sus órdenes: como iniciar la preparación del trasvase a las barricas de cerezo tres días después de su partida y supervisar a la cuadrilla que se encargaba de cambiar el sustrato del terreno. Tampoco obtuve una respuesta cuando le envié un e-mail con todos los datos de las muestras que me había solicitado y que arrojaban una clara saturación del terreno debido a niveles altos de

salinidad.

Su silencio era un vacío absoluto que, en lugar de generar satisfacción, me provocaba un pesar extraño.

En aquellos días no había encontrado la llave que abría la puerta del desván, ni siquiera en ese enorme manojo de llaves que llevaba Luis consigo y que inspeccioné cuando me las ofreció para cerrar la bodega yo misma. Debía ser antigua y con una forma diferente a las demás. Tampoco había encontrado el momento oportuno de preguntarle a Roberta sobre los otros hijos del antiguo dueño de la finca. Y a pesar de mi cercanía a Rodríguez, motivada por la ausencia de Arteaga, tampoco me había permitido sonsacarle nada, ya que contestaba con evasivas o respuestas tan ambiguas que no dejaban nada en claro.

Seguía en un limbo lleno de incógnitas y, cuanto más tiempo pasaba en aquel lugar, más sentía que estaba lejos de responderlas.

—¿No te parece extraño que las personas que manejaban este lugar antes de los Arteaga tuvieran la idea tan descabellada de usar cerezo para la crianza del bobal? —pregunté mientras se apilaban las últimas barricas pequeñas para su conservación, sin saber qué obtendríamos de ellas unos meses después.

Nos había costado más tiempo realizar el trasvase porque el tamaño pequeño de aquellos barriles impedía que se llevara a cabo de una forma más mecanizada.

—Dicen que al antiguo dueño le gustaba bastante el juego, yo digo que los ganó en alguna partida clandestina —respondió Jaime, aunque en realidad no me había dirigido a él.

—¿Es eso cierto? —pregunté para que me oyeran todos.

—Las habladurías son eso, habladurías. Nadie sabe qué es cierto y qué no, menos aún si nos dedicamos a hacer suposiciones —contestó Elías, el hermano de Rodríguez, que muchos días se pasaba

por la bodega y daba conversación a los chicos, además de ayudar en lo que podía.

Roberta me había contado una noche que Elías había trabajado muchos años en el viñedo junto con su hermano, hasta que tuvo el accidente que lo dejó en silla de ruedas. Volcó con uno de los quads que conducía a gran velocidad en una zona que ni siquiera pertenecía al viñedo. Rodríguez le permitía venir siempre que quería, eso le hacía sentir que aún formaba parte de la cuadrilla.

—Supongo que sus descendientes lo sabrían. ¿Ningún familiar del antiguo dueño se quedó en el pueblo?

—¿Qué familiar? —inquirió Jaime.

—Alguno de sus hijos, ¿no? —Me encogí de hombros y vi cómo Rodríguez evitó mirarme.

—Murieron todos sus hijos —dijo este taciturno, y entendí que aquellas muertes no se habían debido a causas naturales.

—¿Todos? —exclamé pensando en mi madre y en que estaba muy viva hasta que su corazón se debilitó y dejó de latir.

—Nadie sabe cómo el señor Arteaga logró convencer al viejo Ildefonso para que vendiera la hacienda cuando se quedó solo, pero está claro que le hizo un favor, o el viejo Almansa se habría endeudado más de lo que ya de por sí estaba —dijo Jaime.

—Sí, sus tres hijos perdieron la vida —confirmó Rodríguez mientras se inclinaba para cargar otro barril.

No podía entender por qué daban por hecho que todos sus hijos habían muerto. ¿Tal vez mi madre fingió su muerte? ¿Por esa razón no podía regresar? Estaba claro que, si consideraron que había muerto en lugar de desaparecer, nadie trataría de buscarla, pero… ¿Qué motivo podría haber tenido para hacer creer a todos, incluso a su propio padre, que había fallecido?

Puede que aquella fuese la razón de su silencio en todos los años

que pasó en Francia. Si alguien la relacionaba con este lugar, sabrían que continuaba viva.

Sentí que todo mi cuerpo flaqueaba, como si estuviera perdiendo la fuerza de sostenerse, y tuve que sentarme sobre uno de los barriles para no perder el equilibrio. Por suerte, ninguno de los chicos pareció darse cuenta, ya que iban y venían. Me limité a hacer el recuento y asegurarme de que, tanto en un lado como en otro, ninguno de los barriles tenía pérdidas y permanecían bien sellados para no estar expuestos a oxigenación.

Existía una posibilidad que no me había parado a contemplar. ¿Habría suplantado mi madre la identidad de Clara Almansa aprovechándose de su muerte? Cometer un delito así implicaría que tenía algo aún más grave que ocultar.

La historia se volvía cada vez más retorcida con cada detalle que averiguaba.

De todas las posibles opciones, jamás había pensado que diesen a mi madre por muerta. Por mi mente pasaron infinitas hipótesis: desde un destierro familiar hasta una tragedia involuntaria, un padre violento, la pérdida de la fortuna e incluso una desilusión amorosa. Algunas cobraban mayor sentido que otras según el modo en que ella había vivido y la nostalgia que siempre la acompañó.

Debía existir una razón de peso, un motivo realmente turbio para haber fingido su muerte, escapar lejos de allí y vivir con ese secreto hasta el último de sus días.

—¿Sabéis cómo murieron? —pregunté unos minutos después.

Jaime estiró los brazos y movió los hombros para aliviar la carga del peso, y fijó la vista en mí, medio sentada sobre uno de los barriles.

—Dudo que quieras saberlo. No es precisamente… agradable y desde luego no es apto para oídos aprensivos. —Rodríguez se

adelantó a Jaime.

—Os recuerdo que en este preciso instante estamos ante un boicot que ha destruido la mitad de la producción, así que necesito saber todo lo que ha sucedido en este lugar, tenga o no relación con lo que está ocurriendo ahora —afirmé. Pese a que las posibilidades de que ambas cosas estuvieran relacionadas eran escasas, en aquel momento era un recurso útil antes que admitir mi interés personal en todo aquello.

Jaime miró a Rodríguez, y este parecía pensativo, como si estuviera procesando lo que acababa de decir. Luego se volvió hacia mí, pero fijó los ojos por encima en lugar de fijar su vista en la mía.

Una sensación de calidez comenzó a descender por cada vértebra de la columna, y no fue necesario que me girase para saber quién estaba a mi espalda.

—Señor Arteaga —saludó Rodríguez.

—¿Cuántos barriles se han utilizado? —Su voz provocó que aquella calidez se expandiera y activara todo mi sistema nervioso.

—Trescientos catorce. —Yo era la única que conocía el número preciso.

Me erguí ajustando el peso en mis piernas y me di la vuelta para enfrentarme a él. En cuanto su silueta entró en mi campo de visión, aquel rostro de proporciones perfectas hizo que recordase la última vez que nos habíamos visto, cuando mi cuerpo cedió al magnetismo que él desprendía con una fuerza innata.

Sus ojos grises me estudiaron con avidez y rápidamente apartó la mirada.

—Estupendo. —Caminó hacia los barriles que aún quedaban por trasladar, como si quisiera inspeccionarlos—. Señorita Monfort, no le pago para que holgazanee y entretenga a mi personal, menos aún para que suscite conspiraciones imaginarias para satisfacer su

curiosidad, así que limítese a hacer su trabajo y repita las pruebas de agua, quiero un informe semanal hasta que los parámetros vuelvan a la normalidad.

«¿Y a este qué bicho le ha picado?».

—Estaré en mi despacho —dije antes de soltar lo primero que se me pasara por la cabeza y de lo que lo más seguro me arrepentiría después.

«No sé por qué no me ha despedido, pero es evidente que tiene un cabreo de mil pares de cojones, algo que ya me esperaba, la duda es si actúa por mi rechazo o por haber herido su orgullo».

Cerré la puerta del despacho. Apenas lo había utilizado en los once días que llevaba trabajando en la hacienda, pasaba más tiempo en el laboratorio o en el campo que allí. Los trabajos del terreno iban bastante avanzados y después habría que seguir de cerca el impacto en las cepas y determinar la calidad del fruto para saber si se podría salvar la cosecha.

Apenas fui capaz de teclear cuatro palabras seguidas sin preguntarme si Arteaga estaría allí solo de paso o habría vuelto a instalarse en la casa de la hacienda. ¿Por qué me alteraba de ese modo el hecho de que hubiera aparecido de nuevo?

Marion solo me había hecho tomar conciencia de una realidad a la que no quería enfrentarme porque, hasta ahora, no había conocido a nadie que provocara todas aquellas emociones y alterara mis sentidos como él. No lo conocía. No sabía nada de él. Ni siquiera habíamos trabajado juntos, pero desde que lo vi, desde ese instante en que sus ojos grises se posaron en los míos, temí que ese caparazón que me había protegido los últimos diez años se rompiera.

La puerta se abrió de repente, y la imponente presencia de aquel semidiós griego acaparó cada partícula de oxígeno para impregnarla

con su olor. Más de una semana sin percibir aquel perfume y apreté los muslos por la provocación que aquello generaba a mis sentidos olfativos.

Inspeccionó el despacho como si buscara algo en concreto. Enseguida me di cuenta de que se trataba de una estrategia para evitarme. Se apoyó en la pared opuesta a la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Hay algo de lo que debas informarme que haya acontecido en el tiempo que he estado fuera? —preguntó con la vista fija en el marco de la puerta. Dirigió su mirada hacia mí, provocando que aquel tirón en el bajo vientre se volviera aún más intenso.

¡Joder! ¿Era cosa mía o había algo en él que lo hacía aún más atractivo de lo que de por sí era? Tantos días sin verlo y ese puñetero olor que me perforaba los sentidos lo hacían incluso más atractivo.

—No ha habido ningún incidente si es a lo que se refiere. Las cosechas del bobal, sauvignon blanc, cabernet, merlot y shiraz siguen su curso sin inconvenientes —dije admitiendo que yo misma había evaluado una muestra de cada una de las producciones para determinar su estado.

—Si vas a trabajar aquí, apréndete el nombre de nuestros vinos y, cuando te refieras a la producción, identifícalos. Usa el nombre de las cepas solo para hablar de la plantación —contestó empleando un matiz de sargento que hasta ahora no había utilizado.

—No hay problema —repliqué como si aquella llamada de atención no me afectase.

—¿Has evaluado el resto de las plantaciones? —inquirió con la misma tonalidad de antes.

—Si se refiere al estado del terreno y las cepas, las más afectadas han sido las del pinot noir, una parte del merlot al este y del

cabernet al sur, ya que son las que colindan con la zona más afectada. El resto de la plantación parece estar en condiciones óptimas de cara a la próxima cosecha.

—A partir de mañana se prevé un descenso de las temperaturas con posibles heladas tardías en esta zona. No es típico en esta época, se esperaban para marzo, pero habrá que aumentar el riego por aspersión y, si eso no es suficiente, colocar antorchas. La extensión es demasiado grande para utilizar velos térmicos.

—¿Antorchas? Estamos demasiado al sur.

—Precisamente por nuestra posición geográfica el cambio drástico de temperatura es mucho mayor cuando desciende. Esta oscilación es atípica y es muy probable que sea suficiente con la aspersión, pero habrá que tenerlas preparadas.

—No hay problema. —No quise admitir que sería la primera vez que las usaba.

—Quiero que hagas un recuento de las barricas que tenemos de glissando, cuántos litros hay en total, cuántos barriles de madera de cerezo han quedado disponibles y cuántas botellas de la cosecha anterior quedan aún en el almacén.

Aquella era una información que no me correspondía a mí darla, sino al gerente de producción, pero intuía que eso a Arteaga le daba absolutamente igual. Había venido dispuesto a cargarme de trabajo y, por mucho que le pesara, yo no pensaba quejarme.

—¿Planea usar los barriles sobrantes de madera de cerezo para macerar el glissando? —pregunté mientras anotaba todo lo que me había pedido.

—Eso no es asunto tuyo. Limítate a darme la información que requiero.

—Es cierto. No es asunto mío —contesté sin mirarle y terminando de garabatear en un bloc de notas que tenía al lado del ordenador—.

¿Algo más?

—Sí. —Se quedó en silencio, pero escuché que se movía por la habitación, por lo que acabé de tomar nota y alcé la mirada esperando a que continuara hablando. Me encontré con su rostro frente a mí, y un gesto lo bastante taciturno para hacerme pensar que estaba cabreado de verdad—. ¿Quién es Victoria Monfort y cuál es el auténtico motivo por el que está aquí? —exclamó apoyando las manos en la mesa—. Y ahórrate el no saber a qué me refiero porque los dos lo sabemos perfectamente.

¿Habría averiguado mi vínculo con ese lugar? Para eso tendría que haber asociado a mi madre y, por lo que acababa de averiguar hacía escasos diez minutos, se suponía que la daban por muerta desde mucho antes que la hacienda pasara a manos de sus dueños actuales. Era improbable.

—Recibí una oferta de trabajo tentadora, tenía motivos personales para alejarme un tiempo de Francia, y este lugar podía ofrecerme conocer variantes con las que no había trabajado hasta ahora. Por si no lo recuerda, declaré mi interés personal en conocer con mayor profundidad la cepa autóctona de esta zona.

—Recuerdo al detalle todo cuanto has dicho y hecho. Desde luego tus acciones no han pasado inadvertidas, como tampoco tu afilada lengua y cada oportunidad para recordarme que la situación de esta hacienda es debida a mi irresponsabilidad, por eso mismo he decidido tomar acciones —dijo incorporándose de nuevo.

—¿Y desaparecer más de una semana es hacerse cargo de la situación? —inquirí ahora más relajada.

—No te debo ninguna explicación. En cambio, tú a mí sí.

Me levanté de la silla porque estaba harta de mostrarme en una posición incómoda y sumisa donde no dejaba de sentirme inferior. Alcé el mentón.

—No, no me la debe, salvo que me haga responsable de algo que en realidad le concierne a usted.

—Te recuerdo que tu único cometido es cumplir las directrices que se te marcan y para las que se supone que eres competente, o no estarías aquí ahora mismo.

A lo largo de toda mi vida laboral había tenido que demostrar mis aptitudes e imponerlas para lograr hacerme un hueco en un mundo donde existía poco espacio para alguien que quisiera ir un poco más allá de los estereotipos. Ahora, en aquel despacho, la situación se repetía.

—¿Está poniendo en duda mis competencias?

—Acabo de reiterar que si las tuviera no habrías durado aquí ni dos días. Aprende a escuchar con atención. —Volvió a inclinarse sobre la mesa para quedar a mi altura—. No eres la única que sabe jugar a este juego, pero, si tanto te gusta…, juguemos. —Se apartó rápidamente y supuse que tenía intención de marcharse, pero se detuvo cuando ya estaba cruzando el umbral de la puerta—. Lo quiero todo a primera hora de la mañana sobre tu mesa.

Ni siquiera me dio tiempo a responder antes de que su silueta se perdiera tras la puerta, que no se molestó en cerrar. ¿Qué demonios significaba eso de que no era la única que sabía jugar a este juego?

Tardé un buen rato en salir, cuando lo hice no vi rastro de Arteaga ni de su coche, fuera cual fuese con el que había decidido ir en aquella ocasión. Me llevó más de una hora elaborar el informe con todos los detalles sobre lo que me había pedido y dejarlo sobre la mesa antes de que Luis me echara de la bodega alegando que era demasiado tarde.

No era la primera vez que me encontraba sola, aunque casi siempre lo hacía en el laboratorio, una señal clara de que había hecho caso omiso a las advertencias de Arteaga. Solo un par de

veces había escuchado ruidos extraños, incluso en una ocasión habría jurado que oí pasos, pero seguro que todo se debía a una confusión de la mezcla de ruidos que provenían del crujido de la madera, los pliegues metálicos de las vigas al enfriarse con la caída de la tarde, los motores de las máquinas de laboratorio o algún gato que decidiera entrar a curiosear y acabase tirando alguna herramienta. A fin de cuentas, los gatos eran bienvenidos para acabar con cualquier plaga de ratones que pudiera dañar la madera.

En el momento en que dejé el coche en el aparcamiento de la casa, me di cuenta de que no había rastro de Arteaga. ¿No pensaba quedarse? ¿Para qué me había pedido entonces todo aquello y que estuviera a primera hora de la mañana si no pensaba molestarse en verlo? ¿Solo lo había hecho para joderme?

Supuse que Roberta estaría ultimando la cena, así que aproveché para subir y darme una ducha lo suficientemente caliente que me hiciera volver a pensar en las razones por las que aún continuaba en aquella hacienda.

En cuanto subí a la segunda planta sentí un perfume con un matiz terroso, algo cítrico, pero con demasiada intensidad a musgo o una planta que no era capaz de identificar y que hasta ahora no había detectado en ningún otro lugar. Aquel aroma se esparcía por todo el pasillo y cuando de forma automática se encendieron las luces, a pesar de que aún no había anochecido, vi que la puerta antigua que daba a la escalera que subía al desván estaba abierta.

Por inercia miré hacia el otro lado, pero no había ningún rastro, y me quedé un instante inmóvil, intentando percibir cualquier sonido.

Silencio.

Me acerqué sigilosamente dando pequeños pasos hacia aquella puerta. ¿Podría haberse abierto sola? ¿Habría sido Roberta? El olor continuaba, incluso su rastro indicaba que también estaba en la

escalera antigua. Saqué el teléfono, activé la linterna y comencé a subir despacio sintiendo cómo mis pulsaciones se precipitaban hasta sentirlas en el cuello a un ritmo frenético. En el instante en que viré hacia la curva que conformaba la escalera, vi que el candado que yo había deslizado días atrás volvía a estar corrido. Alguien había estado allí y, por el olor que impregnaba el ambiente, no lograba reconocer que perteneciera a nadie que trabajaba en la hacienda.

—¿Metiendo las narices donde no te llaman? —clamó una voz a mi espalda.

Di un grito que me hizo girar para apuntar con la linterna a la persona que tenía detrás, pero perdí el equilibrio y a punto estuve de rodar escaleras abajo.

Me había preparado para el golpe, de hecho, lo esperaba, pero sentí cómo en lugar de precipitarme al vacío, unos brazos me rodearon la cintura y frenaron mi caída. Me agarré con firmeza a lo que parecían sus hombros sin importarme su cercanía, sin considerar lo cerca que mis labios estaban de los suyos, hasta que los movimientos involuntarios de mi cuerpo se detuvieron, y fui consciente de que me hallaba tan pegada a él que era imposible que un mísero filo de aire se colara entre nosotros.

Me había aprisionado entre los músculos y la pared para sostenerme y la sensación de aquel fuego crepitando en mi interior deseando liberarse regresó haciéndome consciente de lo que aquel hombre lograba provocar únicamente con su tacto. Mis labios estaban tan cerca de los suyos que deseaba poseerlos y consumirme en aquel ardor que crecía dentro de mí. Sentí una sacudida que avisaba del inmenso placer que me aguardaba si al final sucumbía.

La luz de mi teléfono apuntaba hacia otra parte, pero arrojaba un leve destello, suficiente para que durante un microsegundo nos mirásemos sin decir nada. Pude sentir con mayor intensidad aquella

cosa que tiraba de mí con fuerza para unirme a él como si formase parte de mi naturaleza.

Quería besarle. Quería conocer el sabor de sus labios, derretirme en ellos y perderme hasta no recordar ni siquiera mi nombre. Pero recordé la razón que me había llevado hasta El Dorado y por qué no permitía que ningún hombre traspasara mi coraza.

—Es la segunda vez en el día que no le oigo llegar. ¿Es que ahora ha decidido convertirse en un espía? —jadeé tratando de apartarme ligeramente y sintiendo cómo todo mi cuerpo maldecía por alejarse de su contacto.

El estrecho conducto impedía que dos personas pudieran estar a la misma altura sin rozarse, así que noté cómo él descendía un escalón para mantener la distancia.

—Tal vez. Sobre todo si te descubro en lugares de esta casa donde no deberías estar —dijo con una mirada decidida y sin mover un ápice su posición, logrando que su cercanía aún tuviera un influjo demasiado intenso sobre mí.

—Vi la puerta abierta cuando subí y un rastro de perfume extraño que venía hacia aquí, pero me encontré con la puerta cerrada justo antes de que me metiera un susto de muerte —afirmé sin admitir que hacía días yo misma había dejado el cerrojo abierto y que ahora se encontraba cerrado.

Percibí cómo arrugaba la frente y miraba por encima de mí.

—Muy pocos conocen la existencia de este desván, es lo suficientemente discreto para pasar desapercibido —afirmó varios segundos después—. Y menos aún tienen llave para acceder.

Arteaga se apartó y subió los últimos escalones hasta llegar a la puerta y correr de nuevo el cerrojo con facilidad, pero cuando trató de empujar la puerta no cedió, tal como me había ocurrido a mí el día anterior.

—¿Hay algo de valor ahí dentro para que alguien tratase de entrar? —pregunté desde donde estaba.

—No. —Sonó contrariado—. Al menos no tengo constancia, cuando restauré la casa guardé aquí documentos originales de los primeros vinos que se produjeron en la hacienda y también algunos objetos de los antiguos propietarios, pero nada de lo que hay ahí tiene valor en el mercado.

—Pues es evidente que para alguien parece tenerlo. ¿Por qué decidió preservar el pasado de este lugar? —pregunté ante su confusión.

—Te recuerdo que no tengo por qué darte explicaciones, Victoria.

—Y yo le recuerdo que duermo en esta casa por contrato laboral y no me hace ni puñetera gracia que alguien esté entrando y saliendo por secretos que trata de ocultar —insistí a pesar de que no lograba ver del todo bien sus facciones.

—¡Esto es absurdo! —bramó bajando de nuevo las escaleras. El hueco era tan pequeño que, a pesar de hacerme a un lado, volví a sentir cómo todo su cuerpo se apretó contra el mío. Incluso colocó las manos en mi cintura con delicadeza para evitar que perdiera el equilibrio.

Fui tras él por inercia, estaba claro que no había dado por acabada aquella conversación, menos aún cuando él mismo había admitido que el contenido tras esa puerta pertenecía íntegramente a mi familia.

—¿Dónde va? —exclamé cuando volví al pasillo.

—¡A por la maldita llave!

Me quedé allí clavada viendo cómo entraba en la habitación que había frente a la mía. Al cabo de un rato salió con un manojo de llaves. No me detuve a analizar la expresión taciturna o más bien de fastidio que había en su rostro, solo era capaz de anticiparme al

hecho de que iba a ver con mis propios ojos el contenido de aquel desván. Puede que no arrojase ninguna información sobre los secretos que ese lugar guardaba, que fuera otro muro más que derribar, pero en cuanto Arteaga comenzó a subir los peldaños, le seguí a corta distancia.

Solo tuvo que girar la llave dos vueltas para que la puerta cediera y se abriera ante lo que parecía un batiburrillo de muebles y papeles ordenados meticulosamente en el suelo.

—El olor también está aquí. ¡Joder! —exclamó abriéndose paso ante la poquísima luz que se filtraba por dos claraboyas.

Sí. Ese olor característico también se percibía allí, pero mis sentidos estaban demasiado ocupados ante lo que veían, sentían y trataban con ávida rapidez de percatarse de cada detalle.

—Alguien parece haber estado rebuscando algo entre todos estos documentos —dije paseando la vista por encima de libros de contabilidad, papeles escritos a mano en los que aparecían informes, albaranes, gastos.

Todo aquello no parecía relevante, de hecho, no parecían tener ningún valor, aparte del sentimental que pudiera estar ligado con ese lugar. Había baúles llenos de ropa, algún juguete de madera, varios libros cuyas hojas se habían teñido de un marrón oscurecido.

—Estos documentos no contienen información relevante. ¿Para qué iba alguien a rebuscar entre ellos? ¿Con qué finalidad? —Las preguntas de Arteaga no parecían dirigirse a mí, sino que eran más bien preguntas retóricas.

¿Tendría algo que ver el pasado de mi madre con lo que estaba ocurriendo en la hacienda? ¿O aquello solo era fruto de una absurda casualidad? Empezaba a dudar que el destino se riera de ese modo de nosotros, o al menos de mí. No tenía ni idea de qué demonios estaba pasando, pero era más que probable que en ese desván

encontrásemos algunas respuestas.

—El único modo de averiguarlo es inspeccionando todo esto. Puede que no encontremos nada, pero está claro que para alguien este sitio esconde algo lo suficientemente valioso para correr el riesgo de exponerse, a pesar de las consecuencias. Si ha estado ordenando estos documentos es porque busca algo concreto. Puede que ya lo haya encontrado —dije al tiempo que notaba una sensación de ardor en mi pecho por saber que estaba un paso más cerca de hallar la verdad.

13

Los candelabros se repartían por el desván. Era la única iluminación que habíamos podido conseguir en tan poco tiempo teniendo presente que no había ni un solo enchufe o cable que pasara por aquella estancia, menos aún por la escalera. Luis nos había dicho que buscaría algunas de las viejas luces de obra que debían de estar en el almacén, pero de momento nos apañábamos a la manera antigua. Además, aquella luz anaranjada le daba una calidez especial al lugar.

La bandeja llena de fruta, sándwiches de pavo relleno que había preparado Roberta y una botella recién descorchada de sauvignon blanc presidía una vieja mesa, situada a medio camino entre el lugar en el que había decidido comenzar Arteaga y yo, que me había colocado en el lado opuesto de la habitación.

No habíamos establecido ningún tipo de parámetro porque ignorábamos qué íbamos a encontrar, tampoco sabíamos qué estábamos buscando, pero en lugar de centrarme en aquellos documentos escritos a mano, me dediqué a rebuscar en los baúles repasando los viejos libros: *La fábula de Polifemo y Galatea*, de Luis de Góngora; *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca; un ejemplar de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; otro de *1984*,

de George Orwell; una edición antigua de la *Odisea* de Homero… Al verla, recordé que mi madre tenía un ejemplar en la estantería del salón. Abrí el libro solo para percibir el aroma que desprenderían aquellas hojas con el paso del tiempo, imaginando que hubiera pertenecido a ella. Entre las páginas descubrí una fotografía a color, antigua, con el tono amarillento característico del paso del tiempo. Mostraba lo que parecía una familia. Mis dedos temblaron cuando la alcé y vi a los cinco miembros que la componían. Puede que aquella fuese la primera vez que veía el rostro de mi madre siendo apenas una adolescente, pero estaba claro que era ella, sin duda no había perdido aquellos rasgos al hacerse adulta.

La sonrisa en su rostro era sincera. Estaba feliz, ajena a la pérdida y dolor que parecían aguardarle. Jamás había visto a mi madre de ese modo. Puede que en mis recuerdos sonriera, que de algún modo encontrara la alegría, pero siempre hubo cierto pesar en su mirada. Resultaba evidente que, por más que intentase no mostrarlo, había acallado el sufrimiento hasta que el corazón no pudo soportarlo más.

Había sido feliz en este lugar, su rostro radiante en aquella foto junto a sus padres y hermanos, a los que veía por primera vez, así lo confirmaba. Me invadió un sentimiento de vacío y deseé rellenar todos los espacios en blanco que me habían perseguido a lo largo de la vida. Jamás conocería a esas personas ni sabría cómo podrían haber influido si las cosas hubieran sido de otro modo. Lo único que me quedaba era conocer su pasado y, al hacerlo, darles vida con unos recuerdos propios.

—Nada de esto encaja. —Oí que dijo Arteaga detrás de mí.

Volví a meter la foto dentro del libro y lo dejé a un lado. Tenía la intención de llevármelo a mi habitación con alguna excusa; esa foto no se quedaría en aquel desván cogiendo polvo, por el momento era la única prueba real de que mi origen estaba allí, de que mi madre

era realmente una Almansa y de que yo, Victoria Monfort Almansa, era el último miembro con vida de aquella familia.

—¿A qué te refieres? —pregunté sin darme la vuelta y hojeando el resto de los libros por si alguno de ellos escondiera algo en su interior.

—Se supone que esta hacienda estaba llena de deudas por la mala praxis de su dueño, pero, según esto, los beneficios de los últimos años no indican eso. —Señaló los libros de contabilidad.

—A lo mejor falsificaron los libros de contabilidad con la intención de conseguir financiación —aventuré basándome en los rumores que Jaime había mencionado sobre la posibilidad de que mi difunto abuelo acumulase deudas de juego.

—Si esa era la intención no aparecen. No hay ingresos que no procedan de las ganancias del viñedo y tampoco figuran importes relevantes que den lugar a una disminución considerable de la fortuna. Nada de esto logra tener coherencia.

Me acerqué al libro de contabilidad donde había anotaciones precisas, algunos números tachados para sustituirlos por otros e innumerables ingresos y gastos. Se había llevado un control bastante exhaustivo. Quienquiera que lo hiciera, parecía minucioso.

—Tal vez no tenga coherencia con la versión que tienes de este lugar. Creo que habría que dejar a un lado los rumores o suposiciones, y comenzar a pensar con las pruebas que estos documentos arrojan si queremos llegar al fondo de lo que sea que esté pasando aquí.

Puede que hablara por mí misma o puede que lo hiciera por lo que estaba ocurriendo en la hacienda, pero lo cierto es que había llegado a un punto en el que no sabía dónde comenzaba uno y terminaba el otro. Empezaba a tener el terrible pálpito de que todo guardaba conexión, o quizá solo fuera mi inquietud lo que me llevaba a

pensarlo.

¿Y si no era una casualidad que yo estuviera allí? Estaba claro que Arteaga desconocía mi origen, pero… ¿Cabía la posibilidad de que alguien lo hubiera descubierto?

Parecía inverosímil y, cuanto más pensaba en ello, más disparatada me parecía la idea. Estaba claro que si existía una conexión entre el boicot de la producción y la persona que había entrado en el desván, debía ser solo por la información que aquellos documentos pudieran proporcionar que permitiera devaluar el viñedo, nada que ver con lo que le sucedió a mi madre. ¿Y si buscaban utilizar algún tipo de chantaje basándose en que la adquisición de los territorios no fue precisamente conveniente para ambas partes?

¿No habían mencionado esa misma tarde que el señor Arteaga había convencido al viejo Almansa para que le vendiera la finca? La idea de que el padre de mi jefe pudiera haber usado algún tipo de artimaña y así lograr que mi abuelo le vendiera la finca no me parecía tan inusual, pero de ser así, ¿qué podría ser lo bastante significativo para que le entregase lo único que le quedaba? Desconocía si mi madre había huido antes o después de la compraventa, o si en el momento que se firmó aquel acuerdo todos los hijos de Almansa habían muerto, incluido el hipotético fallecimiento de mi progenitora.

Estaba claro que no podía expresar mis hipótesis en voz alta, no dejaban de ser elucubraciones sin fundamento, basadas en información que no estaba dispuesta a revelar por las posibles implicaciones. Lo último que necesitaba en ese momento era que Arteaga descubriera cuál era mi verdadero origen y sospechara sobre las razones de mi presencia en El Dorado.

—No son suposiciones o rumores —dijo firmemente cerrando el

libro de contabilidad—. Puede que desconozca los detalles y que jamás me haya molestado en saber el origen o quiénes formaban parte de este lugar, pero siempre he sabido que mi padre le hizo un favor al antiguo propietario al ofrecerle una suma superior al valor real de estas tierras cuando estaba lleno de deudas y a punto de perder el viñedo.

Las piezas no encajaban, pero afirmar en voz alta que tal vez su padre le hubiera mentido era acusar sin pruebas para sembrar una duda en unas circunstancias donde nada tenía sentido.

Ni siquiera podía determinarse que el hecho de que alguien hubiera entrado en el desván guardase relación con lo que pasaba en la bodega, podrían ser casos aislados. Lo mismo ocurría con mi presencia allí, demasiado oportuna para ser casual, y sin embargo era prácticamente imposible haber previsto que todos los candidatos de la lista situados por encima de mí rechazaran la oferta de empleo. Demasiadas casualidades e incógnitas, y no dejaba de preguntarme qué hilos manejaban nuestros destinos.

—Si de verdad lo cree y está seguro de ello, no tendrá problema alguno en corroborarlo —dije con cautela—. Debería conservar los documentos originales de la venta y el valor de la transacción, incluso si la hacienda estaba hipotecada o si acumulaba pérdidas, como parece, a pesar de que en esos libros no aparezca reflejado. Si quien se ha colado aquí buscaba alguna documentación de valor que pueda guardar relación con lo que está pasando en la bodega, está claro que deben tener información que desconoce, o de lo contrario no habría dejado aquí todos estos archivos.

Arteaga pareció pensativo. Después miró el reloj sin mostrar demasiada sorpresa.

—Es tarde y no resolveremos nada de esto ahora, así que será mejor que descansemos y quizá mañana todo cobre algo de sentido.

Comenzó a apagar los candelabros hasta dejar solo uno encendido, que me entregó. Era el único punto de luz que nos salvaba de la oscuridad.

Decidí dejarlo en el suelo y apagué todas las velas menos una, que usé para dirigirme hacia la salida sintiendo la presencia de Arteaga muy cerca.

—Puede que nada de esto deba tener sentido —admití como si el extraño ambiente que se había creado entre nosotros me invitase a hablar—. Al menos no como lo conocemos o esperamos percibirlo. La vida es complejidad y contradicción, nos invita a reflexionar sobre el valor de la búsqueda de nosotros mismos y puede que nunca consigamos averiguarlo, aunque algunos pongamos más empeño que otros.

Me di la vuelta y noté la intensa mirada de Arteaga sobre mí, el reflejo de la minúscula llama que tenía entre mis dedos destellaba sobre su iris, dibujando motas anaranjadas, como si sus ojos emitieran fuego real. Sentí que se me secaba la garganta, siendo incapaz de tragar, de respirar, de hacer cualquier mínimo movimiento ante aquella intensidad.

—¿Ese es el motivo por el que estás huyendo? —preguntó con cautela, como si de verdad quisiera saberlo y no fuera una simple pregunta para satisfacer su curiosidad.

—No estoy huyendo.

—Desde luego que sí —aseguró acercándose, a pesar de que mantuviese la vela entre nosotros—. Lo haces constantemente. Huyes buscando refugio en tu afilada lengua como si eso pudiera mantenerte a salvo. Huyes cada vez que eres consciente de que mi presencia altera tus sentidos y prefieres negarte a ti misma lo que tu cuerpo siente. Huyes porque temes que cuando te toque, tu piel vibre bajo mis dedos ante el placer que se niega a sucumbir. Huyes

porque sabes que, aunque lo intentes, no puedes evitarlo por más que te escondas bajo esa fachada de aparente indiferencia.

—¿Tanto le cuesta aceptar que pueda existir una mujer que no desea sus atenciones para que tenga que inventar toda una serie de excusas infundadas? —exclamé haciendo caso omiso a cada acusación con tintes de realidad que acababa de estrellarme en la cara.

—¿Excusas infundadas? —clamó antes de soltar lo que parecía una especie de bufido sarcástico—. ¿Por eso sigues aquí cuando no tienes ningún motivo para quedarte?

—¿Cree que mi única razón para permanecer en este lugar es usted? —exclamé y esta vez fui yo la que lanzó un bufido de autosuficiencia—. ¿Alguna vez piensa más allá de su mundo perfecto y egocéntrico en el que parece que solo usted tiene cabida? Puede pavonearse cuanto quiera no me interesa, y mucho menos lo que representa. Creí que le había quedado claro en nuestro último encuentro, pero, como parece ser que no, se lo reitero.

Me di la vuelta con la intención de marcharme a mi habitación y dando por finalizada aquella conversación. Había aferrado el libro que contenía la fotografía de mi madre junto a su familia. Tenía la excusa perfecta que alegar si Arteaga me preguntaba, incluso pensé en decir yo misma que lo tomaba prestado como lectura nocturna, pero en el momento en que estaba preparada para poner un pie en el escalón, sentí la fuerza con la que él me atrapaba. La vela se apagó sumergiéndonos en la oscuridad.

Tardé unos instantes en comprender que su cuerpo se ceñía al mío, que su esencia me envolvía de lleno y que su respiración parecía jadeante, tan cerca de mis labios. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra, un débil haz de luz de luna entraba por los lucernarios.

—¿Dirás lo mismo cuando pruebe tus labios? —susurró tan cerca que creí fervientemente que lo haría, que no sería capaz de resistirme si al final unía mi boca a la suya.

Sentía la palpitante urgencia de conocer su sabor, de experimentar a qué olían sus besos; me adelantaba a esa febril conmoción de mi piel estremecida por la lucha con la que su lengua se enfrentaría a la mía. Y la arrolladora necesidad de experimentarlo me mantenía perdida en esa calidez cegadora que me envolvía cada vez que mi cuerpo rozaba el suyo.

Pero en lugar de besarme, Arteaga pasó los dedos por mi cuello con una delicadeza digna de un escultor que busca la más mínima imperfección en su talla. Sentí que me arqueaba involuntariamente, que no era la dueña de mis movimientos, sino que alguien había tomado el control sin preguntarme, encarcelando mi juicio para revelar el deseo de mi cuerpo como respuesta a sus caricias.

Sabía que cedería, que si aquel hombre acortaba la distancia que nos unía, sucumbiría a la palpitación creciente que amenazaba con consumirme en aquel fuego abrasador.

Y no podía permitirlo. No podía ceder ante el hecho de perder por completo todo el control.

—¿Su orgullo no le permite…?

Antes de que pudiera terminar la frase, el mismo olor penetrante que había sentido en el pasillo y cuyo rastro me llevó hasta allí, volvió con intensidad por la escalera, y todo mi cuerpo reaccionó volviéndose rígido.

En un rápido movimiento sentí cómo Arteaga me colocaba tras él, protegiéndome con su cuerpo, consciente al mismo tiempo que yo de las circunstancias y de que realmente no sabíamos las intenciones que aquella persona suponía, porque debía de ser una persona, ¿no?

Sin encender ninguna luz, ni emitir sonido alguno, comenzó a bajar la escalera. Uno de los peldaños crujió bajo su peso y el sonido se propagó haciendo eco. Escuchamos pasos acelerados por el pasillo y perdí de vista a Arteaga, que se precipitó escaleras abajo a toda velocidad mientras yo trataba de encender la linterna del móvil con movimientos torpes a la par que sentía que el corazón me iba a estallar.

¿Qué diantres estaba pasando allí?

Hasta ahora no había sentido un miedo real. Quizá esperaba que los motivos para ir contra la producción vinícola debían estar fundamentados en la competencia; tal vez una cuantía considerable podría haber sobornado a alguno de los empleados corriendo el riesgo de ser descubierto. No obstante, hasta ahora parecía haber sido perspicaz, pero otra cosa muy diferente era colarse en una casa privada a altas horas de la noche.

Y en la que yo dormía a tan solo unos metros de distancia. ¡Joder!

Logré activar la luz del teléfono y corrí hacia el pasillo. Estaba desierto, pero vi abierta una de las puertas que siempre permanecían cerradas. Cuando me acerqué, logré ver que habían abierto la ventana de aquella habitación. Desde allí se podía contemplar la parte trasera de la casa y el rastro de aquel olor particular indicaba que quien se había colado en la casa había escapado por la ventana. ¿Accedería así al interior de la casona? ¿Por eso no había percibido el olor en la planta inferior? Me asomé y vi una silueta justo debajo. No tardé en descubrir que se trataba de Arteaga. Estaba claro que había perdido el rastro del intruso. A juzgar por la altura y que el único modo de acceder era escalando, estaba claro que tendría una complexión atlética superior a la media.

—¿Se da cuenta de que su hazaña ha sido cuanto menos peligrosa exponiéndose al ir detrás de… quienquiera que fuese? —espeté

cuando regresó a la habitación poco después.

—¿Ahora me vas a decir que temes por mi vida? No te preocupes, ese tipo no tenía ninguna intención de ser descubierto, lo que deja muy claro que, sea lo que sea que anda buscando en el desván, aún no lo ha encontrado, y eso supone una ventaja para nosotros.

—¿Nosotros? ¿Ahora me incluye? —Hice un énfasis cómico a pensar de la situación.

—Lo quieras o no, ya estás metida en esto desde el momento en que decidiste fisgonear, y me atrevería a decir que tu curiosidad está por encima del peligro que sientes en este preciso instante. —Se llevó las manos a las sienes, parecía agotado. Lo que me lleva a pensar que, dadas las circunstancias, cualquier otra persona en tu lugar habría rescindido el contrato para no verse inmersa en una situación complicada.

—Puede que a mí también me guste el riesgo —afirmé cerrando la ventana—. Debería decirle a Luis que cambie la cerradura del desván y, ya puestos, de la casa y todas las puertas de entrada. Es obvio que no regresará esta noche ni mañana, pero vigilará de cerca nuestros movimientos y lo intentará cuando esté seguro de que nadie le sorprenda.

—No sabía que habían cambiado las tornas, Victoria. ¿Desde cuándo las órdenes las das tú? —Recriminó con un intento de aliviar la tensión.

—Desde que parece que me necesita más usted a mí que yo a usted —solté alejándome de él—. Buenas noches, señor Arteaga.

No esperé a que se despidiera, pero antes de cruzar la puerta de mi habitación oí que hablaba por teléfono con alguien, y a pesar de que aún sentía escalofríos, cerré con llave consciente del porqué lo hacía. Instantes antes de quedarme dormida vi cómo una patrulla de policía se abría paso por el camino, rodeaba la casa y montaba

guardia con la intención de pasar allí toda la noche.

El sueño acabó venciéndome con la foto de mi madre y su familia sobre la mesita de noche y preguntándome si finalmente lograría descubrir qué fue lo que la atormentó para que perdiera aquella sonrisa.

14

Cuando salí a correr como hacía cada mañana, sentí el descenso de las temperaturas tal como había previsto Arteaga y yo misma había comprobado después en el parte meteorológico de la zona. No había rastro del coche de policía, pero la cancela estaba abierta, el Range Rover oscuro permanecía en el aparcamiento junto a mi coche. Conforme me acercaba a las bodegas me fijé en que, a pesar de la hora, las puertas estaban abiertas y parecía haber movimiento, como si ya hubieran comenzado la jornada.

Llevaba los cascos con la música a todo volumen, así que lo bajé para ver si percibía algún sonido dentro de la nave.

—¡Buenos días, Victoria! —Oí a mi espalda. Me había distraído buscando alguna cara conocida y casi tropecé con mis propios pies al darme la vuelta y ver a Arteaga con ropa deportiva.

«¿Qué leches hace aquí?».

—¿Es que ahora has decidido perseguirme? —exclamé confusa y sin siquiera pensar mis palabras.

—Entreno todas las mañanas y, después de lo de anoche, prefiero que no estés sola si te alejas de la zona. Las cosas parecen haberse precipitado desde tu llegada, así que opto por cubrir todas las posibles alternativas —No apartó los ojos de mí mientras hablaba.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué posibles alternativas? —Coloqué los brazos en jarras mientras el aire frío llenaba mis pulmones y me hacía jadear.

Acababa de tutearle y ni siquiera me había supuesto un esfuerzo hacerlo.

—La policía no descarta que se trate de un… acosador. —Miró hacia otro lado. Esa era una opción que no había considerado, básicamente porque mi empeño era relacionar lo del desván con lo que estaba sucediendo en la hacienda.

—¿Un acosador que se esconde en el desván y tiene llave propia? —exclamé como si la simple mención fuese absurda.

«¿Tenía sentido? ¿Podría tratarse de alguien que me espiaba?».

—Debemos tener presente todas las hipótesis y, desde luego, no voy a descartar esa. La policía vendrá más tarde para hacerte algunas preguntas y tomarte huellas dactilares para descartarlas en el caso de que encuentren huellas de la persona que entró anoche en la casa.

Quería negarme a esa posible opción, pero… ¿y si era cierto?

Lo que decía tenía más sentido que la posible relación con el sabotaje en la bodega, más aún cuando el intruso se había atrevido a regresar dos veces en el mismo día sabiendo que tanto Arteaga como yo dormíamos en la planta de arriba.

—No estás aquí porque simplemente contemples esa opción, estás aquí porque crees que es cierta —dije volviendo a mirarlo a los ojos, quizá porque buscaba algún atisbo de duda en ellos.

—Tiene más sentido que el hecho de buscar algo de valor en ese desván. Piénsalo detenidamente, si su interés fuera ese, ¿por qué hacerlo justo ahora que has aparecido tú? ¿Por qué no llevárselos en lugar de correr el riesgo de ir hasta allí y exponerse?

No supe qué responder, tal vez me costaba admitir que podría

tener razón. Me di la vuelta hacia el lado del camino que conducía a los campos de vides que se perdían en el horizonte. Mi madre tenía razón, aquel lugar desprendía un aroma especial y su calidez embriagaba los sentidos. Era precioso, singular, único.

—Entenderé que quieras hacer las maletas y marcharte, pero te prometo que no dejaré que te ocurra nada hasta que demos con él.

—¿Puedes prometérmelo? —pregunté girándome de nuevo hacia él y vi que se había acercado.

No podía marcharme ahora que estaba tan cerca de saber la verdad, y menos aún cuando presentía que el pasado guardaba intereses ocultos.

—Tal vez no tengas motivos para confiar en mí, pero te aseguro que no permitiré que te pase nada. Hoy mismo instalarán cierres de seguridad en todas las ventanas y puertas de la casa, las cerraduras serán modificadas y habrá cámaras en todas las entradas.

Sus palabras me transmitieron una sensación de tranquilidad.

¿Podían unas cámaras y cierres de seguridad frenar al intruso? El matiz que había tomado la situación era demasiado turbio, aunque no percibía la inquietud que debería tener si era cierto que alguien me perseguía. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Doce días? No me había movido de la hacienda en ese tiempo, y si fuera alguno de los trabajadores de la bodega o alguno de los jornaleros que habían llegado unos días más tarde para los trabajos del terreno, habría reconocido sin un atisbo de duda aquel peculiar aroma cuyo rastro resultaba inconfundible.

—¿Por qué te tomas todas esas molestias conmigo? —pregunté indecisa—. Si estás convencido, ¿no te resultaría más cómodo rescindir mi contrato y contratar a un hombre?

Mi pregunta no pareció sorprenderle, quizá hasta la esperaba, y a juzgar por su expresión podría asegurar que se había preparado

para responderla.

—Te quiero aquí —soltó sin rodeos y con contundencia, así que ladeé la cabeza y achiqué los ojos como si aquella escueta respuesta no fuese precisamente un buen argumento que lograra convencer a alguien—. Esa sería la versión corta —añadió al ver que no respondía.

—¿Hay una versión larga? —Comenzaba a sentir un poco de frío porque llevábamos ya unos minutos parados.

—Tu presencia está llena de enigmas, como si cada palabra que pronuncias, cada gesto o mirada, escondiera una capa de pensamientos que se resisten a ser desentrañados. A veces creo que solo finges, otras tu lengua afilada me demuestra una gran inteligencia atípica, y también dejas entrever tus temores, para que finalmente se desvanezca en otra nueva capa en la que vuelvo a navegar en la duda. Te muestras desafiante, inalcanzable e inaccesible, pero en el instante en que rozo tu piel, puedo sentirte…, reconozco tu calidez y percibo cómo se desvanecen esas capas que te empeñas en forjar una y otra vez —hablaba como si estuviera dando rienda a sus pensamientos en voz alta—, aunque nada de eso tendría importancia si no hubiera comprobado por mí mismo que eres capaz de llevar a cabo tus funciones con precisión.

Tuve que morderme la lengua para evitar sonreír después de aquel despliegue de consideraciones y percepciones que había sacado sobre mí en… ¿Cuánto? ¿Cuatro días? Teniendo presente que había pasado una semana lejos de allí, cuatro días se me antojaban demasiados, pero aquel tipo parecía conocerme bastante bien. El calor que se me instaló en la garganta y descendía conforme cada palabra perforaba mis oídos, logró que aquel hilo invisible que me atraía hacia él tirara con una fuerza suprema. ¿Quién era en realidad Egan Arteaga? ¿Por qué me sentía de aquel modo cuando estaba

cerca? ¿Y por qué tenía la sensación de que cada vez estaba más lejos de saber cuál de todas esas facetas que mostraba era la real? Le había visto jovial, cercano, alegre, distante, serio, engreído, soberbio, creído de sí mismo, altivo, persistente, obstinado e incansable. La primera vez habría jurado que era un holgazán de primera categoría acostumbrado a ser servido y a disfrutar de la vida. Ahora no lo tenía tan claro, pero una parte de mí continuaba aferrándose al hecho de que quizá toda aquella muestra de galantería solo era una sutil neblina con la que trataba de ocultar su verdadera intención.

¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar para no perder?

—Empiezo a pensar que tienes muy mal perder, o estás realmente necesitado si haces todo un discurso para convencerme de que no me marche —dije sin admitir que aquella versión de Arteaga me gustaba lo suficiente como para dejar atrás otras versiones que ahora se desdibujaban en mi mente, aunque aún no supiera a ciencia cierta cuál de ellas sería la verdadera—. No voy a considerarte compañía, así que, si decides seguirme, tendrás que habituarte a mi ritmo.

Sin más reinicié la marcha y subí el volumen de mis cascos. Me esforzaba por obviar la sensación de sus ojos mientras recorría mi cuerpo del mismo modo hambriento con el que yo estaba dispuesta a devorarlo.

Mi autocontrol estaba mermando ante mis ojos, a pesar de conocer de primera mano lo que era creer en un hombre, en sus palabras de amor, en sus caricias, en el modo de amar mi cuerpo, y dedicarle hasta la última esencia de mí misma, para después descubrir que nada era cierto y que ni siquiera el tiempo que había compartido a mi lado tenía importancia para él más allá de sus intenciones ocultas.

Puede que Marion tuviese razón y me estuviera castigando para no entregarme a los impulsos que mi propio cuerpo reclamaba, pero Arteaga era el primer hombre que había logrado cruzar una línea inquebrantable sin hacer ningún esfuerzo. Si le permitía llegar más lejos, volvería a sufrir las mismas consecuencias del pasado.

Mi miedo a eso era mucho mayor que al supuesto acosador nocturno.

15

La policía aguardaba en el salón de casa cuando regresamos, y el breve interrogatorio se centró en la hipótesis de que el objetivo de aquel allanamiento nocturno era yo. Me tomaron huellas, al igual que a Luis, Roberta y el propio Arteaga, para descartarlas de las que pudieran encontrar tanto en el desván como en la habitación por la que había accedido. Insistieron en preguntar si me faltaba algún objeto, si había observado una presencia inusual o si sospechaba de algún trabajador de la bodega, pero yo no dejaba de pensar que aquella teoría, por más que tuviera lógica para todos, no explicaba que el intruso hubiera estado revolviendo los documentos del desván.

¿Solo yo lo veía de ese modo? ¿Me influía la información que poseía y que nadie más conocía? Cada vez estaba más segura de que si mi madre fingió su muerte tuvo que suceder algo grave, así que estaba dispuesta a averiguarlo y me importaban muy poco las sospechas que pudiera levantar sobre mi origen.

«A la mierda ir con delicadeza».

—Roberta, ¿tienes un momento? —dije con la respiración agitada porque había bajado las escaleras demasiado rápido.

Me habían entretenido con aquel interrogatorio y, tras darme una

ducha, no quería perder más tiempo antes de que alguien volviera a interrumpirnos.

—Claro que sí. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te acompañe a alguna parte o que Luis vaya al pueblo a por algo? —Estaba claro que había preocupación en su semblante—. Ya le he dicho al señor Arteaga que si es necesario nos quedaremos el próximo fin de semana. Teníamos pensado ir a Valencia, aprovechando que es el cumpleaños de uno de mis nietos, pero…

—No se trata de nada de eso —afirmé con contundencia sin mencionar que iba a quedarme sola en la hacienda, ya pensaría en eso más tarde—. Necesito que me cuentes todo lo que sepas de lo que pasó aquí hace cuarenta años —dije colándome tras ella en la cocina.

—¿A qué te refieres? —exclamó extrañada y yo aproveché para cerrar la puerta.

—¿Cómo murieron los hijos del antiguo dueño? ¿Enfermaron? ¿Hubo un accidente? —insistí como si tuviera prisa.

Vi que Roberta parecía algo asustada, quizá había interpretado mi pregunta como una correlación entre lo que estaba pasando y aquellos hechos ocurridos décadas atrás.

—¿Tiene eso algo que ver con lo que está pasando? ¿Con el hombre que entró anoche? La policía no…

—No sé si tiene algo que ver o no. Si la persona de anoche era un acosador o realmente buscaba algo en el desván, pero tengo que saber lo que sucedió para descartar algún tipo de vínculo entre ambas cosas —mentí de forma descarada—. Tal vez solo sea una estupidez y no haya relación, pero, por favor, cuéntame lo que pasó.

Me pareció ver que Roberta se tranquilizó con mis últimas palabras. Se quedó un momento pensativa, puede que porque no había pensado en esa posibilidad, y lo cierto es que era muy

descabellado buscar una conexión, pero me daba igual. Llevaba allí doce días y lo poco que había logrado averiguar me llevaba a más preguntas mientras todo a mi alrededor no dejaba de complicarse en una vorágine de sucesos cada vez más extraños y sin sentido.

Si me había visto envuelta en aquello, al menos pensaba obtener las respuestas que buscaba.

—Está bien, no es agradable lo que ocurrió anoche, ni lo que está pasando en la bodega. Te aseguro que, en todos los años que llevo viviendo en este lugar, jamás ha sucedido algo parecido. —Tomó asiento en una silla algo desgastada. Intuí que solía pasar bastante tiempo allí sentada. Toqueteó las verduras que probablemente utilizaría para la comida de aquel día. Fue fácil imaginarla pelando patatas, puerros y calabacines mientras escuchaba la radio o veía algún programa interesante, pero el gesto evidenciaba su inquietud por la situación, y la creí cuando afirmó que nada parecido había tenido lugar en todos sus años trabajando en El Dorado—. El hijo pequeño estaba enfermo, murió cuando aún era niño. Creo que llegué a decírtelo, ¿no? Con todo esto tengo cierta confusión en la memoria… —dijo distraída—. La señora Almansa no superó la pérdida y falleció pocos años después, tenía una depresión de la que no logró levantar cabeza y, como se decía antiguamente, se dejó morir. El viñedo continuó a pesar de la tragedia, el hijo mayor tomó las riendas como cabeza de familia. Dicen que era un muchacho inteligente y espabilado, tenía muchas ideas para ampliar la hacienda, pero una tarde, mientras arreglaba uno de los tractores, este se le cayó encima y no se pudo hacer nada para salvarle.

Roberta hablaba sin mirarme, concentrada en sus dedos, que jugueteaban con lo que encontraba por la mesa. Mis manos sudaban al pensar en cómo habría podido afectar aquello a mi madre cuando aún era una adolescente. Perdió a su hermano pequeño, a su madre

y después a su hermano mayor en un intervalo de tiempo demasiado corto. Aquello era más que suficiente para apagar su sonrisa, pero no para tratar de fingir su propia muerte.

—La hija de los Almansa era la única que quedaba con vida, la heredera de la hacienda. Siempre había trabajado en la vendimia y ayudaba a sus padres, y el viejo Almansa quería casarla con un hombre de bien. Sin embargo, cuando murió el hijo mayor, su percepción cambió, así que quería un yerno que pudiera hacerse cargo del viñedo. —Roberta alzó la vista y me miró, como si se asegurara de que le estaba prestando atención, así que al ver que la estaba escuchando prosiguió—. Nadie sabe lo que pasó en realidad, algunos dicen que pensaba casarla con otro terrateniente mucho mayor que ella, otros que se encaprichó de un hombre y su padre se negó a la relación, lo único cierto es que la muchacha desapareció y durante unos meses la buscaron incansablemente hasta que hallaron su cuerpo en el río prácticamente irreconocible.

Tuve que sentarme en la silla que quedaba vacía al lado de Roberta para procesar aquella información. ¿Habían pensado que ese cuerpo en el río era mi madre? ¿Porque era conveniente que así fuera o porque ella era la única joven desaparecida en la zona que podría encajar con ese hallazgo?

Y la idea de que mi madre tuviera algo que ver con el cuerpo de esa muchacha me aterró hasta el punto de sentir que me mareaba.

—Un accidente y una desaparición en extrañas circunstancias —dije en voz baja, pero Roberta me escuchó—. ¿Nadie se cuestionó los motivos? ¿Investigaron si su muerte fue en circunstancias naturales?

No podía ser. Mi madre no podía tener algo que ver con esa muerte, pero… ¿Había un motivo más real para huir que el de ser un asesino?

«Dios…, esto no podía estar pasando».

—No sabría decirte, querida, yo no vivía en ese entonces por aquí y lo que sé solo son habladurías que una escucha en el mercado, de las vecinas o lo que Luis me contaba por boca de los trabajadores e incluso del antiguo señor Arteaga. Han pasado muchos años desde aquello y al poco El Dorado cambió de dueño.

Un nuevo dueño que al parecer había hecho un favor al viejo Almansa comprándole las tierras a un precio superior. Quizá estaba tratando de buscar incoherencias donde no las había y de sacar la punta a un lápiz de por sí afilado. El padre de Arteaga solo se aprovechó de una oportunidad como lo habría hecho cualquier otra persona conocedora de las circunstancias. Puede que, a su manera, una compensación económica que saldara las deudas de aquel hombre mitigara moralmente el arraigo al único recuerdo que tenía de su familia, pero tal vez también le había hecho un favor al apartarlo del tormento con el que esos recuerdos lo perseguían.

Tenía que tomar aire, o mi cuerpo se desvanecería allí mismo.

—Creo que es una estupidez pensar que pueda guardar algún tipo de relación después de tantos años —afirmé poniéndome en pie y dándome la vuelta—. Aun así gracias por despejar mis dudas.

Salí de allí con paso decidido y crucé la puerta que daba al aparcamiento mientras unas ligeras gotas de lluvia me caían por el rostro.

¿Por qué mi madre no me dejó una simple carta para contarme lo que la atormentaba? ¿Por qué no decirme de qué había huido tras una infancia feliz? ¿Por qué no quería que yo conociera esa parte de su vida ni siquiera después de su verdadera muerte?

Sentí que mis mejillas se bañaban en mis propias lágrimas mezcladas con el agua de lluvia. El pecho me oprimía. El secreto tan oscuro que guardaba mi madre me atormentaría el resto de mi vida.

«Aunque ya había empezado a atormentarme».

—¿Victoria? —Escuché mi nombre y me di la vuelta sin tratar de limpiarme el rostro, sin esconder ese huracán que amagaba con desmoronar piedra a piedra mi coraza, y vi cómo Arteaga salía de entre las sombras dejando que la luz diurna cubriera cada célula de perfección absoluta—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Su tono de voz evidenciaba una preocupación sincera y en aquel instante envié todas mis normas y todo mi control al diablo, porque aquello que tenía dentro amenazaba con consumirme hasta dejarme sin aliento.

Antes de que pudiera decir una palabra más, le rodeé el cuello con la mano y me alcé ligeramente sobre su cuerpo hasta que sus labios se unieron a los míos. Ni siquiera sabía qué buscaba, quizá una emoción que no fuera aquella opresión acechando en mi interior y cubriéndolo todo de negro. Su respuesta fue inmediata, y en cuanto mis labios se entreabrieron para dejar paso a su lengua, un fuego asolador cobró vida, como un tsunami destruyéndolo todo, para hacerme vibrar de un placer hasta ahora desconocido.

Podía notar aquel aura envolviéndome el cuerpo en una neblina que me hacía flotar sobre mis pies. Sus manos firmes sobre mi cintura me alzaron y provocó que nuestras bocas se fusionaran con un mayor ardor. Me alejé de todo cuanto conocía, el tiempo se detuvo en aquel instante e hizo que nada más importara. Podía percibir la pasión creciente en sus labios, y algo en mi interior, que parecía latente, despertaba con una fuerza inquebrantable que avivaba aún más ese fuego entre los dos.

Jadeé presa del anhelo por poseer sus labios. Su respuesta fue acrecentar aquel beso con salvajismo y mover la lengua con frenesí dentro de mi boca, como si acompasara la creciente lluvia que caía sobre nosotros mientras se acercaba la tormenta. No importaba el qué, ni el cómo, ni el cuándo o el porqué, solo aquel instante en que

éramos él y yo. Sin pasado. Sin futuro. Únicamente un presente incierto al que me aferraba como si fuera lo único real de todo aquello.

Mis sentidos se multiplicaron. Su sabor era la mezcla perfecta entre anticipación y deseo. Era dulce y al mismo tiempo salado. Suave y amaderado hasta perpetrar y adherirse con la intención de impregnarme en esos matices delicados de grosella negra a los que sabía que sería incapaz de resistirme. Podía sentir el anhelo, la pasión y el ardor que emanaba con cada empuje de su lengua sobre la mía haciéndose con el control, impidiendo que pudiera retroceder, desafiándome a retarlo, a presentar batalla y a sucumbir ante aquel arrebato que se adueñaba de mí.

Y lo hice.

Sucumbí de todas las formas humanas posibles, rindiéndome ante aquella inaudita tormenta cargada de intensidad para abandonarme a un abismo del que no deseaba despertar ni tampoco escapar. Gemí en sus labios, el sonido moría en el interior de nuestras bocas, y percibí la fogosidad con la que él arremetió en respuesta. Un salvajismo único, un torbellino de deseo que me elevó con ligereza. Me estrechó contra su cuerpo mientras sentía que aquel era el único lugar al que realmente pertenecía.

El aire se volvió espeso. El calor de su cuerpo presionando el mío como si no estuviera lo bastante cerca hacía que me pegase a él, que respondiera a sus labios con bravura. Necesitaba sus manos recorriéndome la piel, clavándose con fuerza, sintiendo que nada era suficiente ante la firme creencia de expresar aquella intensidad que me envolvía. Todo mi cuerpo vibraba ante el impacto de aquella pasión salvaje que me consumía, que me quemaba, que dejaba una huella ardiente en mi ser.

La lluvia se había vuelto intensa, y a ninguno de los dos parecía

importarnos. El agua fresca se mezclaba en nuestros labios, mojaba nuestros cuerpos y avivaba aquel frenético deseo, cada vez más visceral, incapaz de apagar las llamas que nos consumían y nos devoraban con una urgencia que no podía ser contenida.

El sonido de un coche acercándose hizo que tomara conciencia del lugar en el que estábamos, de que cualquiera nos podría haber visto y de que la intensidad había sido tan fulminante que ni siquiera me había importado. En el momento en que alejé mis labios de los suyos, sentí el clamor de estos pidiendo apresarlos de nuevo. Cuando el vehículo policial atravesó la cancela, me aparté de él. El frío de la lluvia calaba mi piel, siendo aún más consciente de que su simple roce prendía un fuego interno que se había extinguido hacía tiempo.

Los dos policías bajaron del coche, se ajustaron la gorra que formaba parte del uniforme para protegerse de la lluvia. Imaginé que precisaban recabar más información.

—Señor Arteaga, hemos inspeccionado el pequeño almacén que nos indicó el guarda de la finca y, como temía este, la cerradura había sido forzada y hay señales de que alguien podría haber pernoctado allí recientemente.

Habló el policía que parecía mayor, supuse que tendría más experiencia y rango dentro del cuerpo. Mientras, su compañero no dejaba de mirarme hasta el punto de sentirme demasiado incómoda.

—¿Con qué intención? ¿Han comprobado si faltaba algo? —preguntó Arteaga.

—Por lo que su empleado ha indicado, sí le parece que falten algunas herramientas, pero no creo que ese fuera el motivo principal del allanamiento, sino más bien la cercanía que tiene con la casa, el individuo se escondería allí para estudiar sus movimientos a distancia —continuó el mismo tipo mientras mi vista iba de uno a

otro, el joven seguía mirándome de forma inquisitiva.

—Supongo que habrán tomado huellas —decretó Arteaga.

—Hemos pedido a un equipo de la científica que lo haga, pero hay algo más.

El policía miró a su compañero. Este se sacó de la chaqueta una bolsita de plástico sobre la que comenzaron a caer gotas de lluvia.

—Hemos encontrado esta fotografía dentro del almacén. Creemos que se le ha podido caer y quizá sea una prueba que confirme el motivo por el que el individuo muestra una fijación hacia la señorita Monfort.

La fotografía mostraba a una mujer joven.

En cuanto la vi emití un grito y me llevé las manos a los labios al mismo tiempo que Arteaga cogía la bolsa de plástico que la protegía para verla mejor.

—¿Creen que es por su parecido con esta mujer? —preguntó mientras yo sentía el sonido de la lluvia impactando en las piedrecitas y por un instante creí que mi cuerpo no estaba realmente allí, que no podía formar parte de aquel enredo digno de una película de sobremesa que mi prima me habría obligado a ver con la excusa de inflarnos a palomitas.

—Es una posibilidad bastante alta dado el parecido y el hecho de que hubieran forzado la entrada. Sabemos que no ha intentado acercarse a la señorita Monfort, por lo que suponemos que es probable que su intención no sea la de causarle daño, aun así pondremos una patrulla que vigile la casa y estaremos alerta a cualquier movimiento.

Escuché cómo Arteaga lanzaba algún tipo de maldición y volvía a mirar aquella fotografía.

—¡No quiero posibilidades, quiero hechos y que cojan a ese pirado que anda suelto!

—No es ningún pirado —solté, y al instante aquellos seis pares de ojos se clavaron en mí.

Alcé la mano y le quité la bolsa con la fotografía de mi madre de las manos. Era una foto de carnet, se la haría para algún documento. El corte de pelo recto era parecido al que yo llevaba ahora, salvo que mi color siempre había sido un par de tonalidades más claras. Teníamos las mismas facciones, las pestañas largas y rizadas, una nariz chata y pequeña, los pómulos elevados que había heredado de ella y un característico hoyuelo en el lado izquierdo. Salvo mis ojos verdes y que siempre había sido algo más delgada, mi madre y yo nos parecíamos lo suficiente para no poder negar nuestra línea de sangre, y en aquella fotografía el parecido era aún más evidente.

—¿Sabe quién puede ser? —preguntó entonces el policía.

—No —imaginé que se refería al hombre que perseguían—, pero sé quién es la mujer de la fotografía —afirmé sintiendo que estaba a punto de soltar una bomba de relojería sin saber las consecuencias que tendría.

—¿Ha robado esta foto de entre tus pertenencias? —preguntó Arteaga.

—Nunca había visto esta fotografía —admití levantando la mirada para dirigirla hacia el policía que me había estado mirando fijamente, ahora entendía por qué lo hacía, buscaba parecidos con la mujer de la imagen—. Esta mujer es Clara Almansa, la hija de Ildefonso Almansa, el antiguo propietario de esta hacienda, y a la que, al parecer, todos dieron por muerta hace cuarenta años.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó el policía incrédulo.

—Porque Clara Almansa era mi madre.

16

Puede que estuviera mentalmente preparada para ese momento. Al ver la foto de mi madre dentro de aquella bolsita de plástico supe que no podía seguir ocultando mi identidad, que las cosas estaban tornando a un matiz demasiado oscuro como para ocultárselo a Arteaga y aún menos a la policía. Si mi madre tenía algo que ver con la persona que habían encontrado en el río o si guardó silencio cuando todos la dieron por muerta, estaba claro que algo muy turbio había sucedido y que, al parecer, guardaba relación con lo que estaba pasando ahora.

Pero una cosa era creer que podía afrontar las consecuencias y otra muy distinta el modo acusatorio en el que Arteaga me miró en ese instante, como si fuera la culpable de todo lo que sucedía en la hacienda.

—No puedo creerlo —afirmó ante aquel silencio roto únicamente por la lluvia cayendo sobre nosotros, la grava y el acero de la carrocería de nuestros coches.

—¿Está afirmando, señorita Monfort, que su madre fingió su muerte todo este tiempo? —preguntó el policía mayor con una calma inaudita.

—Creo que sí —dije de inmediato—. No lo sé realmente.

—¡Lo crees! —soltó Arteaga con evidente sorna—. ¡No lo sabes! ¿Es que algo de lo que has dicho hasta ahora es cierto?

Podía comprender su ironía, de hecho, yo misma en su situación habría actuado aún peor.

—Mi madre nunca quiso contarme nada sobre su familia. Me habló algunas veces de este lugar sin revelarme dónde se encontraba, pero se negó a explicar por qué no regresó. ¡Ni siquiera sabía que todos pensaban que había muerto! —bramé en un vano intento de justificarme.

—¿Puede decirnos dónde está su madre ahora? —preguntó el policía joven.

—Murió hace seis años en Francia, tuvo problemas cardiacos graves. —Noté el ceño fruncido de ambos—. Falleció en el hospital, vi su certificado de defunción —afirmé como si la duda continuara en el ambiente.

—¿Y por qué venir ahora? ¿Por qué ocultarlo todo este tiempo? —Esta vez las preguntas provenían de Arteaga.

—Recibí una oferta de empleo para venir aquí, ¡pensé que tendría algo que ver con mi origen! —grité enfrentándole—. Después me quedó claro que solo formaba parte de una casualidad fortuita y que si revelaba mi identidad no tendría la oportunidad de descubrir lo que ocurrió para que mi madre se marchara de aquí.

—He tenido suficiente. Está claro que miente, así que hagan lo que consideren conveniente —soltó Arteaga alejándose de nosotros para perderse en el interior de la casa y dejándome allí junto a los agentes bajo el arrecio de la lluvia.

No fui consciente de cuánto tiempo me retuvieron, pero sí de que no tenía respuesta para todas las preguntas y menos aún sospechas de la persona a la que estaban buscando. La posibilidad de que el mismo hombre que entró la noche anterior pudiera conocer la

relación entre la mujer de la foto y yo era cuanto menos ilógica, sobre todo teniendo en cuenta los años que mi madre llevaba alejada de ese lugar, que todo el mundo pensó que murió en ese río y que no había establecido contacto alguno desde que se marchó.

¿Era simple casualidad o realmente existía alguien que tenía todos los detalles de lo que ocurrió allí? Más incógnitas. Más preguntas acumulándose sin saber si hallaría o no la contestación en alguna parte.

No vi a nadie cuando me escabullí para cambiarme de ropa, pero escuché los gritos al otro lado de la puerta de la habitación de Arteaga. Fuera quien fuese la persona con quien hablaba al teléfono, se estaba llevando el rapapolvo del siglo. Le había visto enfadado, incluso yo misma lo había exasperado, pero ni siquiera perdió los papeles cuando las evidencias de que alguien intentó manipular la cosecha del albariño fueron incuestionables.

—¡Me importa una mierda que esté en una reunión! ¡Le quiero al teléfono ya! —Oí seguido de un manotazo en la pared o en un mueble, y me quedé quieta, como si intentase visualizarlo tras aquella puerta.

¿Habría elegido esa habitación aposta para estar lo más cerca posible de la mía o era en la que siempre se alojaba? En aquel mar de pensamientos que carecían por completo de importancia dadas las circunstancias, la puerta se abrió de repente, antes de que yo pudiera adentrarme en la mía. Por su gesto estaba claro que esperaba hallarme en el pasillo.

—Cámbiate y baja al salón principal, tienes dos minutos. —La orden era tan firme que ni dejó que pudiera replicar antes de alejarse y volver al interior. Dejó la puerta abierta, como si de ese modo me pudiera controlar.

¿Acaso pensaba que iba a escapar, a fugarme sin dejar rastro

como en su día hizo mi madre? Puede que después de descubrir quién era, lo único que deseara es que desapareciera de allí. Tiré la ropa empapada en un rincón. Ni siquiera sabía si tendría que hacer las maletas en cuanto tuviéramos aquella conversación. ¿Qué probabilidades había de que me quedase después de lo sucedido? Puede que la policía quisiera abrir una investigación para esclarecer la posible confusión en la muerte de mi madre, pero desde luego no tenía ninguna obligación de quedarme. Tenían mi número, mi dirección en Beaune, y podrían dar conmigo cuando obtuvieran respuestas a todo este asunto.

Cuando salí de la habitación apenas sesenta segundos después, la de enfrente estaba vacía. Conforme bajaba las escaleras la rigidez en cada músculo se acrecentaba, así que me aferré a la barandilla para dar los últimos pasos. En el salón principal Arteaga permanecía sentado a la mesa y con la mirada fija en algún punto de la pared.

No tenía motivos de peso para acobardarme, ni para avergonzarme por el hecho de haber mentido. Tenía mis motivos más que justificados, así que me acerqué con paso decidido hasta colocarme a su lado.

—Entenderé si quieres que me vaya ahora mismo. —Me adelanté por si me tiraba a la cara el contrato de rescisión para echarme de allí.

—Siéntate. —No me miró, y la idea de compartir aquel desayuno con toda la mesa dispuesta de viandas demasiado apetecibles y cuyos olores se mezclaban recordándome que aún no había probado bocado, hacía la escena aún más surrealista—. Tengo a dos personas revisando tu currículum en detalle para verificar si el título universitario es real, si tu experiencia laboral existe de verdad y si es cierto que ganaste el afamado gran oro en el concurso de Bruselas. Así que si algo de todo lo que afirmas en ese documento no es

cierto, lo averiguaré. ¿En qué más has mentido?

No me molesté en servirme un café, a pesar de sentir que lo necesitaba, tampoco mi habitual zumo de naranja que Roberta colocaba a mi disposición cada mañana, así como varias frutas ya peladas y cortadas.

—Todo lo que consta en mi currículum es cierto, así que no tendrás problema en contrastar los datos, pero ya que estamos, insisto en que no fui yo quien envió mi solicitud para este empleo, ni siquiera sabía que buscabais a alguien con mis capacidades.

—Estás jugando muy bien tus cartas. ¿A quién conoces o a quién sobornaste para que incluyera tu currículum entre los candidatos? —exclamó con evidente burla. Estaba claro que ya se había hecho a la idea de cómo debían haber sucedido las cosas—. Al menos ahora puedo comprender tu afán por indagar en el origen de este lugar y restregarme en cada oportunidad la mala gestión de mi propia bodega. ¿Qué es lo que pretendías obtener viniendo aquí?

—¡Respuestas! —bramé—. ¿Crees que si tuviera algo que ocultar habría dicho hace cinco minutos que mi madre dejó que creyeran que había muerto y huyó a Francia? La propia Roberta acababa de decírmelo, y no puedo saber si tenía algún tipo de relación con la persona que encontraron en ese río y que dieron por hecho que se trataba de ella. —Me sinceré sintiendo de nuevo aquella sensación de malestar en el pecho.

Sin responderme ni mostrarse inquieto por mi contestación, se llevó el teléfono a la oreja y pronunció varios monosílabos al mismo tiempo que se levantaba y se alejaba, seguramente para que yo no escuchara la información que su interlocutor le facilitaba.

Cogí la jarra de cristal con el zumo de naranja simplemente por no mantenerme ociosa y porque mi mente bullía a mil por hora. Cuando me llevé el vaso a los labios dejando que el líquido llenara aquel

vacío que sentía, Arteaga se sentó de nuevo. Apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos mientras mostraba un rostro indescifrable.

—Si has montado toda esta pantomima para acercarte a mí y crees que vas a poder sonsacar algo, estás muy equivocada. No sé cuáles son tus intenciones y desconozco si de verdad eres quien dices ser, pero si tienes algo que ver con lo que está pasando en mi bodega, lo averiguaré.

—¿Y para qué iba yo a boicotear tu bodega? ¿Acaso crees que podría sacar algún tipo de beneficio? —clamé como si eso fuera incoherente—. Esto es absurdo. Ni siquiera debería estar perdiendo el tiempo en dar explicaciones cuando es evidente que aquí está ocurriendo algo que va más allá de nuestro entendimiento —refunfuñé y solté varias palabrotas en francés sin molestarme en pensar si él podía entenderlo o no.

—No lo sé. Dímelo tú —contestó con paciencia—. Ya que pareces obstinada en la idea de que todo está relacionado con el pasado de este lugar, me pregunto si no es un motivo de distracción ante tu verdadero objetivo. ¿Te envía la competencia? ¿Te han ofrecido una cuantiosa suma si logras que la finca pierda valor y me convences de venderla? ¿Pensabas que con esta historia de ser la hija de una mujer que fingió su muerte ibas a lograr que te mostrase empatía? Reconozco que estabas cerca de tu objetivo, es más, hasta habías logrado que tu indomabilidad y tenacidad captasen mi atención y me hicieran creer que realmente existía una mujer capaz de replantearme mi existencia y por la que merecía la pena presentar batalla.

¿Estaba diciéndome que su interés en mi era real? ¿Que no se trataba de un juego?, ¿de un coqueteo con el fin de llevarme a su cama y después fingir que no ha pasado nada, como sin duda

acostumbraría a hacer con todas las mujeres que pasaban por su vida? Obviamente a alguien como Egan Arteaga no le faltaban amantes, y si le sumamos el prestigio de su apellido, el dinero y ese físico de infarto, todavía menos. Aún podía notar el sabor de sus labios sobre los míos, que auguraba que era un amante experto, y constatar que su interés por mí era real hizo que algo dentro de mí se fracturase ante la idea de no volver a tocarle.

—¿Ahora tengo yo la culpa de que te interese? Te recuerdo que te mostré mi reticencia y rechazo desde el primer momento.

—¿El mismo rechazo que mostrabas hace unos minutos cuando mi lengua penetró en tu boca y no dejabas de gemir en mis labios? Tal vez debas ilustrarme, porque parece que me he perdido algo… —Sus palabras estaban tan cargadas de ironía que sabía de sobra que su intención era provocar daño.

—No tengo por qué quedarme a escuchar todo esto. Si este viñedo se va a la mierda porque no quieres abrir los ojos, ¡no es asunto mío! —grité levantándome de la silla, dispuesta a hacer las maletas y largarme.

Tal vez vine en busca de respuestas, pero si mi madre no quiso que supiera la verdad en mis treinta y dos años de vida, debía ser por algo. Lo que fuera que pasó allí tendría que seguir oculto.

Arteaga me detuvo antes de que pudiera cruzar las puertas, y vi el rostro de Roberta, que nos observaba con extrañeza.

—No vas a ir a ninguna parte, Victoria —dijo sujetándome del brazo con firmeza.

—¿Y cómo vas a impedirlo? —exclamé a pesar de que el ama de llaves nos estuviera mirando.

—Pon un pie fuera de estos terrenos y tendrás una demanda por manipulación de pruebas, posible conspiración para la destrucción de la cosecha, suplantación de identidad y espionaje para la

competencia.

No podía hablar en serio, tenía que ser un farol. ¿Con qué pruebas iba a acusarme de todo eso?

—Las amenazas no funcionan conmigo, y, aunque lo hagas, los dos sabemos que ni tienes pruebas, y ni es cierto, aunque te empeñes en creer que sí.

El silencio de Roberta solo era una muestra clara de que no entendía qué demonios estaba pasando y de su prudencia, para quizá de ese modo sacar algo en claro.

—Puede ser, pero de aquí a que trates de demostrar tu inocencia, si es que existe, yo habré descubierto quién eres realmente y qué pretendes sacar.

¿Así que ahora me retenía? ¿Impedía que me marchase con una sarta de calumnias para meterme miedo y así acobardarme?

—¿Y qué se supone que pretendes que haga como tu prisionera? ¿También exigirás que trabaje para ti? —inquirí.

—Desde ahora te convertirás en mi sombra. Así que sea lo que sea lo que estás ocultando lo descubriré, lo quieras o no.

Al final tenía razón y aquel pijo mimado rico e hijo de papá solo era un imbécil con ínfulas de superioridad que no era capaz de ver más allá de su ombligo.

—Roberta, Victoria y yo pasaremos la mañana fuera de la hacienda, avise a Luis de que se aseguren de instalar todas las cámaras de seguridad y cambien las cerraduras de las puertas, incluida la del desván.

—Por supuesto, no hay problema. ¿Estarán aquí a la hora de comer? —preguntó aún con la mirada inquieta.

—Probablemente no. —Se colocó la chaqueta y sacó las llaves de su coche del bolsillo—. Sígueme —añadió dirigiéndose a mí con voz brusca.

Miré a Roberta, que seguía allí parada y me miraba como si hubiera cometido un crimen. Tuve el sentimiento de creer que necesitaba contarle lo que pasaba, pero el grito de Arteaga hizo que mis pies entrasen en movimiento. Tal vez fuera mejor que nadie más conociera mi verdadero origen.

—¿Dónde se supone que vamos? —pregunté abriendo la puerta del copiloto.

—Al registro de la propiedad. Tenía programado ir solo, pero dadas las circunstancias no dejaré que sigas husmeando en algo más que le pueda ser útil a la competencia.

—Ya… —solté abrochándome el cinturón—. Como si a la competencia le pudiese servir de algo tus estrategias de producción. Lamento ser yo quien te diga que ni siquiera tu pinot noir es medianamente aceptable, tienes un interés personal en ese vino, cuando tienes un caballo ganador como el bobal, y no te has molestado en sacar todo su potencial.

No llevaba allí ni medio mes, pero ya me había hecho una idea de todos los vinos, sus cepas y el potencial que le podría sacar a cada uno de ellos. Sin duda, la uva autóctona de la zona producía un vino único al que por alguna razón que no llegaba a comprender Arteaga había decidido relegar para apostar de lleno por ese pinot noir mediocre en mi opinión.

—¿Por eso el terreno donde se cultiva el pinot noir se ha degradado?, ¿porque te interesan las cepas del bobal? —preguntó recorriendo el último tramo que quedaba para salir a la carretera de servicio que discurría paralela a la autovía.

Bufé. Era una pérdida de tiempo insistir en mi inocencia cuando él ya me había juzgado y sentenciado. Estaba claro que no creería ni una sola palabra que dijese en mi defensa, sino que las malinterpretaría.

—Ya no soy tu empleada, ¿no? Pues no tengo por qué contestar a tus preguntas —afirmé mirando hacia el lado de la ventanilla. Me limité a guardar silencio el resto del camino.

El registro de la propiedad era un edificio moderno en placas de acero de tonos grises con multitud de ventanas que permitían que la luz se filtrase hacia las oficinas. Al parecer Arteaga ya tenía una cita, por lo que no tuvimos que esperar.

Observé a la mujer que nos atendió en uno de los mostradores. Debía rozar los cuarenta años por las pequeñas arrugas que se formaban alrededor de sus ojos. Me llamó la atención el hecho de que no dejaba de mostrarse sugerente con cada movimiento de cabello, postura o acercamiento conforme paseaba su mirada por las facciones de Arteaga. Este parecía ajeno a la situación, se limitaba a especificar las copias de los documentos del registro que deseaba que le proporcionara. Una nota simple, un informe de titularidad histórica para conocer todos los propietarios de la finca, una copia de la escritura de propiedad, donde vendría reflejado el informe de compraventa y el valor de esta, y finalmente un certificado de titularidad.

—Le puedo proporcionar la nota simple hoy mismo, pero para el resto de los documentos tendrá que esperar un plazo de hasta siete días, dependiendo de la complejidad o las cargas que pueda tener la propiedad.

—¿Siete días? ¿No hay algún modo de agilizarlo? —preguntó Arteaga mirando por primera vez a la mujer y adoptando un matiz cercano en la voz.

—Bueno… —titubeó ella algo nerviosa—. Tal vez pueda reducir los márgenes si me encargo yo misma —añadió removiéndose en la silla.

Lancé un suspiro de frustración. ¿Este era el efecto de Egan

Arteaga en las mujeres?, ¿que todas estuvieran más que dispuestas a convertir sus demandas en prioridades?

—Se lo agradecería enormemente.

El tono grave con el que habló habría hecho mojar la ropa interior de cualquiera, y estaba segura de que a la mujer que tenía enfrente le había causado ese efecto, más aún cuando de sus labios se pudo escuchar un suave jadeo.

No podía decir que Arteaga estuviera coqueteando con ella, pero estaba claro que se aprovechaba de su apariencia. Cuando la mujer se dispuso a teclear en su ordenador para emitir aquella nota simple, miré mi teléfono y tenía varios mensajes de Marion deseándome un buen día. Tendría que hablar con ella para ponerla al corriente de la situación, pero lo cierto es que no sabía si empezar por el acosador o por la foto antigua de mi madre.

Sabía que lo primero que me diría es que me largara de allí echando leches, y lo cierto es que sería lo más inteligente dadas las circunstancias, pero… ¿quería irme ahora que estaba más cerca de hallar la verdad?

«Una verdad que quizá va a dolerme en el alma por el resto de mis días».

Después de que Arteaga le entregara una documentación, rellenase unas inscripciones de requerimiento y le ofreciera sus documentos personales que acreditaban su identidad, la mujer se dedicó a hacer su trabajo.

—Aquí veo que el inmueble en cuestión ha sufrido segregaciones y ha sido ampliado en los últimos años hasta en cuatro ocasiones —mencionó sin que ninguno de los dos pudiéramos ver lo que la pantalla reflejaba.

—Sí, se han ido unificando nuevos terrenos —contestó Arteaga sin ninguna emoción.

La mujer se levantó para recoger los documentos que había impreso y después dejarlos sobre la mesa frente a él.

—Le avisaré personalmente cuando estén el resto de las solicitudes —añadió en un tono más que sugerente, como si ese hecho implicara que podrían concertar una cita durante esa llamada.

—Sí… —La voz de Arteaga pareció esfumarse cuando alcanzó a ver los documentos—. Aquí hay un error —dijo señalando una página. Me incliné sobre él para leer el punto que indicaba y quedé paralizada ante lo que aquella información arrojaba—. Se menciona que tres cuartas partes del inmueble fueron donados por Ildefonso Almansa a… —Se calló, confundido.

—Egan Arteaga —continué mientras leía que la cuarta parte fue vendida a Leonardo Arteaga, que suponía que sería su padre.

Más tarde esa cuarta parte fue donada también a Egan años después, y sucesivamente cuatro compraventas de fincas colindantes que se habían unificado al terreno original.

—Debe de ser un error, la compraventa de la finca se hizo en su totalidad a mi padre, Leonardo Arteaga. Es obvio que aquí hay una errata —insistió sin apartar la vista del documento.

La mujer pareció dubitativa y leyó ella misma la documentación en su pantalla.

—Si se trata de un error como parece afirmar, el resto de la documentación que ha solicitado corroborará si la información en la nota simple se trata de una confusión por parte de nuestro organismo. En cualquier caso, agilizaré yo misma los documentos para entregárselos lo antes posible.

Aquella respuesta pareció calmar la confusión en el rostro de Arteaga. Yo no dejaba de preguntarme si un error de ese tipo era posible, pero… ¿qué sentido tendría que mi abuelo le donase casi la totalidad de la finca a él? Era absurdo, completamente incongruente

y disparatado, más aún cuando el propio Arteaga afirmaba que su padre lo había adquirido a un precio mayor.

17

Salimos del registro sin pronunciar palabra y nos montamos de nuevo en el coche para lo que se avecinaba como otra hora de absoluto silencio. Arteaga tiró los documentos a la parte trasera del vehículo y supuse que estaba convencido de que el organismo había cometido el error.

—Lo que figura en ese documento no puede ser verídico. —Llevaba un rato callado, mientras conducía por aquella ciudad con una facilidad asombrosa.

Era la primera vez que estaba en Valencia, y resultó ser mucho más grande de lo que imaginaba. Los edificios de estilo victoriano eran preciosos, llena de puentes y zonas verdes; me habría encantado visitarla. Deduje que Arteaga vivía allí para estar acostumbrado al tráfico y conocer tan bien las calles. Detuvo el coche ante un edificio en vez de poner rumbo de nuevo a la hacienda.

—Por supuesto, este tipo de errores se cometen de forma habitual —ironicé al comprobar que se trataba de un hotel.

No existía ningún motivo de peso para que mi difunto abuelo hubiera decidido donar en vida su única posesión al hombre que tenía al lado. Suponía que Arteaga debía de ser muy pequeño

cuando se realizó la compraventa, así que era más probable que hubiese algún tipo de confusión en los nombres.

Las verjas que conducían al aparcamiento se abrieron y nos adentramos en un sótano. Arteaga sabía muy bien hacia dónde dirigirse porque, tras bajar por una rampa, se detuvo ante otra puerta, esta vez opaca, y cuando se abrió lo suficiente reconocí el deportivo rojo con el que había ido a la finca el día que lo conocí.

No solo estaba ese coche de lujo, sino también el deportivo con un diseño espectacular blanco, un Mustang de color gris, un jeep verde militar, tres modelos diferentes de Audi en tonos oscuros, un Lamborghini naranja flúor, un McLaren Speedtail en un azul claro metalizado y un Aston Martin Valhalla verde lima, que identifiqué por el símbolo en la parte de atrás.

¿Cuánto podría costar cada uno de esos coches? Eso me llevó a la irrefutable convicción de que, si eran suyos y estaban allí, esa debía ser su casa. ¿Vivía en un hotel?

Le seguí los pasos, a pesar de que no hiciera ninguna mención a que le acompañara, y descubrí que el aparcamiento tenía ascensor privado. Sacó una llave que entró perfectamente en la cerradura, que no era la única: había otras tres cerraduras que correspondían a diferentes plantas.

La tensión era evidente y nuestra incomodidad en aquel minúsculo espacio aún más. Le observé mirar el teléfono, quizá esperaba algún mensaje o llamada, o tal vez solo era un modo de distracción conforme los segundos pasaban. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entró la llamada que debía de estar esperando.

—¿Estás seguro? —exclamó.

En aquella parte del edificio había oficinas, salas de reuniones y personas que trabajaban en sus mesas ajenas a nosotros. Nadie pareció sorprenderse de nuestra presencia hasta que Arteaga se

dirigió a uno de los despachos. Por cómo se dedicó a rebuscar en la mesa, supuse que era su oficina.

—No necesito la traducción, envíamelo ahora mismo. —Desconectó el cable del ordenador portátil y abrió uno de los cajones para sacar varias carpetas—. ¿Has encontrado lo que te pedí? —Después mantuvo un largo silencio mientras yo me limitaba a observar la decoración del despacho: fotografías de coches, varias de él con otras personas, supuse que amigos o gente famosa que no conocía, y, en una balda superior, una botella de cada uno de los vinos que producía El Dorado con aquellos nombres que hacían referencia a la música—. Es imposible que un documento tan importante se haya perdido. ¡Me da igual lo que tengas que hacer! ¡Encuéntralo! —bramó haciendo que volviese a mirarlo y soltó con ira el teléfono sobre la mesa.

—Déjame adivinarlo… —susurré. Nos separaban cinco o seis pasos, aquella oficina era mucho más grande que todo mi piso de estudiante en el que pasé cuatro largos años—. No encuentra el documento original de compraventa de la hacienda.

Me miró entrecerrando los ojos como si me estuviera haciendo culpable de este hecho o creyese que lo había sustraído de donde fuese que lo guardaba.

—Puede que toda la información en tu currículum sea cierta, pero no te exime de estar bajo sospecha y menos aún después de lo que acabas de corroborar.

Me crucé de brazos y acorté la distancia.

—¡Vaya! Debes de tener un equipo realmente bueno si eres capaz de verificar todo mi currículum en poco más de dos horas, y, sin embargo, aún no sabes quién está detrás del sabotaje en el viñedo. Mira, no soy imbécil y menos aún ingenua, me has obligado a acompañarte y escuchar toda la sarta de documentos que has

solicitado. ¿Quieres más solidez ante el hecho de que si tuvieras el documento original no necesitarías pedir ninguna copia?

Colocó las manos sobre la mesa y se inclinó levemente, como si así pudiera aclarar sus pensamientos.

—Todo este asunto… —Se calló, quizá porque estaba pensando cómo formular la frase, ya que había tantos frentes abiertos que hasta a mí misma me costaba entender a qué se refería—. Las cosechas, el terreno, el cloro en las barricas, el hecho de que haya una o varias personas implicadas, el tipo del desván entrando a hurtadillas o que ahora sueltes de repente que eres la hija de una mujer considerada muerta… —increpó volviendo la vista hacia mí—. Si es algún tipo de estratagema para que me deshaga de la hacienda, no va a funcionar, como tampoco intentar falsificar la documentación.

Enseguida entendí lo que había pensado.

«¿En serio cree que he robado el documento original y me he metido en el registro para modificar la compra por una donación? Empiezo a pensar que este tío come setas alucinógenas para tener tanta imaginación».

—No me interesa la hacienda, ni lo que pretendes hacer ni tus asuntos turbios que hayan podido enfadar a la competencia. La única razón por la que vine aquí fue para averiguar el pasado de mi madre, lamento decirte que todo lo demás es tu problema.

—Debes de estar realmente pirada para hacerte pasar por la hija de Clara Almansa —espetó muy serio—. Pirada o desesperada, no sabría por cuál decantarme. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? Porque hacer un currículum como el tuyo ha tenido que llevarte años.

Estaba por enviarle al diablo cuando alguien entró en la oficina sin llamar, probablemente porque la puerta se quedó abierta. Una mujer

rubia de facciones elegantes y expresión refinada, con un gusto igual de exquisito como denotaba el traje impecable que vestía, sonrió de inmediato al ver a Arteaga.

—¿Egan? Pensé que te ausentarías unos días de la oficina —dijo llamando la atención de Arteaga.

—Solo estoy de paso, mamá. Tenía que recoger unos documentos y el ordenador para acceder a unos archivos —dijo sin darle mayor importancia.

¿Esa mujer era su madre? Lo cierto es que era guapa, lo suficiente para intuir de dónde había sacado ese hombre su belleza, a pesar de que sus rasgos no fueran tan parecidos. Quizá los ojos grises o el cabello castaño oscuro los había heredado de su progenitor, el tal Leonardo Arteaga.

—Por supuesto. —Desvió la vista hacia mí, y no supe si debía presentarme a tenor de cómo había cambiado mi situación desde hacía pocas horas.

—¿Has podido comunicarte con papá? No logro dar con él de ninguna manera —dijo Arteaga, ajeno al hecho de que su madre no dejaba de mirarme.

—Ya sabes cómo es tu padre… —contestó sin titubeos, pero con cierta reticencia—. Más aún cuando está en uno de sus viajes—. Estaba claro que conmigo delante no hablaba con libertad—. ¿No vas a presentarme a tu amiga? —exclamó finalmente viendo el silencio de su hijo respecto a mi presencia.

—Es la nueva enóloga de la finca, una empleada —soltó con brusquedad.

—Así que usted es la responsable de que mi hijo haya decidido pasar más tiempo en El Dorado. Hacía años que no volvía a sentir esa devoción por el vino como lo hizo en su juventud, deduzco que tiene mucho que ver con eso. —Sonrió acercándose y ofreciéndome

la mano—. Gabriela Márquez.

—Victoire Monfort —contesté en un perfecto francés—. Un placer conocerla, señora Márquez.

—¿Por qué no traes a la señorita Monfort a cenar a casa? Estoy segura de que le encantará conocer esta maravillosa ciudad y…

—No está aquí para disfrutar de Valencia —cortó Arteaga—. Le pago para que mejore la producción de nuestros vinos, esa es su única competencia. —Fue tan lacerante que la expresión de su madre evidenció cierta tensión y vergüenza. Después se acercó a su progenitora y le dio un casto beso en la mejilla, como si eso arreglase todo—. Necesito que localices a papá, tengo que tratar con él un asunto urgente.

—Claro —contestó con amabilidad y al instante capté que era el tipo de mujer que se limitaba a cumplir los deseos de su hijo y seguro que los de su marido también sin tratar de imponer sus propias ideas—. ¿Va todo bien, Egan? —exclamó antes de que saliéramos por la puerta y la suavidad en su modo de hablar parecía un ensayo logrado durante años.

—Nada que no pueda solucionar, en un par de días estoy de vuelta.

¿No confiaba en su madre para tenerla informada de la situación o no deseaba preocuparla? Tal vez prefería no comentarle nada porque yo estaba presente. En cualquier caso sentí la mano de Arteaga en mi antebrazo para no detenerme y seguirle el paso.

—Ni siquiera has dejado que me despida educadamente —dije cuando me soltó el brazo dentro del ascensor. Noté un leve dolor, pero no me quejé.

—Mi madre no es un asunto que te ataña, Monfort. Así que cuanta menos relación tengas con ella, mejor.

Aquella mujer parecía cercana, amable, sonriente, una señora que

a pesar de gozar de los privilegios de su posición, no se mostraba soberbia o distante.

—¿No te cansas de ser tan egocéntrico? No sé en qué mundo vives, pero desde luego no eres el rey del universo para creerte que el resto de los mortales somos meros espectadores de tu grandeza —comenté sin demasiado entusiasmo.

Comenzaba a cansarme aquella actitud en la que todo era culpar a los demás de sus errores. ¿Había mentido? Sí. ¿Tenía razones de peso para hacerlo? También. Así que no pensaba convertirme en la cabeza de turco de la situación a la que pudiera echar toda la mierda posible que no tenía nada que ver conmigo.

—Mira a tu alrededor, Victoria —me instó saliendo del ascensor hacia su flamante colección de coches—. No tengo ninguna necesidad de considerarme algo porque ya lo tengo todo.

Aquella muestra de soberbia hizo que mi ira se incrementara, sobre todo cuando yo misma había dudado al pensar que tal vez lo había juzgado de forma equivocada todo ese tiempo.

—Así que esa es tu forma de actuar. Coger lo que quieres, usarlo y después desecharlo de tu vida para buscar algo más refrescante que logre captar tu atención. ¿No fue eso lo que sucedió con El Dorado? Te cansaste y lo abandonaste a su suerte. Seguro que haces lo mismo con tus otros negocios, inversiones o hasta tu colección de coches. ¿Por qué vivir en un hotel y no tener casa propia? Reconócelo, eres incapaz de ser constante en algo y, presumo, que tu interés por mí durante este tiempo solo lo fomentó mi rechazo hacia ti.

Puede que le importara una mierda mi opinión, pero no pensaba ser una estrella más perdida en su órbita, como probablemente lo hacían cientos de mujeres que lo consideraban tan brillante como la luna.

—Bravo, te congratulo por tu fantástico método de distracción, pero ya conozco lo suficiente tus artimañas para reconducir la atención hacia donde deseas. En este caso no van a surtir efecto, así que puedes decir todo cuanto quieras, únicamente ratificarás lo que pienso.

—Al menos tenía razón en algo —contesté subiéndome al coche a pesar de que él no lo indicase—. Uno de los dos va a perder esta batalla y me encantará ver tu cara perfecta cuando descubras que tu foco de atención es el equivocado.

Por un momento pensé que había visto la duda en sus ojos, aunque quizá su semblante sorprendido se debiera solo a que no esperaba que dijera aquello. Se recompuso de inmediato y volvió a mostrarse frío.

Su respuesta fue pisar el acelerador y el vehículo se precipitó sobre la puerta que milagrosamente estaba abierta. De no ser por las veces que habría realizado aquel recorrido, estaba segura de que habría rayado el coche.

Egocéntrico. Soberbio e imprudente.

En la hacienda todo parecía bajo control, al menos no hubo noticias alarmantes a nuestro regreso, salvo que Luis le dio las nuevas llaves de todas las cerraduras de la casa y la bodega. Ahora, salvo él, Rodríguez y Arteaga, nadie más tenía una copia para acceder.

Esa tarde me quedé en mi habitación. Era la primera vez que no tenía nada que hacer. A pesar de las miradas interrogantes de Roberta, Arteaga parecía que no deseaba informar a nadie de mi situación, aunque ella había sido testigo de nuestra discusión. Así que aproveché que él estaba en la bodega para subir al desván. Luis estaba colocando los focos de los que estuvo hablando la noche anterior.

Puede que en cuanto Arteaga me viera allí, me echase a patadas, pero tenía que apurar cada segundo que me quedase para buscar algo que pudiera arrojarme luz sobre el pasado de mi madre. Empecé por recortes de periódico que mencionaban premios de los vinos que se producían en la finca El Dorado, incluso un reportaje sobre la familia y la tragedia del menor de los hijos. Dejé a un lado los periódicos para rebuscar en lo que parecían unos diarios, pero solo narraban la situación en la hacienda, recopilaban los nombres de los trabajadores, los vendimiadores y anotaciones sobre cada uno de ellos.

Una fotografía cayó del interior de uno de esos libros. Se dio la vuelta cuando el suelo detuvo su caída y vi que habían escrito con una letra cuidada: «Clara y Leonardo, vendimia de 1984».

Le di la vuelta y me encontré con el rostro sonriente de mi madre. Llevaba un pañuelo en la cabeza que protegía casi todo su cabello y su mirada se dirigía hacia un hombre joven cuya vestimenta indicaba que estaba trabajando en el campo junto a ella. Dicho hombre se había quitado el sombrero para la fotografía y miraba con fijación hacia la persona que les apuntaba con la cámara. Su porte indicaba que era alguien seguro de sí mismo y el cigarro que colgaba de sus labios lo confirmaba. Tenía un pie colocado sobre un capazo repleto de uva. Me quedé observando el modo en el que mi madre lo miraba y me pregunté qué significaría para ella.

—¿Qué se supone que haces aquí? —La voz de Arteaga me hizo maldecir. Esperaba haberme esfumado mucho antes de que él pudiera encontrarme allí—. ¿Buscando algo que pueda corroborar tu falsa identidad? —clamó acercándose hasta donde me encontraba, pero me alcé a toda prisa y coloqué la fotografía frente a él.

—¿Es este hombre tu padre? —espeté sin rodeos. Y haciendo caso omiso a su acusación. No trabajaba para él, así que poco me

importaba su opinión.

Desvió la mirada de mis ojos a la fotografía y alzó una ceja justo antes de robármela para exponerla a la luz que Luis había instalado.

—Debe de ser una de las primeras vendimias como propietario de la hacienda —dijo sin darle mayor importancia—. Se habrá mezclado con el resto de las fotografías que aún restaban de la familia Almansa.

Confirmaba, pues, que era su padre. No eran dos gotas de agua, aunque había algo en la mirada que evidentemente había heredado de él, tal como había supuesto.

—¿Y por eso la que está a su lado es mi madre? Tanto sus nombres como la fecha vienen detrás. Ahórrate lo de que debe de ser un error, es obvio que se conocían —solté.

18

A la semana siguiente Luis y Roberta se marcharon una mañana temprano de la hacienda hacia Valencia para el cumpleaños de su nieto. Ella nos había preparado un suculento desayuno antes de partir. Arteaga se había sumido en el silencio desde que encontré aquella fotografía, y de eso ya habían pasado ocho días. Su única respuesta ante la confirmación de que nuestros padres se conocían fue que no era significativo ni relevante. ¿En serio? El hecho de que el padre de Arteaga conociera a la familia Almansa con antelación podría haber supuesto una ventaja para que le vendieran la hacienda a él, y no a otro comprador. Y yo no dejaba de rememorar una y otra vez el modo en que mi madre le observaba en esa foto, como si le tuviera admiración.

¿Quizá estaba enamorada y él no le correspondía? ¿Huyó porque su padre pensaba casarla con otro hombre? No, eso no justificaba su exilio y que ocultara durante tantos años su pasado.

Era la primera vez que no salía a correr desde que llegué a la hacienda. Estaba de pie, con la taza de café aún caliente gracias al termo de acero en el que Roberta lo había servido, observando por la ventana trasera el colorido que ofrecían las plantas cultivadas alrededor de la casa. No me había detenido a contemplar aquella

vista con tranquilidad y comenzaba a pesarme la idea de que había llegado el momento de marcharme, de abandonar aquella búsqueda y respetar la voluntad de mi madre.

Durante esos ocho días Arteaga no dejó de vigilarme y me había llevado con él a las bodegas. Nuestra conversación era mínima, tensa, hasta el punto de generarme ansiedad. Era como si él esperase algún movimiento por mi parte que le hiciera pensar que yo estaba detrás de la conspiración contra el viñedo. Se mostraba alerta a un fallo, una pista, un rastro del que tirar, y conforme pasaban los días parecía frustrarse más.

Escuché que alguien bajaba las escaleras. Supuse que era él, tal como había hecho los últimos días, se limitaría a obviar mi presencia. Seguía percibiendo esa sensación de temblor cada vez que estaba cerca, inevitablemente mi cuerpo reconocía el suyo y rememoraba aquel beso. Podía notar cada célula anhelando su contacto y repetirlo por más frívola que fuese aquella lujuria indeseada, pero no tenía el control de mis deseos, como tampoco lo tenía al parecer de mis sueños, esos en los que aquel beso se convertía en un preliminar de algo mucho más apoteósico y pasional.

Aquello me frustraba, sobre todo teniendo en cuenta el rechazo que su comportamiento me provocaba.

—Buenos días —dijo sin mostrar demasiado entusiasmo.

Me di la vuelta para ver que se había sentado en el lugar que ocupaba siempre a la cabecera de la mesa.

—Buenos días —contesté, y volví a mantener mi vista frente a la ventana imaginando que aquella sería toda nuestra conversación.

Suponía que habría recibido la llamada de la mujer del registro para indicarle que estaban disponibles los documentos, que habría hablado con su padre para que pudiera arrojar información sobre la

fotografía con mi madre, pero no tenía la libertad de preguntar abiertamente por ello, él malinterpretaría mi interés.

—Hoy recibiré visita —dijo en un tono que no era nada provocador, sino que más bien invitaba a establecer una tregua—. Llevaba tiempo programada y postergarla no era una opción.

Me di la vuelta y rodeé la mesa sin llegar a sentarme.

—Es tu casa. Tu bodega. Tu hacienda. No tienes que rendirme cuentas sobre a quién invitas —afirmé pensando que se trataba de una mujer.

—Por supuesto que no tengo que rendir cuentas a nadie, pero necesito que finjas que sigues siendo la enóloga de estos viñedos.

Aquello sí era extraño.

—¿Por qué? —Dejé caer los brazos sobre el respaldo de una de las sillas.

—No tengo ninguna intención de involucrar a nadie de mi entorno en esta situación, y menos aún hasta que este asunto no esté aclarado.

—Me parece bien —contesté siendo consciente de que yo misma le había ocultado a mi prima Marion lo ocurrido en los últimos días, incluso que mi exjefe me hubiera convertido prácticamente en una prisionera en la hacienda—, pero quiero pleno acceso a todo lo que tenga que ver con los Almansa.

La mueca de disgusto no fue tan grave como imaginaba, aunque deduje que se esperaba algún tipo de compensación por lo que me estaba pidiendo.

—¿Vas a continuar con esa historia absurda de que eres la nieta de Ildefonso Almansa? —preguntó con parsimonia mientras se servía café.

—Si tan seguro estás de que solo es una invención por mi parte, ¿que más te da que busque en el pasado de esta hacienda? Si no

tienes nada que ocultar y estás convencido de cómo fueron las cosas, no veo por qué debería importarte que encuentre algo que se supone que no existe.

—No sé si eres demasiado lista o sumamente estúpida, pero tienes razón en algo, no puedes encontrar lo que no existe —constató llevándose la taza de café solo a los labios—. Así que tienes libre acceso a todo lo que hace referencia a los Almansa, eso sí, no pisarás un pie en la bodega o en los viñedos si no estás acompañada.

Que hubiera accedido con tanta facilidad me llevaba a cuestionarme la razón. ¿Tan importante era esa visita? ¿O tenía información que yo desconocía y le llevaba a estar seguro de que no encontraría nada rebuscando en el pasado?

—Perfecto —dije sentándome por fin a la mesa a varios asientos de distancia—. ¿Has tenido noticias del registro? —pregunté con amabilidad.

—Sí, aunque ya conocía los motivos por los que figura una donación en lugar de una compraventa antes de que los recogiera. —Su calma presagiaba que, fuera cual fuera el motivo, parecía verosímil—. Mi padre actuó únicamente en beneficio de Ildefonso Almansa. En una donación, solo la persona que recibe el inmueble está sujeta a impuestos referentes a la finca, mientras que, si se hubiera realizado la venta, habría tenido que pagar más de un veinte por ciento de ganancia patrimonial sobre la totalidad del valor. Para que no pudieran acusarlos de fraude, determinaron que una cuarta parte de la finca se realizara mediante compraventa.

—Entonces no se trataba de un error —afirmé encontrándole cierto sentido a su argumento. ¿Por esa razón la donación estaba realizada a nombre de Egan y no de su padre, para que no pudieran acusarlos de evasión fiscal?

—Está claro que no, aunque los motivos son obvios.

Preferí no añadir nada más que pudiera romper aquella especie de tregua bilateral a pesar de la evidente tirantez que existía entre nosotros. Por suerte, su esperada visita llegó antes de tiempo, así que subí a mi habitación para vestirme de forma adecuada.

Había supuesto que se trataba de una mujer y hasta tenía las sospechas de que sería algo más que una simple amistad para él por el modo en que habló de la gente de su entorno, pero desde la ventana de mi cuarto pude apreciar que se trataba de dos personas y que abrazó con efusividad a una de ellas, que no fue la mujer, sino el hombre que la acompañaba.

¿Serían familia? ¿Amigos? ¿Y qué motivo podrían tener para ir a la hacienda un sábado temprano? Me fijé en la mujer. Parecía joven, algunos años menos que yo y, a pesar de no dejar de sonreír, su atención estaba puesta en la casa, hasta que alzó la mirada y me dedicó una sonrisa como si no se sorprendiera en absoluto de que la estuviera observando.

Bajé las escaleras conforme las voces se hacían cada vez más cercanas.

En el momento en que pude apreciar bien al hombre que había al lado de la chica, me di cuenta de que aquellos ojos azules podrían haber quitado el aliento de cualquiera. Ese tío debía de ser el que llevaba la máscara en la foto que me pasó Marion. ¡Hay que joderse! ¡Era increíblemente guapo! Si comparara la belleza de Arteaga y de ese otro hombre, no sabría determinar cómo restarles puntos y ver quién resultaba ganador.

Aun así el capullo de mirada gris tenía algo que me atraía con mayor fervor.

—Imagino que debes de ser Victoria, la nueva enóloga y responsable de que hoy estemos aquí —dijo con una grata sonrisa la

mujer de cabello rebelde y mirada de león con aquellos ojos ambarinos de color miel.

Era de una belleza particular, de esas que quizá no llaman la atención al primer instante, pero que cuando analizas con detenimiento eres consciente de que supera al resto.

—¡Vaya! Al parecer soy famosa y ni siquiera lo sabía —solté dirigiéndome a Arteaga para dejarle claro que me había omitido demasiada información.

—Disculpa a mi prometida, tenía demasiadas ganas de poner en una situación incómoda a mi primo —dijo aquel hombre de ojos azules.

«Así que son familia… Bueno, ahora tiene todo el sentido del mundo lo de los genes. ¿El tercero de la foto también será otro primo?».

—Creo que la entiendo perfectamente. —Sonreí a aquella mujer—. Victoria Monfort, aunque creo que ya sabías mi nombre —añadí ofreciéndole la mano.

—Eleonora, Leo para los amigos —contestó en tono amable—. Y él es Athan.

—Su futuro marido —dijo alzando la mano para presentarse—. Y el principal motivo por el que estamos aquí, elegir los vinos que serviremos en la boda.

¿En eso consistía la visita? ¿La elección de vinos?

—He reservado una cata de vinos dentro de cuatro horas muy cerca de aquí, eso nos deja tiempo para que podáis ver la bodega y probar los vinos que podría ofreceros El Dorado, sobre todo nuestro glissando, ya que es el mejor de la zona, como bien puede corroborar Victoria.

—No he tenido la oportunidad de probar otros vinos autóctonos, pero sin duda puedo confirmar que se trata de un vino excepcional.

Aun así, será para mí un placer ofrecer mis dotes olfativas para un día tan importante. ¿Puedo saber cuándo tendrá lugar el esperado matrimonio? —pregunté mostrando un interés real.

—El 13 de septiembre —contestó al instante Leo y vi el brillo de aquellos ojos ámbar irradiar felicidad—. Sé que aún faltan meses, pero nuestras agendas, sobre todo la de Athan, no nos dejan mucho tiempo libre entre turnos del hospital, así que debemos hacerlo todo con bastante antelación.

—¿Hospital?

—Beltrán es cirujano cardiovascular y yo residente de cirugía, espero acabar la residencia dentro de tres años y después…

—¿Athan Beltrán? ¿El cirujano más joven en ganar el afamado premio Wolf en medicina?

—¡Anda! ¡Si te conocen hasta en Francia! —exclamó Leo como si no estuviera sorprendida.

—¿Has oído hablar de mí? —intervino el aludido.

—Lo siento, es que me parece mucha casualidad que el cirujano de mi madre nos hablara de ti y ahora te tenga aquí delante —dije aún sin creérmelo.

—¿He tratado a tu madre? —preguntó con cierta incredulidad.

—No. En absoluto. Se suponía que trabajabas en un hospital de Alemania y para que pudieras atenderla debíamos desplazarnos allí con todos los costes que ello acarreaba. Terminé la carrera antes de lo previsto para poder ayudar con los gastos económicos, pero fue demasiado tarde para ella —dije sin mirar a Arteaga, que imaginé que estaba atento a cada una de mis palabras y probablemente mordiéndose la lengua para decir que no se creía nada en absoluto.

—¿Puedo saber cuál era su afección? —preguntó Athan directamente, y apreciéndo cómo ella le llamaba la atención con un gesto.

—No te preocupes, murió hace seis años y ya lo tengo superado. —Miré a Leo—. Cardiomiopatía arritmogénica —dije volviendo la vista hacia aquellos ojos de un profundo color azul.

Noté cómo inspiraba hondo y después movió los hombros como si estuviera incómodo.

—Lo lamento —dijo sin apartar la mirada—. Sobre todo por cómo te afecta eso a ti.

—Gracias —contesté de golpe—. Será mejor que vayamos a la bodega o se nos hará tarde —añadí mientras me abría paso hacia la salida como si necesitase respirar y el aire dentro de aquella casa me ahogase.

—Athan, cariño… ¿No hemos hablado en numerosas ocasiones sobre lo de tener un poco de tacto? —Oí que decía Leo.

—Tampoco he dicho nada que ella no sepa —se defendió.

—¿Y si no le gusta hablar de ello?

—Ha dicho que lo tenía superado. No sé por qué discutís. —La voz inconfundible de Egan hizo que sintiera un vuelco en el estómago.

—La cardiomiopatía arritmogénica se hereda, ella la tiene, ¿o es que has perdido tus aptitudes auditivas para no escuchar lo acelerado que va su corazón? Aunque conociéndote, eres capaz de haber creído que sus latidos aumentaban el ritmo debido a ti.

19

El cirujano cardiovascular casi me hizo reír, pero constatar que tenía un superoído hasta el punto de poder escuchar el latido a distancia, eso era de otro planeta. Y encima era el primo de Egan. O el mundo no es tan grande como imaginaba o tantas casualidades no podían pronosticar nada bueno.

«¿De qué pasta están hechos estos dos? ¿Los han fabricado en Júpiter o Saturno donde la influencia de los anillos les da superpoderes?».

Lo cierto es que no conseguí que mis labios esbozaran una sonrisa. Desechaba el noventa y ocho por ciento de mis pensamientos a que tenía una enfermedad hereditaria que podría causarme la muerte súbita, pero el dos por ciento restante me hacía tener muy presente que cada momento podría ser el último.

Escuché cómo Arteaga le decía a su primo que se adelantase en su coche, que él debía cerrar con llave la casa. No le dio indicaciones, por lo que supuse que no sería la primera vez que Athan visitaba la finca. Eran familia, habría pasado allí alguna que otra vendimia.

—Sube al coche —indicó Arteaga, que al pasar por mi lado me rozó el brazo con el suyo.

A pesar de ser una orden, había sido mucho más amable que en los últimos ocho días, así que supuse que la tregua de esa mañana continuaba.

—¿Estás haciendo todo esto por algún tipo de compensación económica para tu enfermedad? Porque, si es así, podría ofrecerte mucho más de lo que sea que te hayan prometido.

Resoplé.

—Vine aquí porque tu departamento de relaciones laborales consideró que era idónea para la vacante. Acepté con el único motivo de descubrir la verdad sobre el pasado de mi madre y la que fue su familia, te puedo garantizar, y demostrar, que tengo numerosas ofertas igual de tentadoras que esta y que, de hecho, las habría aceptado de no ser por la conexión que tengo con este lugar —dije antes de que él arrancara el coche—. Así que nadie me ha ofrecido una compensación, y aunque tu oferta es muy tentadora, tengo mi enfermedad bajo control.

Tuve la sensación de que quiso replicar o añadir algo más, pero en lugar de eso, arrancó el vehículo, dejando la cancela abierta sin molestarse en cerrarla, y se dirigió a las bodegas, donde Athan y Leo ya esperaban fuera del coche.

Arteaga se detuvo minuciosamente en mostrar cada uno de los vinos y hacer un resumen de los procesos. Luego nos dirigimos al almacén donde se guardaba una buena reserva de botellas de la cosecha anterior.

—¿Cuál será el menú de la boda? —pregunté mientras descorchaba la primera botella, un sauvignon blanc, aunque en la etiqueta reflejaba el nombre de allegro.

«Me apuesto lo que sea a que le ha dado ese nombre por el poco tiempo que lo deja en la barrica para que sea un vino ligero y muy fresco».

—¿Eso es importante? —mencionó Leo.

—Si elegís los vinos que os gusten sin que mariden con el menú, no tendrá ningún sentido porque no potenciarán el sabor ni supondrán un buen acompañamiento.

—Pues tenemos un problema —contestó con franqueza.

—Entonces elegiréis el menú a disposición de los vinos —intervino Arteaga ofreciéndoles una pequeña muestra en dos copas de boca ancha—. Primero olerlo, después moverlo, a continuación dar un pequeño sorbo sin llegar a tragarlo y por último sentir su sabor y apreciar las notas finales que se quedan en el paladar.

Puede que fueran muy buenos cirujanos, pero estaba claro que no entendían absolutamente nada sobre vinos.

—Este no es el mejor sauvignon blanc que encontraréis, os lo puedo asegurar, pero, en comparación con otros, aporta una mayor ligereza gracias a su poco envejecimiento y el fuerte aroma a cítrico con matices vibrantes lo convierte en el perfecto aliado para los aperitivos.

—Ahora entiendo por qué querías que ella estuviera, entiende de vinos más que tú, y mira que pensé que eso sería imposible —dijo Athan con una medio sonrisa en los labios.

—Eso sería discutible, pero Victoria podrá aportaros una visión generalizada sobre vinos de importación, ya que recordemos que es francesa y tiene un conocimiento bastante más extenso sobre la producción de su propio país. Así que es muy posible que, si os gusta un vino concreto, ella pueda aconsejaros alguna bodega que se acople a lo que estáis buscando.

—Y todo este rollo para no admitir que sabe más de vinos que él —soltó Leo bebiéndose el líquido restante de la copa, y a mí se me escapó una carcajada.

—Dudo que exista alguien en el mundo que tenga un mayor

conocimiento sobre vinos que Egan —contestó Athan demasiado tranquilo.

Puede que sí tuviera ciertas dotes vitícolas, pero de ahí a hacerle un gran conocedor del mundo del vino era decir demasiado.

—Diría que el verdadero motivo es porque tengo un olfato mejor que el suyo —solté momentos después y reté con la mirada a mi adversario.

No pensaba quitar ningún mérito a la opinión de su primo, estaba claro que no conocía demasiado aquel mundo y el simple hecho de mencionar cuatro cosas al respecto ya le convertía a sus ojos en un gran experto.

—¿Alguien por fin te gana en algo? —exclamó Leo con diversión.

—Yo no estaría tan seguro de eso, Victoria. Tal vez te acerques, pero nadie posee un olfato superior al mío, aunque esté algo desentrenado.

Aquella diversión en su mirada había regresado, como si el aliciente por aquella especie de competición donde uno de los dos debía vencer le devolviera un entusiasmo olvidado.

—¿Y eso lo dice alguien que ha basado su producción en las exigencias del mercado y no en la calidad de su producto? —continué viendo cómo él descorchaba otro vino para decantarlo.

Su queridísimo adagio.

—Convertí este lugar en una empresa rentable que da trabajo a cientos de personas a lo largo del año. —Eso sonaba a excusa y hasta él lo sabía.

—Por esa misma razón, los vinos más exclusivos y de mejor calidad no se producen en grandes bodegas, sino en pequeñas producciones vitícolas, porque no les interesa el beneficio económico que puedan obtener, sino un producto cuya elaboración sea minuciosa, compleja y extraordinaria. La exclusividad de un vino con

carácter propio hace que la experiencia sea única e irrepetible, que eleva el acto de degustarlo a un viaje sensorial donde cada sorbo revela una complejidad de sabores, aromas y matices que solo pueden ser apreciados por aquellos que buscan algo más que un simple vino.

—Yo de vinos entiendo poco, pero estoy con ella —soltó Leo mientras alzaba la copa para que le sirviera más vino.

Arteaga desplegó todo su encanto para que apreciaran los matices, pero terminarían eligiendo simplemente por sensaciones. En el momento en que descorchó la botella que no dejaba de ser una combinación de su caldo predilecto y el mío, me di cuenta de que aquel vino no era lo que imaginaba. Caí en que era el único que aún no había probado porque el chardonnay, que ahora estaba macerando en los barriles de cerezo, no había podido mezclarse con el pinot noir para producir lo que él había bautizado como tremolo.

Me ofreció una copa y sus ojos grises me observaron con detenimiento, como si esperase mi veredicto con impaciencia.

—Esta mezcla es conocida como blanc de noirs, presenta un equilibrio elegante, fresco y sofisticado. La complejidad del aroma a frutos rojos con notas florales lo convierte en un perfecto acompañante —dijo mientras yo dejaba que ese aroma frutal me impregnase y tras probarlo reconocí que, sabiendo cómo eran los dos vinos que lo componían por separado, no habría augurado la perfecta sincronía que lograba su mezcla.

—Me gusta —dijo Leo y acto seguido me observó como si buscara mi aprobación—. ¿Qué dices, Victoria?

—Creo que…, pese a no creer que fuera posible, es bastante bueno —afirmé y vi cómo Arteaga me miraba con mayor intensidad —. Sería perfecto para una tabla de quesos o un… —Pero no acabé la frase porque los tres comenzaron a reír.

¿Es que había dicho algo gracioso?

—Toda mi familia se dedica a la industria quesera, así que si hay algo que no va a faltar en la boda son los quesos —explicó Leo.

De todos los vinos que les hizo probar Arteaga a sus invitados de honor, tan solo seleccionaron dos: el trémolo, que maridaba con los quesos, y el glissando, por ser el mejor vino autóctono de la zona teniendo en cuenta que se casaban muy cerca de allí.

El restaurante donde había predispuesto realizar la cata era un local exclusivo cuyo impresionante jardín estaba lleno de obras esculpidas en piedra y posicionadas estratégicamente para que se pudieran apreciar con detenimiento.

—Se supone que son los doce trabajos de Hércules. Allí está el león de Nemea, la cierva de Cerinia, la hidra de Lerna, el jabalí de Erimanto…

Arteaga siguió señalando las esculturas conforme caminábamos hacia la entrada rodeada de hiedra que parecía anunciar el acceso a un lugar encantado.

—¿Es que el dueño es un apasionado de la mitología? —pregunté justo antes de que abriera la puerta.

—Este lugar ha estado muchas veces a punto de cerrar, ya que ofrecían una calidad y experiencia muy poco habituales, pero a la vez suponía un enorme reto dada su ubicación y el hecho de no ser asequible a cualquier bolsillo. Cuando consiguió fama, prestigio y reconocimiento, instaló las doce estatuas como símbolo de resiliencia por los numerosos desafíos que pusieron la resistencia de Hércules a prueba.

No sabía si la historia era real o se la acababa de inventar sobre la marcha, pero en cualquier caso me parecía un lugar que, ya fuera por la decoración o por la belleza en los pequeños detalles, hizo que una parte de mí sintiera una conexión extraña.

En cuanto entramos, el sumiller nos atendió enseguida. Se mostró especialmente atento. Él sería quien nos asistiría para la degustación de vinos y nos hizo un breve resumen sobre las botellas que el propio Arteaga había seleccionado, tanto nacionales como internacionales.

Para mi asombro, cuando habíamos degustado la mitad de la selección y en la que nos habían preparado algunas tapas de acompañamiento que aumentaban el gran potencial de aquellos vinos, tuve que reconocer el buen gusto de Arteaga, a pesar de que lo hubiera calificado como pobre y mediocre.

—¡Queridísimo Egan! —exclamó la voz de un hombre que se acercaba a nosotros.

A pesar de vestir algo formal, no llevaba un traje como el resto de los camareros o el responsable de sala. Por su aspecto, deduje que tendría más o menos la edad de mi padre, unos años arriba o abajo, y por el modo en el que Arteaga y él hablaban, se notaba que se conocían bastante.

—Te presento a mi primo Athan, su futura esposa Eleonora y la nueva enóloga de El Dorado, Victoria.

—Es un pla… —Calló en cuanto clavó la vista en mi rostro. Noté el esfuerzo que hizo por tragar, por respirar y hasta pude apreciar el leve sudor que apareció en su frente de inmediato, como si hubiera visto un fantasma—. Disculpa. —Su voz fue tan aguda que el propio Athan le ofreció un vaso de agua de inmediato.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Leo.

—Sí, sí. Por supuesto. Sí. Ha debido de ser… —Pero volvió a mirarme y a enmudecer—. Lo lamento, es que me recuerdas muchísimo a alguien que conocí hace demasiado tiempo y quizá los recuerdos distorsionados del pasado han hecho que te confunda.

La mirada de Egan me fulminó, pero esta vez no era para

recriminarme algo, sino para tomar conciencia de la situación.

—¿Por casualidad te recuerda a Clara Almansa? —preguntó directamente él en un tono serio.

—Es…, es casi igual a ella —afirmó sin dudarlo—. ¿Es una Almansa? Creí que habían muerto todos después de la tragedia.

—Mi madre era una prima —solté rápidamente—. Lejana —dije forzando una sonrisa—, se ve que hay genes que predominan.

Si le convenció o no mi contestación, pareció conformarse, o al menos la palidez de su rostro se disipó al instante, aunque yo no dejaba de pensar que, si ese hombre había conocido a mi madre, me habría gustado hacerle unas cuantas preguntas.

Arteaga se sentó otra vez a la mesa cuando el propietario del local se marchó después de ofrecer de nuevo una disculpa. Su semblante distante no pasó desapercibido ni para mí ni para sus acompañantes.

—¿Pasa algo? —le preguntó su primo, que, imaginaba yo, lo conocía lo suficiente para saber que le ocultaba cosas.

—En absoluto.

—¿Cómo os comprometisteis? —intercedí repentinamente solo para cambiar de tema, y Leo se entusiasmó, sobre todo porque ya mostraba las primeras señales de que el alcohol le estaba haciendo efecto y estaba más alegre de lo normal.

—Una vez le comenté que había leído sobre una isla preciosa y poco conocida llamada San Bartolomé, forma parte de las Antillas Francesas, es muy exclusiva y sus aguas son paradisiacas. De hecho, es tan exclusiva que para llegar se necesita coger varios vuelos y un ferry porque su aeropuerto es muy pequeño y no admite aviones grandes. Pues bien, una mañana Athan me dijo en plena operación que íbamos a pasar el fin de año en esa isla, así, como si nada, soltó que ya estaba todo preparado y nos habían concedido los días libres en el trabajo. —Leo continuó bebiendo mientras hablaba entusiasta

—. Como había varios vuelos de escala, no me pareció tan ilógico que el primer aeropuerto internacional fuese Islandia. No me pregunté por qué hacíamos escala allí y no en Madrid o Barcelona, simplemente creí que no habría vuelos directos hacia el aeropuerto más cercano a San Bartolomé, así que te puedes imaginar mi cara cuando nos bajamos del avión en Reikiavik y me suelta que nos vamos a quedar allí. ¡Con un frío que congelaba hasta los pingüinos! ¡Y toda mi maleta llena de biquinis, pareos y sandalias! El mísero chándal que llevaba puesto era lo único que tenía de abrigo.

—¿Fuiste a comprometerte o a morir congelada? —ironicé y ella se echó a reír.

—Pensé que sería más bien lo segundo teniendo en cuenta que no sospechaba nada de lo primero, pero Athan había llenado parte de su maleta con mi ropa de abrigo y que yo ni siquiera había echado en falta en el armario. —Hubo un momento en que lo miró y percibí una conexión completa entre ellos—. Nos alojamos en una preciosa casita de madera en el bosque y esa noche vi por primera vez en mi vida una aurora boreal. Mientras aquel espectáculo visual que parece mágico inundaba todo el cielo, él me dijo: «Nuestro amor es tan vasto como el cielo, tan inmenso como la luz que danza sobre las montañas. Como la aurora boreal, que se despliega y brilla a pesar de la fría oscuridad, nuestro amor florece en cada rincón del alma, iluminando los días grises, envolviendo los momentos de duda. Y aunque el tiempo pase, aunque la vida se deslice entre pliegues de oscuridad, nuestro amor será esa luz que nunca se apaga, esa aurora que nunca se extingue por más tiempo que pase. Bajo este cielo brillante prometo que, como las luces del norte, mi amor por ti será eterno, inmemorable, iluminando cada paso que demos hasta que nuestros corazones dejen de latir». Y lógicamente, después de eso, ¿quién en su sano juicio se negaría a pasar el resto de su vida

con este hombre? —exclamó lanzándose sobre sus labios.

Me fijé en el anillo que lucía en el dedo. Era un diamante que brillaba con miles de destellos, montado entre una serpiente y un león. Cuando abrió la mano, aprecié que en la parte que rodeaba su dedo había un símbolo de infinito en dorado y azul. Era muy particular y supuse que aquello debía significar algo personal para ellos.

Pese a no ser propensa a mostrar entusiasmo ante un despliegue de romanticismo, tuve que reconocer que la propuesta no solo había sido original, sino que aquella declaración hizo que mi garganta ardiera por contener la emoción. Siempre me habían resultado ridículas las propuestas en público, en un concierto, un partido, un restaurante o cualquier otra circunstancia en la que hubiera gente, como si el temor al rechazo se mitigara por la presión social o se necesitara de aprobación externa, pero que el primo de Arteaga se hubiera molestado en hacer todo aquello para complacerla significaba que la quería.

—Es muy bonito —dije refiriéndome tanto a la declaración como al anillo.

—Sí —afirmó Leo mostrándolo más de cerca y constaté que un minúsculo león y una serpiente convergían en aquel símbolo de infinito—. Y después de todo sí que fuimos a San Bartolomé, pero para celebrar el compromiso.

Al final de la velada, Athan y Leo salieron del restaurante con un listado completo de vinos para su boda elegidos con precisión, exhaustividad y sobre todo respetando sus gustos, ya que según Arteaga, el vino de Leo era el sauternes, original de Francia, una mezcla perfecta entre dulzura y acidez. Por eso se quedó prendada en cuanto probó un château climens de 2016, a pesar de haber

catado ya más de una veintena; lo eligió para el postre. En el caso del cirujano, tenía bastante clara su predilección por el nebbiolo, original del Piamonte, al noroeste de Italia, extremadamente elegante y longevo. Un vino cuya estructura fina compartía muchas similitudes con el pinot noir por su gran complejidad, aroma floral y frutos rojos.

¿Se parecerían en más cosas más allá de sus gustos en cuanto a vinos los dos primos?

—Tenemos los vinos y tenemos el menú —dijo Leo con un entusiasmo excesivo propio de quien ha bebido más de la cuenta—. Gracias por tu ayuda, Victoria, estoy convencida de que de no ser por ti habríamos salido aún más indecisos.

A diferencia del resto, que nos limitamos a catar muy poco cada vino, ella se había bebido casi todo el contenido de las copas.

—Ha sido un placer —contesté, a pesar de saber que el mérito no era mío.

—Vendrás a la boda, ¿verdad? Tienes que venir —inquirió dejándose caer cada vez más sobre Athan.

—Solo soy una empleada de la hacienda y en esa fecha estaremos con la vendimia, así que no creo que pueda asistir.

—Irá —declaró Egan, y yo lo miré alzando una ceja—. Dalo por hecho.

—¿Tan claro tienes que seguiré aquí? —exclamé arrugando la frente y siendo consciente del gesto.

—Discutiremos los términos de tu contrato en privado, pero hasta donde sé no puedes irte antes de la cosecha. —Respondió sereno, e incluso se metió las manos en los bolsillos como si estuviera tranquilo con el hecho de que yo continuase allí hasta entonces.

Que no quisiera mantener una discusión delante de su primo y la prometida de este, lo entendía, pero de ahí a afirmar que iría a la

boda cuando yo misma había puesto una excusa, eso sí que no lo concebía. ¿Tal vez quería dar la apariencia de que todo iba bien para no levantar sospechas de la situación real en la bodega? ¿Y para qué exponerse de ese modo sabiendo cómo estaban las cosas entre nosotros? Cada vez entendía menos a ese hombre. Primero se mostró como alguien que no se toma nada en serio y con hormonas de adolescente. Luego se cabreó y se distanció, hasta que el enfado de niño mimado se le pasó, para más tarde volverse un cretino pedante, como pensé desde un inicio, y ahora actuaba con la cordialidad más sublime después de pasar ocho días ignorándome.

—¿Siempre ha sido así de pedante? —exclamé con la mirada clavada en su primo, que pareció morderse el labio para que no se le escapara una carcajada.

—Me sorprende que una mujer que no sea Leo sea capaz de decir eso de Egan —admitió mirando a Arteaga—. ¿Qué le has hecho?

—Absolutamente nada —contestó con cara de inocencia.

—Le dejé muy claro el primer día que no obedezco órdenes, ni siquiera las que provienen de él —espeté.

A pesar de que el alcohol había mermado en parte sus sentidos, Leo abrió los ojos en una expresión divertida.

—Definitivamente tienes que venir a la boda y ser una de mis damas de honor. ¿Alguien que no bebe los vientos por Egan? No creí que pudiera ver con mis propios ojos este momento —concluyó haciendo que mostrase una leve sonrisa por su afirmación.

Athan pasó el brazo de Leo por sus hombros para cargar con ella, ya que empezaba a perder el equilibrio.

—Creo que será mejor que nos vayamos. Ha sido un placer conocerte, Victoria, y si necesitas cualquier cosa, ya sea un consejo, una segunda opinión o una consulta médica, pídele mi número a Egan. Te haré un hueco en mi agenda, al menos te debo eso por no

haber podido tener entre mis pacientes a tu madre.

Fui incapaz de responder más allá de una afirmación que me empañó los ojos y luego sentí que Leo se abalanzaba sobre mí.

—No te preocupes. Todo saldrá bien, Athan es el mejor.

Y antes de que pudiera responder, su prometido volvió a cargar con ella y se alejó hasta el coche mientras Arteaga y yo nos quedamos observando cómo se marchaban.

El que él fuese tan atento y delicado con ella provocó una sensación extraña en mi pecho, una presión que no tenía nada que ver con mi enfermedad y mucho menos con los latidos acelerados de mi corazón, sino más bien con una constatación de lo que significaba no sentirse solo.

Nunca me había importado la soledad. Sí, agradecía la compañía y una buena conversación, pero no me incomodaban los silencios. En cambio, aquellos días de mudez por parte de Arteaga casi me habían desquiciado.

—Hacen una buena pareja. —Lo sentía de verdad, y eso que era una persona que no creía ni en el amor ni en la fidelidad—. Por suerte ella no recordará mañana lo que me ha propuesto.

Oí como Arteaga se reía mientras el coche de su primo se alejaba.

—Recordará todo, aunque esté medio borracha. —Lo miré afirmando por trigésimo novena vez en veinte días que tenía el rostro más perfecto que había visto en mi vida, y eso que había tenido el placer de ver otro que también rozaba la perfección—. Leo es una de esas poquísimas personas en el mundo que tiene la capacidad de no olvidar nada aunque quisiera. Lo retiene todo, hasta la conversación más absurda que tengan dos personas esperando en la máquina de café. Por eso te ha recitado palabra a palabra la declaración de Athan, y por eso él quiso sorprenderla sabiendo que sería algo que recordaría el resto de su vida.

«Y yo creyéndome especial por tener un olfato más desarrollado que la media».

—Ven —dijo cogiéndome del antebrazo para llevarme dentro del restaurante.

—¿Qué haces? —clamé intentando deshacerme de su agarre.

—Dijiste que querías saber qué le ocurrió a tu madre, así que tendrás que comenzar por hacer preguntas a las personas que la conocieron y no basarte en rumores.

—¿Ahora sí crees que sea mi madre? —insistí tratando de que me soltase.

Por mucho que levantara muros que impidieran que mi cuerpo enardeciera por su contacto, era imposible.

—Conozco a Demetrio desde que era un crío, es una persona íntegra y sé que alguien como él no se inventaría nada, así que digamos que he decidido obviar la parte racional que me indica que no debo fiarme de ti y dar una posibilidad a tu historia, a pesar de mi escepticismo.

20

Demetrio se sorprendió al vernos de nuevo. El dueño de aquel particular restaurante cuyas estatuas de las batallas de Hércules captaban la atención de cualquiera se hallaba en un despacho que también parecía hacer las funciones de sala de reuniones.

—¿Ha pasado algo? ¿La cata no ha sido de vuestro gusto? —preguntó anticipándose a nosotros.

—Todo excelente como siempre, en realidad hemos pedido al personal que nos dejase pasar por otro motivo. Victoria ha comentado que le gustaría saber algo más de su familia para saber cómo eran.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó ofreciéndonos asiento—, aunque me temo que no hay mucho que pueda contar, yo solo tuve algo de relación con Clara Almansa. Era la muchacha más hermosa del pueblo —dijo con una sonrisa—. Tan hermosa como lo es usted, Victoria. Hubo un tiempo en el que fantaseé con el hecho de que nos prometeríamos, eran sueños de un fantasioso idealista, se sabía que su padre pretendía casarla con alguien que estuviera interesado en los vinos y proviniera de buena familia. No llegué a conocerlo en persona, y en el caso de haberlo conocido, dudo que me hubiera aceptado, ya que no tenía posesiones, ni mi familia era rica, pero

pude gozar de las atenciones de Clara durante un tiempo. Era amable, risueña y encantadora a pesar de la tragedia de sus hermanos y de su madre. Dejé de saber de ella cuando se fijó en un muchacho que trabajaba en los viñedos y apenas se acercaba al pueblo, poco tiempo después desapareció. Todo el pueblo la buscó por los alrededores, pero no se supo nada de ella durante meses.

—¿No se sabe por qué motivo se fue? —pregunté sin dejar de pensar si pudo huir con ese muchacho del que se había enamorado.

—De ser así no trascendió. Hay quienes dijeron que su padre trató de que se casara con alguien que ella no quería. Otros, que seguramente huyó con un hombre. Hasta dijeron que el padre abusaba de ella y escapó, o que estaba embarazada y le avergonzaba decírselo a su progenitor, pero ya sabéis cómo son esas cosas. La gente inventa rumores y al final no se sabe dónde empieza la ficción y acaba la verdad. Lo único cierto es que meses después, a pesar de que en su momento se había inspeccionado el río, su cuerpo apareció. Fue su padre quien la reconoció por las ropas y las joyas de la familia.

¿El cuerpo que encontraron llevaba ropa y joyas de mi madre? ¡Dios! Esta historia se ponía cada vez más turbia y no quería ni pensar en el grado de involucración que pudo tener ella en esto.

Demetrio no nos contó mucho más, salvo que, poco tiempo después de que encontraran a mi madre, mi abuelo decidió venderle la finca a Leonardo, el padre de Arteaga, y se marchó de Requena, probablemente con una hermana que vivía en el norte y que también tenía viñedos, es lo que todo el mundo supuso en el pueblo.

¿Tal vez en el norte tenía familia que podría saber algo más sobre lo que ocurrió? Puede que no trascendiese, pero seguro que Ildefonso Almansa tuvo que conocer los motivos por los que su hija huyó.

—Quizá se marchó por una discusión con su padre, algo se complicó en el transcurso para que esa muchacha acabase en el río con sus pertenencias y eso provocó que tuviera que huir a Francia —dijo Arteaga cuando ambos estuvimos dentro del coche.

—Estoy luchando contra la idea de pensar que mi madre pudo tomar parte en la muerte de una persona, pero empiezo a creer que esa es la única opción viable para justificar que no hablase durante todos estos años ni regresara a este lugar. Creí que destaparía un pasado doloroso, pero no sé si podré vivir sabiendo que mi madre acabó con la vida de otra persona.

—Es probable que ahora la policía investigue el caso del cuerpo encontrado en el río al tener indicios de que no se trata de Clara Almansa. Tal vez eso pueda conducir a alguna pista sobre lo que realmente pasó. ¿Tu padre tampoco sabe nada?

—Podría decir lo mismo del tuyo, ya que tampoco sabías que conoció a mi madre —solté. Guardó silencio mientras salíamos del aparcamiento—. Mi padre cree que estoy trabajando en un viñedo al sur de Francia. Decidí no contarle dónde venía porque sabía que me insistiría en que no debería buscar respuestas por mi cuenta si mi madre no quiso contarme nada en vida. Y quizá tuviera razón.

—Un hombre pragmático.

—Algo que por desgracia no he heredado de él —ironicé y vislumbré un ápice de sonrisa en su cara.

Me sentí extrañamente cómoda, a diferencia de otras veces, en que me apartaba lo máximo posible, deseando llegar al destino final cuanto antes para romper el hechizo en el que caía estando a su lado. Podía percibir el aroma de su piel, la sutil grosella negra envolvente como una corriente eléctrica que punzaba en mi piel anticipándose a un deleite que aún no había experimentado. Aquella sonrisa provocaba un lazo invisible del que emergía un puente

invitándome a cruzar, como si su significado fuera el de atraerme y lanzarme hacia un vacío en el que solo sabía que descubriría placeres ocultos.

Bajé la ventanilla ante la necesidad de que el aire fresco eliminara cualquier rastro de las notas de su perfume. Con todo, no conseguí, en el tiempo que duró el trayecto, mitigar la creciente sensación que ardía por mi estómago y acababa entre mis muslos.

Salí del coche con la ingente necesidad de una ducha helada que calmara aquel fuego interno y en cuanto Arteaga abrió la puerta de la casona fui consciente de que estábamos solos. Fui directa a mi habitación.

Sabía que tenía una conversación pendiente con mi prima, que debería llamar a mi padre, que quedarme allí tumbada, con el pelo completamente húmedo y una simple camiseta holgada no iba a calmar el ardor que sentía. Tampoco el libro que tenía en la mesita de noche que había robado del desván solo para llevarme la fotografía de familia lograba que me centrara. Cuando de pronto toda la casa se llenó de una música casi celestial, cerré los ojos dejándome arrastrar por cada nota de aquella sinfonía.

No era una pieza musical que proviniera de un altavoz, era el propio Arteaga tocando el piano que estaba en el salón. Como si algo se hubiera apoderado de mí, salí descalza viendo cómo las luces anaranjadas del atardecer se colaban por las ventanas.

Faltaba poco para que anocheciera y cuando llegué a la planta baja comprobé que la penumbra lo inundaba todo, aunque una luz de matices dorados se proyectaba sobre la silueta de aquel hombre que tocaba la pieza con los ojos cerrados. Hasta ahora no le había dado importancia a aquel piano, pensé que solo era un elemento decorativo de la casa, algo que llamaba la atención y quedaba bien con el resto de la decoración. Era la primera vez que le oía tocar, y

estaba claro que sabía hacerlo con verdadera maestría.

Me quedé paralizada, observándolo como si estuviera bajo el influjo de un encanto en el que cada nota me envolvía y me transportaba a un mundo donde todo dejaba de existir, salvo él. Aquella canción tocaba las fibras más ocultas para evocar unos sentimientos que parecían llevar siglos escondidos y crear una conexión que tiraba con fuerza de mí, hasta el punto de no ser consciente de mis pasos, de cada movimiento que me llevaba a acercarme un poco más a él.

Como si hubiera sentido mi presencia, sus dedos dejaron de tocar al mismo tiempo que abrió los ojos y supo exactamente hacia dónde mirar. ¿También era capaz de ver en la oscuridad?

Tiró de mí con fuerza, haciendo que mi cadera presionara algunas teclas, y después me sentó sobre ellas creando un sonido nada armonioso por mi peso, pero aquello me importó muy poco al sentir el fuego de su mirada, el ardor que emanaba y las promesas que evidenciaba.

—¿Por qué me besaste? —preguntó tan cerca de mis labios que podía anticiparme al sabor y la sensación que encontraría si se unían a los míos.

—Podría preguntarte lo mismo cuando decidiste responderme —contesté alzando el mentón y acortando un par de milímetros la distancia hacia su boca.

—Eres como un iceberg, muestras lo que quieres que vean los demás, pero escondes tantos enigmas en tu interior que me siento atrapado y con la necesidad de descubrirlos.

—¿Lo dice alguien tan cambiante que nunca sé qué versión encontraré la próxima vez que lo vea? —respondí perdida en su mirada, y él no pareció sorprenderse.

—Quizá sea porque es la primera vez que no sé cómo

comportarme con una mujer a la que le resulto indiferente y que me ha hecho ser consciente de que me estaba alejando de las que consideraba mis prioridades.

—¿Soy tu reto personal, Arteaga? ¿Ese al que desecharás cuando te canses? Lamento decirte que no soy el tipo de mujer que anhela promesas de amor y menos aún tener una relación.

Mis piernas desnudas rozaban su pantalón y aquella fricción hizo que ese ardor que me recorría el cuerpo y que no había mitigado con el agua helada se volviera aún más creciente hasta incomodarme. Traté de acercarme a él en busca de refugio.

—No me esperaba menos, Monfort. Aunque aún sigo esperando una respuesta.

Dudé si contestar o no, pero entonces sus manos comenzaron a deslizarse por mis piernas y precipitó sus dedos al interior de mis muslos para que las abriera y le acogiera aún más cerca.

Jadeé por el simple hecho de tener aquella presión de sus manos en mi piel y, aunque el sonido fuera ahogado por las teclas del piano sobre el que estaba sentada, la única realidad es que deseaba a ese hombre en su estado más febril.

—Tal vez te besé porque necesitaba sentir algo que no fuese el vacío en el que me adentraba en ese momento, aunque no lo calculé ni lo pensé, pero también puede que lo hiciera porque necesitaba saber qué se sentía al probar tus labios en lugar de imaginarlo, notar cómo cada cuerda vocal vibra sin emitir ningún sonido o pensar que el ardor al que mi cuerpo sucumbe cuando estás cerca no es una mera ilusión, sino algo real que amenaza con quemarme si no claudico y cedo a sus deseos.

Colocó una mano en mi cuello e hizo que me inclinase hacia atrás mientras su pulgar recorría una línea ascendente hasta llegar a mi labio inferior y conseguir que entreabriera los labios. Paseó la yema

con suavidad como si fuera consciente de que la piel labial era mucho más sensible y provocaría que mi ardor creciera. Abrí un poco más la boca y apresé su dedo entre mis dientes, mordiéndolo con suavidad y esperando una reacción por su parte, que no tardó en llegar.

Apartó rápidamente la mano en un movimiento brusco y me rodeó la nuca, alzándome hacia él y uniendo su boca a la mía con un bravío indómito. Mi respuesta fue inmediata, sintiendo que todo mi cuerpo demandaba aquella desinhibición del más puro instinto carnal. Su lengua se enredó con la mía en una danza sincronizada en la que cada uno sabía exactamente lo que el otro necesitaba, como si nuestros cuerpos hubieran aprendido el ritmo de esa complicidad al mismo tiempo. Cada movimiento era una promesa del placer que aguardaba sin necesidad de palabras, como un susurro en medio del silencio que se desplegaba en cada roce. Y en aquel instante el tiempo dejó de tener importancia, como también el lugar o las circunstancias. Ya no importaba quién ganara esa batalla, no existía un vencedor o perdedor, sino la innegable vehemencia de que, lo quisiéramos o no, nuestros cuerpos se necesitaban.

Abrí mis labios aún más para acoger con ahínco su lengua, empujándola y sintiendo que su aliento mezclado con el mío eran una combinación perfecta. Gemí en sus labios sin poder aguantar aquel deleite, sobre todo cuando aquel rastro de perfume que provenía de su piel enardecía ese fuego creciente sintiendo que aquellas notas lograban hacer vibrar cada célula de mi piel.

—Hueles tan jodidamente bien —jadeé arrastrando mi nariz hacia los puntos donde el aroma se volvía más intenso y arranqué los botones de su ojal ante la necesidad de tocar su piel bajo la camisa.

Él mismo se deshizo de la prenda en pocos segundos, dejándome un acceso libre y sin límites a su piel. Había fantaseado con tocarla,

con pasar mis manos por aquellos músculos a placer, aunque después me lo reprochara, negándome a aquel deseo, perjurando que no iba a sucumbir por más tormentoso que fuera.

A la mierda las limitaciones y a la mierda negar la abrasadora necesidad de sentirlo por completo. Tenía una jodida enfermedad que podría paralizarme el corazón de un segundo a otro, y, aunque eso no había sido jamás una excusa para mis decisiones, en aquel momento me resultaba más que aceptable para permitirme por una vez lo que anhelaba.

Aquello no era amor, ni sentimentalismo, ni siquiera ternura, amistad o cariño. Era delirio y excitación en su máximo esplendor.

—Podría decir lo mismo —susurró antes de que paseara mi lengua por el mismo lugar y del mismo modo que él lo hizo aquel día en el laboratorio, justo antes de que decidiera darle un rodillazo por mostrarse soberbio—. Y me vuelve loco —jadeó en una voz demasiado grave antes de que sus dedos se abrieran paso por la fina tela de mi ropa interior y se perdieran entre los pliegues realizando un movimiento de fricción que me hizo gritar cerca de su oído, aunque apenas hubiera salido un sollozo.

Siguió estimulando mi clítoris en movimientos circulares. Era incapaz de dejar de moverme buscando su contacto, inclinándome hacia él, porque mi cuerpo lo demandaba y, cuando estaba por rogar que fuese más rápido, se apartó dando un leve paso hacia atrás que me obligó a colocar los pies sobre el taburete donde él estaba sentado para no perder el equilibrio. Sus ojos buscaron los míos. Apenas quedaba luz, pero la poca que aún lograba alumbrar levemente fue suficiente para que sintiera la desinhibición que emanaban aquellos ojos grises.

—¿Qué? —pregunté colocando una de mis manos en su pecho y sintiendo la suavidad de aquellos pectorales fuertes bajo la piel

firme.

—Llevo demasiado tiempo deseando escuchar mi nombre en tus labios —dijo acercándose de nuevo a mí. Rozó la entrepierna en mi muslo, sentí la dureza plena de su evidente deseo.

—Hace apenas tres semanas que me conoces y más de la mitad del tiempo nos hemos evitado, ¿eso es demasiado tiempo? —Habría reído de no ser porque solo deseaba arrancarle aquellos pantalones y sentir cómo se hundía dentro de mí.

—Muchísimo, sobre todo para alguien tan impaciente como yo —afirmó empujándome para que pudiera notar aún más su virilidad.

—Joder —gemí sintiendo que se secaba mi garganta.

—Dilo, Victoria. —Hundió las manos a ambos lados de mi cuerpo sobre las teclas, que se quejaron—. Quiero escucharte gemir mi nombre y que admitas que has deseado esto tanto como yo.

Su boca estaba cerca de mi oído y las pocas barreras, si es que aún quedaba alguna, se vinieron abajo cuando volvió a embestirme a pesar de tener la ropa puesta.

Necesitaba sentirme llena de él, quisiera o no admitirlo mi orgullo, así que elegí postergar mi arrepentimiento y sucumbir ante el poder de magnetismo que tenía ese hombre rindiéndome por una vez al deseo y cediendo a perder el control.

—No pienso admitir ni afirmar tal cosa, Egan —gemí deslizando mi mano por su abdomen hasta que las puntas de mis dedos rozaron la cinturilla de su pantalón y él presionó contra mi cuerpo empleando tanta fuerza que el chirrido de teclas se propagó por todo el salón a la vez que una especie de rugido ronco rompía en su garganta.

—Lo harás al final de la noche —jadeó convencido de ello.

—Inténtalo —le reté, y acto seguido mi camiseta voló de mi cuerpo tan rápido que ni siquiera sé cómo la sacó de mis brazos sin romperla.

Apresó uno de mis pechos entre los labios, mordiéndolo sin ninguna suavidad o pudor, sino aspirándolo con fuerza y haciendo que gimiera en una especie de placer y dolor que estremeció cada ápice de mi cuerpo.

¡Joder! ¡Que intenso! Y aun así deseaba que volviera a hacerlo.

Estaba claro que mis predicciones eran acertadas y que aquel hombre era un amante experto que sabía exactamente lo que mi cuerpo necesitaba. Sucumbí a cada bocado de placer que aguardaba mientras jugueteaba con mis pezones, dentelleaba y después volvía a aspirar con fuerza manteniéndome en una montaña rusa de emociones de la que no podía escapar.

Egan parecía ser un pianista experto y, como tal, sabía tocar cada punto exacto para provocar un placer inaudito que envolvía en llamas mi cuerpo.

—Voy a saborear cada centímetro, perderme en tu aroma y degustar la esencia única que emana de tu piel —dijo mientras su boca inició un camino de descenso que alimentaba mi súplica interna de que no se detuviera—. Y cuando acabe, desearás que lo haga de nuevo —continuó perdiéndose cada vez más abajo hasta que sus dientes rozaron el filo de mi ropa interior.

Me agarró con fuerza las caderas y me elevó sin esfuerzo para dejarme sobre la cubierta que tapaba el armazón de aquel instrumento. En el momento en que deslizó la única prenda que me salvaba de la desnudez por mis piernas y la lanzó al aire, percibí sus intenciones. Cuando enterró la cabeza entre mis piernas, grité de placer mientras dejaba que el frescor de la madera contrastara con el crepitar que empezaba a sentir en mi estómago, como si cientos de flores estuvieran a punto de abrir sus pétalos para liberar el néctar más puro.

No sabía por qué demonios me sentía de aquel modo, si se debía

únicamente a mi resistencia para frenar mi propio instinto, o que, como comenzaba a intuir, mi cuerpo era un símil del instrumento sobre el que me hallaba y que, bajo los dedos de un experimentado maestro, la sinfonía se vuelve magistral convirtiendo la pieza en una melodía sublime.

Me arqueé de forma involuntaria levantando la espalda de la rígida madera cuando mordió ligeramente el labio interior mientras continuaba estimulando mi clítoris, como si supiera que aquello iba a tener un efecto inmediato.

«No hay duda de que sabe exactamente cómo funciona el cuerpo de una mujer».

Cuando sentí que estaba a punto de abandonarme a ese placer que deseaba alcanzar con todas mis fuerzas y que estaba segura de que me transportaría a un mundo paralelo al que anhelaba llegar con fervor, su boca abandonó aquella parte de mi cuerpo y sentí cómo mordía la carne del interior de mis muslos, lo que provocó que el hecho de vetar aquel orgasmo fuera frustrante y excitante al mismo tiempo.

Me alcé deprisa y coloqué un pie sobre las teclas del piano, me impulsé hacia él, colgándome de su pecho y poniendo mis manos alrededor de su cuello. Una fiera salvaje oculta en mi interior había resurgido para apoderarse de mis movimientos y tomar con impulsividad el control de mi cuerpo.

No necesitaba ningún rastro de luz para encontrar su boca, solo necesitaba sentir su exhalación para saber dónde estaba la fuente que saciaba mi sed, y con aquel frenesí que él había despertado me apoderé de sus labios con rudeza, una fiereza irreconocible en mí ante un instinto tan cegador que clamaba por ser saciado. Egan apretó la carne de mis glúteos bajo sus manos haciendo que nuestros cuerpos se unieran con fuerza, a pesar de que él aún

conservaba el pantalón. Como si supiera dónde estaba cada elemento en aquella casa, sorteó todos los obstáculos hasta que llegó a la escalera, subió a la planta alta y se dirigió hacia su habitación sin molestarse en cerrar la puerta.

Caímos sobre la cama abrazados, sin dejar de besarnos con voracidad y permitiendo que ese ardor nos consumiera. Bajé mis manos por su abdomen hasta desabrochar el botón y tiré con los dedos de mis pies de la cinturilla, provocando que tanto su pantalón como la prenda interior cedieran. Egan aprovechó para estirar el brazo hacia un cajón de la mesilla y sacar lo que por el reflejo metalizado supuse que era un preservativo.

Se apartó levemente para lanzar las prendas que retenían su libertad de movimientos a un lado y, con una rapidez única, vi que rasgaba y se colocaba el condón con la intención de volver a cubrir mi cuerpo con el suyo. Alcé la pierna para detenerlo, notando en la planta del pie aquella definición de músculos y paseando con detenimiento mi vista por su completa desnudez.

«Sí, definitivamente ha sido tallado por los mismísimos dioses para albergar tanta perfección».

Deslicé el pie por debajo de su abdomen y, cuando estaba a punto de tocar su erección, él lo agarró firmemente. Estiró de mi pierna hasta arrastrarme al filo de la cama y acto seguido me alzó. Me sorprendió la facilidad para levantar mi peso hasta dejarme en una posición en la que solo tenía que moverme ligeramente para sentir la presión, así que me erguí dejándome caer sobre él. Noté cómo se abría paso en mi interior para llenarme de mucho más que mero placer. Todas aquellas flores en mi estómago que deseaban desplegar sus pétalos se abrieron a la vez y la sensación de plenitud fue tan pletórica que de no ser porque él me sujetaba con firmeza me habría caído de su regazo. La presión en mi espalda contra la

pared instantes después provocó que él me embistiera con mayor fuerza y gritase de puro éxtasis, sin terminar de creer que un placer como aquel pudiera existir.

Conocía el sexo lo suficiente para creer lo que era el verdadero placer, pero aquello era ir a un nivel superior, era subir al Olimpo, navegar entre las cuerdas de un arpa celestial y beber la ambrosía de la lujuria como si realmente aquel hombre no fuera terrenal. Sentir que se salía poco a poco para embestirme con una mayor firmeza mientras rugía cerca de mi oído me hizo saber que él estaba tan febril como yo. Resultaba tan intenso que no pude evitar pensar que éramos dos almas que se habían buscado en el tiempo hasta sentir la necesidad de nuestros cuerpos encajando en uno solo.

Un puzle perfecto.

Un mecanismo creado para unirse.

Un engranaje sin fricción.

Ese chardonnay y ese pinot noir mezclándose hasta crear una combinación única que explosionaba en miles de burbujas y llenaba de matices inigualables el paladar.

21

Gemí aferrándome a su cuerpo, saliendo a su encuentro cada vez que se hundía con mayor bravío y busqué sus labios en un acto desesperado de liberar aquel fuego que literalmente sentía en la piel.

Cuando su lengua invadió la mía respondiéndome con la misma ferocidad con la que colmaba aquel apetito insaciable, enloquecí y me dejé arrastrar por las sacudidas de aquel orgasmo que me conducía a un trance vertiginoso en el que el estallido de colores y fragancias lo envolvía todo, como la primavera en su máximo apogeo. Era sublime, un éxtasis eterno donde todo se detenía y la plenitud me envolvía como jamás lo había sentido.

Podía notar su respiración acelerada sobre la mía, que, al contrario de la suya, estaba extrañamente relajada. Seguía dentro de mí, me sostenía con los brazos y sentía el calor de su piel desnuda sobre la mía. Mi cuerpo reconocía aquella electricidad que todavía discurría por mi corriente sanguínea. ¿Cómo era posible que sintiera ese efecto únicamente con él?

—Tu corazón… —susurró y vi un leve brillo en sus ojos, la luz del exterior apenas iluminaba la habitación—. Va más lento de lo normal.

Eso era técnicamente imposible.

«Sobre todo, después de tener el orgasmo más bestia de mi vida».

Lo miré extrañada. Me concentré y no sentí el latido acelerado que esperaba encontrar, y me llevé los dedos al cuello.

«Eso sí que es extraño…».

—¿Lo de escuchar los latidos es un superpoder de familia? —exclamé pensando que mi olfato era una herencia de mi abuelo, a pesar de que mi madre no lo poseía tan desarrollado como yo.

—Athan y yo tuvimos un profesor de música durante varios años que nos entrenó para agudizar la audición, cualquier persona podría hacerlo si se lo propone.

Por alguna razón me costó imaginar una versión infantil de sí mismo. Aquel porte, su elegancia y sus facciones, además de aquella musculatura tan trabajada, me impedían figurarme una versión infantil de Egan, dada la masculinidad que emanaba. Incluso su perfume lograba que mis feromonas se alterasen como jamás me había ocurrido, ni siquiera con el innombrable.

—¿Qué es eso? —exclamé de repente en medio de la oscuridad, y él pareció no saber a qué me refería.

Me separé de él y fui hasta la ventana, deslicé las cortinas y agarré la manivela hasta colocarla en horizontal. Cuando la abrí, el sutil aroma se convirtió en algo inconfundible.

Humo.

—Hay un incendio cerca de aquí.

Buscó sus pantalones por el suelo y yo me asomé, importándome muy poco estar desnuda.

Todo estaba demasiado oscuro para poder ver algo, más aún cuando la ventana trasera de la casa no permitía una visión de trescientos sesenta grados. Fui corriendo hasta mi habitación, desde allí se podía ver la bodega. Grité cuando vi la luz anaranjada a

kilómetros de distancia hacia el este.

Sentí el cuerpo de Egan envolviéndome para mirar él mismo en la dirección que yo estaba.

—Quédate aquí y cierra todo —susurró preparado para salir, pero lo detuve antes de que pudiera abandonar mi habitación.

—Deja de relegarme, Egan. Tú no vas a ningún lado sin mí. Además, aún soy la enóloga de esta hacienda, así que estaré donde se me necesita.

—Te veo abajo.

Encendió la luz del pasillo, que iluminó parte de mi habitación, lo suficiente para coger los primeros pantalones que encontré y una camiseta de deporte que tenía sobre un sillón, sin molestarme en buscar la ropa interior.

Cuando llegué al porche, Egan estaba dando parte a emergencias para informar del incendio y después a Rodríguez, que iba a dar la voz de alarma en el pueblo. Su silencio tras colgar me hizo observarle, pero aquel rostro capaz de mostrar indiferencia me hizo pensar que quizá llevaba toda una vida siendo un maestro para proyectar lo que los demás esperaban, cuando estaba claro que dentro de él refulgía un torbellino de sentimientos que ocultaba.

Cuando le toqué el brazo, dio un pequeño respingo en el coche. A pesar de que la hacienda no fuera mía, una parte de mí sí la sentía como tal teniendo en cuenta que mis antepasados habían cultivado esas tierras, y no hay nada peor para alguien que ama la vid que el origen de aquella cultura ancestral se reduzca a cenizas.

—*Mon Dieu!* —exclamé al ver las hileras ardiendo con intensidad.

La idea de que aquel incendio fuese intencionado para que ardiese con aquella magnitud cruzó por mi mente con tanta claridad que ni siquiera debía decirlo en voz alta para saber que Egan estaría pensando lo mismo.

—Son las cepas del albariño —dijo bajando del coche y llevándose las manos la cabeza como si se sintiera atrapado y sin poder hacer nada viendo cómo el trabajo de años se reducía a la nada.

—Hay que activar el riego de todas las cepas circundantes y colocar los aspersores de tal manera que eviten que se propaguen las chispas y sea más difícil que se extienda al resto de las vides.

Egan y yo fuimos los primeros en llegar y actuar. Transportamos los aspersores hacia zonas estratégicas, hasta que el capataz y algunos hombres que habían venido del pueblo a ayudar hicieron exactamente lo mismo al otro lado. El viento soplaba hacia el sur y si se alzaba lo suficiente, las cepas de chardonnay y bobal podrían peligrar también. Tardamos más de tres horas en que los bomberos declarasen el incendio contenido. Acudieron más voluntarios a echar una mano, montaron cortafuegos bajo las indicaciones de los efectivos de seguridad y utilizaron todas las bocas de riego de las que disponía la zona.

La fortuna hizo que días antes hubiera helado, de modo que toda la plantación estaba húmeda. Eso evitó que el fuego consumiera más terreno, siendo las cepas de albariño las que resultaron afectadas.

Un coche de policía se acercó utilizando solo las luces sin activar la sirena. En la oscuridad de la noche apenas se veían pequeños focos naranjas que aún quemaban las últimas hojas de las plantas. Supe que, cuando amaneciera, la estampa no solo sería desoladora, sino terrorífica.

¿Con qué motivación se hace algo así? Estaba claro que aquello no había sido un accidente, ni una tragedia por motivos naturales. Quienquiera que lo hubiera hecho, tenía muy claro su objetivo. A pesar de que no quería sacar conclusiones, era demasiada casualidad que precisamente la producción de vino que se logró

salvar cuando habían intentado sabotearla con cloro, ahora hubiese ardido eliminando por completo futuras cosechas.

Pero… ¿por qué quemar las plantas? ¿Por qué no incendiar la bodega y acabar con todas las producciones si ese era su objetivo? En verdad no sabía qué pensar o cuáles podrían ser las intenciones de quien estaba detrás de todo esto. ¿Era el intruso del desván? ¿Quizá fuera otra persona, pero ambos hechos guardaban relación?

Demasiadas cosas en un tiempo demasiado corto y sin tener respuestas. Había pasado toda mi vida con la incertidumbre sobre el pasado de mi madre, y ahora que estaba en el lugar donde podría encontrar la verdad, no dejaban de suceder acontecimientos que añadían aún más incógnitas sobre El Dorado.

¿Qué tenía esa tierra para entrañar tantos secretos guardados?

Siempre he pensado que las vides son guardianas silenciosas porque sus raíces se hunden tan profundamente en la tierra que pueden atesorar los secretos más antiguos. Allí en el silencio de la oscuridad donde enraíza y se detiene el tiempo, cada fibra alberga una generación distinta de nuevos recuerdos. Puede que las hojas nazcan y se caigan en cada otoño. Que el fruto que con tanto esfuerzo revela le sea arrancado, pero persiste, observa, y sus raíces continúan penetrando en la tierra, al igual que los secretos que guardan y se llevan consigo en silencio.

Mi familia había plantado las primeras semillas, y con el sudor de su esfuerzo, aquellas vides habían sido testigos del dolor, de la desgracia, del sufrimiento, pero también de la alegría, de las risas y hasta de amores que anidaban bajo el sol dorado que bañaba esa tierra.

Alguien llamó a Egan, que se acercó a la patrulla de policía que acababa de llegar. No me pareció extraño dadas las circunstancias, lo más probable es que quisieran tomarle declaración para esclarecer

lo sucedido y hacer las investigaciones oportunas sobre el origen del incendio. Me quedé donde estaba con una de las palas que me habían cedido para seguir echando tierra sobre los pequeños rescoldos del incendio y mitigar por completo algún posible brote.

—¡Victoria!

Oí mi nombre y me giré hacia él, a pesar de que a esa distancia iba a ser imposible que pudiera verme, ya que yo solo podía vislumbrarle por los faros y las luces de los coches en el camino.

—Ve con él, Victoria, de esto nos ocupamos nosotros —dijo Rodríguez y me quitó la pala de las manos para que me alejara.

Me pregunté qué habrían estado pensando los últimos días que me habían visto relegada de mis funciones. ¿Les habría dado alguna excusa Egan que lo justificara? Porque ni siquiera Roberta o Luis, que vivían en la misma casa, conocían mi secreto, aunque seguramente sospecharan que sucedía algo entre el dueño de la hacienda y yo para que las cosas estuvieran demasiado tensas.

—¿Sí? —dije cuando me acerqué a él.

Estaría agotado como lo estábamos el resto, pero Egan aún lucía una apariencia soberbia y refinada. ¿Era cosa de ricos el estar siempre así incluso en estas circunstancias? Le había visto pasar casi cuarenta y ocho horas sin dormir y ni siquiera parecer cansado.

—Han detenido a alguien que merodeaba cerca de la casa, quieren que lo identifiquemos.

—¿Creen que ha podido tener algo que ver con el incendio? —exclamé directamente a los dos agentes, que no eran los mismos a los que les había confesado mi identidad.

—Todo son suposiciones en estos momentos, pero dado que hay una investigación por allanamiento y posible acoso, es mejor que lo identifiquen para saber si alguno de ustedes lo ha visto antes.

—¿Dónde está? —pregunté no sabiendo si lo habrían retenido allí

o se lo habrían llevado a comisaría para interrogarlo.

Mi cerebro había decidido disociar la realidad como si aquello fuera una película en la que cada cinco minutos la trama se volvía aún más inhóspita e intrigante.

—Una patrulla lo tiene retenido cerca de la casa. Pueden presentar cargos por vandalismo, aunque no tenemos pruebas de que haya intentado entrar en la hacienda.

—¿A qué se refiere con vandalismo? ¿Ha roto algo?

—Lo verá usted misma cuando lleguemos.

Los focos del exterior de la casa estaban apagados ya que ni Egan ni yo los habíamos encendido cuando salimos apresurados, así que hasta que los faros del vehículo no se aproximaron y tuvieron el ángulo necesario para apuntar en dirección a la fachada principal no lo vimos. Egan detuvo en seco el coche y mis ojos devoraron con ansia el mensaje escrito en grafiti negro.

EL IMPOSTOR SERÁ DERROCADO Y LA VERDAD SE ALZARÁ IMPLACABLE,
COBRANDO LA VENGANZA DE LOS TRAIDORES

Impostor. Verdad. Traidores.

¿Qué cojones significaba aquello?

—¿Tiene algún significado para ti? —pregunté a Egan, que releía una y otra vez aquel mensaje como si pudiera descifrarlo.

—Cada vez le encuentro menos sentido a todo esto, no sé si todo forma parte de un único plan retorcido y sin sentido.

Bajamos del vehículo y conforme nos acercamos reconocí a los dos agentes de la vez anterior. Uno se quedó cerca del coche mientras el otro, el mayor, se adelantó a nuestro encuentro.

—Se trata de un menor —comenzó sin siquiera saludar—. Vigilamos la zona varias veces al día y le descubrimos cuando trataba de huir. Admite haber escrito el mensaje y hemos

encontrado los botes de pintura en su mochila, pero afirma que es la primera vez que está aquí y niega tanto el allanamiento como que la conozca —afirmó refiriéndose a mí—. Su versión es que un tipo le ofreció quinientos euros si dejaba ese mensaje en la fachada, cien antes de hacerlo y el resto cuando le enviase una fotografía. Lo estamos comprobando, ya que nos ha mostrado los mensajes y es probable que la coartada encaje, pero queremos que lo vean para saber si lo reconocen.

¿Un menor?

—¿Tienen algún modo de rastrear esos mensajes? ¿O el dinero?

—Trabajaremos en ello, pero el chico afirma que encontró el sobre con el importe adelantado en una papelera de un parque, donde el tipo que le contactó le dijo que lo dejaría —contestó con calma—. Está claro que tomó las medidas necesarias para no ser rastreado, aun así el equipo de informática intentará ver desde dónde se enviaron los mensajes para comprobar la coartada del chaval.

Se giró para alzar la mano a su compañero y este abrió la puerta del coche forzando a la persona que estaba dentro a salir.

Comprobé rápidamente que el olor no coincidía con el rastro que había dejado el intruso aquella noche y, desde luego, a ese chico no lo había visto en mi vida. Egan tampoco lo reconoció.

¿Para qué pagar a un menor por pintar un mensaje en la fachada sin ningún significado? ¿No era más fácil decir esa supuesta verdad que debía alzarse o acusar a esos supuestos traidores?

Cada vez me parecía todo más turbio y no podía evitar pensar en mi madre y en esa persona que murió en el río, cuya identidad suplantó para simular su muerte. ¿Tendría esto algo que ver con su pasado? ¿Podría alguien conocer la verdad sobre la identidad de la persona que se encontró con los objetos personales de mi madre?

Puede que todo aquello no tuviera nada que ver con Egan y, de

algún modo, se había visto implicado, pero… habían pasado más de cuarenta años. ¿Por qué ahora?

—¿Estás bien? —pregunté cuando la policía se marchó y nos quedamos a solas con la gran incógnita de aquel mensaje y, sobre todo, qué demonios sería lo siguiente, porque estaba claro que aquella historia no había llegado a su fin.

—Mi padre lleva insistiendo en que me deshaga de este lugar desde que cumplí dieciocho años. Pensé que lo decía porque pasaba demasiado tiempo aquí y podría ser una distracción, pero siempre me he negado, existía algo en esta tierra que me hacía conectar conmigo mismo. Tal vez fuera que se me daba demasiado bien, hasta el punto de lograr hacer crecer en este territorio hostil unas plantaciones acostumbradas a un clima muy distinto. Sea cual sea la razón, siempre he sentido una atracción inexplicable por estas tierras. —No apartaba los ojos de la fachada de la casa, a pesar de que era imposible leer el mensaje por la poca claridad que provenía únicamente de la luna—. Con el tiempo mantuve la distancia y dejó de insistir, traté de centrarme en otros negocios que acabaron por absorber todo mi tiempo, así que delegué este lugar al fondo de un cajón.

—Hasta que llegué yo —afirmé siendo muy consciente de que él no estaría allí de no ser porque mi atrevimiento le había dado una razón para quedarse.

—Estoy acostumbrado a tenerlo todo bajo control, desde que nací he sido consciente de mis privilegios y he aprendido del mejor a saber cómo gestionar un imperio. Nadie en toda mi vida me había echado en cara un solo defecto o me había culpado de una mala gestión, pero llegaste tú con tu lengua afilada y me hiciste abrir ese cajón para rebuscar en el fondo.

—Te culpé de la situación, aunque, después de todo lo que ha

pasado, ahora no tengo tan claro que esto sea debido solo a un boicot por parte de la competencia. —Me sentía cansada y me apoyé sobre el maletero del coche porque notaba las consecuencias del esfuerzo físico en las últimas horas.

—Yo tampoco. —Sonó rotundo, y se colocó frente a mí dándole la espalda a la fachada—. Este lugar oculta algo y puede que la respuesta esté en ese desván, al menos eso es lo que cree quien está detrás de todo. Lo que nos deja nada más que una certeza y la posible razón de por qué precisamente tú estés aquí.

—La desaparición de mi madre —susurré, y sentí sus pasos acercándose a mí.

—Viniste para encontrar la verdad de tu pasado y quizá ese sea el único modo de averiguar qué está pasando.

22

Egan volvió a marcharse a la zona del incendio para asegurarse de que tenían todo bajo control y yo me quedé sola en aquella casa cuyo silencio era estremecedor.

Hasta ahora no me había dejado vencer por sentimientos que hicieran florecer algún miedo interno, pero a pesar de que intentaba acallar cualquier reflexión en esa dirección, no dejaba de pensar que había un tipo suelto y desconocía por completo hasta qué punto era peligroso.

¿Buscaba venganza? ¿Necesitaba pruebas para probar lo que ocurrió? En ese caso no tenía ningún sentido tratar de boicotear la cosecha o provocar un incendio para destruir las plantaciones. Eso eran daños materiales, económicos. ¿Puede que el incendio solo hubiera sido una distracción al igual que el mensaje de ese chico en la fachada?

Me di una ducha y me prometí llamar al día siguiente a Marion para contarle todo. Había postergado ese momento porque conocía a mi prima lo suficiente para saber que me iba a ordenar hacer las maletas y volverme a casa, pero ahora que la situación entre Egan y yo parecía estar en un punto de tregua en el que ambos queríamos saber la verdad, no pensaba irme de allí sin respuestas.

Me dejé caer sobre la cama envuelta en el albornoz y caí en un sueño profundo mientras no dejaba de pensar en el mensaje de la fachada.

Impostor. Verdad. Traidores.

¿Quién, qué o quiénes eran cada cosa?

Estaba amaneciendo y la luz comenzó a desvelarme, maldije no haber corrido las cortinas antes de dormirme. Entreabrí los ojos y di un salto en la cama al notar la figura que estaba sentada en el sillón donde solía colocar la ropa que iba a ponerme al día siguiente.

—¡Joder! —gemí al comprobar que se trataba de Egan, que permanecía relajado, con las piernas ligeramente abiertas. No apartaba los ojos de la cama o más bien de mí.

Llevaba una toalla anudada a la cintura. ¿Significaba que no hacía demasiado tiempo que había regresado?

—¿Has dormido algo? —pregunté frotándome los ojos para quitar la leve neblina que me impedía ver con claridad.

—Estoy acostumbrado a dormir poco y en ocasiones a estar más de dos días despierto —contestó sin darme más explicación, pero aquello concordaba con el hecho de que no estuviera hecho un despojo cuando yo misma había tardado apenas unos segundos en quedarme profundamente dormida, como si no pudiera tirar de mi propio cuerpo.

Parecía sereno, aunque seguro que dentro de él estuviera rugiendo y su cerebro fuese un torbellino de preguntas sin respuestas como el mío.

—¿Y has decidido que era mejor opción sentarte ahí para observarme mientras duermo?

Al bajar de la cama sentí que el cinturón del albornoz se había aflojado, con lo que medio pecho quedaba expuesto.

Su mirada fue directa a ese punto, pero ni me molesté en

colocarme bien la prenda, sino que seguí caminando y dejé que se deslizara del hombro hasta permitir que fuera del todo visible.

Se desanudó la toalla para mostrarme una erección que invitaba a repetir los placeres celestiales que había probado el día anterior. Ese hombre era perfecto. Tallado a conciencia por el mismísimo Zeus para que nada, absolutamente nada, pudiera dar lugar a la imperfección. Me mordí el labio ante la urgencia con la que mi cuerpo pareció responder a su sugerencia. La aplastante convicción de que nunca, jamás y por nada del mundo, me acostaba dos veces con el mismo hombre para no ocasionar malentendidos llegó para avisarme de que sucumbir ante aquel deseo era pisotear mis principios básicos de protección.

«El problema es que todo el cuerpo me arde en llamas y quiere fundirse con el suyo ahora que conoce lo que le aguarda».

—Más bien estaba pensando en lo único que merece la pena de esta mierda de situación. —Apenas se movió, pero bajó levemente las caderas invitándome a sentarme sobre él.

—¿Hay algo que merece la pena? —inquirí tocándome el cinturón del albornoz de por sí casi deshecho.

—Tú y yo sabemos que esta conexión visceral —dijo señalándome a mí y después a él— es mutua.

Aflojé el albornoz y dejé que se entreabriera para mostrarme completamente desnuda.

—No tengo tan claro que por mi parte sea tan visceral —mentí al tiempo que me quitaba la prenda y la tiraba sobre la cama.

Dibujó una sonrisa de complacencia, como si le gustara que le llevase la contraria o tal vez mi rechazo fingido era lo que le alimentaba.

—¿De qué huías exactamente cuando viniste aquí? —Cambió de tema de repente—. Dijiste que tenías motivos personales para

alejarte de Francia, y no creo que fuese una invención para ocultar tu relación con este lugar. ¿Es esa la razón por la que te empeñas en negarlo?

Bajo ninguna circunstancia revelaría mis motivos para necesitar alejarme un tiempo, y menos aún pensaba darle importancia a alguien que había desechado de mi vida hacía más de diez años. El innombrable era justo eso, alguien a quien jamás volvería a dar nombre.

—Mis motivos no son asunto suyo, señor Arteaga —dije colocando una rodilla sobre el sillón para sentarme sobre su regazo mientras él parecía más que aceptar mi cercanía. Me incliné sobre él porque tras él estaba mi bolso en el que siempre llevaba algún preservativo de reserva—, el único motivo por el que accedo a que esté en mi habitación es para satisfacer mi propio placer, no el suyo.

No iba a cuestionar que estaba infringiendo mis propias reglas, ni mucho menos que necesitaba volver a sentir que tocaba el cielo antes de volver a poner de nuevo los pies en la tierra. Mi tiempo allí era limitado, y por mucho que negara esa conexión visceral a la que él hacía referencia, estaba claro que aquel placer era más que probable que no lo encontrase de nuevo en la vida.

Coloqué las manos en su abdomen y dejé caer mi peso conforme notaba que se abría paso para llenarme. No fui capaz de contener un gemido de conmoción. No eran imaginaciones ni exageraciones de mi mente sobre la noche pasada, definitivamente era conexión pura, desmedida y, como había mencionado él mismo, visceral. Sí. De algún modo el destino nos había conducido a encontrarnos en ese lugar para descubrir que, sin esperarlo, nuestros cuerpos parecían reconocerse el uno al otro como dos ríos que nacen en fuentes diferentes y se unen en un mismo cauce para fluir con más fuerza. O como dos raíces que crecían bajo la tierra invisibles pero

entrelazadas, creando una simbiosis perfecta. O como dos notas musicales que al sonar a la vez creaban una melodía inigualable resonando en la misma frecuencia.

Sus manos me impulsaron con facilidad para que me moviese sobre él y me mordí el labio con fuerza para evitar soltar otro jadeo de puro deleite.

Nunca he sido vergonzosa o pudorosa. El sexo siempre me había parecido una respuesta natural y necesaria del cuerpo sin importarme exhibirme como lo hacía ahora, pero teniendo en cuenta que nunca estaba dos veces con el mismo hombre, llegaba a importarme muy poco mi físico más allá de mí misma, quizá porque después del innombrable hubo una etapa en la que creí que mi aspecto no había sido suficiente.

—Eres absolutamente preciosa —rugió mientras aquellos ojos grises se cegaban de pasión y supe que de verdad pensaba que lo era.

Me habían dicho en muchas ocasiones que era hermosa, a pesar de que mis rasgos no llamasen la atención. Un cabello castaño oscuro, ojos de color verde amarronado enmarcados por unas pestañas largas, piel bronceada por pasar demasiado tiempo al aire libre y labios carnosos, así que nunca tenía en cuenta aquel tipo de halagos, pero escucharlo de él y con aquella intensidad solo hizo que mi placer aumentara.

Mis muslos chocaban contra los suyos en aquella danza que al principio era suave y en la que me sentí atrapada en ese placer desmedido. Puede que lo de ese hombre sí fuera celestial, pero lo único cierto es que todo carecía de sentido, salvo el éxtasis de nuestros cuerpos buscándose el uno al otro.

Egan parecía complacido por el modo en que me movía sobre su cuerpo, mientras sus manos agarraban mis glúteos y me empujaban

con firmeza cada vez que lo engullía de nuevo en una estocada profunda, febril y llena de un placer exquisito. Ahora gemía, expresaba el insólito éxtasis en el que me sumía aquella unión y saciaba la voluntad de mi propio instinto carnal. Lo miré con la misma lujuria con la que él me observaba y me quedé hechizada por la intensidad que descubrí en sus ojos, por el sentido más puro del delirio, porque por primera vez me sentía realmente deseada.

En el momento en que él alzó su cuerpo para adentrarse con firmeza y su ritmo se volvió implacable, grité, era incapaz de contenerme. Podía sentir cómo cada embestida me acercaba al cenit del placer dejando que me llenase. Más profundo. Más intenso. Más apasionado. Hasta llegar a ese arrebato en el que la luz toca todo lo que existe como el sol en su máximo apogeo. Dulce. Exquisito. Único. Ese instante en que el viento se convierte en una simple caricia, las estrellas en susurros y el tiempo se diluye para permanecer suspendido en la eternidad. Es ahí cuando todo deja de tener sentido, como entre el sueño y la vigilia, justo en ese espacio donde la realidad se confunde y solo existe el abandono hacia la inmensidad con la que te engulle.

Me había dejado caer sobre su pecho para sentir cómo él alcanzaba aquel intenso orgasmo al mismo tiempo. No parecía incómodo con el hecho de que permaneciéramos completamente pegados, unidos y embriagados por la misma pasión que nos había consumido. Me sorprendí porque siempre había sido yo la que se apartaba de inmediato para no permitir que ningún vínculo emocional se filtrase y volviera a repercutir en mi cuerpo.

En cambio, la idea de despegarme de Egan no me resultaba tan fascinante, sino que, más bien, algo en mi interior me impedía hacerlo como si necesitara un poco más de su contacto, solo unos segundos para impregnarme aún más de su perfume.

Tenía muy claro que no buscaba nada de él. Absolutamente nada que no fuera obtener aquel placer, y era obvio que aquella atracción irresistible solo se debía a su innata masculinidad, a la que mis feromonas parecían ser incapaces de poner freno. Quizá por eso prefería no pensar en la razón por la que mi cuerpo se resistía a separarse de él.

Me acarició el cabello. Me había acostado con él húmedo y sin duda sería una maraña, como ocurría cada vez que no lo alisaba. Me aparté con la intención de alejarme, pero Egan me lo impidió y sentí la firmeza con la que prácticamente me obligó a besarle.

No fue un beso suave o delicado, sino que estaba lleno de erotismo, dejando que su lengua embriagase la mía de su sabor, pura ambrosía para mis sentidos, haciéndome sentir el reclamo urgente de anhelar más néctar, como si fuera una droga a la que me había vuelto adicta, un fuego candente que me quemaría sin piedad.

Aquel pensamiento me hizo apartarme bruscamente.

—Tenía pensado subir al desván, si no te importa —dije cogiendo el albornoz y volviendo a colocármelo porque era lo único que tenía a mano en aquel momento que salvase mi desnudez.

No iba a permitirme bajar la guardia. Era sexo. Sin más. Únicamente satisfacer una necesidad primaria. Un instinto ancestral, y aun así, sentía que debía poner distancia entre nosotros.

—Por supuesto —habló como si mi interrupción y el modo en el que me había apartado de él no le hubieran molestado—. Pero primero deberías bajar y comer algo.

Puede que me deseara con la misma intensidad, pero estaba claro que para él significaba exactamente lo mismo que para mí. Aquello no adquiría ningún matiz de nada que no fuera placer.

Roberta y Luis llegaron antes de lo esperado, alguien del pueblo les

había puesto sobre aviso la noche anterior. Por algún motivo traté de mantenerme lejos de Egan, como si tuvieran un sexto sentido que interpretara lo que había pasado entre nosotros. De hecho, si hubieran llegado solo diez minutos antes, habrían visto nuestra ropa, incluidas mis bragas, por el suelo del salón, y no habrían tenido que dejar nada a la imaginación.

Aproveché que los tres tenían intención de acercarse a la zona para ver los daños y subí al desván. La realidad era que necesitaba llenar mis pensamientos de otra cosa que no fuera el cuerpo de Egan. Los besos de Egan. La mirada de Egan. Las manos de Egan recorriéndome el cuerpo. La lengua de Egan dándome placer. La forma en la que me poseía Egan. Los gemidos que me provocaba Egan.

Egan. Egan. Egan.

«¡Joder! ¡Hasta ayer ni siquiera pronunciaba su maldito nombre y ahora soy incapaz de sacármelo de la cabeza!».

Llamé a Marion, a pesar de que podría ser algo temprano teniendo en cuenta que era domingo, pero si dejaba dar rienda suelta a mis pensamientos no me iba a gustar el camino que estos tomaran.

—No me llamas en varios días, ¿y solo se te ocurre hacerlo un domingo a las ocho de la mañana? —exclamó una voz claramente dormida—. Voy a meterte en la lista negra de mis contactos por mucho que seas mi prima, espero que tengas un motivo lo bastante jugoso para que no lo haga.

—Anoche hubo un incendio en la hacienda —dije sin darle la importancia que en realidad merecía, porque sabía que cogería el primer avión disponible sin pensárselo dos veces si creía que mi vida corría peligro.

—¡Mierda! ¿Ha sido grave? —Si aún no estaba despierta del todo, se acababa de espabilar.

—Es probable que haya sido intencionado, quizá se haya perdido toda la plantación de una de las variedades de uva. —Empujé el baúl que ya había revisado la primera vez que estuve allí y el chirrido de la madera vieja hizo que tuviera que cogerlo a pulso, pero como pesaba mucho, acabé por darle a una especie de mesita de noche llena de polvo, que volcó.

Emití un gruñido y pensé que ya arreglaría después aquel desastre.

—¿Y el buenorro de tu jefe no tiene sospechas de quién ha sido?

—Si las tiene, no me lo ha comentado —afirmé bordeando la realidad, después de todo Egan no tenía ni idea de qué iba todo aquello.

—Normal, después del rodillazo que le diste, ¿cómo leches te va a contar algo? Hasta me sorprende que no te haya echado. O le gustas demasiado o realmente está desesperado con todo lo que está pasando.

—Le guste o no poco importa, en cuanto averigüe lo de mi madre me iré de aquí sin mirar atrás.

Me acerqué a la mesita que había tirado y comprobé que se había roto la base de la estructura. Suspiré y cogí la pieza que había quedado medio despegada. Al hacerlo, vi que había algo negro entre el cajón y esa parte de la madera en la que debía apoyarse.

Arrugué la frente y saqué con cuidado el cajón, que estaba vacío, y aquello hizo que me confundiera aún más. Puse el manos libres y dejé el teléfono sobre el suelo. Mi prima Marion refunfuñaba a la par que se preparaba el café.

—Sabes que si te desmelenas un poco y te sales de tus absurdas reglas, no sucederá nada, ¿verdad?

Abrí con las dos manos el trozo que se había partido y tuve que forzarlo para poder ver lo que había. Una libreta fina, negra y con las

hojas amarillentas permanecía escondida al fondo.

—¿Desmelenarme significa liarme con mi jefe?

¿Qué era aquella libreta? Estaba claro que la habían escondido en el mueble.

—No. Desmelenarte significa que no pienses tanto en las consecuencias de tus acciones. Confiaste una vez en la persona equivocada, sí, pero no significa que el resto deba pagar por eso. Tienes treinta y dos años, eres como una hermana pequeña para mí, no quiero que te limites a dejar que los trenes sigan pasando sin decidir montarte en uno de ellos para recorrer esa aventura a la que estás predestinada.

Cerré los ojos pensando en el contacto con Egan, en el modo en que había logrado arrastrarme a una pasión irracional que no había experimentado antes. Sabía que Marion tenía razón, que de no ser porque había cedido a mis impulsos por encima de mis propias normas, jamás habría tenido aquella satisfacción.

—Vale —afirmé con aquella libreta vieja en mis manos aún sin abrir.

—¿Cómo que vale? —soltó un gritito agudo que indicaba sorpresa.

—Es posible que me haya subido a uno de esos trenes hace menos de dos horas.

Había contestado a sabiendas de que Marion iba a entender lo que significaba, y, efectivamente, se puso a gritar como una loca pidiendo todos los detalles, lo que me hizo abrir aquel cuaderno como un acto reflejo y comenzar a relatarle lo sucedido mientras mis ojos se pasearon por una letra cuidada con la que se habían escrito lo que parecían pasajes de la Biblia.

Ese descubrimiento echaba por tierra mi teoría de que el cuaderno había sido escondido a conciencia, hasta que llegué a unas páginas en blanco, incluso habían arrancado algunas, otras albergaban

poemas de amor con gran intensidad. Lo que me hizo detenerme y dejar de prestar atención a mi prima fue ver el nombre de Demetrio.

¿Era de mi madre? ¿Alguna especie de diario o cuaderno de anotaciones?

Me fui directa al final, saltándome todo. Ya tendría tiempo de leerlo con calma. No estaba fechado, por lo tanto, no podía saber cuándo había escrito por última vez, incluso podría ser mucho antes de marcharse inesperadamente, así que leí con urgencia y devorando cada palabra.

> No debía ser de este modo. No de esta forma. Me matará. Mi padre me matará en cuanto lo descubra y lo que debería haber traído felicidad después de tantas desgracias se convertirá en odio porque sé que no volverá a verme igual. No le quiere, ya me lo ha advertido, dice que hay algo oscuro en él, que no tiene buenas intenciones y sé que jamás consentirá nuestro matrimonio, pero después de esto seré la culpable de otro sufrimiento más en su vida. No debía ser así. No era como tenía pensado que fuese. Este niño no debe venir al mundo ahora. Es demasiado pronto.

—Estaba embarazada.

—¿Embarazada? ¿De qué hablas? Si no te conociera lo suficiente para saber que siempre tomas precauciones, hasta me habría asustado. Porque has tomado precauciones, ¿verdad?

23

No era capaz de responder a mi prima. ¿Tendría un hermano en alguna parte? ¿O lo había perdido? Tal vez abortó. Pensé en la tristeza de su rostro cuando recordaba este lugar y no lograba que salieran las palabras. ¿Era la tristeza de una madre que había perdido un hijo o que había debido huir dejándolo atrás?

—El humo que inhalé ayer no me ha afectado hasta ese punto —dije finalmente ante la impaciente espera de Marion. Obvié decir que me habría frito unas cuantas neuronas por acostarme con Egan una segunda vez—. Hablo de mi madre, acabo de encontrar una especie de cuaderno, diario, ni siquiera sé cómo definirlo, pero lo último que escribió es que esperaba un hijo.

—¿Va en serio? ¿Tienes un medio hermano? De todas las posibles razones que podía tener para no hablar de su pasado, jamás se me habría ocurrido pensar que podía haber dejado un hijo atrás. Si así fuera, ¿por qué no decírtelo antes de morir?

—Quizá porque sabía que lo buscaría y sus remordimientos la condicionaron pensando que si trataba de buscarlo le reprocharía haberlo abandonado.

—Podría tener sentido, pero si lo dejó atrás y se marchó sin él, ¿por qué huir a Francia y no regresar con su padre? Hay algo que

sigue sin encajar en esa historia, pero estaba claro que no iba a ser tan fácil.

Si ella no hubiera sido tan hermética para hablar de su pasado, ahora no estaría inmersa en este rompecabezas. ¿De que tenía tanto miedo? ¿Creía que la juzgaría? ¿Qué no la entendería? Siempre pensé que era dolor y sufrimiento, pero ahora me preguntaba si sus razones para no revelar qué le había ocurrido era una cuestión moral o se reprochaba a sí misma aquellos actos hasta el punto de haber decidido martirizarse y guardar silencio. Puede que estar embarazada fuera motivo suficiente para marcharse de su hogar, pero no para que esa otra mujer fuese hallada con ropas y joyas que le pertenecían o que decidiera cruzar la frontera del país para que no la encontraran.

Tendría que leer todo el contenido de aquel pequeño cuaderno para descifrar algo más, empezando por el nombre de ese hombre del que parecía esperar un hijo.

—A mí tampoco me encaja nada en esta historia, tal vez encuentre algún nombre que me conduzca a descubrir qué pasó o si existe ese supuesto hijo que esperaba.

Colgué la llamada con Marion prometiendo informarla si descubría algo más y me dispuse a examinar aquel cuaderno a conciencia. Pasé por alto las páginas que solo eran citas bíblicas, poemas cortos o fragmentos sacados de algún libro que, supuse, a ella le gustaba o significaba algo, y me fui a esas partes en las que contaba cosas de su vida, como en la que hablaba sobre Demetrio, el propietario del restaurante que aseguró conocer a mi madre. Se refería a él como un chico dulce y atento, pero su modo de expresarse parecía infantil, ya que adquiría un tono mucho más profundo, sentimental y maduro cuando comenzó a hablar de ese otro hombre del que parecía estar enamorada.

¿Por qué no ponía su nombre?, ¿porque su padre no lo aceptaba? ¿Por eso escondió el cuaderno en un lugar seguro? Conforme leía, no dejaba de apreciar que sus sentimientos eran cada vez más pasionales y que la atracción que sentía por ese hombre a sus dieciséis años se había vuelto tan intensa que comenzó a frecuentarlo a escondidas siendo muy consciente de que su padre no lo aprobaría.

Descubrí que no era muy constante escribiendo, sino que únicamente lo hacía cuando sucedía algo que agitaba sus sentimientos o estaba demasiado nerviosa. No detallaba dónde o cuándo se veía a escondidas con su amante, ni siquiera describía esos encuentros, se limitaba a plasmar sus dudas o más bien inquietudes que implicaba el amor prohibido que estaba viviendo.

Por más que busqué un nombre para poder tirar del hilo, no lo hallé. Puede que nunca estuviera embarazada, tal vez solo tuvo un retraso y creyó que lo estaba, a fin de cuentas, no era más que una cría de dieciséis años. ¿Qué podía saber ella del mundo si nunca había salido de allí? No conocía a nadie que no fuera del pueblo o trabajadores del viñedo.

Eso me hizo recordar la fotografía de mi madre con el padre de Egan. Ese pensamiento llegó con una aplastadora pregunta que me hizo temblar y sentir un escalofrío tan vibrante que hasta percibí cómo la piel de todo el cuerpo se me encrespaba. ¿Cabía la remota posibilidad de que fuese él? Estaba claro que el modo en que ella lo miraba podía indicar que entre ambos había mucho más que una amistad, pero si mi abuelo se había negado a una relación entre ellos, si decía que él tenía una parte oscura y ninguna buena intención, jamás le habría vendido El Dorado, habría preferido regalárselo a cualquier otro antes que al responsable de que su hija desapareciera.

Entonces ¿quién era su amante? ¿Lo sabría el padre de Egan?

Comencé a rebuscar por todos los muebles con la esperanza de que tal vez la respuesta estuviera allí, a lo mejor se me podía haber pasado por alto algún detalle en las fotografías o en los documentos, que el intruso había dejado bien ordenados porque estaba claro que lo que buscaba tenía que ver con la finca. Quizá ambas cosas guardaban relación, el motivo por el que ella huyó y lo que la persona quería encontrar aquí.

No sé cuánto tiempo estuve mirando entre los documentos, llenando mi cerebro de información innecesaria porque sabía que, en el momento en que dejara de hacerlo, iba a entrar en una paranoia sin fin. No. No podía ser que hubieran estado liados y que pudiéramos tener un medio hermano. Eso no tenía sentido alguno, menos aún cuando la finca se la habían donado precisamente a Egan…

«No te emparanoies. Has conocido a su madre, no es tu medio hermano», me dije, como si necesitara hablarme en retrospectiva para no sufrir un shock inmediato.

Solo que era incapaz de que aquella idea se disipara de mi mente y tiré la carpeta que tenía en las manos ante la necesidad de romper algo. Todos los papeles que la contenían salieron volando. Nada de aquello habría pasado si me hubiese quedado en Francia, si hubiese aceptado que mi madre no deseaba que conociera la verdad de su pasado, pero no, tenía que venir a descubrir la maldita verdad, y ahora ese torbellino que retorcía mi estómago como si vaticinara un mal presagio hacía que tuviera ganas de vomitar.

Escuché ruidos en la planta baja acompañados de algunas voces, así que me apresuré a recoger los papeles. Parecían folletos de publicidad de otras bodegas y de laboratorios que ofrecían sus servicios para el análisis de muestras. Otros correspondían a abonos,

fertilizantes y fabricantes de barricas. Cogí un sobre marrón, que estaba sellado. Supuse que sería otro catálogo más de cualquier empresa relacionada con el sector.

Lo abrí sin delicadeza, con la certeza de que nada en su interior tendría valor, y tardé varios segundos en comprender lo que leía en aquel documento mientras escuchaba los pasos de Egan subiendo la escalera.

—La policía me ha llamado para decirme que han soltado al chico que hizo el grafiti en la fachada. Al parecer tiene coartada y es imposible que fuese la persona que vimos entrar, ni tampoco quien provocase el incendio, ya que las cámaras, a la hora que ya estaba iniciado, lo sitúan a la salida del pueblo.

No me sorprendió, a fin de cuentas, había asumido la noche anterior que la versión del chico era verídica, y eso significaba que la persona que le había dado las indicaciones era lo bastante inteligente para no dejarse atrapar.

—No es él, pero lo conoce —dije colocándome de pie y mirándole por primera vez desde que había llegado al desván.

El recuerdo de lo que había sucedido esa misma mañana vibró con intensidad haciéndome tener muy presente el poder que ejercía sobre mí para sucumbir a esa tentación o, como él lo había llamado, conexión visceral a la que parecía imposible resistirse.

—Hasta esa conclusión también he llegado yo mismo. Es imposible que lo eligiera al azar, pero nadie del entorno del chico tiene relación directa con la hacienda.

Le ofrecí los documentos que contenía el sobre y Egan los cogió inspeccionándolos rápidamente.

—Es una copia original de la donación de las tierras —dije sin aportar una información que desconociéramos de antemano—. Y de la compraventa a nombre de tu padre. ¿No es extraño que Ildefonso

Almansa los dejase aquí? ¿Podría ser esto lo que buscaba el intruso? Pero es imposible que tuviera la certeza de encontrarlos entre las antiguas pertenencias.

—Quizá Ildefonso creyó que no le aportarían nada llevándoselos, o los olvidó y no quiso volver atrás, después de todo, son documentos que se pueden replicar en el organismo adecuado, ya lo comprobaste el otro día —decretó con la mirada aún fija en aquellos folios—, pero el único sentido de buscar esto sería para impugnar la donación y eso solo nos deja a herederos forzosos o que alguien piense que se cometió fraude porque una de las partes fue presionada. Algo que he valorado desde que mi padre me confirmó que procedieron de ese modo.

—¿Tu teoría es que alguien trata de demostrar que mi abuelo fue presionado a ceder la hacienda?

Egan me miró finalmente y se cruzó de brazos mientras se reclinaba en el marco de la puerta.

—Cualquiera puede pedir una nota simple y averiguar lo que nosotros mismos vimos en ese documento. Es probable y razonable pensar que, si se demuestra que Ildefonso Almansa fue forzado a una donación, se procedería a una expropiación total de la parte donada y, como no existen herederos, se celebraría una subasta.

—Y por eso tu padre insiste en que vendas —dije necesitando apoyarme en algo para poner en orden todo aquello—. Y por eso las plantaciones que se han quemado, las producciones que se han echado a perder, no forman parte de la hacienda original.

—Correcto.

Egan se acercó y dejó las copias originales encima del sobre del que las había sacado. Así que después de todo sí que estaría detrás la competencia, alguien interesado en hacerse con las plantaciones de las cepas de bobal hasta el punto de asumir riesgos que podrían

tener pena de cárcel.

—¿Qué es esto? —exclamó viendo el cuaderno negro que había encontrado.

—Una especie de diario con anotaciones de mi madre. Creo saber los motivos por los que se marchó de aquí, pero eso solo hace que haya más dudas que antes. —Le cogí el diario de las manos como si aquella parte de mi madre quisiera que continuara siendo privada—. Estaba embarazada y mi abuelo no aceptaba al padre de su hijo.

—Y deduzco que no tienes ningún hermano mayor. —No era una pregunta, sino una afirmación, pero asentí con la cabeza.

—Y había una foto de tu padre y ella juntos —afirmé ante esa posibilidad que no era tan disparatada a pesar de las lagunas.

Por algún motivo no pareció sorprenderse.

—Mi padre ya estaba casado con mi madre en esas fechas —admitió poniendo algo de distancia entre nosotros—, pero no voy a mentir, eso nunca ha sido un impedimento para tener una larga lista de amantes. Mi madre siempre lo ha aceptado y simplemente ha desviado la mirada hacia otro lado, pero toda su vida ha sido muy cuidadoso para no tener hijos fuera del matrimonio. Así que no es posible que fuese el hombre del que hablaba tu madre.

24

Que lo afirmase con tanta calma me hacía pensar que estaba muy seguro de ello y que quizá era algo que ya hubiera hablado con su progenitor.

—Quizá no fuese tu padre, pero puede que sepa de quién se trata. Si estuvo aquí y conocía lo suficiente a Ildefonso, debe de saber cuáles fueron las circunstancias.

Egan continuaba relajado, incluso tenía la sensación de que estaba preparado para que le hiciera aquellas preguntas.

—Mi padre siempre ha sido un hombre de negocios y oportunidades que no deja nada al azar, Victoria. Su paso por estas tierras fue puntual y te aseguro que no era un simple jornalero, debía de tener intereses para estar aquí y, como se vio más tarde, estaba buscando invertir en su propio viñedo, solo que las circunstancias parecieron cambiar y se volvieron favorables para él.

¿Lo suficientemente favorables como para sospechar que tuviera algo que ver en ello? No conocía a ese hombre, según lo que todos decían era una especie de salvador, ya que la hacienda habría sido embargada tarde o temprano de no ser por él. No tenía razones para creer lo contrario, menos aún cuando mi abuelo Ildefonso lo había perdido todo. ¿Quién iba a culparlo por abandonarse a la bebida o al

juego cuando ya no le quedaba familia?

Es normal que en esa situación hubiera decidido que nada le importaba, ni siquiera el viñedo. La única hija que le quedaba con vida se había marchado, y poco tiempo después tuvo noticia de su muerte, aunque fuese fingida. Tampoco le importaba este lugar tanto como para llevarse los documentos oficiales de aquella transacción, y eso solo me hacía sentir una nostalgia brutal por todo el dolor que ese hombre debió de pasar.

¿Por qué mi madre dejó que él sufriera de ese modo creyendo que había muerto? ¿Por qué no regresó? ¿Le diría que esperaba un hijo y él la echó de casa? ¿Podría haber hecho algo así después de perder a su mujer y sus otros dos hijos? ¿Habría sido capaz de desterrarla, pese a ser lo único que le quedaba? No. Imposible. Si ese hubiera sido el caso, no la habría buscado incansablemente.

Ella huyó. Se marchó. ¿Por qué hacerle eso a su padre después de tanta pena?

—Hay personas que nacen predestinadas a sufrir y otras a beneficiarse de ese sufrimiento. Apreté con fuerza aquel cuaderno.

—Ni tú ni yo somos responsables de lo que aquí ocurrió —decretó haciendo que volviera a mirarlo.

—Tal vez no, pero está claro que estamos inmersos en sus consecuencias —afirmé con tesón.

Aquel destello gris plateado de sus ojos se volvió intenso, hasta el punto de hacer que la sangre que circulaba por mi cuerpo se agitase haciéndome vibrar por los impulsos de la atracción que sentía por él.

—Si esas consecuencias implican tenerte cerca, quizá no me importe. —Se apresuró a lanzarse de nuevo a mis labios, pero logré esquivarlo apartándome rápidamente.

No es que no quisiera besarle, porque cada poro me incitaba a responderle, a sucumbir de nuevo al placer de sus caricias, y eso era

lo que más temía. Perdía por completo el control y la razón cuando él me tocaba. No había permitido que ningún hombre lo hiciera hasta ahora, y no estaba dispuesta a dejar que Egan cruzase esa barrera.

—Puede que estés acostumbrado a tener todo lo que quieras, pero yo no soy una de tus posesiones —aclaré tratando de mantener las distancias—. Como tampoco estoy aquí simplemente para satisfacerte.

—¿Y qué se supone que ha sido lo de esta mañana? ¿Una distracción? Puede que quieras fingir que esta atracción no existe, pero sería engañarte a ti misma —alzó la voz—. ¿Qué es lo que tanto temes para negártelo?

—A diferencia de ti, no sucumbo al deseo, lo domino. Cuando todo esto termine, me marcharé. Así que es mejor dejar las cosas como están antes de que se compliquen.

Egan soltó una carcajada irónica como si no se creyera lo que decía.

—¡Mira a nuestro alrededor! ¿Se puede complicar aún más? Yo no debería estar aquí ahora y tú aún menos, pero estamos atados a este lugar hasta que toda esta mierda termine de explotar por algún lado, y negar esto —indicó señalándonos a ambos— es como intentar tapar el sol con un dedo.

Egan se me acercó hasta arrinconarme entre un baúl y unos cuadros apilados contra la pared.

—¿Es una frase recurrente que te suele funcionar? —pregunté inclinándome hacia atrás para poder verlo a riesgo de perder el equilibrio.

—No. —Sonó rotundo—. Tú y yo no somos tan distintos, tenemos muy claro lo que queremos, así que dime de qué estás huyendo.

—No huyo de nada —mentí mirándole a los ojos, pero fue como si

aquellos ojos pudieran ver la mentira en los míos, así que acabé bajando la vista.

Egan se acercó más y perdí el equilibrio tratando de echarme hacia atrás, así que acabé agarrándome al cuello de su camisa. La distancia entre nosotros se acortó.

—Te da pavor lo que sientes cuando te toco. —Sus palabras eran una brisa suave que llegaba a mis labios, tan hipnotizante que era incapaz de dejar de mirar su boca—. Te asusta perder el control cuando estás conmigo. Te aterra no poder poner freno a tu propia lujuria. Te da pánico que tu cuerpo responda por sí mismo y domine sobre tu cordura. Y aun así, no puedes evitarlo. ¿Crees que estoy ciego?, ¿que no he visto cómo te desinhibes cuando estoy dentro de ti, y pese a ello quieres negártelo?

Sus manos me rodearon la cintura y me atrajo hacia él. Y tal como él decía, mi cuerpo reaccionó ante su contacto.

—Si sabes todo eso, ¿por qué te empeñas en que lo admita? ¿Qué te importa lo que sienta? —exclamé sin poder dejar de mirar aquellos labios y de controlar el impulso de lanzarme con fuerza sobre ellos.

Me estaba volviendo loca. Aquel magnetismo ejercía un poder al que era incapaz de resistirme. Era esa fruta prohibida que, una vez mordida, ya no importaba cuántos pecados se cometían, sino el placer de volver a saciarse con su irresistible sabor.

Egan bajó sus manos hasta mis glúteos y me apretó con firmeza contra él. Noté la protuberancia en su entrepierna, que dejaba bien clara su excitación.

—He pasado toda mi vida obteniendo aquello que deseaba, buscando un aliciente que me incitase a retarme a mí mismo, esperando a que alguien pusiera a prueba mis propios límites, desafiara mis convicciones y me hiciera cuestionar todos mis

principios aunque ni siquiera lo supiera. Tú has hecho todo eso desde el primer instante en que te vi y volverme loco en estas últimas dos semanas era algo que muy a mi pesar necesitaba. Así que puedes marcharte cuando todo esto acabe, irte y fingir que este capítulo de tu vida no ha existido, pero ahora, en este preciso instante, estás aquí. —Su modo de hablar era tan hipnótico que me sentía como alguien a quien están hechizando para someterlo a su entera voluntad. ¿Ese era el poder de Egan? ¿Así era como conseguía que todos acabaran haciendo lo que él quería? Me sentía bajo su influjo, como si fuera un brujo capaz de verter su magia y conseguir todo aquello que deseaba. Irresistible. Hipnotizante y al mismo tiempo enloquecedor—. Y te deseo con fervor lacerante, incapaz de satisfacer mi ansia hasta el punto de desquiciarme. Así que sí, quiero que lo admitas, porque lo único que impide que te arranque lo que llevas puesto y me hunda dentro de ti para follarte hasta quedarme sin aliento alguno es lo que provoca que intentes negar ese mismo sentimiento.

Casi podía anticiparme a sus promesas, sentir cómo rasgaba la tela hasta abrirse paso sin importar las consecuencias. Sin pensar en algo más que no fuera la unión de nuestros cuerpos.

¿Desearle de ese modo era enfermizo o todo estaba incrementado por las circunstancias que nos rodeaban?

Vi que esperaba una respuesta, que a pesar de su impaciencia y de tenerme encarcelada con su cuerpo, aguardaba que le respondiera, pero como si los astros se hubieran alineado para echarme una mano, la voz de Roberta llegó desde el final de la escalera.

—¡Señor Arteaga, tiene visita! —gritó la mujer sin intención alguna de subir al desván. De haberlo hecho, no tendría dudas de que entre Egan y yo había mucho más que una relación profesional.

«¡Joder! ¡Me había negado a acostarme con él y lo he hecho en apenas veinte días! ¡Dos veces!».

Y lo peor es que habrían sido tres de no ser por esa interrupción.

—Dilo —jadeó como si le importara un comino la visita.

—No creo que sea el momento de…

—Me importa muy poco quién sea o lo que quiera. Dilo —insistió como si lo único que quisiera oír fuera mi respuesta.

En ese momento entendí que para él era importante, que podría ver el mundo arder y quedarse allí a pesar de terminar carbonizado. ¿Por qué era tan necesaria mi respuesta para alguien como él? Acostumbrado a tenerlo todo. A que nadie le dé un no por respuesta. A que ninguna persona le rete, le coloque contra las cuerdas.

—Solo cedí una vez. Una única vez y sufrí las consecuencias de la peor forma posible, así que me juré a mí misma que jamás me permitiría volver a pasar por eso —confesé sin entender por qué le estaba revelando aquello.

Egan se apartó lentamente, deslizando sus manos con suavidad y con la sensación de que parecía no querer hacerlo.

—Te prometí que no permitiría que nadie te hiciera daño —dijo dando un paso atrás sin dejar de mirarme—. Y eso me incluía a mí mismo.

Se marchó sin decir nada más, y yo me quedé allí, sin saber qué demonios pensar de todo lo que acababa de pasar. Pasado o presente, no importaba porque tanto uno como otro me hacían colapsar. ¿Qué quería decir Egan con lo de que él no iba a hacerme daño? Éramos dos personas lo bastante pragmáticas para desestimar cualquier tipo de relación que no fuese la sexual.

Tenía que salir de allí, llenar mis pulmones de un aire que no estuviera condensado o cargado de polvo y frenar cualquier

pensamiento irracional que me llevase a caminos que no deseaba tomar o a sentimientos encontrados. ¿Qué sentía por Egan? ¿Por qué era el único hombre al que me costaba rechazar? ¿Y esa vibración en mi cuerpo cuando estaba cerca?, ¿cuando me tocaba?

En el momento en que crucé el vestíbulo para salir al exterior escuché una voz femenina que provenía del salón y miré hacia allí. Al parecer la visita no era ni más ni menos que la madre de Egan.

—¡Victoria! —saludó en cuanto me vio—. Me alegra saber que tú también estás bien. Como le comentaba a mi hijo, vi la noticia en los medios esta misma mañana y me asusté cuando el teléfono de Egan permanecía apagado.

—Me quedé sin batería —dijo este, aunque asumí que ya se lo habría comentado a su progenitora.

—Es comprensible, cualquier madre en su situación habría actuado del mismo modo —contesté con la intención de ofrecer una disculpa para dejarlos solos.

—¿Se sabe quién ha sido? ¿Han detenido a alguien? —preguntó mirándome a mí en lugar de a su hijo.

—¿Los medios afirman que fue intencionado? —exclamé, ya que no había mirado las noticias.

—No. Solo dicen que lo están investigando, pero después de ver el mensaje en la fachada que Luis está tratando de borrar, intuyo que no ha sido fortuito, sino planificado.

—Detuvieron al chico que escribió el mensaje, pero no es él —dijo Egan apretándose con una mano las sienes como si tuviera las primeras señales de dolor de cabeza por falta de sueño. A fin de cuentas llevaba treinta y seis horas sin dormir y, por mucho que estuviera acostumbrado, el cuerpo avisa.

—¿Qué está ocurriendo, Egan? Sé que no quieres preocuparme, pero está claro que no tienes todo bajo control como quieres

aparentar. Si lo que temes es que pueda decirle algo a tu padre, sabes que mi lealtad hacia ti está por encima de él.

Egan me miró y pensé que era el momento perfecto para marcharme y dejarlos solos, entre otras cosas porque no deseaba inmiscuirme en asuntos familiares, bastante tenía ya con averiguar lo que le sucedió a mi madre.

—Tengo la firme sospecha de que alguien busca la manera de impugnar la titularidad de esta finca para que sea expropiada —afirmó, y el rostro de Gabriela se mostró confuso—. Hace unos días descubrí que mi padre actuó en los límites de la legalidad en lo que se refiere al modo de adquirir esta hacienda.

La madre de Egan me miró con reticencia, como si no supiera si debía hablar o no en mi presencia, pero, por alguna razón, lo hizo.

—Conozco a tu padre lo suficiente para que esa información no me sorprenda, nunca me entrometí en sus negocios, pero siempre pensé cómo era posible que hubiera podido comprar este viñedo si por ese entonces no había accedido aún a la herencia de tu abuelo.

Egan se levantó de repente para encarar a su madre, que le observaba sentada en el sillón con la elegancia innata de quien ha nacido y crecido en un entorno de lujo.

—¿Mi padre no disponía de capital para invertir? —exclamó contrariado.

—Sin la aprobación de tu abuelo, no. Disponía de una asignación generosa que cubría nuestros gastos, pero no fue hasta cinco años después de tu nacimiento que pudo acceder por completo al capital y administrar las propiedades de los Arteaga.

Egan apartó la mirada y se alejó pensativo. Podía imaginar cuáles eran sus pensamientos, que coincidían con los míos. Si Leonardo Arteaga no disponía de capital para comprar El Dorado, ¿a qué tipo de acuerdo había llegado con Ildefonso para convencerle de donar el

viñedo? ¿Tenía la confianza y argucia suficientes para haberle prometido un dinero que no poseía con la intención de pagarle en el transcurso de los años? ¿O realmente Ildefonso Almansa había sido engañado como intentaba demostrar la persona que estaba detrás de todo aquello?

Aunque la pregunta más creíble de todas era otra. ¿Quién más aparte de Leonardo e Ildefonso podía saber de su acuerdo? Si no lo sabía ni la propia madre de Egan a pesar de sus sospechas, ¿quién había sido testigo de lo que pasó?

—Si Ildefonso Almansa no recibió dinero por la finca, ¿cómo iba a saldar todas esas supuestas deudas de juego? ¿Utilizó la donación como acto de desesperación para que no se la arrebataran? Podría habérsela vendido a alguien que le pagaría mucho más teniendo en cuenta los documentos de contabilidad que demostraban que el viñedo prosperaba —dije dirigiéndome a Egan.

—¿Donación? —exclamó Gabriela sorprendida.

—La hacienda fue donada casi en su totalidad por el antiguo propietario a mi nombre. Ya te he dicho que papá actuó en los límites de la legalidad y hace unos días me confirmó que lo hizo por conveniencia de la parte opuesta —decretó Egan—. No tenía motivos para desconfiar de mi padre, hasta pensé que había actuado de buena fe solo para ayudar a un hombre roto de dolor por la desgracia como me ha hecho creer toda mi vida, pero después de todo lo que está saliendo, ya no sé dónde acaba la verdad y dónde empiezan las mentiras.

—Lamento no poder ser de más ayuda, Egan. Tu padre siempre me mantuvo al margen de todos sus negocios. Ni siquiera dejó que lo acompañara aquí cuando él venía con frecuencia, siempre sospeché de cuáles serían sus motivos y… —Guardó silencio de repente y vi su mirada de aprensión.

¿Quizá pensaba que estaba dando demasiada información en mi presencia?

—¿Tenía una amante? —exclamó Egan. Su madre se revolvió inquieta en su asiento—. Victoria debe saber todo lo que pasó aquí, así que no hace falta que intentes guardar las apariencias. ¿Crees que tenía una amante?

—Sí —afirmó con sequedad.

Aunque ya hubiera pensado en la idea de que Leonardo Arteaga y mi madre estuvieran liados, ahora esa idea se acercaba demasiado a ser una realidad.

¿El padre de Egan la había obligado a deshacerse del hijo que esperaban?

—¿Esa amante fue Clara Almansa? —alzó la voz sin dar tregua a su madre.

Esta abrió los ojos sorprendida.

—¿La hija del antiguo propietario de la finca? —exclamó y se llevó una mano a la cara haciendo que su color se perdiera de pronto para adquirir un matiz blanquecino que ni siquiera el maquillaje ocultaba —. No…, no… —El titubeo le impedía hablar y sus ojos expresaban terror.

—Sabemos que Clara Almansa esperaba un hijo antes de desaparecer —dije necesitando con urgencia saber si el padre de Egan era ese amante del que ella hablaba, aunque el resto de la historia careciera de sentido.

Gabriela me miró y después volvió la vista hacia Egan.

—Lo siento. Lo siento mucho —gimió con una voz que casi salía rota.

¿Qué era lo que sentía? ¿Acaso sabía algo sobre mi madre? ¿La conocía? Era imposible, ya que ella misma acababa de afirmar que no había visitado la finca hasta que perteneció a los Arteaga. ¿Qué

era lo que ella sabía sobre Clara Almansa?

—No tienes que disculparte por los errores de mi padre —dijo Egan acercándose a ella.

—No, pero sí por mi silencio —dijo alzando una mano para acariciar la mejilla de Egan—. Si hubiera hablado antes, no tendrías que estar pasando por todo esto.

—¿Sabías que iba a tener un hijo con otra mujer? —preguntó Egan como si esa posibilidad fuera impensable.

Gabriela se pellizcó las manos y agachó la cabeza.

—Sí, Egan. Lo sabía, aunque desconocía quién era esa mujer, pero no tenía sospechas de Clara Almansa.

Tuve que agarrarme al respaldo de una butaca para tener estabilidad porque sentía que iba a desfallecer.

—¿Cómo lo descubriste? ¿Te lo dijo él? —bramó Egan con furia.

—Sí, tu padre me dijo que esperaba un hijo de otra mujer —La voz le temblaba.

Le confesó a su propia esposa que esperaba un hijo de otra mujer. Entonces ¿tenía intención de tenerlo?

—¿Tengo un medio hermano por alguna parte y me entero ahora? —clamó con una ironía ensordecedora—. ¿Dónde está? ¿Padre lo ha ocultado todo este tiempo escondido en alguna parte?

—No tienes ningún medio hermano, Egan. —Gabriela se acercó a él y le colocó la mano en la mejilla. De algún modo supe lo que iba a decir, como si mi mente ya se hubiera anticipado a ese momento, pero no quisiera creerlo—. Ese niño que esperaba con otra mujer eres tú.

En ese mismo instante miré a Egan, que se volvió tan blanco como la pared. Todo comenzó a dar vueltas, sentía cómo perdía la sensación de la audición, no veía con la misma nitidez y mi corazón bombeaba a un ritmo frenético sin precedentes. El único motivo por

el que Ildefonso Almansa le donaría su posesión más valiosa a Egan es porque sabía que era su nieto.

«Mi hermano. Me he acostado con mi hermano».

Si tenía que morir, ese era un buen momento, porque quedarme con vida significaba caer en el infierno.

25

Abrí los ojos aturdida sintiendo ruidos a mi alrededor que no lograba comprender.

Las imágenes se volvían con mayor nitidez conforme me adaptaba a la luz. Estaba tumbada en una cama con barreras a los lados y vi que tenía en las manos vías intravenosas cuyos cables conducían a dos soportes posicionados a ambos lados de la cama. Otro montón de cables salían de mi pecho y se conectaban a un monitor donde se visualizaba mi frecuencia cardiaca.

Tardé varios segundos en entender qué hacía allí, hasta que los recuerdos aplastantes de lo que pasó empezaron a asfixiarme y sentir que no podía respirar.

Egan y yo éramos hijos de la misma madre.

De repente y como si una losa cayera sobre mis hombros ralentizando y volviendo errática mi respiración, supe que debía ser real, que esa conexión visceral de la que él hablaba solo era fruto de la atracción genética, una disposición natural que hubiera sido muy diferente de haber crecido juntos.

Mi cerebro no era capaz de abandonar las imágenes de Egan y yo juntos, de todas esas veces que mi cuerpo reaccionaba en su presencia, y asociarlas al hecho de que él era mi hermano.

—Veo que ya has despertado. —La imagen de Eleonora entró en mi campo de visión. Llevaba una bata blanca y revisó el monitor, mis constantes. A continuación se sacó una pequeña linterna que apuntó a mis ojos para comprobar las pupilas—. ¿Qué tal te sientes?

—¿Física o emocionalmente? —respondí sin tratar de fingir.

—Athan me ha contado lo que ha pasado y entiendo que esto haya supuesto un shock tanto para ti como para Egan. Sé que apenas nos conocemos, pero si necesitas desahogarte o hablar con alguien que no tenga prejuicios con la situación, estoy aquí. Aunque en este hospital también hay muy buenos psicólogos, si lo prefieres.

¿Sabía que Egan y yo nos habíamos acostado sin saber que éramos hermanos? Tierra trágame. Si ya era denigrante sin que nadie más lo supiera, ahora directamente preferí cavar un hoyo y enterrarme.

—¿Dónde está Egan? —pregunté sin saber qué responder, porque lo último de lo que quería hablar era de la inevitable atracción que sentía hacia mi medio hermano.

—Nunca he visto a Egan perder la compostura de ese modo. Iba a reunirse con su padre. Athan y Karan decidieron acompañarlo para tratar de contenerlo, temen que en ese estado pueda hacer algo que traiga consecuencias. Espero que Karan logre disminuir su ira.

No tenía ni la menor idea de quién era el tal Karan, seguro que otro primo, poco me importaba a esas alturas, lo único que quería era salir de allí y regresar a Francia. Me puse por un momento en la piel de Egan. No solo se había enterado de que se había tirado a su medio hermana, sino que, además, su madre no era quien lo había gestado, así que tenía que afrontar cuarenta años de engaño.

—¿Puedo irme? —pregunté sin saber siquiera en qué hospital estaba, a cuánta distancia me encontraba del viñedo o como demonios había llegado hasta allí.

Mi madre no me había revelado nada sobre su pasado y, mirando en retrospectiva, estaba claro que yo debía haber hecho caso a mi padre: respetar su decisión para no inmiscuirme en su vida. Las piezas encajaban, todo adquiría sentido, pero lo peor de todo es que esa posibilidad ya había cruzado por mi mente y yo misma la deseché de inmediato creyendo que era impensable.

—No. Debido a tu enfermedad es una medida cautelar que te vigilemos durante las próximas horas. Además, Athan pidió que te realizasen algunas pruebas mientras aún estabas inconsciente y tendremos los resultados mañana a primera hora —añadió esbozando una sonrisa—. Egan llegó tan asustado cuando te trajo que nos pusimos en la peor de las situaciones. Afortunadamente, tu corazón no colapsó como creíamos, es mucho más fuerte de lo que piensas.

Quizá el de mi madre también lo era para haber soportado dejar un hijo atrás. ¿A qué clase de acuerdo llegó con Leonardo Arteaga para que él se quedase con su hijo y ella se marchara? Ahora podía entender por qué nunca habló, por qué no lo mencionó. Ella sabía que tendría otra vida, otra madre, y supuse que era consciente de que El Dorado le pertenecía.

—Si lo dices por darme ánimos, lamento decir que no funciona. Habría preferido que colapsara. —Traté de incorporarme.

No sabía qué hora era, ni cuánto tiempo había estado inconsciente, pero sentía el cuerpo flácido, incapaz de responder con facilidad a las órdenes de mi mente.

—Estarás un poco aturdida por la medicación, es normal, te mantuvimos sedada para tratar de controlar tus pulsaciones —dijo acercándose para ayudarme y elevó el respaldo de la camilla para que me sintiera más cómoda—. Cuando conocí a Egan, pensé que era un cretino de nivel superior —comenzó a decir captando mi

atención—, y con el tiempo no solo constaté este hecho, sino que además no podía creer que existiera un hombre tan engreído y descarado como él, pero bajo toda esa fachada de vanidad en realidad hay alguien con una determinación implacable y una fidelidad hacia los suyos admirable.

Escuchar su nombre me hacía recordarle en un modo que no debía. ¡Joder! ¡No era posible que todo mi cuerpo vibrase con solo pensar en él a pesar de saber que era mi puñetero hermano!

—¿Sí? Yo me quedé en la fase de cretino nivel superior —solté pensando en la primera vez que lo vi, sin reconocer que, muy a mi pesar, Egan no había sido exactamente el tipo de hombre que imaginé.

Sentí que el aire de aquella sala se llenaba de su perfume mucho antes de verlo y, en cuanto mis ojos conectaron con aquella mirada gris, percibí un rostro muy diferente al que estaba acostumbrada. La misma sensación que se iniciaba en la nuca y descendía como una corriente de energía que vibraba recorriendo todo mi cuerpo estaba presente, no me había abandonado desde el mismo instante en que le vi por primera vez. ¿Era mi sangre reconociéndole como hermano? ¿Por eso me sentía de aquel modo cada vez que estaba cerca?, ¿cada vez que me tocaba? Era enfermizo pensar en él así sabiendo que era mi hermano, pero, al mismo tiempo, no podía evitarlo.

No había rastro alguno en él de la jovialidad que le representaba, como si su brillo hubiera quedado opacado por una seriedad que no le había visto hasta ahora. Si había logrado hablar con su padre, estaba claro que las respuestas que este le había dado solo podían constatar lo que imaginábamos.

—Dejadnos solos —dijo dirigiéndose a Leo y a su primo, que estaba unos pasos atrás, quien asintió a la que era su prometida.

—Volveré luego —me susurró Leo antes de alejarse.

Egan no hizo amago alguno por acercarse.

—El primer día que te vi supe que romperías mi *statu quo*, solo que no esperaba que fuese de este modo —empezó en cuanto nos quedamos a solas.

Podría decir lo mismo, que él había destruido mi cotidianidad, mis normas, mis reglas, todos y cada uno de mis principios aplicados al sexo opuesto él los había aniquilado por completo.

—Mi madre nunca quiso hablar de su pasado, se negó durante veintiséis años a contarme lo que le sucedió. Debí respetar su decisión cuando recibí aquel e-mail y haber enterrado mi curiosidad; si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

—No son las circunstancias quienes nos definen, sino el modo que tenemos de responder a ellas. No podemos controlar todo lo que nos sucede, pero sí decidir cómo enfrentarlo. Nuestras decisiones forjan el destino y tanto el tuyo como el mío estaban decididos a encontrarse aquí, donde se originó todo. —Colocó las manos en la barrera que tenía a mis pies agarrándola con firmeza—. No voy a sentir remordimiento por lo que ha ocurrido o porque continúe deseándote del mismo modo —advirtió mirándome de una forma en la que a pesar de la seriedad que reflejaba su rostro podía ver aquel atisbo de lujuria en sus ojos.

Y lo peor es que yo tampoco podía evitarlo. Aunque aquello me pareciese una aberración y un despropósito, mis sentimientos no eran capaces de aceptarlo y aniquilar aquella atracción de inmediato.

—Sentir esto va en contra de cualquier deontología —afirmé con la voz rota—. Vine en busca de respuestas y he encontrado suficientes para saber que no debí abrir heridas viejas. En cuanto salga de este hospital, regresaré a Francia y cerraremos el último capítulo de esta historia que quedó a medias.

—Olvidas que El Dorado es tan tuyo como mío —dijo sin

sorprenderse de que quisiera marcharme de forma inmediata—. Y que hay alguien que pretende hacerse con él.

Podría responder que después de lo ocurrido, esa tierra de lamento y sufrimiento, de secretos guardados y escondidos, no me importaba una mierda, pero estaría engañándome a mí misma. Ese lugar tenía algo especial, una riqueza propia que se había apoderado de mí como si reconociese mis orígenes de forma autómata.

—La donación es legítima, no existe ningún riesgo —respondí obviando que hubiera afirmado que aquella tierra también era por derecho mía.

—No hasta que se haya probado —declaró—. Si he convivido con una mentira desde mi nacimiento, no voy a pasar el resto de mi vida entre dudas y falsedades. Mi padre afirma que la hacienda me pertenece por derecho propio y que Clara Almansa nunca quiso el hijo que esperaban, por eso hizo que mi madre fingiera un embarazo y de ese modo hacer creer a todos que era su legítimo heredero, pero niega saber qué sucedió con ella después.

El recuerdo de aquel cuaderno en el que mi madre indicaba que no era el momento, que ese bebé no debía llegar justo en ese instante porque era demasiado pronto, me llevaba a poder creer esa versión. ¿Acordaron que ella le entregaba a Egan y jamás se entrometería en su vida? Podría ser razón suficiente para haberse marchado y no tener la tentación de conocerlo. Quizá ella sabía que El Dorado sí le pertenecía a su legítimo dueño y renunció a la comodidad de una vida más holgada en beneficio de su propio hijo, haciendo creer a todos que había muerto.

Pero esa mujer que encontraron en el río no encajaba en la historia, seguía sin comprender por qué llevaba sus pertenencias. ¿Se las vendió para obtener dinero en su huida y aquella mujer murió?

—¿Aún crees que después de todas las circunstancias pueda existir una posibilidad de que no seamos hermanos? —exclamé—. Esa conexión visceral de la que hablaste es el reflejo de una atracción inconsciente por nuestra compatibilidad genética.

—Es posible —contestó acercándose a mí sin cambiar un ápice aquel semblante de seriedad que no era capaz de reconocer en él—. Aunque una parte irracional de mí mismo se aferra con fervor a la ínfima posibilidad de que no sea así. Tal vez esto solo sea un castigo por jugar a ser un Dios en un mundo frívolo. La ironía de pasar toda mi vida obteniendo aquello que deseaba, y ahora no poder tener lo único que deseo de verdad.

Sentí el burbujeo en mi vientre, un vuelco de emoción que se expandía como un viento suave, o más bien, como ese revoloteo de mariposas que con tanto ahínco me había aferrado a exterminar en los últimos diez años.

No. Yo no podía tener ninguna clase de sentimiento romántico por Egan. Absolutamente ninguno.

—Solo es un velo que cubre la realidad teñida por las circunstancias que nos llevan a privarnos de esta atracción. Ambos sabemos que de no haber descubierto esto, el final habría sido el mismo y que ni tú ni yo querríamos formar parte de una relación más allá del sexo. Así que terminemos con esto de una vez y hagamos esas malditas pruebas genéticas a pesar de saber cuál será el resultado.

Esa misma tarde me pasaron a una habitación privada y, después de recogernos muestras de saliva para compararlas, Egan se marchó.

Mi teléfono se había quedado en la hacienda, pero Leo me ofreció el suyo por si quería llamar a alguien. No pensaba preocupar a mi padre si le llamaba desde otro número y me costó tres veces teclear

el teléfono de Marion hasta que tuve el valor de pulsar el icono de llamada.

—No te asustes. Estoy ingresada en un hospital, pero solo es por precaución, estoy bien —afirmé en cuanto respondió al suponer que ya habría visto en el teléfono que era una llamada procedente de España.

—¡Maldita sea, Vic! Salgo esta misma noche para allá. ¡Sabía que había pasado algo cuando no contestabas a los miles de llamadas! He agotado la batería de tu teléfono, con eso lo digo todo, y hasta tengo la maleta hecha. ¡No me puedes decir que han prendido fuego a la hacienda y luego desaparecer! Vale. Ya paro. —Su voz era frenética y evidenciaba un tono asustado—. ¿Ha sido tu corazón?

—En parte sí —afirmé respirando profundamente y viendo que el monitor mostraba una frecuencia cardiaca estable—. Mis pulsaciones se aceleraron y me desmayé.

—Sabes lo peligroso que eso puede ser para ti. ¿Qué ha pasado? ¿Has descubierto algo más sobre ese supuesto hijo que esperaba tu madre? ¿Tienes un medio hermano?

—Lo tengo. —Sentí cómo se me empañaban los ojos—. Es Egan Arteaga.

Por primera vez en seis años, desde la muerte de mi madre, las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Hostia puta… ¿En serio? ¿Tu jefe es tu…? ¡Joder, joder, joder!

—Me acosté con él. ¡Me he acostado con mi puñetero hermano! —exclamé importándome muy poco que alguien pudiera escucharme y que además entendiera mi lengua.

Tenía que sacar esa sensación de ahogo porque, de no hacerlo, sabía que iba a quebrarme por dentro. Marion era como una hermana para mí, alguien que siempre había estado ahí como un pilar firme que encara tempestades abruptas. La única persona que

sabía con detalle todo lo que ocurrió con el innombrable y la que jamás me había juzgado a pesar de todas las veces que había tratado de insinuar mis errores.

—Al infierno que sea tu hermano. ¿Acaso podías saberlo? No entres en un bucle de autoculpa como si esto fuera un castigo por infringir tus propias normas. Te sentiste atraída por él como podría haberse sentido cualquiera, incluida yo. Y esa atracción fue mutua. Fin. No le des más vueltas. Puede que por ambos corra la misma sangre de tu madre, ¿y qué? No lo sabías. Mira los egipcios, solo se casaban entre hermanos para preservar el linaje y estaba bien visto.

—¿En serio me vas a mencionar a los egipcios como método de consolación? —ironicé.

—No estoy diciendo que sea un método de consolación, pero no puedes martirizarte por haberte sentido atraída hacia un hombre que acababas de conocer. Sois dos personas opuestas que han crecido en ámbitos separados. ¿Por qué debes culparte de algo que no sabías? Si me dijeras que estás enamorada de él, que sientes algo más que simple atracción, me preocuparía, pero por mucho que ese tío sea tu medio hermano, tú no lo sientes como tal porque no habéis crecido juntos ni os unen lazos fraternales —argumentó haciendo que por un momento me detuviera a pensar qué clase de sentimientos me unían a Egan.

¿Sentía algo por él? No. Por supuesto que no. El amor es solo una ideología volátil, incoherente e inaceptable. Ni yo estaba enamorada de Egan ni él de mí. Aunque aquella convicción hacía que inmediatamente pensara en todas las sensaciones que había sentido desde la primera vez que lo vi.

Colgué la llamada con Marion después de unos minutos más, cuando Leo regresó de nuevo a la habitación. De algún modo como solo sabía hacer mi prima, aquella losa que oprimía mi pecho ahora

se había reducido y era capaz de soportar su peso.

Si nos habíamos convertido en dos peones en aquel tablero de ajedrez cuyo juego iniciaron nuestros padres, íbamos a poner fin a la partida.

26

Egan estaba de pie, observaba la vista que se podía admirar desde la ventana de la habitación en silencio. Su aspecto era impecable, el perfil de su rostro mostraba aquellos rasgos perfectos y, a pesar del semblante serio, seguía siendo inmensurablemente atractivo. Allí estaban otra vez esas mariposas flotantes, esa sequedad en la garganta y una sensación de culpa innata por sentirme atraída hacia alguien que genéticamente estaba prohibido para mí.

—Hola —dije atrayendo su atención y se giró rápido para verme.

—¿Qué tal estás? —preguntó sin acercase, manteniendo las distancias entre nosotros.

—Lo bastante bien para salir de aquí —afirmé con una leve mueca, que no llegó a ser una sonrisa.

El primo de Egan apareció en ese momento para informar de que las pruebas que me habían realizado no arrojaban valores alarmantes y mi cuadro clínico dentro de mi enfermedad era estable. Aun así se ofreció a seguir mi caso de cerca para vigilar el más mínimo cambio. A diferencia de mi madre, mi enfermedad estaba en un estado inicial. Me hicieron las pruebas cuando se la descubrieron a ella y se esperaba que, con la medicación, se ralentizara lo máximo posible para permitirme una vida más prolongada que la de ella. Por

eso era tan importante vigilar que el tratamiento hiciera efecto e impidiese que la cardiomiopatía avanzase.

Me limité a no mirar a Egan mientras dejábamos el hospital atrás. La situación era incómoda, por primera vez estábamos a solas en un espacio minúsculo después de ser conscientes de lo que había cambiado entre nosotros y no saber cómo actuar el uno hacia el otro.

—¿Cuánto tardarán en tener los resultados de las pruebas genéticas? —pregunté. Necesitaba pensar en otra cosa que no fuera el olor que desprendía su piel.

—Cinco días —contestó—. Mi padre ha reconocido que solo pagó un ínfimo valor por una pequeña porción de tierra, el resto fue una donación como familiar de Ildefonso Almansa.

—Así que las deudas, el dinero que supuestamente le dio tu padre sin declarar, ¿todo es una patraña? ¿Se inventó todo eso para esconder que eras su nieto? —Mi tono de voz era cada vez más furioso—. ¿Hacía falta calumniar de ese modo a un hombre que lo había perdido todo? Lo único que le quedaba en este mundo eran ese viñedo y tú, ¿qué sentido tenía que se marchase? Es obvio que no lo hizo por voluntad propia.

Probablemente le estaba haciendo las preguntas a la persona equivocada, pero dado que Egan era incapaz de decir nada, imaginé que él mismo se las había hecho también. Frenó de golpe y el cinturón de seguridad detuvo el impulso de mi cuerpo. Noté su agitación, la respiración errática y la fuerza de control que trataba de ejercer para mantener las manos firmes en el volante.

Alargué la mano para tocar su brazo y se apartó en cuanto sintió el roce como si el contacto entre nosotros le quemara. Se quitó el cinturón y abrió la puerta sin molestarse en cerrarla. La brisa del

exterior arrasó el interior para llevarse los resquicios del olor que impregnaba todo en ese habitáculo.

Me había centrado en mí, en lo que pensaba yo, en lo que sentía yo, y ahora me daba cuenta de que estaba desempeñando un papel muy egoísta en aquella ecuación porque Egan era una víctima aún mayor. Al menos yo sabía quiénes eran mis padres por más que hubiera crecido con todas aquellas incógnitas. En cambio, él había construido y asentado su existencia sobre unos cimientos que ahora se habían resquebrajado y amenazaban con romperse en mil pedazos.

Me bajé con lentitud, rodeé el vehículo y le encontré dejado caer sobre la puerta de atrás, con los ojos cerrados, como si estuviera concentrado en contar el tiempo de inspiración y espiración.

—Te he acusado desde que llegué de ser alguien egoísta que solo piensa en su beneplácito y me olvidé de que la mirada más crítica es la que viene desde dentro, sin pensar en tus propias luchas y, que en los marcos que limitan nuestra historia, has sido el que sin duda más ha perdido. —Puede que mis sentimientos por Egan no fuesen de la índole que deberían ser hacia un hermano y que nuestros lazos fraternales no existieran, pero tampoco podía fingir que él me resultaba indiferente, porque su dolor, ese que llevaba internamente y se guardaba para sí mismo, a mí también me dolía—. Llevo demasiado tiempo sin dejar que alguien se acerque a mí, y se me ha olvidado lo que es confiar, compartir un dolor ajeno que no sea el mío propio. —Coloqué una mano en su pecho, sintiendo que su corazón vibraba con fuerza—. Mi raciocinio solo me dice que huya, que me marche lejos de aquí e intente ignorar todo esto. Olvidar que existes.

Egan me cogió la mano con firmeza y abrió los ojos para verme frente a él.

—¿Y qué te dice tu instinto?

—Que me arrepentiré el resto de mi vida si lo hago.

Había pasado toda mi existencia llena de preguntas sin respuestas, buscando la identidad que me faltaba para completar esa parte de mí misma. No iba a dejar que mis miedos, dudas o incertidumbres, llevasen el timón hacia un destino que no es el que deseaba.

Egan tiró de mí con fuerza y unió su frente a la mía. Me rozó suavemente con la nariz. Sentía sus labios a una distancia enfermiza.

—Me alegro, porque no iba a permitir que te marchases.

—Eres a quien más le conviene que me vaya —dije sin tratar de apartarme.

—Ahora mismo tú eres lo único real y tangible que tengo en mi vida, sea cual sea la conexión que nos una —contestó ladeando la cabeza y apartándose de repente—. Además, prometí que te protegería.

—Incluso de ti mismo —dije perdida en esos ojos, que eran un fiel reflejo de un día nublado de tormenta, como la que se debía estar desarrollando en su interior.

—Incluso de mí mismo —repitió sin dejar de mirarme.

Nos sumergimos en un silencio que decía mucho más que cualquier palabra vertida en ese instante.

El teléfono de Egan comenzó a sonar. Lo sacó sin demasiado entusiasmo del bolsillo, quizá porque no le interesaba en ese momento atender ningún asunto que no fuese de índole personal.

—Es del bufete de abogados —dijo antes de responder y colocar el manos libres ante la idea de saber si habían podido descubrir algo sobre quién estaba detrás del sabotaje y el incendio.

—Señor Arteaga, Marcos Hernández, de derecho penal económico, no sé si me recuerda. —Probablemente habría mencionado aquella

frase de presentación miles de veces a lo largo de su vida—. Llevé la acusación sobre el caso de corrupción y manipulación de pruebas contra Meredith Garrido.

—Sí, sí, lo recuerdo —contestó sin molestarse en silenciar el altavoz a pesar de ser algo que no tenía nada que ver con la hacienda—. ¿Se ha decretado ya la sentencia? —preguntó sin demasiado interés.

—Lo llamaba justo por eso. Al parecer la nueva defensa de Meredith ha aportado nuevas pruebas que la exculparían de las acusaciones.

—¡Eso es imposible! ¡Yo mismo vi esos datos en el disco duro! ¡No había dudas de los movimientos de dinero! —bramó fuera de sí.

—Sí. El problema es que la aportación de esas nuevas pruebas desestima que las transacciones tengan validez. La defensa alega que los movimientos se hicieron con una motivación altruista y que los beneficios no van en el interés de la acusada, así como la supuesta manipulación de pruebas o las recaudaciones para ONG que realizaba el Colegio Oficial de Medicina. —La voz de aquel abogado no parecía alterada, supuse que mantener la calma a pesar del modo en el que Egan se había dirigido a él formaba parte de su trabajo—. He investigado las empresas que respaldan los movimientos de Meredith y todas pertenecen al consorcio de Nexum.

La cara de Egan cambió de repente para mostrarse como alguien despiadado sin ningún remordimiento.

—Eso es imposible —dijo impávido.

—En realidad, el principal motivo de mi llamada es para decirle, o más bien, preguntarle si desea que investigue las implicaciones e intereses que el grupo Nexum pueda tener con la acusada.

—Hágalo —contestó sin pensarlo—. Y manténgame informado de sus progresos.

Colgó el teléfono y se subió al coche. Le seguí sin saber qué pensar sobre lo que acababa de ocurrir, ya que no tenía ni idea de quién era la tal Meredith y qué relación tenía Egan con ella.

—Necesito que me hagas un favor —dijo arrancando el coche y sumergiéndose en el tráfico con fluidez.

—¿Qué clase de favor? —pregunté comenzando a acostumbrarme a su apresurada forma de conducir.

—Que no menciones lo que has escuchado a nadie, sobre todo a mi primo Athan y a su prometida —dijo sin mirarme.

—Por supuesto. Tienes mi palabra —contesté sintiendo que era la última persona que debía inmiscuirme en un asunto que desconocía.

—Meredith trató de echar por tierra la carrera de Athan y Leo logró las pruebas necesarias para acusarla, así que buscará vengarse de ambos si logra evitar la sentencia.

—¿Y no crees que sería mejor avisarlos?

—No hasta averiguar por qué mi maldito padre tiene intereses en que Meredith se libre de la cárcel.

No mencioné por qué no se lo preguntaba él mismo, pero no era la más indicada para hablar, no cuando yo había pasado todos estos años evitando plantearle a mi madre esas preguntas porque sabía que no obtendría respuestas. Desconocía cuál era la relación de Egan con su padre, pero imaginaba que, después de descubrir que le había engañado toda su vida y obligado a su madre a fingir un embarazo, lo último que deseaba en ese instante era verlo y mucho menos volver a enfrentarlo.

La normalidad había regresado a la hacienda, salvo por el silencio extraño que había dejado el incendio. Rodríguez nos informó de que habían terminado de recaudar pruebas para determinar que fue intencionado, así que habría que comenzar los trabajos y preparar el

terreno para una nueva plantación, aunque tardaría varios años en volver a dar sus frutos.

Había estado poco más de veinticuatro horas fuera y sentía que todo era muy diferente. No sabía qué rol se suponía que debía tener ahora, ni cuáles eran mis funciones o por qué motivo estaba allí realmente.

La verdad puede ser dolorosa, lacerante y se abre desde lo más profundo para desnudarnos y obligarnos a ver aquello que quizá no querríamos descubrir.

El ruido de la cadena de envasado resonaba por toda la nave cubriendo el resto de los sonidos, incluidos los de las máquinas que transportaban las barricas del glissando, el vino joven que se producía con las plantaciones autóctonas de bobal, hacia el final de la nave, donde se procedía a embotellarlo.

Me dirigí hacia allí y comprobé que Egan estaba hablando con alguien que no era Rodríguez, pero se apartó en cuanto me vio y caminó metiéndose las manos en los bolsillos, una acción que jamás le había visto hacer y que claramente indicaba incomodidad.

—He decidido conservar un cinco por ciento de la producción total del glissando sin envasar —decretó en cuanto la distancia fue suficiente para que le escuchara por encima de aquel sonoro ruido.

—¿Quieres producir una crianza añeja? —Me extrañó que tomara esa decisión precisamente ahora, cuando la bodega no parecía estar pasando por su mejor momento.

—No, quiero probar algo diferente —dijo esquivando mi mirada—. Lo dijiste tú. Las grandes bodegas no piensan en producir vinos de excepcional calidad, solo en acaparar una parte del mercado que se traduzca en buenos números, y tenías razón, es lo que llevo haciendo años sin preocuparme en tener un sello propio. Cuando me hice cargo de este lugar tenía demasiadas ideas, quería conseguir

que las cepas se adaptaran a este clima y ofrecieran un sabor diferente, quería buscar esa caracterización propia y ofrecer algo innovador, distinto, único…, pero convertí este lugar en otra empresa más que diera beneficios sin importarme demasiado la calidad, y habría seguido así de no haberme quitado el velo que me nublaba la vista. Así que ahora estoy dispuesto a subsanar mi propio error.

—Reconozco que gran parte de todo lo que dije tenía doble intención. Quería alejarte de mí y tal vez infundí unas pretensiones que buscaban herir tu orgullo —confesé.

—Lo sé —contestó sin sorprenderse—. Sé que querías alejarme de ti y eso fue lo que más me atrajo, porque detrás de cada palabra hiriente existía una verdad que dolía aún más. —Su mirada se fijó en la mía y tuve que apartarla rápidamente para que aquella corriente de electricidad no me dejara el cerebro frito.

Aquello era una tortura. ¿Por qué no era capaz de frenar esos impulsos que me llevaban a desearlo con ese fervor impropio?

—¿Qué harás con ese cinco por ciento? —pregunté ante la necesidad de acabar aquella conversación y poner distancia entre nosotros.

—Voy a macerarlo en las barricas de cerezo, al igual que el chardonnay. —Su rostro pícaro y jovial había regresado unos segundos al decir aquello, como si la decisión le entusiasmara.

—¿Sabes que puede ser una idea nefasta y que podrías perder mucho dinero? —pregunté siendo realista.

—Ya te dije una vez que me gustaba correr riesgos —me advirtió acercándose un par de pasos, los mismos que yo di hacia atrás.

—A veces esta clase de riesgos solo da pérdidas.

—Me da igual —contestó avanzando hacia mí—. Esas barricas estaban aquí por algo, puedes tomarlo como una señal, aunque estoy convencido de que esta idea ya se le ocurrió a Ildefonso, y

pienso llevarla a cabo.

—Bueno, es tu hacienda, tu dinero, tu responsabilidad —admití sintiendo que había chocado con la estructura del soporte que mantenía una de las fudres.

—¿No vas a contradecirme e insistir en que es una idea nefasta? —exclamó con ese matiz propio de él.

—Dudo que sirva, pareces haber tomado la decisión sin importar las consecuencias, después de todo, el vino surgió de una observación accidental del proceso de fermentación, una simple casualidad, como el hecho de que yo esté aquí ahora.

Un par de trabajadores pasaron cerca de nosotros, reconocí a uno de ellos como Jaime, y noté que nos observaban, aunque no emitieron comentario alguno. A Egan pareció no importarle este hecho, ya que continuaba a poca distancia.

—¿Estás segura de que todo es casual? —exclamó—. Empiezo a no creer nada en las casualidades, Victoria, sino que alguien se está riendo a nuestra costa, jugando con los hilos del azar y haciendo creer que no podemos prever las consecuencias.

—Es imposible que alguien conociera mi pasado para conectarme a este lugar. Mi madre nunca habló de su origen.

—El impostor será derrocado y la verdad se alzará implacable, cobrando la venganza de los traidores —recitó la frase que habían escrito en la fachada de la casa—. He repetido esa frase más de mil veces en mi cabeza, intentando entender qué significa o si su intención es focalizar la atención en otra parte. Y a la única conclusión a la que he llegado es que se trate de ti. Yo soy el impostor. Tú eres la verdad. Mi padre es el traidor.

—Eso no tiene ningún sentido. Ni yo misma sabía lo que había ocurrido.

—Aquí lo único que no tiene sentido es lo que ambos sentimos —

ratificó con vehemencia y noté cómo sus ojos se dirigían a mis labios.

«¿Si niego mil veces que no quiero besarlo, terminaré por no desear hacerlo?».

Aquello no era una simple imposición de mis normas, sino una culpabilidad carcomiendo mis entrañas por continuar deseándole con un ardor que me abrasaba.

—No. —Me aparté de él y evité así su mirada—. Esto tiene que acabarse. No existe un ambos. No hay lugar para un nosotros en la misma frase. Ni como amantes. Ni como hermanos. Ni como nada —solté con ímpetu—. Y cuanto antes lo afrontemos, mejor para los dos.

Caminé alejándome de él hacia la salida de la bodega. Sentía que él me observaba. No poder quitarme aquella sensación de ardor me oprimía el pecho, encandilaba mis sentidos. Aborrecía esa parte de mí que era incapaz de rechazarlo.

27

La Noche de los Mayos presagiaba una energía que transmitía jovialidad y entusiasmo por los festejos. Llevaba cuatro días pasando la mayor parte del tiempo en campo abierto, revisando meticulosamente cada hectárea, analizando el terreno, estableciendo nuevas pautas de riego y aprovechando todos los dispositivos disponibles en el laboratorio para hacer un examen exhaustivo de las cepas. Implicarme de aquel modo en algo que me apasionaba era la mejor forma de evitar a Egan, que iba y venía sin cesar de la ciudad a la bodega, y yo hacía todo lo posible por no cruzarme con él.

No había dormido en la casa de la finca desde que salí del hospital. No le pregunté por qué, una parte de mí agradecía aquella distancia. Quizá él también era consciente de que, a pesar de no poder evitarnos eternamente, aquel tiempo ayudaba a asimilar la situación y las circunstancias.

Faltaban pocas horas para que la fiesta iniciara y recorría con el quad uno de los senderos que se dirigían hacia el camino principal. Jaime me había enseñado a utilizarlo en apenas unos minutos y lo cierto es que resultaba más fácil de lo que imaginaba. Había visto cómo cargaban decenas de cajas de vinos de la bodega para llevarlos al pueblo.

Desde el incendio y el mensaje en la fachada, no se había producido ningún otro incidente. Nadie había merodeado por la casa o intentado entrar en el desván. Y tanto en las bodegas como en la finca todo parecía normal, pero aquella calma extraña daba la impresión de ser el preludio de algo. Por más que la policía estuviera trabajando en ello, no había ni una sola pista de la que tirar, y eso solo evidenciaba que quienes se encontraran detrás conocían a la perfección el lugar para saber dónde y cómo intervenir, o eran demasiado inteligentes para estudiar con premeditación cada paso.

¿Sería un trabajador? ¿Alguien que frecuentara la hacienda? Pero ese olor, ese rastro peculiar que me hizo descubrir la existencia del desván, no pertenecía a nadie que trabajase en la hacienda. Lo habría sentido, más aún teniendo presente que cada día almorzábamos juntos.

Me detuve a un paso de la cerca que rodeaba los olivos, donde unas cepas crecían frondosas bajo la sombra y se avistaban sus frutos.

Durante esos cuatro días había sido incapaz de pasar de largo, así que me bajaba del quad, saltaba la verja, cuya única misión era impedir que roedores y animales pequeños la cruzaran, y me acercaba para tocar las hojas, comprobar el fruto y ver que a diferencia del resto estaban mucho más nutridas. Aquellas cepas de bobal eran fuertes, sanas y excepcionales. Debían de ser sin duda las cepas madre.

Escuché un motor aproximándose por el camino y me levanté. Estaba atardeciendo, el turno ya habría acabado para los preparativos de la fiesta y seguramente no quedase nadie en la bodega a esas horas. Supuse que serían Rodríguez o Jaime; habían estado haciéndome sombra a pesar de mostrarme bastante escurridiza, pero imaginé que solo seguían órdenes de Egan.

Supe que no era ninguno de los dos cuando el vehículo paró junto al mío y el conductor se quitó el casco sin bajar.

—No deberías estar sola aquí, menos aún cuando no queda nadie en la bodega —dijo Egan sin molestarse en saludar.

—Si quisieran hacernos daño personalmente, lo habrían hecho desde el principio —contesté con el mismo tono distante—. Son las cepas madre del bobal, ¿verdad? ¿Por qué no están cerca de la casa, sino en estos terrenos y justo al lado de los olivos?

Estaba claro que todos los esquejes para las plantaciones de esa variante los debían haber sacado de allí, la calidad genética y sus características excepcionales debían de ser propicias, de ahí que estuvieran protegidas por esa valla y el asombroso estado en el que estaban.

—Mira a tu alrededor y dime qué ves.

No entendía a qué se refería. En derredor había hectáreas de plantaciones que él mismo había importado.

—¿Vides? —exclamé sin entenderle.

—Mira un poco mejor —contestó con pasividad y miré hacia los cuatro puntos cardinales sin divisar otra cosa que el verdor de las plantaciones de vides.

—Nada —contesté sin comprender aquel misterio con el que hablaba.

—Exacto. No hay nada —dijo con una leve sonrisa—. Salvo estos olivos que llevan centenares de años aquí.

—Eso tiene menos sentido aún, tanto el olivo como la vid requieren agua, nutrientes y espacio. Si sus raíces se entrelazan podrían competir por esos recursos y limitar tanto el crecimiento como la salud de una o ambas plantas. Colocar aquí a conciencia unas cepas madre es una locura.

—Es posible que nunca haya estado cuerdo —confesó y me quedé

mirándolo boquiabierta.

—¿Has cambiado de lugar unas cepas madre aun a riesgo de cargártelas? —exclamé incrédula.

Las posibilidades de que las raíces del olivo matasen la planta eran aproximadamente del noventa y nueve por ciento. Si estaban en aquel estado era porque sus raíces no se habían fusionado y les propiciaban suficiente agua y nutrientes.

—Te advertí que me gustaban los riesgos —dijo divertido, como si estuviera disfrutando de ello.

—Eso es un desafío contra la naturaleza y en el momento en que las raíces se mezclen las cepas madre sufrirán, se verán alteradas tanto en su sabor como en su condición natural y…

—Las raíces comenzaron a fusionarse hace diez años, ahora coexisten y se han convertido en una única —decretó con naturalidad y comprendí que eso era lo que había buscado colocándolas allí.

—¿Por qué?

—Una armonía entre lo efímero y lo eterno, entre lo ancestral y lo divino. Hacer lo imposible posible. La creación de una variante nueva, más fuerte, más arraigada a la tierra, más resistente, más longeva, con un sabor único, diferente y embriagador. Una mayor complejidad y textura, un equilibrio perfecto entre vitalidad y profundidad cuyos matices serán únicos en el paladar.

«Jugar a ser Dios».

—¿Llevo acusándote desde que llegué de no hacer nada excepcional y me has ocultado esto?

Era un genio o un loco, pero desde luego no tenía término medio.

—Sacar los esquejes y esperar que den frutos conllevará al menos cinco años, aunque me guste vanagloriarme de mis logros, esto solo es un concepto nuevo que puede salir estrepitosamente bien o mal.

—La posibilidad de que sobrevivieran era tan ínfima que casi no se explica que estén en ese estado y, sin embargo, tú parecías saber con antelación que iba a funcionar, como también sabes que darán un fruto excepcional. —Lo miré con intensidad, quizá esperando descubrir la seguridad en sí mismo que le caracterizaba—. ¿Cómo sabías que funcionaría? —pregunté aun sin encontrar sentido al riesgo que había corrido.

—Simplemente lo sabía —contestó encogiéndose de hombros.

¿Eso era una respuesta? ¿Acaso era vidente? De serlo, no tendría toda la plantación del albariño en cenizas.

—¿Del mismo modo que sabías que había que cambiar el estrato de los terrenos del pinot noir antes de tener los resultados? ¿De la misma manera que has decidido poner el chardonnay y una parte del bobal en las barricas de cerezo fingiendo no saber cuál sería el resultado? Puede que solo seas alguien con suerte y tan forrado que te dé igual si sale mal, pero esto… —advertí señalando las frondosas vides bajo los olivos—, eso no se puede predecir, es una alteración total del sentido de la naturaleza, ¿y tú simplemente lo sabías? No. Imposible. Ni que tuvieras poderes divinos como Dionisio.

Mi respuesta le hizo reír. Llevaba demasiados días sin que lo hiciera, sin que esa jovialidad regresara a su rostro como parte de su esencia. Me gustó. Incluso podía afirmar que demasiado teniendo en cuenta las circunstancias.

—No me desagradaría, según tengo entendido en el Olimpo están permitidas las relaciones entre parientes consanguíneos.

—Egan…, esto no es ninguna broma. —Cambié el tono porque entrar en esa conversación era inadmisible.

Evidentemente, compararlo con el dios del vino, la alegría y el desenfreno hasta casaba con la personalidad de Egan, por mucho que no dejase de ser algo absurdo, pero aquel comentario tomaba

un matiz que dejaba muy atrás la diversión dada la gravedad del asunto.

—No, no lo es cuando está claro el motivo por el que nos evitamos. Por mucho que un maldito papel dijera que por nuestras venas fluye la misma sangre, ni tú ni yo lo sentiremos de ese modo.

—Da igual, eso no cambiará el hecho de que somos hermanos.

—Ahora mismo solo existe una suposición y ninguna certeza —dijo acortando los apenas diez pasos que nos separaban en medio de aquel páramo donde estábamos completamente solos—. Y sé que, si te besara, ninguno de los dos se detendría.

Podía negarlo. Decir sin ambages que no lo deseaba, que no quería volver a probar sus labios aunque solo estuviera mintiéndome a mí misma. Así que me aparté poniendo distancia entre ambos, no permitiendo que su piel tocase la mía porque sabía que sería irresistible. Tenía suficiente con esos recuerdos martirizándome cada noche y a los que no podía poner freno. La mente me traicionaba al recordar el placer que él me hacía sentir, la vibración de aquel intenso orgasmo, el sexo desenfrenado y esos besos impúdicos a la vez que salvajes arrebatándome el control total de mi cuerpo.

—Lo que deseamos y lo que podemos tener no siempre coincide. —Salté la valla y me alejé por el lado extremo para evitarlo—. Quizá es el precio que debemos pagar por las respuestas que buscamos.

Llegué hasta el quad y me coloqué el casco sin esperar a que él hiciera lo mismo. Era la segunda vez que huía de él por temor a no controlar mis impulsos, y la primera que era más que consciente de que aquellos sentimientos no iban a cambiar por mucho que me pesara reconocerlo.

No sé de qué forma aquel maldito hombre se había adentrado en mi cabeza.

—Si fueras alguien conformista, no habrías llegado tan lejos —dijo

antes de que girase la llave que encendía el motor—. Te habrías marchado hace días en lugar de continuar aquí —añadió cuando vio que permanecía inmóvil.

Me bajé sin quitarme el casco y fui decidida hacia él sintiendo que la sangre en mis venas regurgitaba. No pude contenerme.

—¿Qué quieres? ¡Maldita sea! ¿Qué es lo que crees que vas a conseguir con esto? —grité y traté de empujarlo, pero cuando no se movió me quité el casco y lo tiré sin miramientos—. ¿Que admita que yo también quiero besarte? ¿Que también pienso en lo que ocurrió y me martirizo por desear a alguien con quien comparto la misma sangre? ¿Que no puedo dejar de culparme porque cada vez que te veo anhelo que vuelva a repetirse? ¿Y qué, crees que va a cambiar algo? —ironicé amargamente y sentí que mis ojos se empañaban forzándolos a no derramar ninguna lágrima—. Da igual lo que sienta, el resultado será el mismo.

EGAN

«Para mí no», pensé sin dejar de mirar aquella tormenta en sus ojos, despertando un fuego en mi interior que me consumía.

Necesitaba saber que no era el único que se sentía de ese modo, que aquel deseo impropio y visceral hacia ella era recíproco. La deseaba, ¡joder! En mi puñetera vida había ansiado tener a una mujer como lo sentía con ella.

«Y es a la única que no podrás tener». Irónico, ¿no? Pasarme toda mi jodida vida rodeado de chicas hermosas, teniendo a cientos de amantes en mi cama para satisfacer cada una de mis fantasías y haciéndome sentir pleno, satisfecho, encantado del placer que me ofrecía el sexo opuesto. Nunca había ambicionado más, sentir más, anhelar más, albergar un deseo superior al que obtenía, hasta que

apareció ella con su rebeldía, con aquella lengua como un cuchillo recién afilado cuyas verdades habían provocado que me enfureciera. La única mujer a la que no le generaba ningún interés, inmune a mis pretensiones, que rechazaba mis propuestas y, al mismo tiempo, la única que parecía ver quién era yo.

Por primera vez experimentaba lo que suponía reprimir mis instintos, no poder cruzar aquella línea que separaba su boca de la mía por unos centímetros, y saberlo torturaba una parte inexplorada y de la que hasta hacía unos días creí inexistente. ¿Por qué precisamente ella? Pero a pesar de saber la respuesta, era la primera vez que nada estaba en mis manos para cambiar el resultado.

Una posibilidad contra noventa y nueve, ese había sido el porcentaje para que aquellas cepas madre que yacían a mis pies sobrevivieran. Y lo habían hecho, con la certeza de saber que lo lograrían. Ahora existía la misma ínfima posibilidad de que aquella historia compleja que conformaba nuestro pasado no tuviera el final que aguardábamos. Mi padre había construido una pirámide de mentiras, una sobre otra, asentadas y entretejidas con tanta firmeza que me llevaban a dudar que, entre esos cimientos, se ocultara una verdad aún más lacerante.

Era consciente de que Leonardo Arteaga aún pudiera esconder algo, demasiado turbio para reconocerlo, lo suficiente para haberme amenazado con desheredarme si no dejaba de indagar en aquella historia. ¿Qué es lo que tanto temía que pudiera descubrir? Conocía lo suficiente a mi padre para saber que no habría dejado cabos sueltos, pero el nerviosismo con el que parecía admitir la verdad no me dejó duda de que aún se estaba guardando una carta bajo la manga. Desde mi niñez le había visto actuar como un jugador innato, despiadado, atento a cada oportunidad, pero jamás habría pensado que podría haber manipulado mi propio origen

condicionando a mi madre de ese modo.

No la culpaba a ella, solo era una pieza prescindible de su juego, siempre lo había sido. Tal vez por esa misma razón crecí descubriendo que el matrimonio no era una representación del amor, sino una transacción de intereses mutuos. Para mi padre, la unión con la familia de mi madre suponía estabilidad y prestigio; para ella, la libertad al liberarse de su familia a pesar de renunciar a sus propios propósitos. Y aunque yo no era su hijo biológico afrontar el engaño de su marido, jamás me hizo sentir que ella no fuera mi madre.

Observé cómo los ojos de Victoria brillaban. Trataba de contener las lágrimas. Aquellos ojos oscuros que escondían sus propios miedos y acallaban la tormenta interna que se empeñaba en ocultar. Desde el principio sentí que huía, que aquel modo de hostigarse solo era un escudo de defensa que me empeñé en destruir porque necesitaba ver lo que ocultaba en su interior. Sin saber que, al hacerlo, me perdería a mí mismo en aquel pozo profundo donde las sombras de mis más íntimos temores quedaban entrelazadas con las suyas, atrapado entre las grietas de aquello que intentaba desvelar.

—Lo cambia todo.

Alcé la mano para tocar su piel. Rodeé su cuello y la atraje hacia mí.

Ese sentimiento era real, tangible, y amenazaba con asolar cada parte de mi cuerpo ante la desesperación de unir mis labios a los suyos. Si lo hacía, sería incapaz de apartarme de ella para tratar de consumir aquel fuego. No sucumbir a la tentación implicaba dejar que las llamas me devorasen por completo.

—No lo hagas —dijo a la vez que cerraba los párpados y las lágrimas brotaron del inicio de sus ojos para iniciar un viaje por sus mejillas en el que dejaban el surco húmedo a su paso.

Por instinto llevé los labios al punto exacto donde logré atrapar una lágrima, impidiendo que siguiera su recorrido. La detuve a tan solo unos milímetros de su boca, sintiendo el sabor salado y el reflejo del silencio en aquello que no puede decirse con palabras, pero que se siente desde lo más profundo del alma.

Me había enamorado de Victoria Monfort. Probablemente lo había hecho desde el mismo instante en que supe que no se parecía a ninguna otra mujer que hubiese conocido. Me encapriché de su tenacidad y oposición. Me embriagué de su perseverancia y seguridad en sí misma. Enloquecí con el hecho de que siempre intentase llevarme la contraria o hacer un juicio sobrevalorado de mis propios errores. Y me sedujo la sensación de ardor que recorría mi cuerpo cada vez que nuestras pieles se rozaban. Sí, aquello sin duda era más que simple deseo o lujuria sin control. Esa conexión indescriptible que me arrastraba hacia ella y que, por más que había intentado controlarla, persistía con mayor fuerza. Ni siquiera logré desechar ese sentimiento al pensar que me había engañado, utilizado o manipulado, sino que me sentí aún más furioso por continuar deseándola de aquel modo.

—Puede que seamos como el sol y la luna, condenados a vivir en el velo de la distancia, en dos mundos distintos que coexisten, pero que jamás podrán estar juntos, y aun así, hay una ínfima posibilidad para ellos, un momento en el que esos dos mundos se niegan a seguir su curso, donde el sol le cede su lugar a la sombra y se alza en su quietud silenciosa. Quizá no sepa cómo, ni cuándo, ni por qué, pero pienso encontrar nuestro propio eclipse.

Me aparté de ella con lentitud, consciente de que quería preservar el calor de su piel en mis manos. Me alejé para no lanzarme sin piedad sobre sus labios. Así que caminé hacia atrás sin dejar de perderme en sus ojos, sintiendo el latido de su corazón apresurado.

Dándole el espacio que sabía que ella necesitaba tener.

Esa noche todo el mundo estaría en el pueblo, celebrando una festividad ancestral a la que llevaba años sin asistir. Aquella vez no sería diferente, por más que me atrajera la idea de estar cerca de Victoria, tenía asuntos más importantes que atender, lo bastante relevantes para que en absoluto dependieran de mí.

Había recibido una llamada del abogado Hernández que llevaba el juicio contra Meredith y sus indagaciones le habían conducido hasta unas sospechas que convertían el caso en una cuestión de índole personal. Lo último que esperaba hacer en aquel juego macabro era llegar a un acuerdo favorable con la encantadora de serpientes que casi le arruinó la vida a mi primo.

28

«Encontrar nuestro propio eclipse».

Ni los cánticos que se escuchaban o el ruido del gentío me sacaban aquellas palabras de la cabeza. Era la primera vez que estaba fuera de la hacienda y en un ambiente por completo distinto al laboral. No tenía por qué estar abriendo botellas de vino sin cesar, pero así no me dejaba arrastrar por mis propios pensamientos.

—¡Rodri! ¡Llévala a dar una vuelta por el pueblo para que lo conozca! —le apremió Roberta a Rodríguez. La confianza que se mostraban me daba a entender que lo trataba como a un hijo, probablemente como a la mayoría de los que trabajaban allí. También lo hacía conmigo, aunque solo nos conociésemos de unas semanas.

—No hace falta, en serio, estoy bien. —Sonreí débilmente, pero Rodríguez ya había soltado la caja con los vasos cerca de uno de los empleados y se dispuso a esperar complaciente para que aceptara.

—Llévatela —insistió Roberta.

Acabé por ceder solo para que no mortificara más al capataz.

Me pareció despertar bastante curiosidad entre los lugareños, pero intuí que el principal atractivo era que caminaba al lado de Rodríguez.

—Siento que Roberta te haya obligado a que me lleves contigo, no pretendo ser una molestia, ya tienes que soportar mi presencia en la hacienda como para tener que hacerlo también fuera —comenté muy consciente de que ese hombre no era capaz de llevarle la contraria a nadie.

Vi que trataba de resistir una pequeña mueca en forma de sonrisa. Su prudencia jamás le había llevado a contradecirme, sabía cuál era su posición y se limitaba a acatar las órdenes recibidas para transmitir las suyas a los trabajadores a su cargo. Desde que había llegado, no le había visto abusar de su autoridad ni una sola vez, sino trabajar con mayor ahínco que el resto. Imaginaba que era aquel carácter lo que le había convertido en el capataz de la hacienda.

—Reconozco que cuando llegaste dando órdenes pensé que revolucionarías toda la bodega hasta el punto de dejarla irreconocible, pero llevo trabajando casi veinte años en El Dorado y nunca he visto a un enólogo que tuviera tus conocimientos.

—¿Ni el señor Arteaga?

—No es enólogo —contestó rápidamente—, aunque tiene capacidades muy superiores a las de todos los que he visto hasta ahora, a excepción de ti, por supuesto.

No iba a entrar en una competición de quién era mejor. Incluso el propio Egan había disimulado sus capacidades como si no quisiera vanagloriarse de ellas, aunque no tenía ningún complejo en mostrar sus otras virtudes.

—¿El señor Arteaga te ofreció ser el capataz de la hacienda? —quise cambiar de tema.

Allí nadie sabía cuál era mi relación con El Dorado, menos aún el hecho de que mi madre había continuado con vida hasta hacía seis años. Todos pensaban que su cuerpo yacía bajo una lápida con su

nombre en el cementerio.

—Tuvimos buena relación cuando comencé a trabajar en la hacienda. Por ese entonces él ya había empezado a importar cepas no autóctonas, logrando que se adaptaran al clima con una facilidad excepcional. Su capacidad para hacerlo era asombrosa y por eso amplió cada vez más los terrenos invirtiendo mucho capital en estas tierras. Aprendí pronto el oficio, se me daba bien comprender lo que él quería hacer, así que eso hizo que nos acercáramos de alguna manera y, cuando comenzó a ausentarse durante largos periodos, decidió dejar la hacienda a mi cargo. Quizá solo tuve suerte porque teníamos una edad similar y comprendía cuáles eran sus objetivos en la hacienda, eso hizo que depositara su confianza en mí.

—O porque sabes ser lo suficientemente prudente para no entrometerte en sus locuras.

Una sonrisa surcó su boca que a duras penas logró disimular.

—Puede ser —afirmó instantes después—. Ese es el ayuntamiento —señaló un edificio de dos plantas y estructura simple cuya fachada tenía un tono rosado.

Me sorprendió que no tuviera nada ornamental, de hecho no me habría llamado la atención de no ser porque Rodríguez lo había mencionado. Frente al ayuntamiento había una pequeña rotonda con una fuente de mármol y una farola que alumbraba con escasa intensidad. Decidí no decir nada, quizá aquello era algo normal cuando el propio Rodríguez no lo destacaba.

Un pequeño grupo pasó por nuestro lado y volví a sentir aquellas miradas que se dirigían hacia mí, cada vez con mayor descaro, a la par que saludaban a mi acompañante. Pese a estar habituada, aquello comenzaba a resultar incómodo.

—Esta celebración solo es un preludio para la fiesta de la vendimia que se celebra a primeros de septiembre, suele coincidir con el fin

de la cosecha. —Rodríguez hablaba ajeno a las miradas conforme caminábamos—. Imagino que aún estarás aquí, ¿no?

—Mi contrato estipula que debo estar hasta la cosecha —dije tratando de obviar que era más que probable que me marchase antes, solo que las razones por las que lo haría serían de índole personal.

—En ese caso me ofrezco para acompañarte a visitar algunos lugares excepcionales que deberías conocer. Sé que apenas has salido del viñedo y Roberta me mataría si decides marcharte por aburrimiento.

Aquel ofrecimiento y el cambio en su gesto para mostrarse más cercano llamó mi atención. ¿Había sido demasiado fría y distante con él hasta entonces? ¿O es que en un ambiente relajado Rodríguez no era el mismo?

—Roberta sería incapaz de matar a un mosquito, pero es posible que haga uso de ese ofrecimiento —concedí sin pensar que hubiera algún tipo de interés tras esa oferta.

Probablemente solo estaba siendo amable. Al menos, nunca le había visto mirarme del mismo modo que hacían otros trabajadores de la hacienda, como Jaime.

—Esa es la iglesia de Santa María, la más importante de la ciudad.

Me fijé en la fachada, cuyos elementos góticos llamaban la atención.

Un grupo de personas bajaba por la calle cantando. Enseguida vi que los chicos perseguían a las chicas, y estas parecían divertirse con la situación.

—¿Las fiestas en este pueblo consisten en perseguir a las mujeres? —pregunté mirando hacia otro lado y viendo una escena parecida.

—La Noche de Mayos se creó para conseguir pareja, así que la

mayoría de los jóvenes del pueblo sigue la tradición y es lo que están buscando.

Rodríguez hablaba con tono neutro. Hasta ese momento no me había parado a pensar si tendría pareja, estaría casado, con hijos…, sinceramente no me había importado y no había indagado al respecto.

—Así que toda esa gente que me está mirando con descaro piensa que estoy buscando pareja —decreté cruzándome de brazos.

—Más bien piensan que estás conmigo. —Parecía algo avergonzado.

—¿Y eso te molesta? —pregunté hostigando al hombre más sereno que había conocido aparte de mi padre.

—Nadie podría molestarse si le relacionan con una mujer como tú —contestó con sobriedad—. Guapa, inteligente y segura de sus convicciones. A nadie le ha pasado inadvertido el modo en que el señor Arteaga ha intentado persuadirte y cómo le has rechazado estoicamente.

Ser el centro de atención en ese sentido era algo de lo que siempre había huido, pero en aquel momento debía fingir una absoluta parsimonia ante la mención de Egan y su interés, sobre todo porque no lo había rechazado de forma tan estoica como él y todos creían.

«Encontrar nuestro propio eclipse».

Esa frase volvió a marcarse a fuego en mi interior, provocando un huracán interno que arremetía con fuerza. Era tan arrollador que no podía dejar de imaginar su rostro, aquel instante dentro de esa pequeña cerca, deseando con fervor que hubiera besado mis labios con el salvajismo propio de él, bebiendo cada gota de anhelo con la que mi cuerpo enfebrecía en lugar de padecer aquel vacío desolador.

Rodríguez parecía un buen hombre, transmitía esa seguridad

cercana como lo hacía mi padre. Ese lugar seguro en el que refugiarse de la tormenta, como si las circunstancias parecieran saber qué necesitaba en aquel instante y me dirigieran hacia él. La cuestión es que, a diferencia de otras ocasiones en las que no me había importado estar con cualquier hombre para satisfacer un apetito momentáneo, mi cuerpo y mi mente solo deseaban a Egan Arteaga. Y aquello era inconcebible.

—Solo le señalé al señor Arteaga que debía centrar sus atenciones en otro lugar que no fuese yo. —Forcé una sonrisa—. De todos modos, sus motivos para frecuentar la hacienda han sido otros, solo espero que den pronto con el causante de esta situación.

—Todos lo esperamos o terminaremos sin trabajo —agregó cambiando el semblante a uno más serio y menos relajado.

Tenía serias dudas de que Egan permitiera algo así, pero si las intenciones tras aquello eran las de ilegitimar las tierras de su propiedad, debía forzosamente demostrar que él era descendiente de Ildefonso Almansa. Desconocía si recabaría las pruebas que así lo confirmaran.

Aun así debía ser comedida en mis palabras para no levantar ningún tipo de sospecha, ni sobre la posible relación entre Egan y yo ni las supuestas intenciones de quien estaba detrás.

—Estoy convencida de que lo atraparán pronto.

Quizá el interesado cometiera un error en su siguiente jugada o tal vez Egan conseguiría descubrir el vínculo entre el incendio, el sabotaje en las barricas y la llave antigua que abría el desván.

Estaba segura de que el intruso tenía relación con la hacienda. Ya fuera en el pasado o en el presente, conocía muy bien esas tierras y la bodega para moverse sin que nadie reparase en sus movimientos. Y conocía el origen y el modo en que El Dorado pasó a manos de los Arteaga. Alguien muy inteligente para no hacer esa pintada porque a

esa misma hora estaría ayudando a apagar el incendio que él mismo había provocado. Lo suficiente listo para dejar un rastro de aroma en la casa que en realidad no era suyo, porque, sino, yo lo habría detectado. Lo bastante perspicaz para saber que mi olfato lo rastrearía si no camuflaba su olor. Y…, sin lugar a duda, lo convenientemente astuto para dejar esa puerta abierta y mostrarme ese desván.

¿Estaba volviéndome loca por pensar que esa persona conocía en detalle mi origen y pretendía que descubriera el pasado de mi madre? Ningún trabajador de la hacienda podía tener acceso a la lista de candidatos para contratar el nuevo enólogo, y aunque lo hubiera tenido, nunca podría haber previsto que los nombres que estaban por encima del mío rechazarían la oferta.

En ese instante miré a Rodríguez. Podría ser cualquiera de ellos, pero ¿cuáles serían sus motivaciones? Sacudí mis pensamientos porque no tenía ningún sentido llenarme con preguntas a las que no podría contestar, algo que llevaba haciendo toda mi vida y que me había conducido a un callejón sin salida, como ahora. Era imposible que alguien conociera mi origen, menos aún el de Egan.

La puerta de la iglesia osciló para dejar salir a varias personas. Quedó entreabierta, y pude ver que otras cuantas estaban dentro. No le presté demasiada atención, porque aún seguía con aquellas cavilaciones, pero el olor a musgo terroso y cítricos con esa particular nota de fondo llegó para dejar todos mis músculos rígidos.

Era el mismo aroma que impregnaba el pasillo, el mismo que conducía hasta la puerta abierta que daba al desván y se perdía en el hueco de escaleras. No podía percibirlo con la misma intensidad, de hecho, estaba demasiado lejos y se camuflaba lo suficiente para no detectarlo del mismo modo, pero podría reconocerlo en cualquier parte por la particularidad de no saber qué nota era la que se

mezclaba con el musgo y los cítricos.

Sin decir nada, me adentré en la iglesia. No me preocupé de si Rodríguez me seguía. Cuando me detuve para tratar de seguir aquel rastro, comprobé que el capataz estaba a mi lado.

—La misa ya ha terminado, incluso el párroco se ha marchado —anunció tranquilo.

Mis ojos devoraban a todos los presentes. No había demasiada gente, unos pocos rezagados que se habían quedado hablando tras la ceremonia con motivo de los festejos. Vi un pequeño grupo cerca del altar, algunas personas en los bancos o encendiendo una vela por algún alma perdida. Aquel olor se difuminaba en el ambiente, y si había sido sutil en la entrada, allí dentro se dispersaba conforme caminaba por el pasillo que conducía al altar.

¿Qué era ese olor? ¿A qué pertenecía exactamente? En la hacienda lo había percibido con una intensidad fuerte, pero allí se atenuaba. Había pensado que se trataba de un perfume, pero ahora no lo tenía tan claro. ¿Y si en realidad camuflaba otro aroma?

—¿Hueles eso? —pregunté acercándome al altar—. Es cítrico y terroso, y… —No sabía cuál era la nota floral que le daba un toque a incienso.

—¿Te refieres a las velas? —preguntó alzando una ceja como si estuviera demente.

—No, he pasado cerca y tienen un olor neutro. —Me crucé de brazos al tiempo que veía cómo dos feligreses que habían encendido algunas de ellas se marchaban.

—No me refiero a esas, sino a aquellas. —Rodríguez levantó la mano para señalar unas velas enormes y gruesas que estaban ancladas al muro sobre unos viejos candelabros—. Únicamente las encienden para la Noche de los Mayos y los festejos de la vendimia, llevan un aceite especial que emite ese olor.

Abrí mucho los ojos. Me acerqué, pero no alcanzaba la altura para poder apreciar el aroma. Así que me giré hacia Rodríguez, que me estudiaba con interés.

—¿Puedes subirme? —inquirí con decisión.

—Poder puedo, pero ¿estás segura de que quieres que lo haga? —preguntó aún con cierta confusión en su rostro.

—Tú súbeme.

Me rodeó con sus manos y me alzó con presteza hasta quedar a pocos centímetros de la vela. Al instante percibí sin duda alguna ese aroma de nuevo, ahora con mucha más intensidad. Seguía sin identificar cuál era la planta que le otorgaba aquel matiz que envolvía el resto de los olores.

¿Y qué conexión tenía ese olor del pasillo con las velas de una iglesia? Al menos ahora tenía muy claro que la persona que buscábamos tenía acceso a la fuente que lo producía. Rodríguez me bajó con lentitud. Mi cuerpo se deslizó por el suyo con delicadeza, como si fuese muy consciente de que quería alargar aquel momento. Fue inevitable percibir una sensación abismalmente lejana a la que sentía cuando tocaba a Egan. Mis pies volvían a tocar el suelo, pero mis pensamientos trabajaban a mil por hora, cuando percibí que Rodríguez no parecía tener intención de apartarme de él y que sus ojos estaban clavados en mis labios. Me separé con un movimiento brusco. Para que no malinterpretase la situación.

En otro momento o en otras circunstancias, alguien como él me habría parecido un lugar seguro en el que refugiarme para obtener placer y después desaparecer. Ahora… no podría conformarme con algo tan lejano a lo que había sentido junto a Egan.

—En junio se celebra la noche de las velas en Utiel, es una fiesta muy conocida y las calles se llenan con más de doscientas cincuenta mil velas que alumbran toda la ciudad. Es un lugar excepcional para

los amantes… —¿Estaba siendo sugerente? No tenía espacio para pensar en aquella especie de proposición, si es que lo era. En esos momentos lo único que me importaba era saber la procedencia de aquellas velas para entender por qué ese perfume lo tenía el intruso. ¿Qué relación podía guardar?—. De las velas, obvio.

—¿Por qué sabes que las velas desprendían ese aroma en particular? —pregunté haciendo caso omiso a su proposición, probablemente en junio ya me habría marchado.

—Porque… —se quedó pensativo, no supe si trataba de inventarse una respuesta o evaluar la razón de mi pregunta—. Conozco a quien las fabrica.

Noté un nudo en la boca del estómago y la garganta me ardía con una intensidad a la par que trataba de reprimir aquella extraña emoción.

—¿Está aquí? ¿Es alguien que trabaja en la hacienda? —insistí y vi cómo Rodríguez miraba a su alrededor inquieto.

—¿Me vas a decir qué está pasando realmente? —inquirió en voz baja.

—La persona que entró en la casona dejó un rastro con ese olor. Así que está claro que guarda relación.

La expresión de Rodríguez fue de absoluto desconcierto. Después alzó la vista para mirar las velas y negó con la cabeza en silencio.

—Eso es imposible —dijo aún sin mirarme.

—No tengo motivos para inventarme algo así. —Me crucé de brazos.

—No estoy diciendo que no, pero tal vez te hayas equivocado o confundido. Lo de la hacienda no puede tener ninguna relación con Elías.

¿Su hermano? ¿Era él quien fabricaba esas velas? Estaba claro que Elías no podía tener nada que ver con aquello, pero quizá sí

alguien que trabajase con él o para él.

—Eso es algo que no nos compete a nosotros, pero de lo que sí estoy segura es de que la persona que entró en la casa dejó un rastro del mismo olor que el aceite con el que está impregnada esa vela, así que si tu hermano tiene algo que ver con esto, será la policía quien se encargue de averiguarlo —dije observando la confusión en su rostro.

—Mi hermano no puede tener algún tipo de implicación, él jamás haría algo que dañara El Dorado, todos lo que trabajamos allí somos como una pequeña familia, incluido él.

29

Rodríguez me había rogado no dar esa información a la policía hasta poner sobre aviso a su hermano, sobre todo porque quizá él mismo podía decirnos si en su pequeño laboratorio faltaba algún frasco o si alguien podía haber tenido acceso a él.

¿Era posible que tratasen de desviar la atención hacia alguien que estaba fuera de toda culpa? Cada vez tenía más claro que aquel característico olor era para camuflar su verdadero perfume.

Por un momento pensé en la posibilidad de que fuese Rodríguez quien estuviera detrás de aquello. ¿Quién mejor que él conocía cada detalle de la hacienda? Le habría sido fácil obtener una llave del desván y después de trabajar veinte años en El Dorado lo sentiría como suyo hasta el punto de querer tenerlo de verdad. En retrospectiva, puede que fuera quien más motivos tenía. Alguien callado, observador, atento, en alerta, perspicaz, inquieto y… ¿No había dicho Egan que le extrañaba que no le hubiera alertado del estado del terreno? Con cada pensamiento me convencía de que aquel tipo aparentemente bonachón era la persona con más papeletas de estar detrás del boicot. ¿Habría recibido una oferta tentadora de la competencia? ¿Se habría cansado de ser un simple trabajador y ahora quería convertirse en hacendado? Pero tampoco

tenía sentido culparse a sí mismo, le habría bastado con guardar silencio desde el momento en que entré en la iglesia, salvo que no supiera con antelación que yo habría podido identificar ese olor. Por no decir que todos los que trabajaban en la bodega estarían siendo investigados con lupa por el propio Egan.

No.

Puede que fuese desconfiada y no me fiase ni de mi propia sombra, pero Rodríguez sería la opción fácil y probablemente el intruso quería que las sospechas cayesen sobre él.

Llamé hasta en tres ocasiones a Egan, pero las tres veces saltó el contestador y colgué de forma inmediata. Rodríguez se marchó antes de que recogiéramos todo en la pequeña carpa, y la quietud de la casa cuando regresamos no sirvió para apagar aquella sensación extraña, pero aún menos lo fue cuando entré en mi habitación y reconocí aquel olor inconfundible. Tierra, musgo, cítrico y esa planta misteriosa. El tipo del desván había estado allí, en mi cuarto.

Me quedé inmóvil varios segundos, incapaz de reaccionar, como si no supiese si debía gritar, llamar a alguien, correr… Solo acertaba a mirar a mi alrededor como si buscara qué faltaba o qué motivo habría llevado al intruso hasta allí. Mi vista se clavó en la mesita de noche, donde había dejado el libro en el que encontré la fotografía de la familia de mi madre y el diario en el que ella decía que estaba embarazada y que yo releía una y otra vez cada noche.

No estaba.

El maldito diario no estaba.

Me acerqué lentamente hacia la mesita y vi que en su lugar había una nota con una frase escrita a mano. No me hizo falta cogerla para leerla, tenía una caligrafía pulida y bien definida.

Podrá disfrazarse de mil silencios, alejarse del nombre y lugar, pero la sangre no miente, siempre encuentra el camino de regreso al origen.

No reaccioné. ¿Cómo demonios iba a reaccionar? Y di un pequeño grito cuando mi teléfono comenzó a sonar. Era Egan, probablemente acababa de ver mis llamadas, así que deslicé enseguida el dedo por la pantalla.

—Ha estado aquí. ¡En mi habitación! —exclamé sintiendo una especie de miedo mezclado con nerviosismo—. Me ha dejado una nota en la que deja muy claro que sabe quién soy. ¡Que lo ha sabido todo este tiempo! ¿Sabes lo que eso significa?

—No te muevas de ahí. Ni se te ocurra salir de casa, ni siquiera a la entrada. —Le oí ordenar con una voz apresurada y me quedé sin respiración.

—¿Qué ocurre? —pregunté sintiendo un miedo visceral aún mayor que cuando percibí aquel mismo perfume en mi habitación.

—Este tipo no da ningún paso sin haber estudiado antes todas las posibles variables. Debe de haber una razón por la que ha querido que lo sepas, igual cree que harás algún movimiento. —Estiré la mano y cogí la nota, instintivamente le di la vuelta y vi el mismo tipo de letra. El pulso me temblaba.

Encontrarás lo que buscas en la lápida que no corresponde con su nombre.

—Hay una razón —dije—. Se ha llevado el diario de mi madre y me ha dicho dónde encontrarlo.

«¿Qué quiere de mí? ¿Qué pinto yo en todo esto? ¿Cómo es posible que sepa que mi madre no murió entonces?».

Escuché a Egan maldecir y después emitir algún tipo de gruñido.

—Sea cual sea el movimiento que hagas, debe estar vigilándote, así que comprueba todas las ventanas de la casa, cierra todas las cortinas y cámbiate a mi habitación de inmediato —dijo con una calma que supuse no tenía—. Estaré ahí en media hora.

La idea de que pudiera estar ahí fuera, escondido o siguiendo mis pasos, reiteró el convencimiento de que debía ser alguien que conocía, uno de esos hombres que cada día se sentaba a la mesa y que, sin darme cuenta, me vigilaba. Si Egan no me hubiera llamado en ese momento, sé cuál habría sido mi primera reacción: ya estaría metida en el coche de camino al cementerio del pueblo con la única certeza de querer encontrar respuestas.

Y lo sabía. Ese tipo me conocía lo suficiente para haber dejado aquella nota. ¿Sabría de la existencia del diario previamente? ¿Podría ser lo que había buscado en el desván, pruebas reales de que Clara Almansa esperaba un hijo, aunque no mencionase que era de Leonardo Arteaga?

Eso provocaba que la situación fuese aún más espeluznante de lo que de por sí era. Empezaba a tener miedo real, esa nota era una prueba clara de que yo formaba parte de ese puzle en la cadena de movimientos y no me gustaba desconocer cuál era la finalidad.

—¿Qué sabe él que nosotros desconocemos? —pregunté con una sensación extraña en el pecho, convencida de que algo verdaderamente malo estuviera por acontecer a pesar de no creer en los presagios.

—Conoce nuestro origen, así que tu madre no te ocultó tan bien como imaginaba, y también parece saber el mío o no habría tratado de hacerse con mi partida de nacimiento.

El vello se me encrespó al escuchar aquello.

—No tiene ningún sentido. ¿Por qué ahora y no antes? Quien entró aquí es ágil, joven…, no puede tratarse de alguien que forme

parte del pasado de nuestros padres. —Me quedé mirando la nota, esa caligrafía cuidada, la destreza de sus movimientos, pese al riesgo de ser atrapado volviendo a adentrarse en la casa—. La única pieza que no encaja en esto y de la que no tenemos respuesta es esa mujer que encontraron en el río. Llevaba las cosas de mi madre, ¿por qué?

Era una pregunta retórica, sabía que Egan no tenía la respuesta, pero… ¿es posible que ese hombre supiera quién era y lo que ocurrió? Si la nota indicaba que encontraría respuestas en la lápida, es porque sabía quién descansaba en esa tumba.

—¿Dónde te ha citado? —La voz apresurada de Egan me indicó que caminaba a paso rápido hacia el coche.

—En el cementerio —dije saliendo al pasillo y descubriendo que todo se hallaba en silencio.

Luis y Roberta debían de haberse acostado, su habitación estaba en la planta baja, en lo que antes formó parte de una biblioteca y cuya puerta se encontraba bajo la escalera, pasando inadvertida en la distribución de la casa.

—Llamaré a comisaría para que una patrulla inspeccione la hacienda y los alrededores de la casa, así como el cementerio. Si hay alguien sospechoso, lo atraparán.

—Ese tipo está aquí. Trabaja aquí. Guarda relación con este sitio. Hoy me quedé a solas con Rodríguez en el pueblo, me llevó a esa iglesia con la fachada gótica. ¿Sabías que el aceite en el que están impregnadas las velas las fabrica su hermano? Las encienden dos veces al año y esta noche es una de ellas. Ese olor es el mismo que el rastro que deja ese tipo en esta casa, el que hay ahora en mi habitación. Rodríguez me pidió no ir a la policía hasta que hablase con Elías.

Escuché que Egan respiraba con fuerza y supuse que su mente

estaba en ebullición al igual que la mía.

—Haz lo que te he dicho y enciérrate en mi habitación bajo llave. Deja la nota en el lugar exacto donde la has encontrado. Llegaré en pocos minutos.

Me colgó y dejé la nota encima del libro, tal como la había encontrado, y sin querer la leí de nuevo: «La sangre no miente, siempre encuentra el camino de regreso al origen». Indiscutiblemente se refería a mí. «Disfrazarse de mil silencios, alejarse del nombre y lugar». El silencio debía hacer referencia a mi madre, sin duda. Se había alejado de su apellido y del lugar donde nació.

Entré en la habitación de Egan y cerré con llave. Su olor estaba impregnado en las sábanas y era imposible no percibirlo, quizá por eso acabé sentada en su cama, acogiendo la almohada en mi regazo como si hacerlo me protegiera. El miedo solo es una referencia a lo desconocido, la sombra de lo que aún no conocemos y un eco anticipado de lo que no ha sucedido. La mente quiere resistirse a lo incierto, buscar el mapa o la linterna en ese sendero oscuro.

No necesité un oído supersónico como el de Egan para escuchar las ruedas derrapando en la grava e inmediatamente abrí la puerta de la habitación, recorrí el pasillo para bajar las escaleras y me encontré con la figura de Egan entrando con decisión. Nos detuvimos al reconocernos.

Nos habíamos visto esa misma tarde cuando aún había luz del día, diciéndonos sin palabras que debíamos mantener la distancia el uno del otro. La promesa de sus labios afirmando que encontraría el modo. La certeza de que por más que los dos lo deseáramos era imposible. Y allí, en medio de ese silencio, de esa oscuridad, de todos aquellos miedos ante la incertidumbre, lo último en lo que había pensado era en la posibilidad de que Egan fuese mi hermano.

Bajé apresurada los pocos escalones que me quedaban hasta llegar a él y me abracé con fuerza a su pecho. Tal vez solo era la necesidad de atarme a la realidad, de no dejar que la incertidumbre embriagase cada pensamiento para sucumbir a ese miedo irracional. Siempre había estado sola, amaba la soledad, y, por algún motivo que no comprendía, en ese momento la odiaba.

Le necesitaba a él, quisiera o no aceptarlo, estuviera bien o no, todo en mí proclamaba aquel sentimiento de necesidad que había florecido en un momento de flaqueza.

—Estoy aquí —susurró al tiempo que me rodeaba con sus brazos y me envolvía en ellos—. No debes tener miedo, no dejaré que te haga nada.

Me aparté de él con lentitud, puede que me hubiera repetido en varias ocasiones la misma frase, quizá porque necesitaba creérselo, pero ni él ni yo sabíamos qué motivación existía tras todo aquello.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté en un hilo de voz—. Ni siquiera sabemos por qué hace todo esto. ¿Quiere que el pasado vea la luz? ¿Qué beneficio cree obtener? Esta hacienda te pertenecería legítimamente de igual modo.

Egan me cogió la mano entrelazando sus dedos con los míos y en lugar de ir a la planta superior salimos de la casa y me condujo hasta el coche.

—Es mejor que mantengamos esta conversación en el coche, donde nadie puede oírnos.

El deportivo blanco estaba aparcado junto al mío, deduje que había sido su primera elección porque sería el más rápido de su colección. Había completado un recorrido de casi una hora en apenas veinticinco minutos.

—¿Desconfías de Luis o Roberta? —pregunté al tiempo que me acomodaba en el asiento de copiloto y sentía cómo se adaptaba

perfectamente a mi cuerpo.

—No. Por supuesto que no, pero llevo días pensando en la posibilidad de que pueda haber micrófonos escondidos en alguna parte para que quienquiera que sea pueda anticiparse a nuestros pasos.

Abrí los labios para decir algo y los cerré de inmediato.

—El incendio se inició cuando tú y yo estábamos… —Ni siquiera me atrevía a terminar la frase porque el recuerdo hacía que me estremeciera de nuevo.

—Lo sé. Puede que lo único que no haya podido predecir sea precisamente esto que ha ocurrido entre nosotros.

—Entonces ha debido de cometer algún error. Algo que se nos haya pasado por alto o no le hayamos dado importancia. —Apenas había claridad, las encinas tapaban la poca luz de la luna que podía iluminar el interior del coche.

—Dices que Rodríguez te pidió esperar antes de acudir a la policía, ¿no? —Se giró hacia mí.

—Sí.

—El nombre de Rodríguez aparece en el registro, solicitó una nota simple de la hacienda. También aparece en los registros para solicitar un acta de mi partida de nacimiento y no tiene coartada para la tarde del incendio como el resto de los trabajadores, alega que estaba en casa, pero ningún testigo puede confirmarlo.

—¿Crees que es él? —pregunté consciente de que yo misma lo había pensado y después descarté la idea de inmediato. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si sabía jugar demasiado bien sus cartas?

—Creo que es un cebo —decretó con seguridad—. Pero… ¿quién demonios está lo bastante cerca para poder incriminarle? —Egan se inclinó sobre mí y abrió la guantera. Sacó un sobre, activó una luz tenue que iluminó el interior a través de las puertas, el salpicadero y

la palanca de marchas, más que suficiente para vernos—. Athan me lo ha entregado hace dos horas. Quería esperar a estar contigo para abrirla, creo que los dos merecemos saberlo al mismo tiempo —dijo entregándome el sobre y vislumbré el nombre del laboratorio en el remitente.

Eran los resultados del análisis de ADN, el contenido de aquella carta arrojaría la certeza de que Egan y yo éramos medio hermanos.

No estaba preparada para abrirla. Ni para leerla. Ni para enfrentarme a la verdad.

La certeza es esa pausa en medio del caos que te obliga a respirar sin hacer preguntas. Un silencio en medio del ruido. El ancla en una tortuosa tempestad donde no hay sombra que la contradiga.

—¿Athan conoce el resultado? —Cogí el sobre y sentí la suavidad del papel en los dedos.

—Si lo ha leído, es lo suficiente discreto para no decir nada e intuir que no quería que lo hiciera.

—¿Por qué? —susurré. Apenas me salía voz de la garganta. Sentía las cuerdas vocales vibrar por el escozor al tratar de reprimir aquellos sentimientos que se agolpaban uno a uno sin pausa.

—¿De verdad quieres saber la respuesta? —inquirió, lo que hizo que el aire dentro del coche se volviese denso y nos envolviera.

—Egan, no. No podemos. No…

—Porque necesitaba sentir tus labios antes de tener una certeza —afirmó lanzándose sobre mi boca antes de que pudiera terminar la frase y se apoderó por completo de ella ante mi inexistente oposición—. Hay verdades que no se escriben, sino que se respiran en el temblor de un roce y se revelan en el silencio que sigue a un beso. Si esta debe ser la última vez que pruebe tu sabor, quiero tener el fuego de tu boca ardiendo contra la mía.

No permitió que respondiera, sino que volvió a apresar mis labios

con firmeza y mi lengua envolvió la suya con mayor persistencia, arremetiendo en una ferocidad única, sintiendo la necesidad de tocarle y dejarme arrastrar por el ardor de aquel beso. Era una invitación a perderse, a saborear el néctar que emanaba sin desperdiciar una sola gota y ser consciente de que aún no era suficiente, de que aquello era la antesala al descontrol donde el deseo se volvía intenso y perdía cualquier vestigio de razón.

Su teléfono comenzó a emitir sonidos intermitentes pero no apartó sus labios de los míos, que devoraba con auténtico frenesí.

—Debe de ser importante si te escriben a estas horas —logré decir cuando se despegó de mi boca. Me escudé en aquella absurda convicción para anteponer aquel muro infranqueable que debía existir entre él y yo.

—Es Karan, le pedí que interviniera por mí en un asunto delicado —contestó sin molestarse en mirar el teléfono y recordé que ese nombre ya lo había mencionado Leo cuando estuve en el hospital—. ¿Recuerdas que hace unos días te pedí que no mencionaras la llamada del abogado y que Meredith podría salir impune?

—Sí, ¿has averiguado qué relación tiene tu padre en eso?

—El padre de Meredith fue quien firmó los documentos de mi partida de nacimiento —aseguró exhalando—. Su clínica era una tapadera para familias adineradas que necesitaban tener un hijo y no podían concebir, así que fingían un embarazo, acudían a su clínica y recibían un bebé de una chica joven que se hubiera quedado embarazada y no quería que su familia se enterase.

—Una chica como mi madre —jadeé.

¿Era en esa clínica donde había pasado todo el tiempo escondida? ¿Por eso nadie la había encontrado?

—¿Aparece en esas actas el nombre real de la madre? —En ese instante caí en que aún tenía el sobre con el resultado de nuestros

análisis en la mano.

Cada vez era más improbable que Egan y yo no fuésemos hermanos, y esa realidad se volvía tan pesada que me oprimía el pecho y me ahogaba el alma. No quería tener ningún sentimiento por él. No quería involucrarme de ningún modo. No deseaba nada. Y por más que quisiera negarlo mi impulso era todo lo contrario.

—En el registro oficial no, pero Meredith se quedó con una copia de todos los documentos extraoficiales de la clínica de su padre cuando este murió. Ha sido un recurso que ha usado como extorsión durante años para obtener beneficios económicos, contactos y cargos importantes que le permitían seguir manipulando. Por eso mi padre ha creado una coartada para salvarla de la cárcel, es otra de sus víctimas extorsionadas.

Tenía sentido que el padre de Egan prefiriese ayudar a esa víbora a permitir que se cayera su castillo de naipes si decidía revelar el verdadero origen de su hijo.

—Cualquiera que trabajara en esa clínica sabía la verdad sobre mi madre, sobre tus padres, sobre ti. —Todo cobraba sentido—. «Podrá disfrazarse de mil silencios, alejarse del nombre y lugar, pero la sangre no miente, siempre encuentra el camino de regreso al origen. Encontrarás lo que buscas en la lápida que no corresponde a su nombre» —recité en voz alta las palabras de la nota.

Rompí el sello del sobre que me había dado Egan, rasgué el papel y vislumbré la hoja que habían doblado dos veces para que encajara en aquella medida. La saqué y desplegué siendo consciente de que él me observaba. Ni siquiera me pesaban las horas que llevaba despierta. ¿Serían las tres, las cuatro de la mañana? No lo sabía, tampoco me importaba, pero en la quietud de aquella oscuridad que nos rodeaba incliné la hoja hacia la luz tenue que iluminaba el interior del vehículo.

Mi vista recorrió rápidamente nuestros datos asignados en un código, la fecha de la prueba y la solicitud de demostrar la consanguinidad por parte de un solo progenitor, en este caso materno.

Había una tabla con resultados de marcadores genéticos cuyos nombres no entendía y que analizaban secuencias específicas del ADN, seguido del índice de consanguinidad que daba un valor según las interpretaciones anteriores. Bajo ese valor estaban las indicaciones de interpretación, superiores o inferiores al valor indicado para determinar el grado de parentesco. Mi vista se fue al número que tenía el percentil y después a esa guía comparativa para darme cuenta de que al final se hallaba la conclusión del laboratorio.

—Los datos obtenidos no apoyan la hipótesis de consanguinidad biológica entre los sujetos analizados —susurré y sentí que mi corazón se aceleraba demasiado.

Comencé a buscar el tirador para abrir la puerta, recordé cómo funcionaba, y me precipité buscando el aire fresco de la noche. Necesitaba llenar los pulmones. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en respirar.

¿Qué probabilidad existía de error?

—No somos hermanos. —Escuché decir a Egan, que se acercaba —. No compartimos la misma madre.

De ser cierto, ahora existían aún más preguntas que antes.

—No es posible. —Lo miré y me di cuenta de la intensidad que había en el brillo de sus ojos a pesar de la oscuridad—. Deben de haber cometido un error.

—Es posible, o puede que esta historia comience a cobrar sentido. —Se colocó frente a mí—. Que mi padre me hiciera pasar por el hijo de Clara Almansa para apropiarse de estas tierras. Un impostor, eso era lo que decía el mensaje en la fachada, y puede que todos estos

años ocupase un lugar que no me correspondía.

Si ese fuera el caso, entonces ¿quién era su madre? ¿Dónde estaba mi supuesto medio hermano?

—Tu padre dijo que acordó con mi madre quedarse con su hijo, que ella se lo entregó porque no lo quería. ¡Es imposible que no seamos hermanos! ¡Debe de haber un error! —bramé apartándome de él para acercarme hacia la espesura de los árboles, como si buscase refugio en la más absoluta oscuridad.

—¿Es lo que dice tu lógica o lo que desearías que ocurriera? —exclamó desde la distancia—. ¿Levantarás esos muros infranqueables otra vez al no tener una excusa para evitarme? ¿Volverás a huir? —Guardé silencio—. Y no me refiero a tu estado físico, sino a ese modo en el que tienes de blindarte para no permitir que nadie atraviese tu escudo. No necesitas protegerte de mí, te aseguré que lo haría yo, incluso de mí mismo si era preciso.

Una parte de mí deseaba creerle y abandonarse a ese ardor que me invadía cuando estaba cerca de él, pero no me había preparado para afrontar aquella clase de sentimientos sin esa barrera, descubrir la intensidad con la que él me atraía y reconocer que no se trataba de simple deseo. Había mucho más bajo aquella capa de piel perfecta que cubría su cuerpo, y levantar aquel velo me aterraba, porque era confiar a ciegas, adentrarme en las aguas profundas de un océano sin saber si tras llegar al fondo me quedaría atrapada para siempre.

—Lo que yo sienta o quiera no es relevante —admití al fin—. Crees conocerme, pero quizá solo ves la parte de mí que estoy dispuesta a mostrarte.

—¿También me muestras lo que quieres que vea cuando te toco, cuando te beso? ¿Cuando te hago mía y te entregas con una pasión ferviente? —Sus preguntas eran grietas que resquebrajaban aquella

coraza que me protegía, la misma que impedía que aquella gigantesca bola que oprimía mi pecho saliera a flote.

El motor de un vehículo que se acercaba a la hacienda atrajo la atención de ambos. No tardamos en identificarlo como un coche patrulla de la policía. Egan caminó hacia la verja, que permanecía abierta, y yo salí de entre las sombras para situarme junto a mi coche. Tras estacionar, los agentes se bajaron y encendieron las linternas antes de dirigirse hacia nosotros.

—Avisé hace un buen rato de que habían vuelto a entrar en la casa —dijo Egan dirigiéndose a uno de ellos.

—Hemos detenido a Francisco Rodríguez, el capataz de su hacienda. En estos momentos permanece en las dependencias policiales a la espera un interrogatorio. Acudimos al cementerio tal como nos indicó y encontramos que la lápida de Clara Almansa estaba partida en dos mitades. Cerca de la tumba había un juego de llaves con un llavero con el logotipo de las bodegas y por detrás llevaba su nombre inscrito, presuponemos que se le caerían mientras golpeaba la piedra. Se ha emitido una orden para registrar su casa y la científica analizará el teléfono para comprobar sus movimientos. Con suerte, podremos posicionarlo y saber si es él quien está detrás de los ataques —afirmó el agente—. En su llamada decía que había dejado una nota, la necesitaremos para analizarla y ver si se trata del mismo individuo.

—Iré a por la nota —dije con una extraña sensación. Por algún motivo, no tenía la tranquilidad que se suponía que debía tener si realmente se trataba de Rodríguez—. ¿Ha dicho algo cuando le han detenido?

—Niega saber nada y tampoco tiene explicación sobre cómo sus llaves terminaron junto a la lápida, pero reconoce que son suyas.

¿Es posible que fuese Rodríguez el cerebro de todo? ¿O alguien

había colocado sus llaves para situar a Rodríguez en el cementerio? Si deseaba incriminarlo y que asumiera las consecuencias de sus actos, acababa su juego.

Más preguntas sin respuestas. Aquello era como navegar en un mar de incógnitas. La certeza de que Egan y yo no éramos hermanos lo hacía aún más complejo.

Puede que le hubiera dicho a Egan que no me conocía, que solo le había mostrado lo que quería que él viera de mí, pero sin darme cuenta, ese hombre que prejuzgué desde el primer momento, se había adentrado a través de mi piel con determinación, como las raíces de las vides que buscan con ansia la humedad secreta de la tierra, desafiando piedras, sequías o el propio tiempo. No había pedido permiso, sino que se había enredado de forma silenciosa con las mías, conformando una única simbiosis que se fortalecía a pesar de haberme resistido a ello.

Hacer lo imposible posible. Encender fuego donde solo quedaban cenizas. Correr hacia lo que asusta hasta que deje de hacerlo.

Quizá yo era como ese olivo, aparentemente fuerte, cuyas cicatrices en la corteza marcaban su rumbo sin permitir que alguien opacara su sombra, pero él, al igual que aquella vid inquieta y cambiante, había desafiado las leyes de la naturaleza, penetrando en capas profundas de tierra, llegando hasta el estrato del subsuelo más alejado para lograr que se rindiera ante ella.

Y sin saberlo, en algún momento de forma inconsciente, me había rendido.

30

Los días siguientes a la detención de Rodríguez fueron un auténtico caos. Todo el personal de la hacienda se había quedado perplejo con la noticia. Con cada hora que pasaba las pruebas se amontonaban en su contra. Había una llave de la antigua cerradura del desván en su casa. Tenía el diario de mi madre bajo el colchón de su cama. Su teléfono indicaba que a la hora que comenzó el incendio estaba en casa, pero su hermano testificó que al llegar no lo encontró donde él aseguraba que estaba. Él tenía llaves de la casa, de la bodega, acceso completo a la hacienda, y conocía como la palma de la mano aquellas tierras.

La gran pregunta era por qué. Para la policía estaba claro que, a pesar de proclamar en todo momento su inocencia, las pruebas recabadas bastaban para culparlo de allanamiento, delitos contra la propiedad privada e incendio doloso, pero había anotaciones de Rodríguez en la bodega que no correspondían con la caligrafía que yo había visto en aquella nota.

Aparqué el coche frente al taller del hermano de Rodríguez donde fabricaba aquellas velas. Quizá estaba perdiendo el tiempo, pero el único hilo del que podía tirar era aquel aroma peculiar, uno que, sin duda, el intruso había dejado sabiendo a ciencia cierta que yo lo

identificaría. A lo mejor Elías tenía las respuestas, sabría quién podría tener acceso a ese aceite o las certezas de que, a pesar de mi reticencia, su hermano era culpable de todo.

Vi su coche plateado aparcado en el jardín tras la verja. Supuse que debía estar allí, la propia Roberta había mencionado dónde estaba el taller de Elías días atrás cuando se lamentó por la detención de su hermano. Una casa antigua a las afueras del pueblo que perteneció a su difunta madre, de un color azul que le daba un aire muy pintoresco, algo desgastado con los años. Sin duda, se podía reconocer de inmediato.

—¿Hola? ¿Hay alguien? ¿Elías? —exclamé sin ver ningún timbre a la vista.

Me preguntaba si era conveniente que estuviera allí o si el asunto debía quedar en manos de la policía. Al fin y al cabo eran ellos los investigadores, ¿no? Solo que parecían tener la certeza de haber encontrado al culpable, pero la duda no dejaba de carcomerme el cerebro. Lo peor es que Egan también albergaba serias dudas sobre la culpabilidad de Rodríguez, pero no existía ni una sola prueba para declararlo inocente o que apuntara a otra persona.

Vi el movimiento antes de escuchar el ruido metálico de la silla de ruedas acercarse. Mi mirada impactó en aquellos ojos profundamente oscuros y la expresión instantánea al verme. ¿Era sorpresa? Desde luego sería la última persona que esperaba ver.

—Siento molestarte, sé que no deben ser momentos fáciles para ti —dije sabiendo a ciencia cierta que todo el pueblo estaba comentando la detención de su hermano.

—¿En qué puedo ayudarte, señorita Monfort? —inquirió con amabilidad.

Me abrió la puerta al terreno que rodeaba la casa. Era evidente que necesitaba arreglos, pero supuse que la casa en sí no era lo que

Elías utilizaba, ya que no vivía allí, sino la parte lateral, desde donde le había visto llegar.

—Tengo un par de preguntas que quizá puedas responder, hay algo en toda esta situación que no termina de encajar.

—No tengo nada que ver con lo que Rodri haya hecho, ya he dicho todo lo que sé a la policía.

—Lo sé. No quiero inmiscuirme, pero la noche en la que lo detuvieron me dijo que hablaría contigo sobre algo y me preguntaba si llegó a hacerlo.

Le vi dudar y después clavó sus ojos en mí haciendo que me sintiera realmente incómoda. Estaba acostumbrada a las miradas, a percibir lo que significaban, pero aunque parecía un hombre elocuente y gracioso, existía un vacío en sus ojos que siempre me había provocado rechazo. Era una sensación fría, errática, de la que me apetecía huir de inmediato. Tal vez solo era el reflejo de alguien que lleva heridas profundas en su interior. Sabía por Roberta que no fue fácil para él aceptar su situación.

—Tal como le dije a la policía, mi hermano llegó tarde a casa, cuando yo ya estaba dormido, así que lamento decirte que no tuve ninguna conversación con él antes de que una patrulla se presentara y se lo llevase detenido de madrugada.

Asentí bajando la vista hacia el suelo. La complexión de aquel hombre era atlética, imaginé que, antes del accidente debía de practicar mucho deporte porque no había perdido aún su musculatura.

Su versión encajaba con la idea de que Rodríguez hubiera ido a la hacienda, dejara esa nota en mi habitación llevándose el diario y después acudiera al cementerio donde se le cayeron las llaves y probablemente aguardó a que yo apareciera.

¿Y qué planeaba hacer entonces? Había estado a solas con él esa

misma tarde y se había mostrado cercano, de un modo que no había probado antes. ¿Creería que podría descubrirle y pensaba hacerme daño?

—Rodríguez me contó que fabricas las velas que hay en la iglesia de Santa María. ¿Puedes decirme dónde consigues el aceite en el que las impregnas?

—Es un aceite que elaboraba mi madre extrayendo láudano de una planta llamada jara pringosa y hacía su propia mezcla. Es lo que se usaba antiguamente como incienso, siempre ha estado ligado a rituales de purificación y conexión divina, por eso lo utilizo en las velas que viste en la iglesia. Nadie más lo prepara en esta zona, al menos que yo sepa —aseguró apartando la vista—. Mi hermano conocía esa información, vio a nuestra madre fabricar esas velas toda su infancia y me ayuda en multitud de ocasiones.

Joder… ¡Rodríguez sabía de sobra que reconocería ese olor en cuanto entrase en la iglesia! ¡Incluso él mismo me las señaló! ¿Por qué fingió entonces sorprenderse cuando le dije que era el mismo olor que el del intruso del desván? ¿Estaba actuando? Cada paso llevaba a la irrefutable certeza de que era él, pero por algún motivo era incapaz de hacerme a esa idea.

—¿Podrías darme una de esas velas? —pregunté sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo—. Te la pagaré, por supuesto.

—Claro, sígueme…

Giró las ruedas con las manos para perderse en el lateral de la casa e instintivamente fui tras él a una distancia prudencial.

No me sentía cómoda, pero tampoco sabía la razón. Era un hombre dispuesto, cordial y amable, aunque había algo que no me gustaba, quizá se debía a que era incapaz de interpretar su modo de mirarme, como si sintiera que ocultaba algo, si bien podrían ser solo elucubraciones mías. Después de todo, apenas habíamos tratado, a

pesar de que frecuentara las bodegas.

El olor a ese aroma particular comenzó a ser cada vez más fuerte hasta que las puertas abiertas de una especie de garaje dejaron a la vista una gran mesa y utensilios de moldear por todas partes.

—Puedes escoger la que quieras, Victoria, hay diferentes tamaños y formas.

Escuchar mi nombre hizo que me sobresaltara.

—¿Te habló Rodríguez de mí en alguna ocasión? —pregunté volviéndome hacia él. Si el capataz era quien estaba detrás de esto, él habría visto algo, a fin de cuentas vivían en la misma casa.

—Tu llegada a la bodega fue algo muy comentado entre los trabajadores, incluso por Rodri. Mi hermano y yo tenemos una relación bastante estrecha, tuve que mudarme a su casa cuando me quedé en esta silla de ruedas —contestó sin demasiada emoción—. Así que sí, te mencionaba bastante y por cómo hablaba pensé que entre vosotros había surgido algún tipo de relación sentimental.

¿Entre Rodríguez y yo? ¿Era posible que fuese realmente un acosador? ¿Qué pensara que entre nosotros existía una relación, aunque solo fuera en su imaginación? No se había acercado a mí en ningún momento, solo la noche en la iglesia reconocí su interés.

—No. —Cogí una vela pequeña que llamó mi atención por el dibujo en el relieve—. Nuestra relación era estrictamente profesional —advertí sin decir en voz alta lo que pensaba.

—Y sin embargo estás aquí interesándote por él, evidencia de que te importa a pesar de lo que ha hecho —aventuró.

Mi teléfono comenzó a sonar, era Egan. Decliné la llamada enseguida. Durante los últimos días no habíamos vuelto a tener una conversación que nos llevase al punto de partida en que él me preguntaba si huiría de nuevo ahora que no tenía una excusa real para alejarme de él. De algún modo, me había dado espacio, aunque

con la ausencia de Rodríguez en la hacienda, el trabajo no había cesado y el personal se mostraba bastante reacio, como si en el fondo ellos también tuvieran el presentimiento de que aquello no podía ser cierto.

—Quizá solo estoy sorprendida, al igual que todos en la hacienda —dije acercándome al estante donde había varios frascos pequeños. El olor allí era bastante fuerte, por lo que imaginé que contenían aquella esencia.

Por alguna razón mi vista se fijó en el cuaderno abierto que había sobre una pequeña mesa bajo la balda, parecía un libro de pedidos, con anotaciones de direcciones y cantidades, pero sentí que la sangre se me helaba y era incapaz de mover un solo músculo. Tuve que obligarme a respirar para no gritar en aquel momento.

—¿Por qué has venido exactamente? ¿Crees que no es culpable? Según la policía, hay pruebas suficientes que lo incriminan.

Me giré para asegurarme de que Elías estaba a la misma distancia que antes y comprobé que se había acercado lo suficiente para bloquear en parte la salida al jardín por el que habíamos entrado. Sentí el bombeo frenético de mis latidos y un sonido lejano, similar al de cuando te sumerges en el agua.

—A veces lo que creemos ver es solo un espejismo, desviamos la mirada hacia el foco de atención dejando que los detalles se pierdan en el camino. ¿No te parece? ¿Crees que tu hermano es culpable? —Me obligué a mover los pies y rodear la mesa hacia el otro extremo para salir al jardín por la parte opuesta.

—Creo que todos escondemos secretos, puede que todas esas personas que afirman conocerlo solo vieran la parte que él quería mostrar para ocultar sus verdaderas intenciones. De ser así, ni siquiera a mí me confesó lo que pretendía con todo esto.

—Supongo que tienes razón —afirmé acercándome a la salida—.

Te agradezco el tiempo de todos modos.

—¡Victoria! —exclamó cuando di un par de pasos hacia la entrada, e hizo que me volviese con cierto escepticismo—. Olvidas la vela —señaló, y vi que tenía en la mano la que yo había elegido, así que me acerqué y alargué el brazo para cogerla—. Eres más lista de lo que imaginaba —susurró cuando mis dedos tocaron la suavidad de la cera—, pero no lo suficiente para errar y cometer la imprudencia de venir hasta aquí sola.

Al instante una neblina blanca me impactó en la cara provocando que comenzase a toser. Me aparté bruscamente de él.

La desestabilización de sentidos fue inmediata y a tientas busqué apoyo en alguna parte sintiendo cómo perdía la capacidad de pensar, de actuar, de correr, de gritar, incluso de defenderme. De todas las posibles opciones, aquello no lo vi venir, jamás pensé que me adentraría en la guarida misma del lobo. Elías, el hermano que Rodríguez protegía. La persona más vulnerable y de la que nadie sospecharía, ni siquiera yo. Se levantó de la silla, me doblaba en altura. Conforme se acercaba no dejaba de observarme. Mis sentidos permanecían aturdidos y mi visión comenzaba a ser borrosa.

—¿Por qué? —logré balbucear. Mis labios pesaban, incapaces de pronunciar correctamente una palabra.

—No tengo nada en tu contra, pero eres una pieza que necesito eliminar del tablero.

En aquel momento, un recuerdo atravesó mi mente: Egan prometió protegerme, no permitir que nadie me hiciera daño, ni siquiera él mismo. Me había cerrado tanto a sentir, a vivir la emoción de un latido real, que ahora sería demasiado tarde para volver a tener esa oportunidad. Y las oportunidades son como esa claridad breve que aparece un día de niebla, sin avisar, disfrazada de riesgo y tan fugaz que no siempre regresa dos veces.

«Quizá yo habría perdido la mía para siempre».

31

Olía a polvo, a moho, como si tablas de madera se estuvieran pudriendo con ese característico olor terroso. Intenté moverme, pero noté mi cuerpo paralizado y tardé un tiempo en comprobar que estaba envuelta en una cuerda que limitaba por completo mis movimientos.

¿Dónde estaba? No recordaba nada. ¿Cómo había acabado allí? Miré hacia todas partes. Parecía un sótano oscuro y muy pequeño, con una ventana minúscula que apenas dejaba pasar claridad. Estaba, además, parcialmente embarrada.

—Eres más guapa que ella —dijo una voz oculta entre las sombras que no acertaba a ver—, por eso pensé que sería fácil que mi hermano se encaprichara de ti —continuó hablando—. Y parecía funcionar, así que podría encajar con el perfecto acosador obsesionado con la nueva enóloga, hasta la policía lo sospechaba e inició una investigación, deberías haber visto su cara, estaba tan preocupado por ti…

No entendía nada, el miedo me paralizaba. ¿De quién era esa voz? Seguía aturdida, pero me esforcé en que mi mente trabajara en las últimas imágenes y, de repente, recordé la casa, el olor característico de las velas, al hermano de Rodríguez en silla de ruedas, la letra en

aquel cuaderno de pedidos exactamente igual que la de la nota que encontré en la habitación, pero el recuerdo se perdía ahí, no lograba recordar nada más.

—Egan averiguará que estoy aquí —dije forzando mis brazos sin lograr que aquella cuerda se aflojase.

¿Qué vínculo tenía el hermano de Rodríguez con la hacienda para haber provocado todo aquello? ¿Era él quien trabajaba para la competencia? ¿Había usado a su propio hermano como cabeza de turco?

—¿Ese niñato rico? ¿Sospechar de un inválido que ya no tiene relación con la hacienda? —bramó y después soltó una risotada—. No sabe lo que le viene encima, sabía que, echando a perder su amado vino, echaría a patadas al antiguo enólogo. Llevo años volviendo estéril su tierra, así pagará haberme echado sin contemplaciones de la hacienda. Además, su padre le obligará a cerrar este asunto y vender la bodega, sobre todo cuando encuentren tu cuerpo.

En mi garganta se formó un nudo que me impedía tragar. Me trepaba una quemazón por el cuerpo que amenazaba con convertirse en un miedo paralizante. La idea de morir siempre había revoloteado en mis pensamientos, más aún desde que descubrí que había heredado la enfermedad de mi madre, pero una cosa era la incertidumbre y otra aquella certeza.

—No podrás culpar a tu hermano de mi muerte —solté con rabia.

—Pequeños detalles sin importancia —contestó sin que pareciera preocupado—. Sin duda no previne tu perspicacia, me hiciste precipitar las cosas cuando mi hermano me preguntó si tenía algo que ver con lo que estaba sucediendo en la hacienda. Sabía que a partir de ahí iba a estar vigilándome muy de cerca para frustrar mis planes. No pensé que identificarías tan rápido el olor, y menos aún

que no sospecharías directamente de él. Por suerte, padeces una enfermedad hereditaria, será fácil hacer creer que tuviste un infarto prematuro —concluyó como si no le diera ninguna importancia.

¿Cómo podía él saber que tenía una enfermedad hereditaria? ¿Quién era ese hombre en realidad?

—¿Qué sacas con mi muerte? —espeté—. ¿Es una venganza personal? Yo no le importo lo suficiente a tu hermano o a Egan para que hagas esto.

—Aún no has entendido nada, ¿verdad? —Se rio—. ¿De verdad creías que ese niño mimado podía ser tu medio hermano? Piensa un poco, Victoria. Me sentí decepcionado con tu aseveración, aunque reconozco que fue divertido y sirvió para separaros un tiempo. ¿Acaso ves algún parecido físico entre vosotros? ¿No has notado la similitud de tus rasgos con los de Rodríguez? Lamento decirte que has tenido a tu medio hermano delante tus narices desde que llegaste. —Escuché sus pasos hasta que su silueta entró en mi ángulo de visión y pude verlo parcialmente. Era más alto de lo que imaginaba y estaba claro que su invalidez solo era una tapadera para no levantar sospechas—. Tu muerte dejará a un solo legítimo heredero de la hacienda, y cuando todo esto salga a la luz, creerán que ese hijo perdido entre Leonardo Arteaga y Clara Almansa soy yo.

¿Rodríguez era el verdadero hijo de mi madre y Arteaga? ¿Lo había tenido frente a mi todo este tiempo y no me había dado cuenta?

—Rodríguez no lo sabe —jadeé sin entender cómo era posible que él tuviera esa información y su hermano no.

—¿No es irónico que todo el mundo le llame por un apellido que no le pertenece, y en cambio se refieran a mí por mi nombre? Mi madre se desvivió por ese crío que ni siquiera llevaba su sangre, me

condicionó toda la vida a ser un nómada para que Leonardo Arteaga no lo encontrase, y en su lecho de muerte decidió contármelo todo. Por irónico que parezca quería que alguien le dijera la verdad a mi hermano cuando su padre muriese y estuviera libre de peligro. Fue ingenua al pensar que iba a dejar que se quedara con todo. Yo merecía dirigir El Dorado, yo era quien debía ocupar su puesto, pero, como siempre, Rodri es quien se lleva los méritos. El más honrado. El más trabajador. El más dispuesto. El que tiene más temple y decisión, salvo que esta vez le tocará a él mirar desde lejos en un calabozo.

—¿Quieres destapar a un impostor para convertirte en el siguiente? —exclamé—. Lo que planeas hacer es un acto suicida, jamás podrás suplantar su identidad.

—Todos somos impostores en algún momento de nuestra vida. ¿No lo fuiste tú cuando viniste aquí sin revelar realmente quien eras, cuando nadie sabía que tu madre estaba viva y que eres su hija? No fue fácil seguir el rastro de Clara Almansa hasta Francia. Debía regresar cuando cumpliera la mayoría de edad a por su hijo, pero mi madre huyó cuando El Dorado pasó a manos de Leonardo Arteaga. La vida de Rodri corría peligro si lo encontraba, ya que podría reclamar la hacienda como suya. Por suerte, siguen guardando un registro de los jornaleros de la época y tenía en su poder una carta que envió Clara cuando se asentó en Beaune. Resultó más complicado tirar del hilo hasta llegar a ti, pero aquí estás…, sabía que no te negarías a una propuesta laboral, tu curiosidad sobre el lugar donde creció tu madre sería demasiado fuerte. Llevo cinco años planificando este momento, reuniendo todas las pruebas y documentos, manipulando los resultados de laboratorio para que despidieran al antiguo enólogo, hasta logré deshacerme de los otros candidatos antes de que te ofrecieran el puesto. El Dorado será

únicamente mío, y las riquezas que atesora, también.

¿Todo esto por un puñado de tierras? Puede que en el mercado tuvieran un valor importante y que la codicia, junto con el odio interno que a leguas se veía en sus ojos, hubiera sido el motor para urdir aquel plan maquiavélico. ¿Merecía la pena? No era la primera vez que sucedía, ya que el propio Leonardo Arteaga había jugado sus cartas para hacer lo mismo que ahora estaba logrando Elías.

—Y te has tomado la molestia de indagar en la vida de mi madre, de filtrarte en el sistema de la corporación Nexum para que me pusieran en esa lista y traerme hasta aquí, ¿solo para deshacerte de mí? Permíteme dudarlo.

—Chica lista. —Volvió a sonreír de forma perversa—. Digamos que necesitaba testigos de que eras la hija legítima de Clara Almansa y de ese modo se abriese una investigación sobre la mujer que está enterrada en su lugar y constatar que no se trataba de tu madre.

—¿Quién es esa mujer? —La idea de que mi madre hubiera tenido algo que ver con su muerte regresó con fuerza, aunque ahora ya no me parecía tan importante, puesto que con cada verdad se acercaba mi propia muerte.

—Alguien que a Leonardo Arteaga claramente le interesaba eliminar de su vida y, como consecuencia, la razón por la que no tendré ningún impedimento en obtener esa herencia. —Sentí cómo se acercaba hasta el rincón en el que permanecía maniatada y se inclinaba sobre mí—. La madre biológica de su hijo.

¿La verdadera madre de Egan era esa mujer? ¡Dios! ¡Ese hombre era un monstruo! No solo esperaba un hijo de mi madre, también de otra mujer. Por eso Ildefonso decía que había un lado oscuro en él. Por eso no lo quería cerca de su hija. Y aun así logró engañarlo, no solo haciéndole creer que Egan era su nieto para que le donara la finca, sino que fingió la muerte de mi madre con la muerte de esa

otra pobre mujer.

—¿Sorprendida? Tu querida madre huyó porque supo cuál sería su final si se quedaba y Leonardo la encontraba. Abandonó a su hijo aquí para protegerle o para salvarse ella, ya que nunca regresó a por él.

¿Esa era la culpabilidad que le carcomió todos esos años? ¿Por eso jamás regresó?, ¿porque temía que Leonardo acabase con su vida?

—Conocía a mi madre y sé que ella jamás abandonaría a su hijo, ni siquiera siendo una cría. ¡Si decidió no regresar solo pudo ser porque creía que así lo protegía! —bramé importándome muy poco si aquellas eran mis últimas palabras.

Puede que tuviera dieciséis años cuando se quedó embarazada, pero me negaba a creer que se hubiera dado por vencida, que se hubiera elegido a sí misma por encima de su hijo, aunque a su corta edad estuviera llena de miedos. No. Debió de pasar algo más, algo para que ella se resignara y el resto de su vida guardase silencio.

—Tal vez puedas preguntárselo cuando te reúnas con ella. En unas horas, tu sangre habrá reabsorbido la droga y no quedará rastro alguno en tu cuerpo.

Por eso continuaba viva. Esa era la razón de que me diera todas aquellas respuestas. Egan no me encontraría en tan poco tiempo. Probablemente no lo haría en varios días si es que lograba relacionar alguna pista con Elías. Sabía que era tarde. Demasiado tarde para un nosotros, para una posibilidad. Y lo supe con una claridad que solo se tiene cuando el cuerpo comienza a rendirse, cuando ya no existe tiempo para fingir y el alma decide abrirse.

«Si pudiera verlo una vez más, escuchar su voz una vez más, sentir su perfume una vez más, le diría que él es verdad, certeza, seguridad, y que ya no deseo huir, sino quedarme entre sus brazos que se han vuelto mi refugio».

32

La certeza de morir arrastra el miedo, llega sin dramatismo, como una brisa tibia que te recuerda que nada es para siempre. Arranca verdades, esas que escondías, callabas y preferías ignorar porque dolían demasiado, pero que ahora arden porque es lo único a lo que consigues aferrarte.

Cerré los ojos con fuerza, me había quedado sola en aquel zulo en el que mi vista no alcanzaba a ver nada con lo que poder cortar aquella cuerda que se ceñía a mi cuerpo y me impedía moverme.

Elías había sido cuidadoso, lo suficientemente justa, pero sin provocar marcas, lo bastante hábil para que nadie sospechara cuando encontrasen mi cuerpo.

Pocas horas. Eso es lo que había dicho Elías. Siempre supe que mi vida tendría tiempo limitado, pero no creí que el número finito de mis latidos fuese tan bajo. Pensé en mi madre, en todas esas veces que calló cuando le preguntaba por ese lugar. ¿Fue su modo de protegerme? ¿Fue su silencio la advertencia de lo que podría ocurrirme? Quizá ella no había previsto un Elías Rodríguez, pero sí a Leonardo Arteaga, un hombre despiadado que no habría permitido que yo reclamase por derecho propio la herencia de mi familia.

Y luego estaba Egan, la antítesis del hombre que yo habría

buscado tiempo atrás, pero perfecto para lo que creía desear ahora. Un caos que desordenaba mi vida, pero le ponía nombre a todo aquello que antes no quería sentir.

¿Este era el final de mi vida? Me negaba. Lo rechazaba. Porque yo jamás me rendía.

Grité, aun consciente de que nadie me escucharía, porque si me había dejado allí sola sin preocuparse en amordazarme era precisamente por la seguridad de que nadie me oiría. Grité más fuerte, más alto y con mayor vigor. Me desgarré la garganta a la par que forzaba a mi cuerpo a liberarse de aquellas cuerdas, quería que rasgaran mi piel, que me hirieran, que ese maniaco perturbado no pudiera salir impune para quedarse con todo. Si iba a morir, al menos lo haría luchando por mi vida, por hacer que la verdad saliera a la luz. Las víctimas de aquella red de mentiras tenían nombre y apellidos, no pensaba permitir que cayeran en el olvido como había sucedido en esos cuarenta años de absoluto silencio.

Existía una única verdad y merecía ser contada.

Los golpes se hicieron más fuertes que mis gritos cuando mi garganta no podía soportar el ardor. Escuché voces más allá de mis pensamientos, unos ruidos que parecían provenir del jardín a través de aquel fino cristal sucio por el que apenas se filtraba la luz. Eran voces lejanas, el eco resonaba a través de la pared, como un zumbido. Imposibles de identificar, pero suficiente para saber que había alguien más. Grité. Grité más fuerte mientras sentía que se me abría la piel al rasgarse sin importarme el suplicio y el dolor lacerante en mi garganta como un cuchillo afilado que rasgaba.

No tenía conciencia del tiempo ni de las horas que llevaba allí tumbada salvo por el entumecimiento de mis extremidades. Oí unas pisadas en el techo.

—¡Es abajo! —Escuché de forma amortiguada sin poder reconocer a quién pertenecía aquella voz, pero grité de igual forma, aunque apenas me saliera un hilo de voz.

—¡Estoy aquí! ¡Aquí! —insistí, y a continuación oí más golpes, como si estuvieran tirando cosas al suelo.

Cuando sentí el crujido de la trampilla al abrirse, me removí tratando de forzar a mi cuerpo para incorporarse, pero el dolor era demasiado insoportable, como si no hubiera sido consciente hasta ese instante de que algunas zonas de la piel estaban en carne viva. No necesité luz para apreciar el destello de aquellos ojos grises que pensé que no vería de nuevo. Allí estaba el hombre que me enfrentaba a esa parte que me daba miedo de mí misma, que me hacía vibrar, sentir y revolver unos sentimientos que me empeñaba en esconder o fingir que no existían.

—¡Joder! —exclamó alguien que no reconocí.

—¡Llama a emergencias! —gritó Egan con una voz tan autoritaria que habría logrado inducir miedo a cualquiera.

—El hermano de Rodríguez, Elías, ha sido él todo este tiempo, es Elías quien provocó el incendio, quien entró en el desván, él está detrás de todo, lleva años planificando esto. Su incapacidad es fingida, él puede caminar… —comencé a decir atropelladamente y noté sus dedos en mi cara, con suavidad, como se cogería a un bebé recién nacido por temor a romperse.

—Voy a deshacer los nudos con cuidado —susurró antes de dirigir sus manos hacia la cuerda para comenzar a desatarlos—. Y voy a sacarte de aquí —afirmó con entereza.

Me di cuenta de que estaba llorando. Aquella situación superaba el umbral de mis emociones, lloraba por el dolor, porque había asumido que no volvería a verlo o porque ahora era más que consciente de mis propios sentimientos y había tenido que acercarme a la muerte

para descubrirlos.

Egan me quitó todas las cuerdas una a una, mi camisa blanca estaba completamente ensangrentada, la fricción de la cuerda había rasgado la tela de la camisa y de mis pantalones; los brazos y el torso habían sufrido la peor parte. Sentí cómo me cogía en brazos y el dolor se hacía más persistente, pero no me importaba, no cuando su fragancia era un bálsamo reparador que lograba calmar mi agitación.

—¿Cómo me has encontrado? —susurré abrazada a su cuello, con la firme idea de no soltarlo.

—Cuando la policía mencionó que podrías tener un posible acosador, activé el GPS del teléfono que te di, se puede rastrear aunque permanezca apagado.

—¿Podías saber en todo momento dónde me encontraba? —gemí sintiendo que no podía enfadarme por algo que me había salvado la vida.

—Lo hice por precaución, no había necesitado mirarlo hasta ahora. Cuando no respondiste a mi llamada esta mañana, creí que aún querías evitarme, que necesitabas mantener las distancias, pero al rato Roberta me comentó que estaba preocupada porque llevabas demasiadas horas fuera de la hacienda, algo inusual en ti. Supe que algo iba mal cuando tu teléfono no daba ningún tipo de señal, eso solo podía significar que te habías perdido o te había pasado algo. —Egan subió las escaleras, atravesó lo que parecía el salón de una casa antigua que jamás había visto y al salir al jardín tuve pequeños retazos de recuerdos, pero eran confusos, mi mente había bloqueado todo lo ocurrido hasta despertar en aquel sótano.

La idea de tener las manos de Elías en mi cuerpo, aunque solo hubiera sido para maniatarme, me repugnaba. Me abracé con más fuerza a Egan para perderme en su olor y el calor que recorría mis

venas cada vez que le tocaba y aceleraba mis latidos. Me invadió la ansiedad de lo desconocido que precede a la placidez.

Un destello dorado hizo que mis ojos siguieran la silueta que pasó por nuestro lado y mi mirada acabó impactando en unos ojos verdes enmarcados por unas pestañas alargadas que le daban mayor profundidad. Era innegablemente atractivo y mi mente lo asoció rápidamente al tercero de la foto que me envió Marion de los dioses griegos: Athan, Egan y este sin duda debía de ser el tal Karan que habían mencionado en varias ocasiones.

—No hay nadie en la propiedad, el tipo ha debido de salir y la ha dejado sola. Está claro que no pensaba que pudiera escapar o que alguien la relacionase con este lugar.

—Habrá ido a deshacerse del coche de Victoria —supuso Egan—. Si alguien lo reconocía en la zona levantaría demasiadas sospechas. Ha sido una suerte que llegásemos antes que él o se habría visto acorralado y hubiera actuado sin pensar.

Hice un movimiento y emití un quejido de dolor.

—¿Te duele mucho?—preguntó Egan en un tono afable—. Será mejor sacarla de aquí antes de que ese acosador regrese y actúe de forma imprudente.

—No es un acosador —dije apretándome más fuerte contra él, de algún modo necesitaba la firmeza que me ofrecía su cuerpo para sentirme segura—. Lleva años planificando esto, pero que yo viniese a esta casa fue algo que no esperaba, y que identificara su letra, tampoco. Elías quiere deshacerse de mí para reclamar El Dorado como herencia, hacerse pasar por el hijo que tu padre y mi madre tuvieron. Sabe que soy hija de Clara Almansa, no sé cómo, pero logró infiltrarse y meterme en esa lista que creó tu empresa para hacerme venir, él boicoteó el pinot para que despidieran al enólogo anterior. Planeaba matarme y culpar a Rodríguez de haberse

obsesionado conmigo, de ese modo, con mi muerte, se reabriría la investigación sobre la identidad de la persona que está enterrada al comprobar que no era mi madre. Tiene pruebas de que tu padre manipuló a Ildefonso para hacerle creer que eras su nieto legítimo y planea amenazarlo con sacar todo a la luz si pone algún tipo de resistencia cuando se proclame heredero. —No fui capaz de decir en voz alta la probabilidad de que Leonardo Arteaga acabase con la vida de esa mujer del río y que fuese su madre biológica.

—El único modo de que supiera todo esto es porque se lo hubieran contado. Si él no es nuestro medio hermano…

—Rodríguez. —Sentí que mi garganta estaba seca, que mi voz sonaba desgarrada por los gritos, incluso sentía agujas clavándose en mis cuerdas vocales al forzarlas—. Rodri es nuestro medio hermano, la madre de Elías fue quien le reveló todo antes de morir.

El sonido de sirenas acercándose hizo que Karan saliera para recibirlos. Miré a Egan. Los ojos le brillaban bajo la luz del sol con tanta intensidad que cualquier rastro de querer salir huyendo de él se había difuminado.

—Cuando termine con él, habrá deseado estar en una silla de ruedas de verdad —rugió Egan—. La simple idea de que quisiera hacerte daño será su sentencia.

—Tenías razón —admití olvidándome de Elías, de que compartíamos un hermano, Rodríguez, o Francisco, porque en realidad ese apellido no le correspondía. No quería perder ni un solo segundo más de mi vida sin decirlo—. No quería que volvieran a herirme, volver a confiar para sentirme traicionada, intentar abrir de nuevo mi corazón para que se resquebrajara y tener que coser en silencio cada pedazo fingiendo que no existe dolor. Me negué a pensar que existía el amor, a entregarme por completo y que volviera a destruirme. Huía. Mi vida consistía en una huida hacia

delante porque me daba miedo parar y ser consciente de lo que podía perderme.

—Victoria, estás en shock y no debes hablar ahora, no cuando es probable que cualquier cosa que digas solo esté bajo el influjo de lo que te ha ocurrido y no de lo que dirías o harías por ti misma —me advirtió. Oía a Karan dar indicaciones y a Egan dirigiéndose hacia la salida—. Tu percepción de los sentimientos que puedas o no tener está condicionada y no voy a aprovecharme de lo que creas que sientes ahora mismo solo porque te he sacado de ese sótano en el que estabas amordazada.

—No, no lo estoy. Puede que creyera que iba a morir, que mi tiempo se había acabado y que no tendría la oportunidad de volver a verte. Lo acepto, pero también sé que eso ha acelerado todo lo que ya sentía, descubrir que el único motivo que tenía para apartarte de mí era la seguridad de que sabía que lograrías infiltrarte bajo las capas de mi piel hasta no poder sacarte.

Instintivamente llevé mis labios hacia los suyos y el roce hizo que el dolor se esfumase. Su respuesta fue dulce, suave, nada que ver con el salvajismo con el que me había besado otras veces, sino que destilaba afecto en lugar de deseo. Percibí aquella conexión visceral más intensa que nunca, pero con un matiz mucho más profundo.

—Karan se quedará contigo, ahora mismo lo necesitas más a él que a mí —dijo alejando sus labios de los míos pero sin apartarse demasiado—. Voy a concluir con esto y después…

—Haremos que se produzca un eclipse —dije mirándolo con intensidad y deseando besarle de nuevo.

—Convertiré el día en noche si de verdad es lo que quieres —confirmó antes de que me viera separada de él en manos de los paramédicos.

En un momento dado perdí a Egan de vista. La última vez le había

visto hablar con un agente y toda la casa se había llenado de policías que formaban guardia y otros que vinieron para inspeccionarla en busca de pruebas que involucrasen a Elías.

Karan observaba prudente, desde la distancia, como si supiera que debía darme espacio y que era contraproducente acercarse. Mis heridas no eran profundas, ni siquiera había recibido un golpe, solo magulladuras, pero me habían tomado muestras para ver si aún quedaban restos de la droga.

—Puedes preguntar tus dudas, las responderé lo mejor que pueda —dijo cuando lo miré por enésima vez.

—Se supone que sabes quién soy, pero yo apenas he escuchado tu nombre un par de ocasiones. ¿Por qué ha dicho Egan que te necesitaba más a ti que a él? —inquirí sin rodeos.

Me habían dado analgésicos para que no me doliese tanto la garganta al forzar la voz. Aún permanecía en aquella casa, sentada en el escalón de la entrada y esperando a dos agentes especiales que me tomarían declaración.

—Trabajo con personas que se enfrentan a la noticia de afrontar su propia muerte de manera inminente, Egan considera que, en tus circunstancias y con la conmoción que has sufrido es conveniente que esté a tu lado.

Durante un momento me quedé perdida en aquel cabello rubio, rostro angelical y mirada profunda. Supe al instante que era un hombre que se guardaba para sí mismo demasiado dolor y que, por esa razón, era capaz de ayudar a otros.

—Te lo agradezco, pero ya he pasado por las cinco fases, hace tiempo que llegué a la aceptación de que podría morir en cualquier instante, es lo que tiene descubrir que has heredado la enfermedad que lleva a tu madre a la tumba.

Dibujó una leve sonrisa y se acercó para romper la incomodidad

entre dos personas que acaban de conocerse.

—Lo sé —afirmó acuclillándose—, como también sé que ahora mismo sientes enfado hacia ti misma por no haber previsto esto y malestar porque te has dado cuenta de que estás enamorada de Egan.

«Ay que joderse, sí que es bueno interpretando señales».

—¿Eres vidente? —gemí no pudiendo creer que se hubiera dado cuenta en un intercambio de apenas dos frases de conversación.

Esbozó una sonrisa, lo suficientemente cercana para saber que era cálido, afable, y que al mismo tiempo parecía inaccesible.

—Le importas de verdad —dijo mirándome a los ojos como si quisiera que aquellas palabras ahondasen en mi mente—. Y en estos momentos eres el eje de gravedad por el que se mantiene firme. Nunca pensé que podría decir esto de Egan, pero… te necesita y él jamás ha necesitado nada.

—¿Por qué me cuentas esto? —inquirí sintiendo cómo mi corazón se expandía.

—Porque estás a tiempo de quedarte y él… de no perderse.

Karan se quedó a mi lado durante todo el interrogatorio, casi dos horas de exhaustivas preguntas. Decliné acudir al hospital porque mis heridas no eran profundas. No habían encontrado a Elías y aunque había agentes buscándolo por la hacienda, registrando sus casas y patrullando por el pueblo y los alrededores, ese tipo sabía muy bien dónde esconderse.

—¿No vamos a la hacienda? —pregunté viendo que Karan se incorporaba a la autovía.

—Tengo órdenes específicas de llevarte a casa de Egan.

Saber que Elías seguía suelto en alguna parte me producía escalofríos, sobre todo porque su odio le haría cometer una

imprudencia al ver que sus planes, que le habían llevado años de esfuerzo, habían sido frustrados en cuestión de horas.

Había estado en ese hotel en una ocasión, pero no había visitado el lugar que Egan llamaba hogar. Seguí a Karan por varios pasillos hasta que llegamos a uno donde había tres puertas. Pensé que sería una especie de suite amplia, después de todo era un hotel, quizá se había quedado para sí mismo una de las más espaciosas. Cuando me dejó pasar en primer lugar y las luces se activaron, el lujo en cada detalle de aquel enorme apartamento me dejó perpleja.

Las vistas eran impresionantes, pero la amplitud de los espacios dejaba claro que no se trataba de una suite al uso, sino que él había construido allí su casa a su modo y semejanza.

—Estaré aquí por si necesitas algo, la habitación de Egan está al final del pasillo, imagino que querrás darte un baño. —Karan se dirigió hacia la cocina que se integraba en el salón con un diseño que casi parecía parte de la decoración.

Deslizó un mueble y un surtido de bebidas variadas listas para preparar cócteles apareció de la nada con una luz por encima que se reflejaba en cada botella.

La habitación de Egan era tres veces el tamaño de cualquiera de las de la hacienda. Su vestidor se asemejaba a una tienda de Armani con todo tipo de trajes, casi todos grisáceos o azulados, igual que la sección deportiva, las camisas o los zapatos. Por su actitud y los coches de lujo había imaginado que era un tipo forrado, pero aquello era la prueba real de que lo tenía todo, absolutamente todo…, y ahora, aunque siguiera teniendo dinero o poder, su mundo se había desmoronado.

«El eje de gravedad por el que se mantiene firme», había dicho Karan. ¿De verdad podía significar yo eso para él?

El escozor de las heridas no permitió que me diera una ducha tan

larga como hubiera deseado y me quedé envuelta en un albornoz gigante que olía a la fragancia de Egan; ese peculiar aroma de grosellas negras que se quedaba como nota final ya era muy reconocible para mí.

De repente me llegó música de jazz desde el salón y, por encima de ella, escuché lo que parecía una discusión. Me acerqué a la puerta con cuidado y percibí la voz calmada de Karan.

—No quiere verte y las amenazas con desheredarlo solo provocarán que lo alejes aún más.

—¡No necesito tus consejos de psicólogo entendido! ¡Lo que quiero es que le hagas entrar en razón! ¡A ninguno nos conviene un escándalo!

—Un poco tarde teniendo en cuenta que le has ocultado que su madre no es su madre.

—¡Él es un Arteaga! ¡Eso es lo único que debe importar!

Salí al salón sin importarme estar en albornoz, descalza y con el pelo aún mojado. Unas gotas corrían por mi cuerpo desnudo. Mi imprudencia solo se debía a una cosa, quería ver la cara de ese maldito embustero, el hombre que engañó a mi abuelo, que condicionó la vida de mi madre, que la hizo sufrir hasta el último instante.

Karan fue el primero en advertir mi presencia e instintivamente aquel hombre se giró, y comprobé que no esperaba verme a mí, sino a su hijo.

—Clara… —jadeó, y su rostro perdió varios tonos como si hubiera visto un fantasma.

—Leonardo —contesté con una entereza que no me correspondía —. Me alegra ver que no la has olvidado a pesar de que han pasado cuarenta años —arremetí sin acercarme.

Se recompuso un poco, aunque podía ver que seguía impactado,

exactamente como Demetrio cuando me vio en su restaurante.

—Eres su hija.

—Y usted el canalla que la dejó embarazada con la única intención de hacerse con el viñedo. Por desgracia para usted, sus secretos no están tan profundamente enterrados como creía —solté con furia.

—No sé qué te habrá contado tu madre, niña, pero yo no la obligué a abrirse de piernas.

Fue oír aquello y la sangre me hirvió.

—¿Tampoco obligó a la madre de Egan, a la que asesinó y tiró al río con las pertenencias de Clara Almansa para ocultarla en su tumba? Pensó que así sería más fácil convencer a Ildefonso de que le había dejado un nieto. Un impostor —bramé con ira—. Usted me repugna. Es un canalla sin moral que solo se merece ir al infierno.

Escuché el portazo y me giré bruscamente para ver a Egan de pie observándonos. Era imposible que no me hubiera escuchado.

—Responde —se dirigió a su padre con una máscara de frialdad en el rostro.

—Yo… —Parecía tener una especie de tic nervioso—. Es una historia absurda, Clara Almansa está…

—¿Muerta? ¿Vas a insistir con esa historia cuando tienes la prueba viviente delante de las narices de que no es la mujer que identificaron en el río? —bramó—. Puede que tus crímenes hayan prescrito, pero si no quieres salir en todos los periódicos de mañana, será mejor que empieces a contar la verdad.

—Le ahorraré el bochorno —dije acercándome a Egan—. Mi madre descubrió su engaño cuando supo que estaba casado y que, además, no era la única que esperaba un hijo suyo. Eso frustró sus planes, ella escapó y le entregó su hijo a una buena mujer que lo cuidó y protegió todos estos años, pero usted no pensaba dejar pasar la oportunidad, así que se apropió del hijo de esa pobre

amante que también cayó en sus redes y se deshizo de ella para que no pudiera reclamarlo, tal como pensaba hacer con mi madre de no haberse fugado a Francia para escapar de sus garras. Hizo creer a todos que Clara estaba muerta al colocar sus pertenencias en el cuerpo de esa mujer y después coaccionó a mi abuelo para hacerle creer que Egan era su legítimo heredero, dejándole sin nada, arruinándole por completo y engañando a un hombre que ya lo había perdido todo. —Di un paso hacia Leonardo Arteaga. A pesar de los años, se veía que había sido un hombre apuesto, quizá no tanto como Egan, pero intuía por qué mi madre se enamoró perdidamente de la apariencia que él quiso mostrarle—. Su avaricia es un despropósito, vendió su alma al diablo por un poco de poder y ahora solo es un despojo humano disfrazado de civilidad que cree que por tener dinero puede comprar el silencio.

—Puedo hundir su carrera de por vida si quisiera —contestó con tesón, pero atisbé el terror en sus ojos.

—Y yo catapultarle con pruebas sobre cada palabra que acabo de constatar. La verdad es como el agua que se filtra y discurre subterránea. Puede pisotearla, ocultarla bajo tierra e ignorarla todo lo que quiera, pero acabará brotando con fuerza en su sed de venganza.

—Celia Villalobos murió en el parto —afirmó dirigiendo su mirada hacia Egan.

—Qué oportuno, ¿no? La mujer que podría desacreditar que tu hijo era ilegítimo muere dando a luz. ¿Crees que después de toda tu red de falsedades voy a creerte? Fuiste capaz de tirarla a un río, dejar que se descompusiera durante días para que nadie pudiera reconocerla y así confundirla con Clara Almansa —dijo Egan con repulsa—. Habría preferido no llevar tu sangre y el estigma de ser un Arteaga.

—¡Hice lo que tenía que hacer para construir este imperio! ¿Acaso crees que todo lo que te rodea nace de la nada?

—Karan, llévatelo de aquí. No quiero oír una mentira más de lo que quiera argumentar en su defensa. —Me cogió la mano y entrelazó mis dedos con firmeza—. Mañana retiraré las nuevas pruebas aportadas por el grupo Nexum para la defensa de Meredith, mamá me ha cedido su cuota de participación, así que ya no eres el CEO de la empresa. Estás fuera, papá, y voy a destruir cada pieza de tu imperio sin que me lo impidas hasta dejarte sin nada, tal como hiciste con Ildefonso y Clara Almansa. Tal como hiciste con esa mujer que me gestó en su vientre.

A pesar de las protestas de Leonardo, Karan consiguió sacarlo a base de torcer su brazo con alguna especie de llave de artes marciales que logró hacer que caminase deprisa.

—Lo lamento, no quería que te enterases de quién era tu madre de este modo, ni de lo que sucedió realmente —admití cuando escuché que se cerró la puerta y nos quedamos a solas.

—El resultado iba a ser el mismo —decretó sin soltar mi mano y me coloqué frente a él—. Solo lamento que ninguno de ellos obtenga justicia.

Por desgracia, cualquier tipo de crimen habría prescrito al haber pasado más de veinte años desde el suceso.

—Que sepamos la verdad y le devolvamos su legado puede ser la justicia que ambicionaban. Sé que mi madre guardó silencio por miedo todos esos años, saber que ya no tendría por qué temer regresar a este lugar sería su mayor victoria.

«Su mayor victoria…». Nunca pensé por qué decidió ponerme ese nombre, pero ahora tenía un sentido. Después de perderlo todo, del desgarro emocional que tuvo que suponer comenzar de cero, su mayor victoria fue volver a ser madre, darme todo lo que no pudo

hacer con mi hermano.

—No quiero atarte a este lugar, Victoria. Han pasado demasiadas cosas e incluso entendería tu rechazo teniendo en cuenta quién es mi padre, el daño que causó a tu familia y que es completamente irreparable, pero la única verdad que prevalece de toda esta red de secretos, engaños y manipulaciones es que no quiero separarme de ti. —Egan colocó mi mano en su pecho y me acercó lo suficiente a él para que nuestras bocas se quedasen a pocos centímetros—. Te necesito y cuando pensé que podría perderte, que estabas en peligro, que no podía protegerte, sentí que algo dentro de mí se rompía. Acepto tus espacios, tu desconfianza, tus miedos a que pueda hacerte daño, pero no acepto estar lejos de ti.

Me alcé de puntillas y le rodeé la nuca con los brazos para forzarlo a descender hasta mi altura. Él me alzó, me enrosqué con las piernas a su cintura y lo besé descaradamente, con ardor, despertando aquella pasión febril y enloquecedora.

Su lengua embistió la mía con poderío, dominando cada acometida y despertando la lujuria que aguardaba expectante a nuestras caricias. Aquello era necesidad, una respuesta inmediata de carnalidad ante el deseo mutuo. Egan caminó varios pasos hasta sentarme sobre una mesa. Era la isla de aquella cocina de diseño, pero ahora los únicos detalles que me importaba apreciar era la piel desnuda de aquel dios griego.

Me aflojé el cordón del albornoz y, mientras Egan no dejaba de besarme, dirigí las manos hacia su cintura, desabroché el cinturón, bajé la cremallera y deslicé el botón. La necesidad de unirnos se convirtió en urgencia y cuando sentí que volvía a llenarme con su carne el frenesí dio paso a ese placer incomparable, donde nos envolvía en una simbiosis perfecta, como esa mezcla de sabores que consigue la armonía apropiada, el equilibrio exacto, la

compenetración de cada matiz que destaca cada una de sus notas. Él y yo éramos dos sabores distintos que contaban una misma historia.

—No quiero irme a ninguna parte —susurré aún abrazada a él, sintiendo aquella respiración agitada cerca de mi oído—. En realidad, lo que no quiero es estar en ningún lugar en el que no estés tú —rectifiqué—. Vine aquí buscando respuestas a demasiadas preguntas, creyendo que mis orígenes definirían lo que soy y que encontraría las piezas que me faltaban en ese puzle de misterios ocultos. No somos lo que heredamos, ni tampoco nos define un apellido, ahora me doy cuenta. Somos nuestras elecciones, nuestros actos, cada decisión que tomamos o elegimos. He reprimido mis emociones durante años, pero no seguiré fingiendo que no existen, no cuando lo único que sé en este instante es que te quiero a mi lado.

Egan rozó mi nariz con la suya y se quedó completamente quieto. La música de jazz deleitaba nuestros sentidos.

—He pasado toda mi vida teniendo aquello que deseaba sin conocer lo que era la derrota y, por irónico que parezca, ahora es la primera vez que estoy dispuesto a renunciar a lo único que he querido. Quiero. Y estoy seguro de que te querré el resto de mi vida. —Dibujó una especie de mueca que conformaba una sonrisa—. En eso dicen que consiste el amor, ¿no? Elegir a alguien a pesar de que todo sea complicado, mostrarse sin máscaras o armaduras, ver sus luces y sus sombras más oscuras. Y aun así, todo carece de importancia porque prevalece un sentido único, ese en el que la certeza no necesita explicación, que al despojarme de todo lo superfluo se impone un sentimiento sobrecogedor, la certeza. Esa verdad de que la razón de mi existencia tenía un motivo, una razón, un propósito. Tal vez no sepa amar como esperas, o ser esa persona

que de verdad necesitas, pero sí sé que nadie podría quererte de un modo más real que este.

—Correré el riesgo —susurré y me mordí el labio, provocando que una de sus cejas se inclinase mucho más que otra en una clara señal de sorpresa—. Después de todo, he descubierto que perder no es tan malo, acaba teniendo su encanto.

—¿Y qué has perdido, Monfort? —inquirió con ese tono mordaz con el que le conocí.

—La insensatez, el orgullo herido, mi temor a confiar de nuevo en alguien y es posible que una lengua afilada que sacaba de sus casillas a mi exjefe —concreté al percibir que él sonreía.

—Te recuerdo que en la práctica sigo siendo tu jefe. —Egan se movió ligeramente y noté que la presión en mi interior volvía a colmarme, como si aquella constatación hubiera provocado una erección inmediata.

—¿No íbamos a renegociar ese contrato? —inquirí apretando mis nalgas alrededor de sus piernas para que no pudiera alejarse ni un centímetro.

—¿Qué te parecería un aumento de salario, reducción de jornada y viajes obligados incluidos? —sugirió mientras yo comenzaba a desabotonar su camisa.

Egan apartó el albornoz y aparecieron los cortes en los brazos. Su gesto cambió al ver mis heridas.

—Son heridas superficiales, de las que no dejan cicatriz, de las que sanan rápido y recuerdan que la vida es corta y que apremia aprovechar cada oportunidad, cada momento compartido. No quiero pensar en lo que pudo ser y no ha sido, quiero tener el recuerdo y no la imaginación de lo que pudo pasar. No importa si duele ahora o si dolerá en el futuro. Somos este instante.

—Tu cuerpo es el territorio sagrado de un mapa que se despliega

ante mí sin final, quiero recorrer cada curva, explorar sus montículos y descender a las llanuras para memorizarlo a fuego en mi memoria. Me cautivas. Me excitas. Me consume la idea de estar dentro de ti en cada instante y perderme hacia ese frenesí que solo alcanzo contigo. Te pertenezco. Soy tuyo, así que dime qué quieres y no opondré ninguna resistencia.

—Solo te necesito a ti, Egan. No quiero nada, no me importa nada, solo tú.

Sus labios se fusionaron de nuevo con los míos siendo dulces a la vez que demandantes, haciendo que nos volviéramos a abandonar al placer, pero esta vez comprendiendo que nuestra conexión iba mucho más allá del simple deseo o de aquel ardor.

Egan y yo éramos la prueba viviente de que, a pesar de que dos almas se encuentren en el momento menos oportuno, arden en una misma llama como si se hubieran buscado toda la vida. Nuestros caminos estaban destinados a enlazarse, entretejidos bajo un velo oculto que habíamos ido retirando lentamente. Y cuando ya no quedaba nada, en ese preciso instante en el que solo estábamos él y yo, la única verdad que prevalecería era la de que ese sentimiento profundo que nos había unido sería infinito.

Epílogo

Los primeros días de septiembre se respiraba un ambiente de pleitesía en la hacienda. La cosecha había comenzado, todos se preparaban para las fiestas de la vendimia cuando hubiéramos acabado y el ambiente de júbilo hacía que la tensión vivida meses atrás se disipara como si el viento la hubiera arrastrado consigo a lo largo de todo el verano.

Alcé la vista para ver a mi prima Marion sonreír bajo aquel sombrero de paja. Cuando le dije que pensaba quedarme de forma definitiva en la hacienda, decidió venir a pasar sus vacaciones de verano y comprobar por sí misma que estaba sana y salva. Se presentó en la hacienda junto a mi padre, que deseaba conocer el lugar en el que se había criado mi madre. Por alguna razón que aún desconozco, no se sorprendió cuando le dije que había resuelto descubrir la verdad de su origen; sabía que en algún momento de mi vida querría encontrar las respuestas. Y por eso me entregó una carta que mi madre le había dejado con la condición de que me la diera solo cuando decidiera visitar España.

En aquella carta revelaba su dolor, confesaba que dejó atrás un hijo y que, cuando regresó a por él, jamás lo encontró. Expresaba el amor que sentía hacia ese niño que nunca pudo tener en sus brazos

del mismo modo que hizo conmigo. También pedía perdón por su silencio, fue el único modo en que creyó que podría protegerme a mí y, a la vez, a su primogénito.

La madre de Egan visitaba con frecuencia la hacienda, se había sentido muy afectada con la noticia de que la mujer que dio a luz a su hijo y yacía en el ataúd de Clara Almansa era en realidad Cecilia Villalobos.

Al parecer, Cecilia había sido una amiga íntima y cercana que desapareció de la noche a la mañana dejando una carta de despedida. A pesar de que la autopsia sobre sus restos reveló que podría haber fallecido en el parto y que su ADN coincidía con el de Egan, tanto él como su madre habían roto cualquier tipo de contacto con Leonardo Arteaga.

Gabriela era una de las pocas personas que hablaba francés con bastante fluidez, así que se había tomado muy en serio acompañar y enseñar el castellano a mi padre, y quizá por esa razón él había postergado su regreso. Entre ellos había nacido una bonita amistad, la que se genera de los silencios eternos de la comprensión de soledad, del dolor que se guarda dentro, y lo cierto es que me alegraba de que hubiesen encontrado aquel punto de unión entre ellos.

La risa de Marion atrajo de nuevo mi atención y sonreí para mis adentros mientras trataba de centrarme en comprobar que el despalillado se hacía correctamente antes de pasar a las máquinas que le sacarían el jugo al fruto. Los análisis indicaban buenos resultados, el pinot podría salir ese año al mercado y habíamos decidido usar los terrenos del albariño para una nueva plantación de bobal con los brotes de las cepas madre que había junto al olivo.

La mirada de mi prima conectó por un segundo con la mía cuando volví a alzar la vista y me sonrió con aquella complicidad que tan

bien conocía, justo antes de tirar de la mano del hombre que estaba a su lado para encaminarse hacia el final de la bodega.

Cuando llegamos a la hacienda y le presenté a Egan y comprobé cómo se quedaba atónita con su apariencia, pensé que cuando viese a Karan se lanzaría mostrando todas sus dotes de seducción, pero, para mi sorpresa, no había sido así, sino que había caído rendida bajo el influjo del Mansa, el nuevo apodo que recibía mi recién estrenado medio hermano cuando todo el mundo supo que éramos hijos de Clara Almansa y nietos de Ildefonso. Ese era el apelativo de nuestro abuelo y parecía haberse acostumbrado bastante rápido a que nadie volviera a llamarle Rodri a pesar del cariño que le guardaba a la mujer que lo crio.

Para el antiguo capataz de El Dorado, no había sido fácil saber que el que había considerado hermano toda su vida en realidad trataba de tenderle una trampa para deshacerse de él y quedarse con lo que legítimamente le pertenecía. Elías Rodríguez no solo había fracasado en su perverso plan, a pesar de llevar años maquinándolo, sino que había perdido a la única familia que le quedaba y sufría paraplejia, esta vez de verdad.

A la mañana siguiente de su fuga, le encontraron encaramado en el tejado de la hacienda. Creía que conseguiría su propósito, pero ni Egan ni yo habíamos regresado. Cuando la policía lo encontró, rodearon la casa y le dejaron sin salida. Así que pretendía saltar y huir, y saltó, pero se fracturó la espina dorsal en la caída y ahora pasaría el resto de su vida en un centro de rehabilitación. Es lo que Francisco había querido a pesar de que había pruebas suficientes para enviarlo a la cárcel.

En los días sucesivos que procedió a la investigación se encontraron todo tipo de pruebas que lo incriminaban, incluidos los micrófonos escondidos en la casona y los monitores de audio en el

mismo sótano donde me había maniatado. Nos había estado espiando en todo momento y, de ese modo, seguía muy de cerca nuestros pasos.

—¿Esos que acabo de ver perderse en una de las oficinas son nuestro hermano y tu prima? —inquirió Egan con diversión.

—Todavía me cuesta pensar que entre ellos no hay ningún tipo de lazo parental, pero sí. Eran ellos —confirmé tratando de no reírme al pensar que parecían dos adolescentes.

—Quizá me gustaría hacer lo mismo con la nueva directora de las bodegas El Dorado. —Se colocó detrás de mí y me rodeó con los brazos antes de darme un beso en el cuello.

—Me pregunto si el hecho de que me eligierais los dos por mayoría fue un complot para escaquearos de todo el papeleo —decreté pensando en el día que Egan nos había citado a Francisco y a mí en la notaría para donarnos el viñedo. Devolver las tierras a sus legítimos dueños era lo que moralmente correspondía que hiciera.

No solo nos donó las tierras originales, sino que también incluyó los terrenos que había adherido con los años, únicamente se quedó con una minúscula parte, el pequeño círculo vallado donde crecía aquel olivo centenario y en el que él había plantado las cepas madre.

Tanto mi hermano como yo acordamos cederle una parte de las acciones y, aunque su nombre no constaba como propietario, tenía una activa participación.

—Por supuesto —concluyó mordiendo el lóbulo de mi oreja y después me cogió de la mano tirando de mí para que le siguiera.

La idea de tener un encuentro furtivo en mi despacho, en el laboratorio o en cualquier rincón oscuro me atraía muchísimo, pero la bodega estaba a pleno rendimiento, no podíamos perder ni un solo minuto y, aunque había más supervisores repartidos, sentía que

debía controlar absolutamente todo para que el resultado fuera perfecto. Mi primera cosecha, de mi propio viñedo, del legado de mi familia y teniéndolos a todos cerca.

Aunque había algo que me importaba aún más que todo aquello, mis sentimientos por Egan, que cada día se acrecentaban, convirtiéndose en una sensación de perpetuidad. Ya no podía imaginarme una vida sin él, un solo día en el que no estuviera.

—¿Estás preparada? —preguntó, y vi hacia dónde se dirigía realmente.

Sonreí. Habíamos prometido no probar el vino de las barricas de cerezo hasta la cosecha, dejarlo en crianza cuatro meses y después comprobar si servía para hacer goulash, si acabaría formando parte de las reservas de vinagre de limpieza o si, por el contrario, por algún milagro de la vida, era salvable.

—No sé si quiero hacer esto —admití después de cómo habían cambiado las cosas en la bodega y darme cuenta de lo que significaba correr riesgos, del dinero que podía implicar que las cosas no salieran según lo previsto.

Las barricas de cerezo eran antiguas, cabía la posibilidad de que hubieran tenido fugas o se hubieran deteriorado al incorporar el vino, lo que podría tener unos resultados catastróficos.

—¿Confías en mí? —inquirió con esa sonrisa que había regresado a él en los últimos meses.

—Plenamente —afirmé sin albergar duda.

—Bien, porque, si es como espero, llevará el nombre de tu familia muy lejos —sonrió y procedió a verter el líquido del chardonnay en una copa, que me entregó.

Inspiré para apreciar el olor que desprendía y lo miré sorprendida. Las notas de cerezo eran tan claras que me anticipé al sabor fresco que obtendría en el paladar. Así que lo probé antes de volver a

perderme en aquel olor único.

—Textura sedosa, buena acidez, taninos suaves, delicado, con un matiz muy afrutado, mucho más de lo común, pero con un ligero toque especiado. ¡Es increíble! ¿Cómo sabías que haría esto en cuatro meses? —exclamé no recordando haber probado nada similar.

Egan sonrió, como si ya hubiera predicho mi reacción.

—Jugar a ser Dios a veces funciona —soltó con una de sus míticas frases de pijo pedante porque sabía que eso me provocaría una reacción.

—Me vale con que sigas siendo un dios en la cama. —Desde luego el sexo con Egan era celestial.

—Puedo serlo dentro y fuera si es lo que quieres —jadeó robándome un fugaz beso y después se dirigió hacia otra barrica en el lado opuesto—. Si eso te ha parecido increíble, espera a probar el bobal.

Cuando me llevé la copa a la nariz, los matices del cerezo eran menos apreciables que en el chardonnay, pero quizá se debía a que era un vino más fuerte, con mayor presencia. Todo eso cambió con el primer sorbo. La crianza en la barrica de cerezo le había dado suavidad, elegancia, había disminuido todos esos matices que podían provocar un mayor rechazo para aumentar aquellos que le daban fuerza. Una elegancia floral poco común, una sensación única en el paladar, temple suavizado, cuerpo medio-alto y un fondo ahumado completamente innovador.

—Esto es… —Ni siquiera tenía palabras para describirlo.

—¿Te atreverías a puntuarlos? —me retó cruzándose de brazos.

—¡Este vino podría ganar premios! —dije con una convicción que ni yo misma me creía.

—Pues ahora imagina lo que esto hará cuando las cepas nuevas crezcan en unos años.

Las bodegas El Dorado iban a conocerse en todo el mundo. El legado de mi familia que había permanecido en el olvido iba a renacer con más fuerza que nunca.

—Tú lo sabías. —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Sabías que iba a ocurrir esto cuando decidiste donarnos la hacienda —continué no creyendo que la persona que juzgué más egoísta del mundo fuese en realidad la más benevolente y complaciente que había conocido jamás.

—Una vez te prometí que encontraría el modo de hacer que nuestros mundos coexistieran, de que el sol le cedería su lugar a la sombra y le concedería un eclipse. Es el momento de que seas tú quien brille con luz propia, y yo me convertiré en esa sombra que permanecerá a tu lado para seguirte en cada paso, si así lo decides. Todo esto es tuyo, te pertenece ahora, porque yo ya comprendí que te pertenecía en el mismo instante en que posaste tus ojos sobre los míos.

Me coloqué de puntillas y lo besé con suavidad, quería sentir el sabor de sus labios en los míos apreciando aquel sentimiento profundo que nos unía.

Llegar hasta allí no había sido un camino fácil, pero si echaba la vista atrás, hasta el día en que lo conocí, nunca habría augurado que en esa mirada encontraría al verdadero amor, ese en el que había dejado de creer, que ya no confiaba que existiera y que temía con todas mis fuerzas. Me negué a lo que mi propio instinto me decía. Rechacé el impulso que me llevaba hacia él. Quise eliminar esa atracción innegable a la que era incapaz de resistirme, pero no se puede luchar contra la marea cuando es más fuerte, hay que saber cuándo dejar de nadar, permitir que la corriente te arrastre para no romperte. Admitir mis sentimientos hacia Egan me había hecho más fuerte.

—No quiero ser quien brille y tú quien arroje sombra, porque si tú no brillas conmigo, mi luz no sirve, está rota. Somos dos corazones latiendo con un mismo deseo.

—¿Y cuál es ese deseo? —sugirió con una leve sonrisa.

—Viajar hacia el mismo destino.

Nota de la autora

Cuando creé al personaje de Egan, tuve muy claro en qué dios deseaba inspirarme. Dionisio no solo era en la mitología griega la figura que representaba al dios del vino, el éxtasis, la embriaguez, la fiesta o la locura divina del placer, sino que, a su vez, era una personalidad cambiante, acostumbrada a la veneración de todo aquel que se cruzara en su camino.

Y, sin embargo, este dios familiarizado con lo inalcanzable sucumbió profundamente por la única persona que le fue indiferente: Ariadne, una mujer con el corazón roto por haber entregado su amor a otro hombre en el que confió, por quien se arriesgó y en cuyas manos puso su vida para después traicionarla y abandonarla.

La historia de Dionisio y Ariadne no solo me cautivó por ser una historia de amor, sino por la contrariedad que suponía que el dios de la desinhibición, al mismo tiempo, fuese el más leal y fiel a su esposa de entre todos los dioses griegos, amándola de un modo puro y sincero.

Poner parte de esta esencia en Egan y Victoria ha sido un reto para mí. Jugar con la personalidad cambiante y las convicciones por arraigo de los personajes ha hecho que esta historia cobrase vida

propia a través de ellos.

Y, por supuesto, ha sido un placer escribirla para que llegase a vuestras manos.

Agradecimientos

Escribir un libro es mágico, pero es una labor muy solitaria en la que todo aquel que te rodea ni siquiera es consciente de la influencia que ejerce con sus actos o palabras. A veces nos invaden dudas, temores o inseguridades, y salir de esas aguas profundas en las que nos hemos sumergido para respirar una bocanada de aire resulta liberador.

Por eso quiero dar las gracias, en primer lugar, a las dos personas que pasan cada día a mi lado; mi marido y mi hijo, que me regalan sus sonrisas, sus abrazos y, sobre todo, su valioso tiempo. Ellos son la razón de que hoy estés leyendo esto, los que me impulsan a avanzar, a sonreír, a ser yo misma, a abrir las alas y volar hacia donde me lleve el viento.

Gracias a mi grupo de escritoras, por apoyarme en esos momentos de escritura para no sentirme tan sola, sobre todo a Alba, que se conectaba cada mañana para acompañarme y vio de principio a fin cómo las palabras aumentaban hasta conformar esta obra.

Gracias infinitas a mi pelirroja favorita, mi querida Ángeles. Siempre lo he dicho y siempre lo diré, eres la persona con el corazón más grande que conozco, fui afortunada el día que apareciste en mi

camino.

Gracias a mi querida Joana, por los soporíferos audios de más de diez minutos contándole mis dudas y preguntándole qué percepción tenía ella sobre esta historia sin darle demasiados detalles para después sorprenderla.

Gracias a mi preciosa Paqui, por estar siempre al otro lado aguardando, escuchando y, sobre todo, apoyándome a pesar de la distancia.

Gracias a mi padre, a mi madre y a mi hermana, por ser ese constante apoyo día tras día que me hace reír, me llena de alegría y comprende mis espacios.

Gracias a mi querida Federica, que me hace reír hasta la saciedad y con quien pasamos tiempos infinitos charlando sobre cómo arreglar este mundo para nuestros hijos.

Gracias a mi preciosa Eva, que, a pesar de pasar por el momento más difícil de su vida, era capaz de darme la mejor de sus sonrisas y preocuparse por el avance de esta historia.

Gracias a todos mis compañeros de máster, que siguen cada uno de mis pasos y me apoyan fielmente, sois lo más. Y, por supuesto, a mi querida María, por ofrecerse a todo y por dar esa voz tan maravillosa para que mis palabras cobren vida.

A Raúl, por ser el enólogo que necesitaba en este libro, aunque me hubiera gustado encontrarte mucho antes.

A Carol París, por encontrarme en este mundo hostil y permitir que esta historia llegue a vuestras manos.

A Silvia García, por ser la amabilidad en persona, fue un placer trabajar contigo en *Inmemorial* y lo ha sido también en *Infinito*.

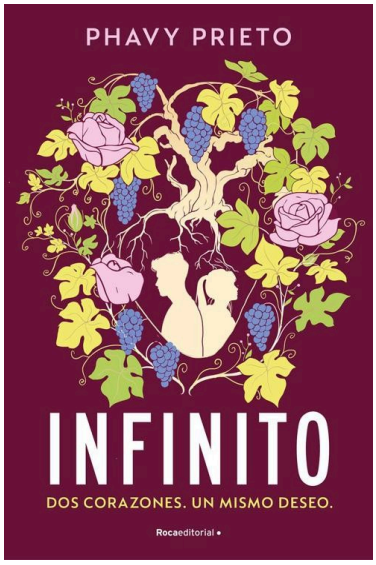
A Pepa Cornejo, por pulir cada párrafo para sacar lo mejor de *Infinito*.

A todo el equipo de Roca, por darme la oportunidad de que la

historia de Egan y Victoria llegue a vuestras manos y cautive tantos corazones como le permitan conquistar.

Y, por supuesto, gracias infinitas a todos mis lectores, sois ese apoyo constante e incondicional que forma parte de mi día a día, que me impulsa a crecer y a ofreceros cada historia con la que, espero, os emocione. Este libro es para vosotros.

Una embriagadora novela en la que romance y mitología se dan la mano



Victoria es una mujer decidida a la que solo le interesa su carrera profesional. Por su sangre corre el cultivo de la vid y, cuando le ofrecen trabajar en el viñedo que perteneció a la familia de su madre, acepta creyendo que logrará descubrir los secretos de ese lugar.

Egan es un vividor nato que solo piensa en sí mismo y, aunque lo posee todo, jamás consigue sentirse satisfecho. A raíz de una mala cosecha en sus bodegas viaja hasta Requena, donde conoce a la nueva vitivinicultora, quien, impasible a sus encantos, es una tentación inesperada. Victoria no está dispuesta a perder las riendas de su vida por esos ojos grises cargados de deseo, pero, cuanto más

tiempo pasa a su lado, más se convence de que entre ellos existe una conexión extraña que roza lo etéreo.

Phavy Prieto (Andújar, 1987) es el pseudónimo de una reconocida escritora de novela romántica. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, su verdadera pasión siempre han sido los libros. Con más de una veintena de novelas publicadas, es una de las autoras emergentes más leídas del momento, tiene más de 300.000 seguidores y acumula más de 150 millones de lecturas en Wattpad. *Inmemorial* fue la primera de sus novelas que llegó a librerías, a la que le sigue la presente, *Infinito*.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Phavy Prieto
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de la portada: © Miquel Tejedo

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10274-07-5

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Infinito
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Phavy Prieto
Créditos